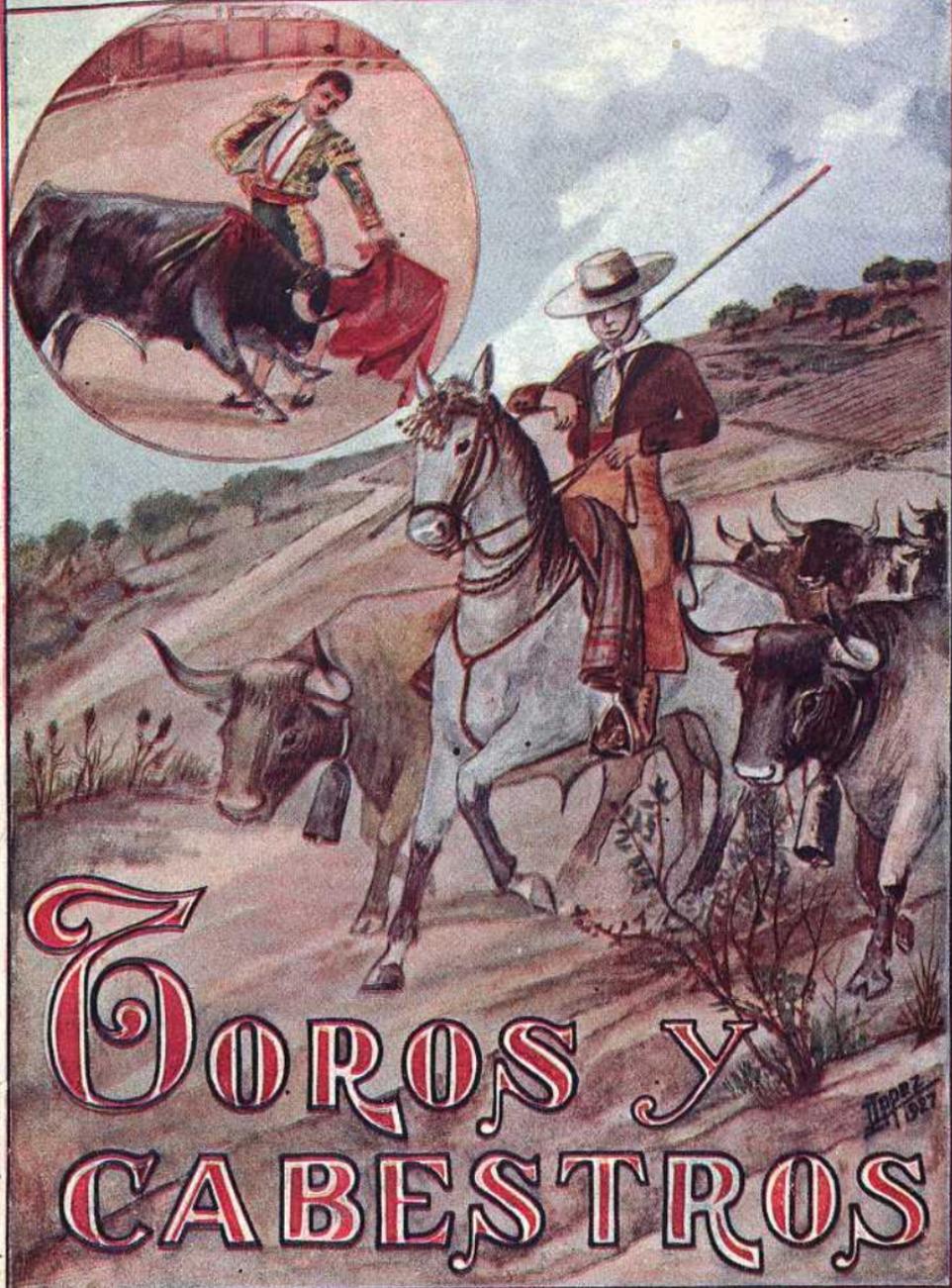






J. Fernández Díaz.



Precio: CINCO pesetas



TOROS Y CABESTROS

. 4 2 3 .

J. FERNANDEZ-DIAZ

TOROS Y CABESTROS

Novela

MADRID
IMPRESA DE SAMARÁN Y COMPAÑÍA
Embajadores, 64; teléfono 11.216

1927

ES PROPIEDAD. — DERECHOS
RESERVADOS PARA TODOS
LOS PAÍSES. COPYRIGHT 1927
BY JOSÉ FERNÁNDEZ - DÍAZ

DEDICATORIA

Excmo. Sr. Marqués de Urquijo

Muy señor mto y distinguido amigo: Hace veintitantos años que nos saludábamos con alguna frecuencia y, en la brevedad transitoria de una circunstancia, hube de ofrecerle espontáneamente un trabajo.

El azar de mis obligaciones desvió la atención moral de nuestro cumplimiento, cuyo silencio fué interrumpido con el pésame que di a la muerte de su ilustre progenitor.

Nuevos timbres de gloria sonaron sobre su frente con el ilustre Marquesado de Urquijo, fortaleciendo la aureola de su noble estirpe, y, de entonces a hoy, enmudecimos por determinadas circunstancias de la casualidad y del destino.

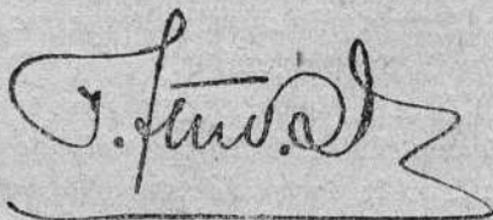
El transcurso del tiempo no ha borrado la característica de mi atención de modo que a V. E., poderoso y gran señor, accionista de numerosas e importantes Empresas y de reconocida preponderancia personal en el mundo financiero, permita

testimonio con este libro el recuerdo de mi ofrecimiento, revelando detalles que empeoran amarguras de la vida, por si ante cualquier conflicto, algún día, sus consejeros o asesores, en beneficio propio, pretendiesen ocultarle injustamente el llanto de los necesitados; y, desoyendo a sus detractores, V. E., siempre magnánimo, procurase oír el lamento de los afligidos que trabajan, estudiando personalmente sus razones metafísicas para dar solución justa y equitativa a una cuestión.

Espíritus medianamente observadores podrán apreciar también el calibre de otras circunstancias que se ocultan misteriosamente en las tenebrosidades profundas de la alta sociedad.

Le saluda respetuosamente su invariable e incondicional afectísimo y seguro servidor,

q. e. s. m.,

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'V. E. S. M.', with a long, sweeping horizontal flourish underneath.

Madrid, abril 1927.

PRÓLOGO

¿Se puede escribir?

Lector: si compraste este libro o te lo prestaron para leerlo y la lectura de sus primeras páginas no te convence, adéntrate en él para conocerlo, como habría que adentrarse en la conciencia de algunas personas para conocerlas también y no incurrir en errores o equivocaciones que, en muchos casos la apariéncia y en otros nuestro diferente modo de ver, nos colocaron en situación lamentable.

Si la casualidad o una circunstancia imprevista hicieron que llegase a ti, acata mis primeras observaciones y los consejos de reputados maestros, no prestándolo ni dándolo a nadie para que lo lea, porque con tu generosidad perjudicarías inconscientemente a mis intereses, único patrimonio de mi familia.

Nadie sabe el trabajo y los sacrificios que cuestan formar un libro más que el que lo hace, sobrellevando con resignación de mártir, en su improbable labor, el incontable número de malos ratos y de privaciones que suponen escribirlo, junta-

mente con los sinsabores que proporciona después de escrito.

Arrostrando su penosísimo calvario cogí la pluma, sin intención de herir susceptibilidad alguna, obligándome sus escasos beneficios a pisar el sendero de espinas que supone las amargas y escabrosidades de la escritura, cuyas recompensas alentadoras van ligadas casi siempre del rencor y de la ingratitud.

No dudo te parecerán escasos algunos párrafos por el desarrollo de sus pensamientos; pero ¡hiere tanto y es tan amargo decir claramente la verdad!...

Hasta en la psicología de las mujeres observarás con asombro esta lamentable equivocación: si a una mujer fea expones sus defectos, te habrás conquistado un enemigo; y si, por el contrario, cambias el adjetivo de la oración llamándole guapa, alabará tu concepto dándote su aprobación, como el necio cuando los ignorantes le juzgan de inteligente y, henchido de vanidad y de satisfacción, se lo cree.

Así, el que escribe halagando a los demás, fingiendo lo que no siente, triunfará sobre los otros en riquezas y honores y a que considero, con el calificativo simple, de definidores circunstanciales o individuos de conveniencia propia.

Por el contrario, el que tiene corazón para decir verdades, o su conciencia no le permite decir mentiras, porque aunque quisiera decirlas no sabría fingirlas tampoco, luchará contra los imposibles con escasísimos beneficios del doloroso trabajo que supone hacerlo como el que predica

en desierto, o Jesucristo, que, por redimir a la Humanidad, la Humanidad misma lo sacrificó, sin conseguir, para martirio y esclavitud de los más, la redención a que se proponía.

Muchos escritores exponen las concepciones de sus pensamientos al ambiente de la época en que viven para hacer más ostensibles y significativos a la sociedad los destellos de su inteligencia, prescindiendo del arte en unos casos y escarneciendo a la verdad en otros por exclusiva conveniencia de ellos.

El verdadero escritor tiene que ser de fondo, el que, apartándose de prejuicios y de sofismas, diga lo que siente, aunque sus verdades no convengan a los más y les repudien los fariseos e intransigentes.

Los que escriben superficialmente sin traspasar la circunscripción de la forma, son intensificadores ergotistas que, en insaciable agiotismo, olvidan la verdad, adaptando sus pensamientos acomodaticios a las circunstancias que mayores beneficios propios y mejores ventajas colectivas o individuales puedan ofrecer a quien los compra, como charlatanes en reuniones familiares o amistosas que después de su perorata se retiran satisfechos de haber persuadido a su auditorio con la pócima venenosa de la mentira, sin tener en cuenta que algunos de los que le escuchan los conocen y prevén irremediablemente la pernicioso transcendencia del mal que siembran con su implacable engaño.

El instinto de conservación demuestra lo que cada uno es, porque las cualidades individuales

se manifiestan como propulsión de nuestro fuero interno y substantividad por funciones psíquicas, aunque el individuo procure retraerse a reserva y modificación de lo que es repulsivo y deleznable.

Queremos ser virtuosos ante los demás, sin tener en cuenta la revelación cruel de nuestros actos viles y bajas acciones, fiel reflejo de nuestra perversa condición.

Cualquiera que sea medianamente observador de nuestro carácter, conocerá al sujeto que mire tan pronto como se le ponga delante, aunque su hipocresía procurase distraerla con el engaño.

Algunos escritores, al definir asuntos de importancia social, adaptaron el desenlace psicológico de la cuestión a satisfacer los anhelos caprichosos de su auditorio obsesionado, sacrificando la transcendencia beneficiosa que hubieran conseguido llevando a otros puntos el fundamento legal de su tesis. Es indudable que hicieron arte, porque supieron tocar con habilidosa maestría las fibras más sensibles del entendimiento y del corazón; pero, uniendo a eso la sensibilidad de un pensamiento sublime, sería indiscutible hubieran escalado con la pureza del triunfo las difíciles e inmarcesibles cimas de la gloria.

Conquistada la voluntad de un público en ambiente baladí, creando a ciertos personajes, ¿qué importa a nadie la muerte de una Serafina o de un Ismael? Satisfacen el deseo de venganza que anidó en la conciencia colectiva de los que lo presenciaron y no supieron reprimir su desprecio, esperando otras circunstancias de mejor y

más halagüeño éxito tal vez, con el gesto nobilísimo de la indiferencia y del olvido.

Si, como dijo San Pablo, «cada uno recibirá su propio galardón según su trabajo», ¿qué recompensa me alienta aquí?

Aunque la responsabilidad es susceptible en todos y su carácter antológico gravite en los dictados de nuestra conciencia con la seguridad en los hechos que significan las palabras del ilustre apóstol, ¿qué pueden suponerme los conceptos antagónicos que hicieran de mí, con intencionada alevosía, los elementos detractores?

Si el antagonismo de un actor hizo exclamar a Shakespeare cierta reflexión muy oportuna, en el ensayo de una de sus más bellas producciones artísticas, asomándome a los pensamientos del poeta, ¿es admisible la indiferencia para responder al pusilánime?

Be care ful for a lead consigne usually produces lead seeds amongst decent people.

Por igual sentido expresó con indiferencia Flaubert, que escribía «para un grupo de amigos desconocidos». Aunque el gran escritor revelase tendenciosa ironía en sus palabras, tengo que limitarme a decir que escribo para todo el mundo, y para el que quiera leerme, que me lea.

La palabra *amigo* es pura ficción de la vida, palabra huera como una de tantas fórmulas que sirven para armonizar el concierto empachoso y vulgar de la mentira; y así como muchos, al amparo de la verdad, fraguaron mentiras, tengo que ampararme en la mentira quizá, en algunos casos,

con el estoicismo del que viéndose morir lo siente y resignado dice la verdad.

Si en vez de guardar al escritor los respetos, honores y consideraciones que merece le despreciamos, ¿sacrificaré mi inteligencia buscando esa recompensa cruel de antemano conocida?

Despreciemos los pensamientos mezquinos que anidan en el seno de la vanidad, concretándonos a los hechos que encarnen con el verbo infalible y substancial de mis resoluciones.

PRIMERA PARTE

CAUSAS ELEMENTALES
DE ERGOTISMO SOCIAL

CAPÍTULO PRIMERO

Caracteres humildes

En un barrio extremo de Madrid, noble y hospitalario, como todos sus rincones, cuyas almas palpitan en el estro maravilloso de sus grandes poetas, escritores y artistas, vivía el ebanista Juan Sancho García, en compañía de su madre y de su perro, acariciando y sonriendo en sus pocas reflexiones a un porvenir justo y halagüeño; era feliz con el cariño de la anciana y del *Capitán*, y afrontaba con moderada resignación el continuo batallar que requiere la vida de un obrero, siempre tenebrosa, llena de apuros y de miserias.

La señora María tendría sesenta y tantos años y, más experiente y previsora que su hijo, reparaba en la penuria de sus vicisitudes y amarguras con observaciones ineficaces, porque Juan, aunque noble y generoso con todos, resignado y humilde ante la desgracia, desoía sus consejos, llevado de pensamientos falaces en irreflexivo impulso de su voluntad, sin reparar en los males que encierra la vida, cuya mentira cruel nos revelan los desengaños, el dolor y la muerte.

* * *

—¿Cómo está el día, madre?—preguntó Juan desde la cama, desperezándose, mientras el *Capitán*, al oírlo, penetró en la alcoba y saltaba con zalamería sobre el lecho, lamiéndole la mano que el ebanista utilizaba para contenerle.

—¡Hijo mío, no duermes pensando en la corrida!... ¡Bendito sea Dios!...—, replicaba, meneando la cabeza con natural descontento, la señora María—. Y luego, perder el día sin ir a la obra por esa tontería... Está bien para los que pueden; pero eso de sacrificarse por ir a los toros pagando por una entrada lo que quieran pedir..., y más teniendo que empeñar muchas veces algo, no está bien: como el otro día, que el Boni empeñó el mantón de su hermana para dar por un billete tres duros... ¡Jesús, qué afán de toros!... Además, tu tío, que no sabemos de él hace tres meses, y sin saber lo que pueda ocurrir... ¡Ya veremos cómo terminamos la semana!

La pobre mujer, fuera de su hijo, no tenía más familia que su cuñado Teodoro, residente en Cuba, con una fortuna considerable, según les decía en sus cartas, afanoso de que se marcharan con él; pero, pensando en las embarcaciones que naufragaban y en la gente que algunas veces se ahogaba, le daba miedo, y su hijo, por naturaleza menos aprensivo, se abstuvo siempre por ella.

—¡Yo no paso el charco ni *atá!*—contestaba al referirlo a cualquiera, o replicaba a Juan cuando éste se lo proponía para probarle.

Teodoro marchó allá con motivo de una huelga infundada, promovida por la Casa del Pueblo, catorce años antes y cuatro después de haber muerto su hermano Miguel Sancho.

—Creo que el destierro de su hermano Teodoro influyó bastante en la muerte de mi marido—murmuraba con desconsoladora pesadumbre en algunos casos la señora María; y sus pensamientos vagaban errantes en determinados momentos de soledad, llevada del deseo y bajo el prisma misterioso de la ignorancia.

Si Teodoro no se *embolinaba* con alguna *próxima*, le cabría a su hijo el poderoso recurso de tener dinero algún día, porque al sobrino era seguramente la persona que más quería, y probaba

que, desde la muerte de Miguel, no había dejado de socorrerles siquiera un mes; además, siempre fué generoso con todo el mundo, y, por el interés abnegado que con entrañable decisión demostraba por ellos, le preocupaba con desesperación el silencio... Las cartas que su hijo le escribiera no tenían contestación. ¿Qué sucedería? ¿Estaría enfermo?; o ¿a qué atribuirle tan cruel negativa?...

Si Teodoro los quería, también ellos querían a él, aunque no hubieran podido demostrárselo con atención que lo mereciese porque eran pobres. ¡Quién sabe si algún día probarían que su afecto era correspondido y digno de cuantos sacrificios hiciera por ellos!

Había dicho a su hijo repetidas veces que, en vista del silencio de su tío, fuese a preguntar por él a Teófilo, ordenanza del Ministerio de Estado, que era conocido de la señora Isabel, conocida suya también hacía muchos años, quien le recomendaba, y Juan se abandonaba, dejándolo de un día para otro. Ya tenía por lo menos la recomendación que necesitaba, porque le habían dicho que si quería saber de su cuñado se buscara una recomendación adecuada para aquel Centro, en donde le informarían satisfactoriamente. ¡Qué impaciencia tenía algunas veces por la apatía y la tranquilidad de su hijo! Cenando la noche anterior, había machacado con lo mismo, como otras muchas veces, y Juan le contestó que no le repitiera tanto la misma cantinela porque iría en cuanto pudiera.

Ya veremos si este día lo olvidaba también.

Era el marzo mañanero de Madrid. Amanecía despejado, sin una nube que empañara el azul portentoso de la inmensidad celeste.

Prudente y humilde ante el sermón que acababa de escuchar, saltó Juan de la cama, mientras su madre daba las últimas puntadas a un zurcido en el culo de los pantalones que esperaba ponerse y tenía para vestir los días de fiesta, pensando

en el itinerario del día, muy natural y corriente para él cuando no trabajaba. Vería a sus *cólegas*, tomarían unas copas en la *tasca* de Bravo Muriello, junto a la glorieta de Quevedo, y, si se terciaba, las jugarían al mus o al dominó, como solían hacer muchos sábados por la noche, cuando cobraban; después darían un paseo, cortejarían a alguna muchacha, si venía al caso, y por la tarde irían a los toros. Toreaban astros de primera magnitud y no era cosa de perder corrida de tanta importancia y que tanto interés había despertado en la afición. Abrigaba la esperanza de que Mariano tendría guardadas las entradas para él y para sus otros dos más íntimos amigos, Boni y Chilongo, de profesión carpinteros. Los tres se criaron y vivían en la misma barriada de Cuatro Caminos, sortearon en la misma quinta y casualmente trabajaban juntos en la contrata de las obras de la Gran Vía.

Mariano era el dueño de la *tasca*, de la cual eran asiduos y consecuentes parroquianos los carpinteros y el ebanista.

Dándose las últimas manos de tocado, mirándose contemplativamente la colocación de la gorra y del pañuelo al cuello a un espejito de mano que también era del uso de su madre, dijo a ésta:

—Si viniera el Boni, dígame que estoy en la taberna de Mariano... Y hasta luego, madre.

Estas palabras no tuvieron contestación.

La señora María tenía el carácter noble y se limitaba siempre a no exteriorizar sus rencores ni enfados.

Cuando hablaba a su hijo, lo hacía razonablemente, con acentuada moderación y mansedumbre, como solía hacer también para aconsejar a *su difunto* Miguel, según costumbre de nombrar a su esposo.

El Sol destacaba en patentes vibraciones los oropeles de sus rayos luminosos, ayudado del

viento sutil y cortante de la mañana, cuyo ambiente aspiraba Sancho lleno de felicidad, saludando a su paso por la calle de Hernani, en donde más se le conocía, porque en el número 17 tenía su casa, a algunas que otras personas por el encuentro de las mismas horas a diario, poco más o menos.

En Bravo Murillo y glorieta de Cuatro Caminos, el vocerío de los vendedores y público mañanero; los obreros, de ambos sexos, camino de sus obligaciones y talleres; el tintineo de las campanas de los tranvías al unísono del zumbido proporcionado por la tracción eléctrica en su marcha, y mucho de lo que significa movimiento y vida en una población...

¡Cuántos cálculos haría su madre muchas veces, de un lado para otro en aquella glorieta, mientras él estaba en la cama, para resolver el problema del día con setenta céntimos, aproximadamente, que como único recurso les quedaba en casa algunos finales de semana!

¡Cuántas veces cifraba sus esperanzas en su tío, pensando recibir algún dinero de él que para remediar sus miserias les mandaba en determinadas ocasiones! ¡Cuán triste se hace el vivir a los que luchan con tantas dificultades!

No sabía si montar en tranvía o ir andando. Vacilando, esperó un poco; y como el público aumentaba en grandes proporciones, esperando también, optó por lo segundo. ¿A qué esperar perdiendo tiempo, si para conseguir montar tenía que aguantar el vaivén de una avalancha, pisotadas y empujones? Y si había dos tranvías en expectación de marchar, estaban reservados exclusivamente para los educandos de un convento...

Diez minutos después daba vista al punto de cita con sus amigos.

Al distinguir su centro de reunión, vió a Mariano, que se hallaba de pie a la puerta de la taberna.

Los «buenos días» y el «¿qué hay, Mariano?» fueron contestados con «chico, dale de beber a Sancho».

Chilongo había llegado poco antes.

—Vaya unas entraditas, ¿eh? —dijo Mariano, presentándole cuatro barreras del siete, mientras Juan saboreaba con aspereza una copa de aguardiente mal refinado—. Os advierto que se están pagando los tendidos a siete y ocho duros.

Los dos amigos repararon en las localidades y se miraron con disimulado recelo, en asombrosa incertidumbre, esperando con resignación la cuantía de su carga.

—Venga lo que sea y como quiera—contestó Sancho.

—Y ese capricho, ¿no vale *na*?—respondió Chilongo casi a la vez.

—Marcial, el revendedor, me las ha *dejao* a ocho pesetas cada una, a precio de taquilla, porque, tratándose de amigos, no me iba a cobrar más caro.

—¡Claro, hombre!—asintieron, interrumpiéndole Chilongo y Sancho al mismo tiempo, ya libres sus pensamientos de la amenaza terrible que esperaban.

Si a Mariano le hubiera dado por decir que le habían costado a cinco o seis duros cada una, ya tenían hipotecada la mitad de la semana. Y ¿qué hacer? ¡Pecho al agua!

Pero no fué así. Mariano era hombre de conciencia y no abusaría nunca de tan buenos amigos. No podía cobrarles más que lo que Marcial le pusiera, y éste tampoco le pediría un céntimo más de lo que le hubieran costado, porque se le acabarían las consideraciones y, lo que era peor, el crédito en la *tasca*.

Apareció Boni, y su presencia fué saludada con unas copas de chinchón que dispuso el tabernero.

—Oye, no eres nadie madrugando —le interrumpió Sancho con señalada y alegre ironía,

como diciéndole que llevaban un buen rato esperando.

—Pues, chico, cuando he podido. Vaya para cuando me toca esperar a mí; y aunque el que espera, desespera, esperando..., ya sabes.

Los demás se mostraron indiferentes, y, cambiando de tono, prosiguió:

—¿Qué hay de eso, Mariano?

—Todo está listo—murmuró Chilongo, cortando el diálogo.

—Hemos tenido mucha suerte: ayer no había entradas en taquilla y, sin embargo, nosotros las tenemos... Siempre — como dice el refrán — es bueno tener un amigo, aunque sea en los infiernos.

—Y, ¡qué!, ¿vamos a dar una vuelta por ahí, o echamos un mus?—interrumpió Sancho.

—Como queráis y lo que digáis.

—¡Oye, Bonil: si os parece, esperar un poco, que pronto vendrá el señor Tiberio y podéis jugar de compañeros; y, si queréis, yo acompañaré al que sea hasta que venga otro.

—¿Ya quieres que nos pongamos a jugar? — replicó el ebanista.

—Iremos más bien a dar un paseo, a ver qué hay por ahí—intercaló Chilongo al mismo tiempo.

Mariano, aunque demostraba complacencia, quedó indiferente.

CAPÍTULO II

El cinismo de unos ignorantes y la psicología del beso

Salieron a la calle los tres camaradas comentando las atenciones de Mariano, cuyas palabras eran de elogio indiscutible y de gratitud a sus merecimientos.

Alegres y dicharacheros, marchaban por la calle de Fuencarral con dirección a la glorieta de Bilbao, a una de cuyas *tascas* se encaminaron, invitados por Chilongo, a tomar unas *limpias*, que, con ademán resuelto, satisfizo anticipadamente éste.

Siguieron por los boulevares, y en la calle de Sagasta les llamó la curiosidad una cocinera que llevaba colgada del brazo una voluminosa cesta. Los chicoleos sucedieron sin interrupción; y, ante la prudencia de ella, adelantóse Boni a tocarle el delantero de la blusa.

—¡Oiga, morena! ¿esto es verdad?—preguntó, cínico, uniendo la acción a la palabra el carpintero.

La cocinera se detuvo con ademán resuelto a darle una bofetada, y como no pudo desahogar su ira, llena de cólera, respondió:

—¡Ya podía usted tocarse las narices, so asqueroso!...

Y, ante la protesta y palabras proferidas por la ofendida, continuaron andando para eludir el es-

pectáculo que pudiera ofrecer tal responsabilidad motivo de su libertinaje.

Libres de la tormenta dictatorial de la cocinera y en la plaza de Santa Bárbara, entre risotadas y dichos por la ocurrencia absurda de Boni, dijo Chilongo:

—¿*Aunque* no sabéis lo que estoy pensando?

Sancho y Boni no supieron qué contestar, ante cuyo silencio prosiguió Chilongo:

—El que sea capaz de dar un beso a la mujer que elijamos, se le paga esta noche la cena.

—¡Chico!—contestó Boni asombrado—. Se conoce que te encuentras muy fuerte.

—¡Hombre! *Pa* eso no creo que haga falta ningún capital. He querido decir la cena *pa* los tres, porque no otra recompensa mayor puede merecer ese atrevimiento.

—El mayor postín que podemos permitirnos será viendo los bigotes a Mariano, en donde supongo tenemos crédito proporcionado a nuestras alturas y a nuestras fuerzas.

—¡Ah!... Pero ¿pensabas que creíamos ir a casa de Lhardy?

—¡Hombre, ya!—interrumpió Sancho—. A casa de Lhardy, desde luego que no; pero sí nos pones en trance de ir a dar con nuestros huesos en la Comisaría.

—Si continuamos así no daremos un paso.

—Dar vuestra conformidad y lo que digáis se hará. Cuando llegue el caso, el más decidido será quien chupe del bote.

—¡Entendido!—repusieron los otros casi a la vez.

Sancho continuó:

—Ahora lo que hace falta es conocer la cena que va a ser, no vayamos luego a salir por peteneras, pidiendo Agustín Blázquez o carta blanca y champagne.

—¡Anda, éste! ¡Pues no exagera, que digamos!—interpuso Boni.

—Y dos jamones con seis pollos—contestó Chilongo, mirando a Sancho y recalcando la exageración de su parecer—. Tomaremos un plato de judías, que las hacen muy bien en casa de Mariano; un filete con patatas y media de *morapio* corriente cada uno. ¿Hace?... Café y media copita que no exceda de cincuenta céntimos por barba; ahora, si no estáis conformes con eso, vosotros diréis.

Esta proposición fué acogida con palabras y demostraciones afirmativas.

—Oye, Chilongo—dijo Sancho—: veo que hubieras hecho buena pareja con la cocinera de antes, porque *pa* disponer en asuntos de tragar, lo haces bien.

—No creáis que me desagradaba del todo la morucha; estaba buena... Y, hablando de otra cosa, ¿qué hacemos aquí *paraos*, a *to* esto?

—Tienes razón—replicó Boni—. Vamos andando y hablaremos de lo que sea.

Los tres amigos continuaron debatiendo el interés de su conversación por las calles del Barquillo y del Almirante.

—¿Y dices que hubiera hecho buena pareja con la de antes?... Pues ayer, si la ocasión se hubiera *presentao*, estuve a punto de caer en el lazo cuando iba *pa* casa.

Los amigos se reían, sin creer en la veracidad de estas palabras.

El carpintero prosiguió:

—No creáis que miento. Cuando salía de la *tasca* anoche, se cruzó una muchacha, *¡chipén!*, más jacarandosa y salerosa que un peón. Me gustó... ¡un rato!, porque quien no tuviera aquel gusto sería memo, y yo, como no lo soy, excuso deciros. La di alcance, chicoleando su simpatía y garbo; y ya junto a ella, como movido por un resorte, llevado del deseo que sentía por su ángel, igual que si me hubieran *dao* cuerda en la lengua, le dije *to* lo que podía, en requiebros y requiriéndola de amores. Hasta que por fin volvió su cara,

sonriendo agradecida, *pa* decirme: «¡Cuánta guasa tienen ustedes los hombres! Seguramente será usted *casao* y con hijos; mejor será que vaya a cumplir con su mujer, que le estará esperando»... Y cambiando repentinamente de color me suplicó azarada: «Haga el favor de retirarse, que estoy comprometida»... Inquebrantable y con más fe en mis acometidas, continué en mi empeño hasta que vi se le aproximó un tío más serio que un guardia civil; y, como haciéndome el distraído, abrí la boca como un tonto y me aparté de aquel ángel quedándome como el que ve visiones... Jamás he visto mujer que me llamara tanto la atención... Primero dije: ¡La has *diñao!*, Chilongo; ahí está tu media naranja; y luego ya veis... Si me hubieran *echao* un jarro de agua fría por encima, no me hace tanta sensación como aquello.

—Será verdad— murmuró Sancho—. Pero no debe culparse a la suerte en cualquier acto que nos pareciera satisfactorio. En lo que se desprende del entendimiento o el aprecio como único entusiasmo, si por circunstancia imprevista nos viniera la negra, porque ya sabes hay un refrán que dice que «hasta el fin nadie es dichoso», en inteligencia de que en principio hubiera *marcho* bien; pero..., chico, no estaría de Dios, y cuando las circunstancias se niegan, no hay que darle vueltas, que no puede ser...

Hizo una pausa mientras los demás observaban con prudencia, y prosiguió:

—¿Ya no te acuerdas de las relaciones que tuviste con Luisa?... También creíste haber *encontrao* tu media naranja, y ya viste el pago que te dió... Jamás deberíamos disputar lo que creyéramos pudiera convenirnos. Podemos, naturalmente, creer en algo, pero sin seguridad en la creencia, porque las consecuencias nadie sabe cuáles puedan ser. ¡Cuántas personas hay que nos parecen buenas y son malas!... Y al revés: hay quien parece malo y es más bueno que el pan.

—¡Gachó!—exclamó, estirando la cara y con los ojos espantados, Boni, como asombrado por las expresiones acertadas de su amigo.

—Pero oye tú: poco a poco. ¿Es que nos estás soltando algún discurso de don Ramón y Cajal, o te has vuelto loco?—respondió Chilongo.

—¡Hombre! Si es que no se puede hablar en serio, me callo—repuso Sancho.

—Eso tú lo dirás: si hemos salido a divertirnos o a contar cosas tristes—interrogó con marcada ironía Chilongo.

—¡Anda, guasa!—aumentó, sonriéndose, el ebanista, dándole al mismo tiempo con los dedos una puñalada en el vientre.

Entonces Boni intercaló casi a la vez:

—Pues a mí, por lo menos, mientras vivan los abuelillos, no creo que me enganche ninguna.

—Y me parece que éste, mientras viva la señora María, hará lo mismo, aunque, como suele decirse, que nadie podrá decir «de este agua no beberé».

—Después de todo, tenéis muchísima razón. Pero vamos a dejarnos de discursos parándonos a cada momento y a ver qué resolvemos de lo que hemos convenido.

—¡Hale, hale; ahora mismo!—exclamaron Sancho y Boni, uniendo la acción a la palabra.

Las cocineras se sucedían por las encrucijadas de aquellas calles con relativa frecuencia. Era la hora de sus distracciones amorosas, del paseo matutino en esta clase de artistas, que, como mariposas, revolotean con la cesta al brazo en las plazas y mercados con satisfacción y dicha en típica algarabía, como jaleadas por el contraste y las voces de los que pregonan sus mercancías. Las menos llevan una pinche o educanda, auxiliares o aprendices de cocina, a quienes en tal caso encomiendan la carga. También sobresalían al concierto callejero educandos o escolares acompañados por alguna sirvienta directriz que los escoltaba a sus clases.

Chilongo estuvo acertado para elegir tema de sus convicciones.

Parados al pie de una frutería en la calle del Almirante, deshaciéndose en chicoleos con la frutera, joven, de cara sonrosada como las manzanas que vendía, mientras despachaba a una cocinera...

—¡Jesús, cuanta tontería!—repuso con ademán resuelto y jovial la frutera—. ¡A ver qué van ustedes a llevar! ¡Anden, anden, compren algo!

—¿Cuánto quiere usted por esas dos manzanas?—contestó Boni con intención picaresca, señalando al pecho de su interlocutora, que respondió con desdén:

—¡Hijo mío, estas manzanas no tiene usted dinero para pagarlas!

—Diga cuánto quiere, a ver si llevo bastante.

—Ha llegado usted tarde... Vea usted a su dueño y propóngaselo, a ver si se las vende, que yo, como no son mías, no puedo disponer de ellas, ni para venderlas ni para regalarlas, aunque tuviese algún capricho; así es que vayan por ahí, que seguramente las encontrarán ustedes a placer.

Mientras pronunciaba estas palabras, cruzó junto a ellos una mujer rubia que llamó la atención de todos por su hermosura y que la frutera decía haberla visto pasar muchas mañanas como si fuese a la iglesia de San Pascual. Algunos días la acompañaba un señorito, que aparentemente sería novio por lo entusiasmados que iban en sus coloquios y lo mucho que alegremente se arribaban.

Representaba unos veintitantos años, de estatura media, pecho bastante abultado, cuelló corto, cintura estrecha, caderas anchas y pies pequeños; vestía de negro, con velo a la cabeza, rosario y libro de misa en las manos. La blancura de su cara se destacaba del negro de sus ropas como sus ojos, haciéndola más atrayente y codiciable

por la descripción de sus líneas y el movimiento rítmico de sus andares.

—¡Vaya una mujer!—argumentó Boni apretando los dientes, mientras Chilongo asentía con la cabeza, sintiendo el aguijón punzante del deseo también.

—¡Olé por las mujeres hermosas! ¡Bendita sea la Virgen del Carmen!...

—Ahí tienen ustedes ocasión—dijo la cocinera, marchándose.

—¡Eso es! ¡A ver el valiente!—afirmó Boni.

Sancho, sin pronunciar palabra, la siguió impasible, y ante la indiferencia de la joven, cuando estaba bien cerca de ella y próximos a la esquina del paseo de Recoletos, la tocó en un hombro, y cuando ella volvió la cara se encontró con la de él, que sonriente, flemático y cínico le dió un beso. La sorpresa de ella fué grande y en su aturdimiento vergonzoso no supo qué hacer... Después sintió no haberle dado, aunque hubiera sido con el libro, en la cara, y continuó su camino resueltamente a la iglesia. También vaciló primeramente en llamar a un guardia, pero optó por aprudentarse. Nadie había reparado en el incidente de cuya forma daría un espectáculo del que a muchos pudiera ofrecerles duda. Además, el individuo se alejaba a reunirse con los que asombrados a la puerta de la frutería celebraban con risotadas la brutalidad e insolencia; y cuando Sancho volvió la cara para ver temeroso la actitud de aquel ángel, respiró satisfecho porque la señorita había desaparecido.

Reunidos otra vez con la frutera, hacían comentarios de habilidad y suerte que tuvo para ello, como decían los carpinteros, menos la frutera, que, aunque también se reía, recriminando el caso con exacerbada censura, profirió:

—Pues si se propasara conmigo algún hombre, menuda bofetada iba a llevar.

—¡Vamos!... Que no le daría a usted tan fuerte,

mujer—contestó Chilongo—. Son caricias amorosas que ninguna mujer debe despreciarlas; y si a cualquiera que le guste una van a darle una bofetada en vez de agradecérselo, ¡no sé!

—¡No una, tres! Son ustedes, los hombres, muy frescos.

—¡Bueno, bueno!—interrogó Boni, aparentando formalidad—. Déjese de tonterías y a ver si compra algo, como usted quiere, mujer.

—Tiene usted razón—dijo Chilongo, sosteniendo con hipocresía el concepto moral que por el hecho defendía la frutera—: a la mujer deben guardársele mayores respetos y consideraciones que nosotros guardamos.

La frutera volvió al tema de su negocio, mostrando con satisfacción los cestos de fruta, indicando precios y elogiándoles calidad, mientras se inclinaba a coger, para mostrarles mejor, una naranja elegida por ella, en cuyo instante, Boni, que la seguía de cerca, espiando sus movimientos, la cogió fuertemente por la cabeza y estampó un beso en su cara, diciendo:

—¡Esta es la manzana que yo quiero!

—¡Y este es el gusto que va usted a sacar, so sinvergüenza!—contestó la joven, enérgica y llena de cólera, dándole una sonora bofetada.

Sin esperar respuesta, los tres desvergonzados salieron, más que de prisa, casi corriendo, con dirección a la calle del Barquillo.

Algunos transeúntes se detuvieron, reparando en la marcha de aquellos individuos, sin intención alguna, porque la frutera no reclamaba su detención y únicamente profería palabras soeces e injuriosas contra ellos; más que nada, les movía a risa, por los dicitos y predicaciones de la joven.

¿Qué habrían hecho?... ¿Le habrían dicho alguna barbaridad, o la habrían tocado al pasar? Algo habría sido, pero nada grave sería, porque, en su airada protesta, no lo exteriorizaba tampoco.

Libres del alcance y miradas que les persiguieron hasta desaparecer, detuviéronse próximo al número 12 de la calle del Barquillo, a discutir nuevamente el programa de la cena. Chilongo sería la víctima. Sancho y Boni no quisieron ser uno menos que otro; si el primero besó, el otro también. Hubiera incurrido en ridícula cobardía el que no hubiese sido capaz de hacerlo, y muchísimo mejor si a los casos favorecen las circunstancias.

¡Cuántos seres pasan desapercibidos por ahí, que serían señaladísimos héroes, con el aplauso y la admiración de todos, si tuvieran ocasión de serlo!... ¡Y cuántos hay que favorecidos por la suerte señalaron como tales las circunstancias!... Esto sucedía a Chilongo. No es que tuviera menos capacidad que sus amigos para dar un beso a una mujer, sino es que no había tenido ocasión como los otros y le molestaba le creyeran incapaz considerándole impotente. Le abrumaba esta idea, aguantando pacientemente el turbión de mofas y de consignaciones que por la cena le hicieran los otros.

De la tienda próxima salió una sirvienta, sin poder apreciar si era bonita o fea de cara, porque se situó de espaldas, vestida de negro con delantal blanco, que a pocos pasos de la puerta se encontró con otra muchacha, seguramente amiga o conocida, porque, al pararse, se les comprendía en sus ademanes que tenían confianza o, por lo menos, se conocían.

Abrumado Chilongo por la *tabarra* de sus amigos, sin reparar en las condiciones del sitio donde se encontraba la joven, o sugestionado tal vez por la idea de no quedar en ridículo, adoptando seguramente el procedimiento que Sancho empleó para besar a la señorita rubia, adelantóse a coger bruscamente a la sirvienta, que continuaba de espaldas, por una hombrera del delantal para besarla, ciego en la acometida, azarado y confuso.

Por la contracción y aspaviento de un gesto que hizo la amiga, pudo esquivar con atolondramiento la acción levantando el brazo de aquel lado y medio volviéndose, mientras Chilongo se encontró fuertemente asido por un brazo que le sujetaba improvisadamente un guardia que, a empellones y a rastras, lo llevó a la Comisaría, con la aprobación de los transeúntes que primeramente se apercebieron del suceso y la protesta de los que llegaban después impulsados por la curiosidad y el ocio.

—¡Ande *p'alante!*—decía el guardia, enérgico, revestido inflexiblemente de autoridad.

—Pero, ¡hombre!, si es que...—replicaba, sin terminar y sin ser oído, Chilongo.

—Ya te lo dirán por fresco, ¡so sinvergüenza!—debatía el agente, sin escucharle, reprimiendo su cólera, que de mejor gana hubiera desahogado con bofetadas y mordiscos, si le hubiera valido, a pesar de los pellizcos y empellones que en indiferente sordina le daba al conducirlo...

Los curiosos quedaron a la puerta del centro policíaco, mientras el guardia entraba con el detenido.

Era casualidad que la antesala al despacho del señor Comisario estuviera libre de litigantes y reclamados que tuvieran necesidad y se les exigiera comparecencia, y, precedidos del permiso pedido por el guardia, comparecieron sin obstáculo alguno a presencia de la autoridad.

—¿Qué pasa?—interrogó, cachazudo y como poseído de solemne dominio autoritario, el Comisario al guardia.

—Nada: este individuo, que ha pretendido besar a una joven.

Chilongo quiso hablar primeramente, pero no le dejaron. La mirada amenazadora del Comisario se lo prohibió, implacable y enérgica.

—¿Usted no sabe que es un atentado a la moral besar a una mujer en la vía pública?...—sos-

tenía el Comisario en alta voz, frunciendo el ceño y cada vez más enérgico.

—Mire usted, señor... —suplicaba Chilongo, queriendo hablar.

—¡Y si sigue hablando irá usted atado codo con codo!... ¡¡Sí, señor, en la vía pública!!; ¿ha oído usted?...—recalcaba el Comisario fuertemente, encendido en cólera y cortando la palabra al carpintero...

Después de breve silencio, mientras se disponía el representante de la Ley a prevenir al escribiente que tenía a su izquierda, interrogó al detenido:

—¿Cómo se llama usted?

—Benito Chilongo.

El guardia, al oír el nombre de Chilongo, se puso pálido, mientras el auxiliar sentaba en un pliego de papel las contestaciones.

—¿Es usted casado?

—No, señor.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiséis.

Y así continuó hasta tomar completamente la filiación a Benito. Después dijo al guardia, con actitud de mando:

—Que pase la joven.

—No está, señor Comisario—contestó el guardia, sumiso.

—Entonces, ¿en qué pensaba usted?—dijo activamente extrañado y amenazador—. ¿Ha tomado su nombre y sus señas?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—María Chilongo.

—¡Caramba!—repuso, asombrado, imaginando que el agente se hubiera tirado una *plancha*—. ¡Qué casualidad, en un apellido tan raro!... Y ¿dónde vive?

—Barquillo, doce, primero, derecha.

—¿Cómo es eso?—preguntó el Comisario al car-

pintero, sospechando con discreción que los nombres eran iguales.

—Es hermana mía, señor Comisario—murmuró Chilongo, respirando y sin esperar aún a que el representante terminara de hablar.

El Comisario, el escribiente y el guardia se miraban absortos y extrañados, sin atreverse a pronunciar palabra... Por fin, el Comisario, tras ligera pausa, en son reprensivo y queriendo sostener la energía que le caracterizaba, continuó:

—¿Y por qué no lo ha dicho antes?

Y al guardia, con aparente e indiscreta reflexión:

—Usted, ¿cómo no se ha fijado también?

El guardia, reconociendo su error, puso cara de inocente, sin replicar palabra, y Chilongo contestó:

—Quise decirlo, pero ni el guardia ni aquí me dejaban hablar.

—¿Qué es eso?—interpuso el Comisario, caracterizándose nuevamente con el carpintero, lleno de cólera y cada vez más enardecido aparentemente por sostener el principio de autoridad—. ¡Mucho cuidadito con lo que se dice!... Usted debe saber que está prohibido besarse en la calle, y hemos terminado...

—Está bien, señor Comisario—contestó humildemente Chilongo.

—¡Que hemos terminado y puede retirarse!...—replicó altamente el Comisario con energía aterradora.

Chilongo se apartó, tímido, y salió con la cabeza baja.

A la puerta del centro policíaco esperaban María, que había llegado poco después que ellos, sus amigos y unos cuantos muchachos que se habían estacionado ansiosos por curiosear pormenores del espectáculo...

Cuando apareció Benito, María y sus amigos cayeron sobre él, ávidos por conocer los resulta-

dos de su detención, en la creencia cierta de que nada grave hubiera sucedido. Chilongo, en cambio, se mostraba ofendido. Hizo historia de su detención y la suerte que tuvo cuando, decidido y ciego por la mofa de los otros, lanzóse equivocadamente a besar a su hermana, confundiéndola con otra mujer. Los otros se reían movidos por acontecida casualidad. Culpaban también al guardia, condenando al acto de su detención de ligereza repugnante. María atenuaba los calificativos que daban al guardia diciendo que había procedido de modo tan enérgico porque se trataba de ella, que era novia suya. Boni y Sancho estaban enterados porque se lo había prevenido María. Chilongo también apercibióse del error al besarla, cuya equivocación le había evitado seguramente pagar una multa o sufrir un castigo.

—Entonces no vi nada— sostenía el carpintero—. Ni me acordaba siquiera de mi hermana, y mucho menos que pudiera ser ella, hasta que la toqué para darle el beso. Estaba ciego porque éstos me tomaban el pelo de manera tan escandalosa que más no pude resistir, y me dije: «A la primera que pase me tiro»; y después pensé que a la primera que viera, y fué ésta. afortunadamente, mejor que otra... Y ahora, *pa* que me detengan otra vez, vuelvo a besarte—reiteró con energía, abrazando a su hermana y besándole fuertemente en la cara.

Los demás miraron con indiferencia el calor que Benito ponía a las palabras que resumieron el incidente. Es indudable que el segundo beso fué diferente al otro. La besó antes como sus amigos besaron a las otras también.

El beso se manifiesta, en todos los órdenes metafísicos, con fases diferentes, como se producen los efectos, según los casos, las circunstancias y las cualidades de quien lo emplee. En la misma ocasión es diferente el beso empleado por distin-

tas personas, como son diferentes los efectos que el individuo produce al darlo.

El beso es el sello de la apreciación y del concepto, la expresión del afecto y la demostración de la afinidad, aunque el afecto sea más o menos intenso, como generalmente prueba en casi todos los casos. Todos los besos son diferentes, a excepción de los empleados por las mismas personas en la misma ocasión y en iguales condiciones de besar. El otro beso fué un acto de conveniencia mutua y de acuerdo recíproco entre sus amigos y él. No es el beso que los padres emplean para besar a sus hijos ni el que emplearan éstos para besar a aquéllos. No es el beso con que se besan dos hermanos, como se besaron últimamente el carpintero y la sirvienta, ni el que los primos utilizan para besarse tampoco. No es el beso que algunas amigas se dan hipócritamente al saludarse, aparentando darle entonación de expresivo afecto al saludo con efecto insustancial porque se dan al aire cuando las caras se juntan y se pronuncian los labios al estrecharse. No es el beso que se da a un niño que se quiere, ni el que innecesariamente se da a otro niño por halagar a sus padres, ni el que los niños se dieran obedeciendo a mandatos superiores. No es el beso que se da a un anciano ni el que se da al cadáver de la persona querida. Tampoco es el beso que la tierra da, cuando, por condición inexcusable de las leyes físicas, recibe en su seno a los que mueren, ni el que las plantas, para engalanarse, dan a la Creación cuando por naturaleza brotan sus hojas. No es el beso que las flores dan a la aurora, al abrir sus pétalos sonrientes para saludar al nuevo día, ni el que el Sol da a la Tierra para fecundizarla generosamente con sus rayos potentes y vivificadores. No es el beso del matrimonio, ni el que se dieran precipitadamente dos novios hurtando a la distracción en el instante, ni el que los amantes emplearan como pa-

liativo de sus libaciones y de sus ocios. Puede ser, y tampoco es, el beso del que obligadamente besa, como el que Judas Iscariote dió al Profeta de Nazaret en el huerto de Getsemaní. Es otro beso...

Es el beso que, sin efecto físico, por obligación amistosa o libertinaje, damos susceptiblemente a otra persona, sin más importancia moral que la situación y condiciones recíprocas de quien se besa, satisfaciendo únicamente el compromiso egoísta del besador, como besaron éstos.

María despidióse del grupo, requerida por el cumplimiento de sus obligaciones, y los amigos fueron con dirección a la Red de San Luis para montar en un tranvía que los condujese a Cuatro Caminos.

CAPÍTULO III

Comentarios breves

En los tranvías procedentes de Puerta del Sol no pudieron montar porque iban ocupados excesivamente, hasta que llegó uno de los que hacen el recorrido entre la Red de San Luis y Cuatro Caminos, por Hortaleza, que indiferentes e irreflexivos los restituyó a sus casas.

Frente a la calle de Gravina esperaba una cocinera con su cesta. A una indicación de ella paró el conductor y la joven montó, con la solicitud y cuidado del empleado, que la recibió amablemente, colocando su mercancía en la plataforma delantera, junto a la cual se situó.

El coche no llevaba mucho pasaje, cosa rara en los tranvías de esa línea, que la mayor parte de las veces van abarrotados de público.

Era la joven que tocó Boni en la calle de Sagasta, y casualmente volvían a encontrarse con ella. Sancho salió a la plataforma con objeto de tramar conversación si la cocinera se prestaba. Al ver a Sancho, miró en seguida para el interior del coche y apreció el encuentro de los tres cínicos que horas antes la tocaron. Era el único viajero que había en la plataforma y no se inmutó al verlos. Cuando Sancho salió del interior hablaba con el conductor, que, suspicaz y discreto, le había requerido, porque era joven, frescachona y codiciable. Sancho le hizo indirectamente una pregunta para ver cómo se presentaba, de cuyo

instante el empleado retiró su palabra. Primeramente ella puso reparo en contestar a Sancho, cual si estuviera ofendida, aunque después franqueó su palabra, satisfaciendo la curiosidad de su interlocutor.

—¡Claro! La cocinera no va a la compra por capricho, va porque, como es quien hace la comida, tiene que comprar las cosas a su gusto.

—También comprará a gusto de los señores alguna vez.

—Sí; pero es lo mismo.

—No tan indiferente como usted dice, porque los señores propondrán casi siempre lo que quieren.

—¡Según!

—Me figuro que no, porque lo creo muy natural, aunque diga lo contrario—supuso con naturalidad Sancho.

—Es usted muy curioso y, aunque no debiera, por educación voy a satisfacer su curiosidad.

—Así me gusta.

—Cuando la cocinera va a la compra, propone compra, por cumplir, a los señores, y, si acaso, éstos someten a ella el parecer de lo que deseen comer...

—Está bien.

—En las buenas cocinas no se meten los amos. Hoy tengo, para mediodía, cocido y dos platos de principio, que es bastante, y para la noche, pollo, besugo, huevos y nabos. ¿Qué le parece?

—¡Buena cena!—contestó Sancho, intencionado.

—Aunque lo diga con la intención que quiera, nada tiene de particular y no es para tanto.

—No, mujer. ¿Qué intención puedo tener en reconocer una cosa corriente como lo que dice?

—Algunas veces pasa la señorita a la cocina a preguntar por los huevos; y si pienso ponerlos en salsa y tiene el capricho de que se los pase por agua, los hago como ella quiera, porque la cocinera que tenga vista lo primero que debe hacer

en una casa es tener contenta a la señorita dándole el gusto que quiera para tenerla de su parte y estar con ella el tiempo que le dé la gana.

—Es natural.

—Le prevengo que nosotros no vivimos por aquí.

—¿Y cómo es eso?

—Yo estaba con los señores; pero mi señorita, cuando se casó, me llevó con ella porque decía no podía acostumbrarse a otra más que a mí.

—¿Entonces estará usted *encantá* de la vida?

La cocinera, haciendo caso omiso del parecer de Sancho, prosiguió:

—Hace tres años que se casó, me llevó con ella, y estoy bien porque tengo lo que quiero y hago lo que me da la gana.

—Así se puede vivir bien... Y el señorito, ¿qué dice?

—¡Huy! El no se mete en nada.

—¡Quién pudiera volverse como usted, siquiera una noche, *pa* dar gusto a la señorita!

—¡Jesús, hijo! ¡Pues no le ha *dao* poco fuerte!

—¡Ah, si me diera!

La cocinera prosiguió, indiferente a lo demás, tras ligera pausa:

—No es escrupulosa ni repara gran cosa en las comidas, porque es una mujer muy sencilla.

—Es raro que no la guste el pollo, ¿verdad?

—Si lo dice con segunda, será cosa de no contestarle—replicó la cocinera, escamada.

—¡No, mujer! Con segunda, no, porque es muy raro encontrar a una mujer que no le guste el pollo.

—Ahí tiene usted un caso. Luego con el gallo que tiene será bastante—argumentó la joven, sin perder de vista la indiscreción del ebanista.

—¿Y cómo viene usted por aquí?

—Porque el otro día se puso muy mala la señora; avisaron a mi señorita, nos vinimos, y llevamos ya tres días sin salir de ahí. Ella dice que

mientras su mamá no se ponga mejor no vamos a casa.

—¿Viven ustedes muy lejos?

—Si piensa hacerme el padrón, le contestaré o no; y si lo hace por satisfacer un deseo, responderé con gusto para complacerle.

—Muchas gracias, aunque haya reconocido mi indiscreción al preguntarle.

—Puede hacerme las preguntas que quiera porque a nadie se ofenderá con mis contestaciones. Los señores viven en la segunda casa nueva de la derecha que hay en la calle de Sagasta, y mis señoritos, en Jacometrezo, cuarenta.

—¡Ah, sí! Me parece que los conozco o, por lo menos, tengo idea de haber oído hablar de ellos —respondió arbitrariamente el ebanista, buscando nueva luz y pasatiempo al comentario.

—Puede ser—indicó reflexiva y cautelosa la cocinera—. Vamos a verlo, por si es verdad.

Abrió la cesta y sacó unas fotografías que llevaba envueltas en un papel y, mostrándolas a Sancho, dijo:

—Mire: la otra tarde se retrató para que le hicieran esta ampliación, vestida de monja... Y esta otra, cogida del brazo del señorito, el día que se casaron... Ahora vengo de recogerlos... ¿Qué le parece?

—Está muy bien.

—En la ampliación está como es.

—¡Es colosal!

—En estos otros le han hecho poco favor, porque le han sacado la nariz un poco más gorda que la tiene.

—De cualquier modo, ¡vaya una mujer!

—En cambio, aquí parece que le han sacado la cara más pequeña,

—¡Quién la pillara, con *to* lo que usted dice! —reiteró Sancho, codicioso y sosteniendo cada vez más su asombrosa reparación.

—Aunque no es de las más guapas, que digamos, es muy vistosa y está bien.

—¡Ya lo creo!

—En cambio, él es como un pito. Mire usted: tiene la nariz larga y como un apagador de velas. A mí, como hombre, no me gusta.

—A mí tampoco.

—Sin que lo diga, me lo figuro—murmuró con gesto de maliciosa sonrisa—. Ella, sí, dice que está contenta porque gana mucho dinero y tiene muy buena carrera.

—Es médico, ¿verdad?—repuso el ebanista con intención de obtener respuesta satisfactoria.

—¡Ca! Es procurador. Es de los que siempre andan con la Justicia... Si puede que lo haya oído nombrar... Se llama don Toribio Ladrado de la Cuerna.

—¡Ah, sí! Ya sé, ya sé—contestó Sancho, por indiferente e intencionada complacencia—. ¡Sí, desde luego! el señor Ladrado es muy conocido.

—Aunque como hombre no vale nada, es muy bueno; ¡eso, sí!

—Me extraña que una mujer tan hermosa como su señorita haya sido tan poco escrupulosa para casarse con un hombre por el dinero y su carrera.

—Ella no lo quería ni a tres tirones. Fué una boda que hizo la familia a la fuerza y a disgusto de ella.

—Me río muchas veces cuando oigo decir de cosas que se hacen a la fuerza.

—¡Claro! Si se impusieron los señores, no tuvo más remedio que casarse... Ella a quien quería verdad era a un novio que tenía cuando se casó con éste, que los padres de ella no lo querían porque decían que era un golfo; pero la señorita estaba *chiflá* por él.

—No estaría muy *chiflá* cuando no se casó.

—Créame que sí, porque le costó muchas lágrimas dejarlo. Yo, personalmente, no lo conocí,

porque ella se ocultaba de mí por desconfianza de que se lo dijera a los señores; pero, en conversaciones que tenía conmigo, decía que era muy guapo y siempre estaba mentándomelo y contándome cosas de él: que si un día le dijo el señorito Alarico; que si el señorito Alarico por aquí; el señorito Alarico lo otro; y siempre con el señorito Alarico en la boca.

—Y usted, ¿qué le decía?

—Yo, nada. Todavía se acuerda de él. El día que se lo encuentra vuelve a casa más contenta que si le hubiera *tocao* la lotería y me dice, riéndose: «Sebastiana, a ver si sabe usted a quién me he *encontrao*... ¡A Alarico!»

Y, diciendo estas palabras, el tranvía se detenía en la plaza de Alonso Martínez y la cocinera descendía, ayudada del conductor, que le daba la cesta, y ella se retiraba sin saludar siquiera.

Pensaba con indiferente prudencia si nada halagador merecía, cuando los requiebros y la admiración fueron encaminados siempre a la persona de la señorita. ¿Tan despreciable era ella, que no tenía derecho a nada? ¿No era lo suficientemente *flamenca* y vistosa, como le habían dicho otros, para no merecer durante la conversación aquella una palabra de halago o de pequeño elogio para ella? ¡Vaya un imbécil!

Aunque la conversación fué de pasatiempo, el que nada hubiese merecido ella le había ofendido. ¡Nunca creyó hubiera hombres tan poco galantes y desconsiderados como aquel curioso!

Los carpinteros y el ebanista llegaron a Cuatro Caminos, y Sancho hizo referencia a sus amigos de la conversación que había tenido con la joven, sin aprecio alguno y como pasaje de momento.

Ninguno ganó la cena porque los tres salieron iguales.

Hubo algunas indirectas para Chilongo porque había besado a su hermana; pero como no se hizo reparo al cruzarse circunstancias de esa natura-

leza, y por lo que había sido detenido, optaron por que estaban iguales y cada cual pagara su cena.

Despidiéronse en la glorieta, con la advertencia de reunirse a las dos y media en la *tasca* de Mariano para ir a los toros.

CAPÍTULO IV

Lamentaciones vulgares

La señora María estaba disgustada porque el recaudador de cédulas había estado a cobrar y este pago diezmó los fondos en casa, de modo que le quedaban seis pesetas para solucionar las necesidades de tres días que faltaban a la semana hasta que cobrara su hijo.

Comerían pan con alguna sardina areuque o pan solamente con aceite para distraer el hambre, aunque su hijo, ajeno a tal miseria, le reclamara el almuerzo que tenía costumbre de llevar a la obra y solícita y cuidadosamente preparaba ella.

Estaba muy empeñada con la tienda de ultramarinos, pendiente y con deseos de pagarle cuando recibiera dinero de su cuñado. Ya no podía pedir con la libertad de antes, absteniéndose cuanto pudiera, porque las últimas veces que sacó fiado el tendero puso un ceño que trabajosamente pudo soportar ella, avergonzada, a pesar de que la tienda se tragaba casi todo el dinero que ganaba su hijo para comer malamente. Ella con cualquier cosa estaría satisfecha; y al preguntarle Juan, le quedaba el único recurso de decirle que había cenado; pero sus pensamientos, que batallaban contra un poder formidable, tuvieron que rendirse forzosamente y confesar poco a poco sus necesidades.

Sancho no se apuró al escuchar el relato que

su madre hizo de la situación y apremios que le mortificaban. Pediría al contratista algunas pesetas adelantadas para terminar la semana y todo marcharía bien.

La juventud no debe arredrarse por nada.

Aunque sabía lo que eran necesidades y conocía las amarguras y obscurantismos de la vida, sabía sonreír también a las desdichas y, si era preciso, a la muerte. ¡Cuántos días, en momentos amargos, cifró sus esperanzas en la voluntad rendidora de su tío! Y luchó contra aquellos instantes de angustia, venciendo la impiedad de sus crueldades e ignominias... Mientras él viviera, su madre no se quedaría sin comer ni un solo día. Trabajaría como fuese, buscándose horas extraordinarias para que saldara también los débitos que tenía con el tendero. ¡Parece mentira qué poco considerado, comprándole cuanto necesitaban desde que vivía su padre, y aparentaba enfado por unas veintitantas cochinas pesetas que le debía! En cuanto su madre pagara, no volvería a comprar en aquella tienda. No estaría mal ir a darle un descaro, porque así no se procedía con quien tanto gasto le había hecho. Pero, en fin, la mayor reprensión que podía darle sería no volviendo a comprarle nada, como había pensado antes.

¿Y aquellos individuos que, sin reparar en su necesidad, fueron a cobrar un impuesto que para nada necesitaba? ¿Hasta qué punto había derecho al sacrificio en aquellos términos?

No había más remedio que pagar, porque de lo contrario no podrían vivir: emplearían la fuerza, embargándoles los cuatro trastos que tenían, dejándolos en la calle. La necesidad se imponía por forzosa obligación.

Yo antes ganaba catorce reales y vivía mejor que ahora con catorce pesetas, porque si mis haberes han aumentado un cuatrocientos por ciento, la vida ha encarecido un seiscientos. ¿No es po-

sible poner freno a esos abusos corrigiendo esa desproporción?

De cualquier modo, el que tiene dinero puede soportar mejor esos *latigazos*, porque siempre vive bien; pero ¿y a mí?

Los que con autoridad suficiente para subsanar esos males no toman medidas necesarias para suprimir esos propósitos desafortunados por un egoísmo insaciable, deberían hacerlo muchísimo peor, apremiando hasta la consunción de modo que, al hacer la vida más difícil todavía, se dieran cuenta los borregos algún día y despertaran indignados, convertidos en leones.

A grandes males, grandes remedios; a las situaciones malas deben suceder las buenas; y para que esto suceda, deberán ser malas de verdad, para lo cual a nadie deberá apercibirse por sus defectos, porque a sus descontentos pudiera corregirles una milésima parte de sus necesidades haciendo con sus víctimas como se hace con los niños cuando para contentarlos se les da un caramelo, y ese lenitivo a tan grandes males agravaría la enfermedad y siempre sería fácil incurrir en culpas de irreparable responsabilidad. A ver si ocurre como a los ratones cuando comen el queso, que se envenenan o revientan al comerse también las bolas que pusieron para cazarlos.

Déjese correr a cuestiones importantes como quien deja rodar la bola, porque no queremos entender ni lo que es un pimiento.

La política fué sinónimo de tauromaquia, porque si el político empleó el discurso para distraer al Pueblo, el torero utilizó el capote para engañar al toro y triunfar en la Plaza.

El Pueblo es el moribundo que, sin remedio, se queja de las dolencias que empeoran su enfermedad; no halla médico que pueda corregir sus padecimientos y el agotamiento físico lo debilita y extenua.

Verdaderamente, el pago aquel le había puesto

de mal humor. Ahora tenía que afrentarse otra vez al contratista, sin necesidad, para que le anticipase dinero. Don Nicolás, en aquella ocasión, verdaderamente era su paño de lágrimas y no le cabía otro remedio que ir a él.

Los amigos no podían remediarle, porque ganaban menos, tenían más obligaciones y lo pasaban mucho peor y con bastantes menos elementos de redención que él.

Si tuviese dinero, no tendría prejuicios de ninguna clase...

Tuvo un momento de satisfacción y, después, le atormentaba insistentemente el recuerdo de su tío con el pensamiento en la desgracia; pero se animaba pronto, porque en la última carta les decía que estaba bueno e insistía, como siempre, en que no desanimaran y se fuesen con él.

Era lenitivo fugaz que se extinguía con el empeño que su madre ponía por esclarecer los motivos de aquel silencio, acentuándose impetuosamente en su imaginación el sobresalto y la duda con la impaciencia natural de averiguar cuanto antes lo que fuese. En cuanto pudiera, iría a ver al portero que le había recomendado la señora Isabel y lo averiguaría de forma precisa, aunque tuviera que darle una peseta para que tomara café.

¡Imposible continuar así! Le apremiaba su madre para inquirir noticias, razonándole por la necesidad e interés personal de quien se trataba, y no había puesto atención, como ahora, que los consejos zumbaban en sus oídos con lamentaciones desagradables. De cualquier cosa hablaría a su madre menos de sus ahincos y advertencias, por el temor seguro de que le haría responsable por desobediente y abandonado. Obraría en silencio hasta satisfacer el deseo y daría después la noticia que tan angustiosos e impacientes los tenía.

De repente oyó la voz de su madre, que lo llamaba para comer:

—¡Anda, hijo, vamos a comer!

Sin replicar palabra, Juan salió de la habitación inmediata y sentóse a la mesa.

El cuarto, pobremente amueblado, se componía de tres piezas en planta baja, con sala pequeña, cocina a la vista y dos alcobas a su lateral izquierda. La entrada de las alcobas hallábanse cubiertas por colchas de algodón en colores ordinarios; al lado derecho de la sala, una cómoda de pino pintada en negro, y a su izquierda, una mesa pequeña de cocina; en el espacio de pared que había de puerta a puerta de alcobas y en altura convenientemente dispuestos, algunos retratos sueltos, tarjetas postales y cromos de anuncios, unos colgados y otros sujetos por alfileres, y en el centro de la sala, una mesa camilla y cuatro sillas, distribuídas ordenadamente y completando el mobiliario de la habitación.

—¡Madre! ¿No tenemos vino?—profirió Juan, sentándose, extrañado.

—Es que no me he *acordao* de traerlo, hijo; pero no importa; comeremos sin él.

Juan no respondió. Tomaron la sopa, y cuando la señora María echó el cocido sobre el plato, se apercibió su hijo de que el cocido se componía solamente de garbanzos y de tocino, y murmuró asombrado:

—Pero ¿también se le ha *olvidao* la carne, madre?

—No, hijo, no se me ha *olvidao*; pero fíjate que, por lo que hasta aquí me cobraban cuarenta céntimos, querían hoy sesenta.

—¿Y qué importa? Sin comer no podemos pasar; y las economías con lo indispensable no pueden ser.

—No podremos pasar y, sin embargo, tenemos que salir de la semana como podamos.

—¡No se apure usted, madre!, que todo llega y pasa también.

—Pues, hijo, tendremos que pasar como sea.

—¡Claro! Pero no como usted supone.

—Cómeme el tocino, que tengo poca gana; yo me arreglaré con garbanzos.

—Quien se lo tiene que comer es usted, porque, si no, me levanto y me marcho.

—Está bien; come y no te preocupes. No te enfades.

Terminaron de comer sin proferir una palabra más y al mismo tiempo que la señora María quitaba de la mesa los útiles de comida sacaba Juan la petaca, liaba y encendía un cigarrillo, que aparentaba fumarse con tranquilidad, apoyada su mejilla derecha sobre la mano del mismo lado. El silencio era interrumpido solamente por el tictac de un reloj despertador que había sobre la cómoda... Juan miró al reloj, que marcaba las dos menos diez, y, terminado de dar las últimas chupadas al pitillo, se levantó y entró en su alcoba a ponerse la gorra, y, con ella puesta, salió a la calle; mientras su madre quedó fregando los utensilios que habían ensuciado comiendo.

El *Capitán* quiso ir con él; pero, por mandato del ebanista, lo contuvo con fingida amenaza la anciana.

CAPITULO V

Concepto social y ligera reseña crítica de una corrida de toros

Cuando Juan llegó a la *tasca*, ya estaban esperándole Chilongo y Boni.

Mariano se hallaba disgustado por no poder ir a los toros. Su mujer estaba con dolores de alumbramiento y no podía separarse de casa. Él, que ya tenía preparada la bota, ¡cuánto sentía no poder presenciar la fiesta!... ¡A él, que no se le había escapado «ni una», como solía decir!; pero, en fin, había que tranquilizarse, porque la obligación era primero que la devoción.

Invitados recíprocamente, unas veces por unos y otras por otros, tomaron algunas copas de pies, servidos por el chico en el mostrador.

—Y tu entrada, ¿qué vas a hacer con ella, Mariano?—interrogó Sancho.

—Chico, cuando supe que no podía ir, se la di al carbonero. Ya lo encontraréis allí, porque, como son correlativas, estará junto a vosotros. ¿Por qué lo decías?

—Por nada; por curiosidad.

—¿A qué hora empezó a sentirse mala tu mujer?—preguntó Chilongo.

—Serían las diez y media cuando notó los primeros dolores y en seguida mandé *recao* con el chico a su hermana. Si no hubiera sido por eso, ¿creéis que iba a perder la entrada?... Pero no puede ser; ya veis cómo tengo la casa.

—¿Vino tu cuñada?

—Sí, hombre, ahí dentro está con ella. No creáis que se dió mucha prisa, porque serían las doce cuando llegó.

—Bueno, Mariano; vamos a irnos ahuecando —dijo Chilongo, mirando que eran las tres menos cinco en el reloj de la *tasca*, que había sobre la pared.

—¿Habrás avisado a la comadrona también?

—La avisé cuando mandé *recao* a mi cuñada. Preguntó al chico que cuándo había empezado con dolores, dijo que ya vendría y todavía la estoy esperando.

—Oye, Mariano —advirtió Sancho—: aunque tú no vienes, llevaremos la bota y beberemos a tu salud.

—¡Sí, hombre, no faltaba más!

—¡Ni una palabra! —apoyó Chilongo con el tabernero, como diciendo que era excusada la proposición del ebanista.

—¡Danos la *morena*, chico! —suplicó Boni al muchacho, por la bota, que estaba colgada a la vista tras del mostrador.

El chico miró primeramente a su amo, por ver lo que decía, y como asintiera éste con la mirada, dió la bota a Chilongo, que alargó las manos para cogerla.

Se disponían a marchar los tres amigos y, en calidad de saludo, significaron al tabernero sus deseos de enhorabuena:

—¡Que tenga una hora corta! ¡Que salga bien!

—dijeron Boni, Chilongo y Sancho al mismo tiempo.

Encamináronse a la Plaza, por las calles de Fuencarral y los boulevares, a salir por la de Lagasca a la calle de Alcalá. En ésta, el movimiento era espantoso. Las aceras iban llenas de gente bullanguera, como si fuesen a una romería; los coches, tranvías y ómnibus iban abarrotados de público también. Se oía la tralla de los aurigas,

que fustigaban con animación al ganado, a cuyo trote acompasaba la algarabía y ruido de los cascabeles. Era el recitar de muchos días, por el afán e interés de ver algo nuevo que pudiera sumarse a la fantasía del espectáculo: algún quite, algún pase de cabeza a rabo o alguna filigrana culera que pusiera en tensión los nervios de sus espectadores. La gente se desbordaba en griterío atronador por las puertas de la Plaza, estrujándose al entrar, corriendo y atropellándose después, como temerosos de perder su localidad. Era la conciencia pública, el juez supremo que emitiría libremente su fallo inexorable, premiando las buenas acciones y condenando a las malas con el estigma de su inflexibilidad. El ebanista y los carpinteros tomaron asiento en sus localidades, satisfechos de haber conseguido ser espectadores, para emitir y formar juicios del espectáculo, y, como les previno Mariano, hallaron al carbonero junto a ellos, que los recibió solícito y deferente, sumándose al entusiasmo y afición que en los obreros despertaba la fiesta. El tío Tiberio, por que se le conocía al industrial del combustible, asiduo concurrente y partidario entusiasta de los toros, solía jactarse de ser indiscutible inteligente en aquellas circunstancias.

La música, símbolo de la moral, entonó algunos pasos dobles, para distraer con su bella armonía las miradas de la inteligencia.

Actuaban ocho toreros para lidiar dieciséis toros, caso poco conocido, porque generalmente las corridas suelen celebrarse con ocho toros, la que más, y cuatro espadas; pero se trataba en ésta de un caso sumamente excepcional, y la habían concertado así porque cuatro tenderos de la calle de Alcalá habían hecho aguas mayores a las puertas de sus establecimientos y el Ayuntamiento en pleno había acordado en sesión solemne dar aquella corrida monstruo, para que no volviesen a incurrir en semejante abuso. También el Ayun-

tamiento tiene la buena costumbre de otorgar al Pueblo cuanto el Pueblo necesita y pide. Y si ante silencio inconsciente el Pueblo se manifestara, con derecho o sin él, excuso decir que su demanda sería concedida *ipso facto* y sin necesidad de apelar a la influencia de Castelar, como hicieron muchos, para recabar un derecho yendo junto a su estatua.

Los conceptos morales enseñan que al que res-
peta debe respetársele también. No hay derecho
a percibir malos olores porque a unos señores se
les antoje. Lo menos que un Pueblo puede apetecer
es que en los gases atmosféricos no haya microbios...
Si la necesidad hubiese sido menor, todavía cabría
el recurso de decir «pase», porque no olería tan mal
y con que hubieran paseado a aquellos buenos señores,
con los pantalones caídos, por las calles más céntricas
de la población, a ver si enrojecían de vergüenza,
nos hubiéramos conformado, cuya proposición hizo un
concejal de la oposición, sin ser atendida; pero cuando
se enteraron los mangueros y barrenderos, pusieron
el grito en el cielo, protestando del abuso incalificable
y asqueroso, y soltaron los útiles de trabajo, amenazando
con una huelga de brazos caídos que hubiera sido una
cosa de lo más terrible que hubiéramos conocido, por
la sencilla razón que, al no haber brazos, tampoco habría
quien les pusiera las botas.

Salieron ocho espadas, seguidos de zascandiles
y comparsas, banderilleros y peones, encaminándose
con extremada gallardía a saludar a la Presidencia,
como los Ministros en Portugal cuando iban al Palacio
de su Soberano a ofrecer sus respetos a la autoridad
suprema.

¿Qué les dirían con el movimiento genuflexivo de
cuerpo, a la altura que se encontraba uno y tan lejos
como se hallaban otros?

Alvarito II, que fué el primero en saludar, expuso:

—Señor, torearé, o gobernaré, que es lo mismo, como mejor pueda, para honra y gracia de vos.

A continuación, Balbitio dijo tramoyeramente:

—*M'alegro* de verte *güeno*, porque, como te hallas a tanta distancia, no puedes entenderme y poco te importará lo que pueda decir y ofrezca si, después de todo, haré lo que me convenga.

El consagrado artista Rusito, por sus relevantes excepcionales dotes en mando, superiores a las de los demás, se explicó en estos términos:

—Una vez que he llegado al pináculo de la gloria, no haré otra cosa que salir del paso; y después, que mis entusiastas y adversarios digan lo que quieran mientras duermo tranquilo sobre mis laureles.

—Soy de la Tierra de María Santísima—exclamó arrogantemente Sanguerrito—, y lo que haga, será para mi capote, que es lo que más me interesa.

Saludó Franquito con cara de bonachón, para manifestar ligeramente:

—Brindo por mi suerte y que a los demás los parta un rayo.

—¡Si seréis cándidos que creéis voy a interesarme por vosotros!—expuso Pergaminito.

Cabrerito, de carácter obscuro, frunció el ceño para hablar:

—Haré algo para estimular vuestras necesidades a costa de vuestras costillas.

Y Chicherito, enérgico y como si al saludar fuese a pronunciar un discurso en alto tono, dijo:

—Señor, mi conciencia me dicta hacerlo como se me manda y me conviene, para conservar mi prestigio y popularidad. Y, si me dejan, como nada necesito, lo que haga será para vosotros.

Todos se debían al público porque el público fué quien les eligió primeros espadas, en momentos de ceguedad y delirio, el día que recibieron la alternativa. Pero ¡cuán distantes se hallan el de-

ber y la conciencia! Hay quien supone que el deber es la consideración que se tiene consigo y estiman la conciencia comparándola con la caballerosidad que sólo el nombre conoce y al recordar la virtud invocan el honor sin escrúpulo de haber perdido hasta la vergüenza.

La Presidencia, en piadoso recogimiento espiritual, mirando arriba, cruzó las manos y poniendo los ojos en blanco musitó una oración. En la Plaza no se oía una mosca. ¿Qué diría? Porque como nadie oyó lo que pudo ser, muchos se hicieron esa pregunta, quedando con una cuarta de narices y la boca abierta.

¿Quién sabe si sería algún recitar como sentencia alocutoria a sus designios, parecido a los individuos de algunas instituciones viciosas que, para dar fe de adhesión, consagran sus ideales bajo palabra de inquebrantable fidelidad?

Cuando a un torero le dan la alternativa, la Presidencia invoca sus preces al Todopoderoso, seguramente en estos o parecidos términos:

—Ya que por vuestra astucia y engaños la Providencia ha tenido la honra de concederos el alto galardón y de permitir os impunemente cuantas filigranas y jerigonzas se os antoje con los pobrecitos animales, pido a Dios que, si es verdad cuanto decís, os premie, y si es mentira, os coja el toro y os saque las tripas igual que a los caballos. ¡Sed buenos meneando las piernas y el culo con salsa y bazarra, ya que sabéis ostentar garbosamente la ropa y el estoque por que desmaya la Humanidad y el bello sexo se extasia deshecho en gusto y entornando extático los ojos!...

También tenéis en el sexo feo impertérritos y furibundos entusiastas. Lo advierto para que no os hagáis ilusiones de que solamente os quieren las mujeres: los colorines y el ajuste de la ropa al cuerpo, para apreciar mejor vuestras formas, fueron estudiados y dispuestos a placer y sin réplica alguna por queridísimos admiradores vues-

tros. ¡Tened presente que, después de este grandioso y nacional espectáculo, saldremos en los periódicos y así podrá la gente contemplar mejor vuestra gallardía y gentileza! ¿No os enternecéis viviendo satisfechos y hecha pública ostentación de vuestras figuras arrogantes? ¿No se os ponen los corazones como muñuelos y vanidosos sentis moverse, como a los muñecos del ¡pim, pam, pum!, las fibras de la sensibilidad exquisita?...

El público contemplaba silencioso la ceremonia cual feligreses y devotos en la celebración de una misa.

Fué tal la sensación que el acto causó a algunos espectadores, que, con la boca abierta y los ojos arrasados en lágrimas por el entusiasmo solamente de verlos, no pudieron por menos que evacuar una necesidad, y hubo mujer que, impaciente, se levantó del tendido dos o tres veces, sintiéndose indispuesta por la impresión que le causó el ritual ceremonioso de los flamencos.

Los espadas se retiraron, con respetuosa inclinación de cabeza, de la Presidencia, diciendo entre dientes:

—Honraremos tus predicaciones y daremos la puntilla las veces que podamos, para que la gente no se escame al ver correr con exceso la sangre de los mansos.

Y dando cabriolas prepararon a sus satélites para que estuvieran listos a sus engaños y granujerías con los animales.

El clarín amenizó los saltos y anunció, como lamentándose, la presencia del primer bicho, negro, largo de pitones y de mucho poder.

Alvarito hizo un quite muy oportuno a un peón, que se aplaudió bastante. Siguió trasteando al de Pitorreo, y Consulito puso un buen par, escuchando palmas.

Rebote dió un puyazo y el respetable permaneció silencioso. Derribó dos pencos y Consulito puso otro par, bueno también.

Alvarito cogió los palos y brindó al tendido del ocho; citó al de Pitorreo y colocó los palos en todo lo alto, cuarteando, por lo que recibió muchas palmas y un obsequio de las señoritas objeto del brindis. Con la muleta hizo una faena admisible y se oyeron palmas y *clés* en el respetable, que con expectación y escalofrío espeluznante clavó la vista en la faena del lidiador; cuadró al morucho, que se hallaba algo receloso porque denotaba tener pequeño defecto en un ojo, y, perfilándose, arreó una media, y la opinión se dividió. Quiso descabellar y, acertando al segundo intento, dobló el toro.

Se aplaudió bien, aunque no en todo el lleno que tenía la Plaza.

Chilongo ofreció un trago de vino a sus amigos para remojarse la boca, que se les había secado durante la faena de muleta, y Sancho dió al señor Tiberio a beber también.

Este, comentando la faena de Alvarito, dijo que nadie debió aplaudir, porque estuvo mal.

Salió el segundo, de Canciones, saltando como una cabra, *colorao*, pequeño y corto de pitones.

Un peón de Franquito dió unos cuantos lances y salió revolcado.

Pergaminito hizo un buen quite, que se aplaudió.

A Chugasti, que fué a poner banderillas, se le antepuso Cuerna y colocó un buen par al cuarteo, que con justa razón se aplaudió también. Derribó un penco, y el de Canciones siguió fuerte e intrépido. Le citó Chugasti para un par, que no agarró más que un palo, y volvió con otro, que consiguió poner tras larga preparación.

Balbito cogió la muleta y dió algunos pases, aplaudidos, dos de ellos con intervención de la música. Se perfiló con el acero y dió media regular, descabellando con la puntilla.

El público se mostró silencioso e indiferente.

El tercero era *bragao* y mansurrón. Tenía resabio y era algo incierto en sus acometidas.

Los peones se confiaron mucho, recibiendo algunos revolcones sin consecuencias.

Caminero puso dos pares regulares y se aplaudió otro también de Maestro.

A los caballos no le entraba.

Naciones hizo un quite muy a tiempo, que le aplaudieron extraordinariamente.

Maquinero dió un puyazo, y el público protestó con indignación; el penco escapó ileso.

Rusito pasó de capa, luciéndose en molinetes; quiso poner banderillas y recibió una silba; con la muleta hizo una faena valiente y admirable, con aplauso de todos; cuadró al de Pitorreo y dió media un poco ladeada; volvió a entrarle y pinchó en hueso, y, al intento de tercera vez, dobló el toro al segundo golpe de descabello.

Negro, como el primero, era el cuarto, pero con más poder y malas intenciones.

Sanguerrito quiso pararlo con algunos capotazos sin lucimiento.

Algunos peones se interpusieron entre sí, queriendo capear todos.

Zalamero colocó un par bueno y Frescales picó una vez.

Mató dos caballos, y Cordobés puso dos pares.

Sanguerrito cogió los bártulos y se dispuso a pasar de capa, haciendo una faena incolora, por la que se oyeron pitos.

El de Canciones no cuadraba para la preparación que quería el espada, y el público le *abucheó* diciéndole que se fuese. Dió un pinchazo desacertado y, ante la bronca, que se generalizó, dió otro más, y el toro, degollado más bien, cayó, y el puntillero remató al primer intento.

El público, indignado, desde sus localidades, le arrojó almohadillas, botellas... y cuanto halló a su mano, y arreció la bronca en tales proporciones que la primera autoridad vióse obligada a intervenir para que cesase el escándalo, y se anunció la salida del quinto toro.

Los peones trabajaron bien al de Pitorreo, que estaba regular de pitones y era totalmente blanco.

Andaluz puso un par admirable.

Derribó un caballo y Tranquilo puso una buena vara; mató otro jaco, sin acertar Escribano a picarle, y Panfileño colocó un par con arte y bizarría.

Franquito, provisto de su instrumental, dió varios pases tendidos y dos por alto; cuadró al bicho y dió una estocada hasta el puño, que hizo innecesaria la puntilla, por la que recibió una ovación delirante, dando la vuelta al ruedo.

Era el sexto: grande, de pocas carnes, zaino, abierto de cuernos y ligero de pies. Dió algunos sustos sin consecuencias, y Borréguez puso un par, que se aplaudió.

Malaguete puso una buena vara, y derribó un caballo.

Borréguez volvió a poner otro par igualmente bueno, como el primero, y Aspirante picó bien y en su sitio, muriendo otro caballo.

Pergaminito cogió los palos y colocó un par en todo lo alto, que se aplaudió; se dispuso a pasar de muleta e hizo una faena bastante aceptable, y, perfilándose para matar, dió una estocada bien, y dobló el de Canciones.

Descabelló al primer intento y hubo división de opiniones.

Sancho pidió la bota a Chilongo para beber y echaron un trago.

El señor Tiberio decía que la corrida estaba proporcionándole ganas de dormir.

El séptimo era de Pitorreo, negro, de mucho poder y bien puesto de pitones.

Cabrerito lanceó por verónicas y faroles, haciendo una faena universalmente artística y admirable. Con los palos, puso dos pares al cuarteo y recibió una ovación estruendosa, acompañada de música.

General colocó un par y Quintorro otro, bueno también.

Cabricornio fué desarmado de la pica por el bruto y Sanguerrito hizo un buen quite, evitando seguramente un disgusto a Cabricornio.

Guerrerito puso una vara buena y murió un penco.

Cabrerito, puesto a pasar de muleta, los dió de rodilla y pecho que a los espectadores ponía el pelo de punta; cuadró al morucho y, perfilándose, dió una colosal que rodó el toro como una pelota.

Durante largo rato se oyó una ovación atronadora y la música entonó un paso doble.

El público, puesto en pie, pidió las orejas y el rabo para Cabrerito, y la Presidencia otorgó sin vacilación alguna.

Salió el octavo, berrendo en negro, lámina preciosa en formas, sangre y poder.

Chicherito dió unos lances poco lucidos y el bicho se desconcertaba, queriendo huir. Chicherito lo recogió, y el de Canciones, huyendo, junto al cuatro, quería saltar al callejón.

Imposible cogió los palos e intentó, sin éxito, poner un par, porque el toro corría sin hacer caso a nadie por más que le acosaban.

¡Lástima de bicho, tan bien hecho y bravo como parecía!

El público se levantó de sus asientos para increpar a la Presidencia, pidiendo que lo echaran al corral.

Los lidiadores persistían, corriendo tras él, sin conseguir nada. ¿Qué mosca le habría picado?

—Esto no debió ser, Canciones. En éste nos mandaste un borrego por un toro, y esto no puede ser, ¡no y cien veces no!... Así no se engaña, Canciones.

El señor Tiberio protestaba desaforado, con gruesas y atronadoras palabras, en condiciones que un espectador que estaba más arriba dijo

que le iba a pisar la cabeza porque con sus voces se habían asustado sus chicos, creyendo que estaba loco.

El carbonero refutó la amenaza con otra mayor, y a no ser por la intervención de un guardia y de Sancho, la cosa hubiese ido a mayores.

El agente quiso llevarlos detenidos, y el espectador en cuestión hizo saber que era un bizarro y digno oficial del Ejército de la República de Andorra que había tenido el honor de venir con su familia a presenciar la fiesta.

El guardia cuadróse en seguida, con la mano derecha sobre el casco, y se puso a sus órdenes, amenazando al tío Tiberio con llevárselo atado, aunque fuese tiznado de carbón, como estaba, y de cualquier modo, si no reprimía su protesta y deponía su actitud, de palabras tan escandalosas y chillonas, y pedía perdón al señor aquel por cuanto le hubiera ofendido.

Los amigos reconciliaron al tío Tiberio y la cosa quedó nuevamente tranquila.

Salieron los cabestros y se llevaron el toro.

Como daba la casualidad que no había ninguno de reserva, a Chicherito se le obligó a torear en seguida el que le hubiese correspondido después.

Anunciaron el noveno, que salió como una flecha, embistiendo a todo lo que veía. Era negro y largo en defensas. Chicherito quiso trastearlo, y al primer intento fué cogido aparatosamente, y pasó a la enfermería porque dijo se había lastimado un pie.

Castigado, al poner una vara, fué desarmado y muerto el penco, acometido hasta en el suelo.

Opiniones trató de poner un par y fué cogido y zarandeado por la taleguilla, con la admiración y temor de todos, sin recibir el menor daño.

Alvarito dió unos cuantos capotazos buenos, parando al de Canciones; con la muleta hizo una faena superior, con pases de todos colores, para

una media, que bastó, descabellando al segundo intento.

Se escucharon palmas.

El décimo era cárdeno, de bastante sangre y regular de pitones.

Alvarito lo trasteó de capote, queriendo pararlo; mas el de Pitorreo prosiguió incansable en sus acometidas, y el espada vióse obligado a defenderse por pies, metiéndose en los burladeros y saltando al callejón en algunos casos.

Naciones puso un par admirable, arrancando aplausos del respetable.

Gandingas puso también una vara buena y Rebote otra regular.

Mató dos caballos y Alvarito, de oro y grana, cogió los trastos y se dirigió a brindar la muerte del cuadrúpedo a una niña del tendido número dos. Pasó de muleta, sereno y valiente, con varios de pecho y dos por alto; cuadró y, perfilándose, colocó media en su sitio, y dobló el toro.

El puntillero acertó al primer golpe y escuchó una ovación.

Del número dos pidieron la oreja y la Presidencia negóse a concederla.

El décimoprimer, de Canciones, salió con ganas de pelea.

Era grande y *colorao*; de instrucción no andaba bien, porque el animal se negaba al trapo, acometiendo al bulto.

Era de cuidado para los lidiadores, que empezaron por conocer las intenciones del marrajo.

Balbito lo recibió con el capote, haciendo faroles y molinetes.

El Civil puso una buena vara y Cuerna un par muy vistoso, que se aplaudió.

Pregonero dió un puyazo, saliendo derribado.

Murieron dos jacos; y Chugasti cogió los palos y puso otro par regular.

El de Canciones llegó a la muerte duro y sin quebranto en la pelea.

Balbito, con los trastos, quiso pasar de muleta, sin empapar de trapo al animal; perfilóse para matar y colocó una entera en mal lugar, promoviendo una bronca en el público, que duró unos minutos. No obstante, dobló el toro y el puntillero descabelló al segundo intento.

Al décimosegundo lo recibió Rusito, capote al brazo, con algunos molinetes, a pesar de la entereza del animal.

Era berrendo en negro, bien de cuernos y de muchas arrobas.

Se aplaudieron dos varas de Maquinero y de Factores, con mucho aplauso, y mató dos jacos.

Caminero hizo un quite muy oportuno y Maestro colocó dos pares al cuarteo en todo lo alto.

Rusito, que vestía de oro y negro, se dirigió, sentencioso, al de Pitorreo y dió dos pases parando; siguió con la muleta repitiendo su faena doctoral, que arrancó al público de sus asientos. El bicho era noble y siguió acometiendo incansable.

Rusito lo cuadró y, echándose la escopeta a la cara, entró derecho, agarrando una hasta las péndolas, y rodó el toro sin puntilla.

Se oyó una ovación justa y se le concedió una oreja.

Sancho y sus amigos bebieron vino; y el señor Tiberio protestó del aplauso que le tributaron a Rusito, diciendo que la estocada estuvo mal dada porque no fué en su sitio y que la faena no tuvo nada de particular.

Apareció el décimotercero, *colorao*, bien de carnes, largo de cuernos y mansurrón.

Los peones lo capearon y, por la confianza en su tranquilidad, produjo algunos sustos en la cuadrilla.

Sanguerrito dió unos cuantos capotazos sin lucimiento, porque el de Canciones no entraba por uvas.

Zalamero puso un par desprendido, que le silbaron.

Cordobés colocó otro par en mal sitio, que no le silbaron por las condiciones inciertas del animal.

Chanchullero puso dos varas y murió un caballo.

Sanguerrito quiso pasar de muleta y el bicho se le negaba; y tras una pequeña preparación, para que cuadrase, metió el estoque hasta el puño, recibiendo un pequeño varetazo que no le impidió continuar; lo citó nuevamente y el toro dobló, descabellando al primer intento.

Se oyeron algunas palmas, y como Sanguerrito es muy presumido, lo agradeció con inclinaciones de cabeza, sonriéndose y enseñando sus largos y amarillentos incisivos, como es costumbre en este espada vanidoso.

El décimocuarto era *colorao* también, como el anterior; pero de más sangre, en buenas carnes y corto de pitones.

Franquito lo toreó de capa con admiración de los circunstantes; quiso huir, pero se hizo con él, y el de Pitorreo arremetía con todo bicho vivo.

Escribano puso una puya buena y Tranquilo otra media bien señalada.

Murieron dos jacos y Andaluz colocó un palo de los que intentó.

Franquito quiso hacer algo con el capote, dando unos cuantos recortes sin lucimiento; y Panfilleño puso un buen par, que no arrancó aplausos debido, seguramente, a las pocas simpatías que tenía este torero.

Franquito, sin montera y con mucha voluntad, se dirigió al de Pitorreo dispuesto a todo: pasó de muleta y dió unos cuantos pases buenos; cuadró al bicho y se perfiló, dando un pinchazo señalando bien; volvió a intentar otra vez con una media, y el toro se desangraba; le dieron un aviso, y lo intentó otra vez con otra media, y el de Pitorreo dobló.

A fuerza de intentonas descabelló y se oyó una pita fenomenal.

Salió el décimoquinto, berrendo en negro, largo de púas y ligero de carnes.

Pergaminito dió unos capotazos, parando al de Canciones.

Procurador, con los palos, colocó un buen par.

Aspirante se afianzó bien y puso una puya bastante buena. Procurador volvió a colocar otro par con limpieza, y se aplaudió.

Tranquilo quiso poner una vara y murió el jaco.

Pergaminito cogió los trastos y pasó de muleta, rozándole el bruto la chaquetilla. Se tiró a matar y colocó media que bastó. Intentó descabellar y lo consiguió a la tercera vez.

El público se mostró silencioso, sin emitir juicios.

El décimosexto era negro, largo de agujas y de mucho poder.

Cabrerito hizo un quite muy oportuno a un peón que se enredó en la capa y cayó delante del toro.

General puso dos pares: uno recibiendo y otro al cuarteo, por lo que escuchó muchas palmas.

Cabricornio colocó una vara muy a tiempo y Guerrerito otra bastante bien. Murieron dos pencos.

Quintorro, con los pies atados, citó al de Pitorreo y puso un par en todo lo alto; le hicieron algunos regalos y le tributaron una ovación atornadora.

Cabrerito dispúsose a pasar de muleta e hizo una faena emocionante y admirable: dió pases por todo lo alto, de molinete, de rodillas y de cabeza a rabo.

La música ejecutó un paso y marcha.

Cabrerito cuadró al bruto y, como el que bebe un vaso de agua, perfilóse recto y dió un volapié que hizo olvidar el recuerdo de admira-

ción y simpatía que se tenía por Mazzantini, y el de Pitorreo acabó dando la vuelta con las patas para arriba. La ovación que se tributó fué ensordecidora y delirante. Le concedieron las dos orejas con asentimiento del público y fué sacado en hombros de la Plaza al son de la música.

El señor Tiberio armó un escándalo con voces y denuestos, diciendo que no había derecho a tanto. Bien estaba que se le ovacionara, pero no con tanta exageración.

A la entrada de la enfermería se leía el siguiente parte facultativo:

«Durante la lidia del toro noveno, ha ingresado en la enfermería el diestro Máximo Chicherito, apreciándosele una ligera distensión en el pie derecho que le imposibilita continuar la lidia.—*Doctor Vivales.*»

Muchos espectadores fueron a inquirir noticias, deseosos de conocer el estado del diestro.

Algunas mujeres estuvieron a verlo; pero no se les permitió la entrada porque Chicherito se hallaba rodeado de sus íntimos y de los individuos más salientes de su cuadrilla, entre los que se recuerdan a Imposible, Castigado, a Opiniones, a Bigardo y a otros.

El gobernador y el alcalde mandaron recado interesándose y deseando saber el estado del paciente.

También preguntó por teléfono la bella y distinguida señora del señor ministro de Estado, en cuya familia contaba Chicherito con muchas y merecidas simpatías.

El público dejaba la Plaza comentando las faenas toreras y la cogida de Chicherito.

Por la avenida de la Plaza se desbordaba con lentitud expectante un gentío inmenso que hacía imposible la prisa.

Los vehículos de transporte, al centro, eran asaltados por los más comodones, que en inexpugnable avalancha ocupaban sitio hasta en los

estribos, achuchados por el empellón y el griterío.

En la calle de Alcalá se acentuaba la desbandada, diezmada por los que estrepitosamente entraban en los establecimientos de bebidas.

Los cafés y cervecerías del centro hallábanse totalmente llenos, comentándose en muchos grupos, con acaloramiento por los aficionados al toreo, escenas de la corrida, haciéndose imposible la estancia a la reflexión indiferente en algunos casos, por las porfias y el guirigay, juntamente con las reconocidas voces de los camareros demandando pedidos al echador.

Los vendedores de periódicos anunciando los diarios de la tarde y la cogida de Chicherito, con ese contraste de incesantes voces demandando lucha por la existencia; rapacillos que saltan de tranvía en tranvía ofreciendo a los transeúntes sus diarios con la noticia para ellos culminante de la tarde, asunto que pudiera despertar curiosidad y atractivo y creyeran necesario aceptable un número de su mercancía papelera. Menos traviesas las muchachas y mujeres, con obstáculo por las criaturas que algunas llevaban en brazos o de la mano, sin poder trepar a los carruajes, haciendo desgarros de lamentaciones para atraer la curiosidad del transeúnte a comprar también de su reducida y miserable ofrenda.

Una mujer, con dos pequeñuelos que mariposeaban a su alrededor, contrastando la ternura de sus voces con la de su madre, más necesitada tal vez y menos avara que los otros, pregonaba esquina a la Puerta del Sol y calle de Alcalá décimos de lotería, ofreciendo el premio mayor en algunos casos y por tres pesetas el gordo en otros.

Se hacía de noche.

Los tranvías tocaban repetidas veces sus campanas, pidiendo paso a los carruajes y transeúntes que se les anteponían; los automóviles avisa-

ban con sus bocinas, y los cocheros, en el pescante, con la rutinaria palabra de *jeeh!*, despertando la monotonía del ciudadano que se cruza ensimismado en preocupación y estéril bagatela. Otros, sin pensamiento fijo y como autómatas de la naturaleza, moviéndose siempre en un círculo vicioso, sin idea que los encamine, girando en el mismo centro bajo un concepto vago y atributo parasitario. La avalancha humana que incesantemente distrae sus ocios o quehaceres en laberínticas direcciones con inmenso caudal que se desborda por sus vías afluentes, satisfechos por la obsesión de una rutina o la mistificación de una costumbre.

Sancho, silencioso, denotaba una preocupación que sus amigos empezaban a conocer.

Requerido por Chilongo, contestó negativamente, esforzándose por contrariar efectos que no sentía. ¡Haber perdido la tarde sin ir al Ministerio a proponer informes para inquirir noticias de su tío!

Indudablemente, esperábale en casa el machacar de su madre, que le haría presente su desatención y desobediencia.

CAPÍTULO VI

Frivolidades y pasatiempo

A propuesta de Boni, encamináronse a casa de Mariano. Unos querían ir andando, y otros, en tranvía, alegando los primeros el tiempo que perderían esperando poder montar y lo incómodo que era viajar en esa clase de vehículos. Optaron por lo segundo, yendo a formar fila y a engrosar procesionalmente las extinguidas paralelas de la Puerta del Sol.

Chilongo llamó a una mujer que voceaba periódicos a pocos pasos y compró un número de *España Libre*. La vendedora no se acercaba a ellos porque no aparentaban ser de los que hicieran gasto y Chilongo vióse obligado a llamarla si-seándole. Los amigos acogieron el acto con asentimiento, de cuya forma pasarían un rato delicioso estudiando fases y leyendo escenas de la corrida.

Los tranvías hacían su parada oficial y sus plazas libres ocupábanse ordenadamente, sin distinción alguna de sexo, por parte de los que subían excesivamente a ocupar el vacío. Habían pasado varios cuando les llegó el turno a ellos: subieron a un veintisiete y casualmente pudieron ocupar asiento en un extremo de su interior. Obedeciendo al mandato de un jefe que tocaba el pito, púsose en marcha el tranvía, con las debidas y reglamentarias precauciones de repetir la salida del vehículo el cobrador, que tiraba de una co-

rrea, por la que sonaba un timbre que indicaba al conductor el momento preciso de partir. Por la calle de la Montera acudían decididamente algunos que, por la distancia que tenían necesidad de recorrer o la comodidad y sin respeto al *completo* que indicaba la tablilla, ocupaban sitio hasta en los estribos. ¡Cuánto pensamiento fluctuaría en aquella pequeña nave, que marchaba al concierto de la vida, más grande tal vez que algunos mundos!

El tío Tiberio adelantóse a pagar al cobrador el importe total del recorrido que pensaban hacer los cuatro.

Un hombre sentado, en último término, acodado un brazo sobre la cara anterior izquierda del coche, miraba, pero no veía por la falta de expresión en su mirada, a una mujer sentada enfrente con una cesta a sus pies; pensaba en un hijo ausente, sujeto al servicio militar y a la disciplina de las armas, y en el estado de una hija, enferma bastante tiempo ha. La mujer contaría al marido las exigencias del casero al no haberle podido satisfacer el recibo de alquiler de la vivienda que tenían. Junto al hombre, una joven distraía sus miradas hacia los transeúntes, haciendo repollos con los labios por apariencias de buen ver, mirando a su portamonedas y reparando a veces en la confección de su indumentaria. Frente a ésta, otra mujer, pobremente vestida, bostezaba y con el pecho al descubierto daba de mamar a un niño; pensaba absurdos, reparando indiferentemente en aquella joven con vaguedad infinita... Parece que los bostezos de aquella mujer tuvieron eco en el auditorio de aquel pequeño recinto, que bien pronto tuvo imitadores.

Dos jóvenes enamorados silabeaban, con la intención y el gesto, madrigales de amor: ella, a la derecha, reflexiva y ociosa, con la cabeza baja y contrayendo los efectos de su excitación, contaba repetidas veces los eslabones de la cadena de su

portamonedas, pugilato dactilar interrumpido ligeramente para ofrecer una sonrisa cariñosa al prometido de su corazón en holocausto de gratitud al placer de Venus; él, con el brazo derecho por detrás de ella, apoyando la mano sobre el marco de la ventanilla, movía sus labios con el sentir del deseo y la filosofía del convencimiento, correspondiéndole seguir o no los señalados horizontes de Himeneo; ella no tenía poder suficiente para resolver los planes de su felicidad, era solamente la coraza en donde se escudaba el azote de una lucha, el objetivo de un amor... ¡Oh, si hubiera podido decir!...; pero la relegaba a orden más inferior su condición y el sexo. Tendría quizá un hijo, más guapo que el que amamantaba aquella pobre mujer; no lo mirarían como generalmente se mira a la desgracia, con indiferencia y asco; le harían caricias y sería agasajado codiciosamente; no conocería miserias ni padecería dolores, se vería colmado por el amor y la felicidad, aunque en otros pensamientos dominara el recelo y la incertidumbre.

Otra joven miraba sin ver, porque el objetivo de su mirada se hallaba en la cita del amante, con la preocupación en la hora o el pensamiento en la acción de su cometido: su retina ocular no veía imágenes de paso; su pensamiento buscaría solamente formas nuevas en la rutina de su camino y mundo conocidos.

Dos jóvenes que hablaban con palabras entrecortadas por reservarse la substancia o vulgaridad de su conversación censuraban arbitrariamente las cualidades y la virtud de un tercer amigo, ante cuya presencia le harían objeto indiscutible de admiración, de simpatía y de afecto.

Los viajeros aprensados en las plataformas querían guardar los más el equilibrio de la marcha, entrecortado por el desagradable vaivén de la parada o el arranque de la salida; unos se miraban cara a cara con indiferencia y otros repara-

ban en el cogote o en la espalda de su inmediato cirineo, También había quien, pegado a una joven agraciada, aprovechaba los incidentes del viaje poniendo en movimiento sus piernas y la distracción insegura de sus manipulaciones.

Una señora, joven y elegante, mandó parar al cobrador y se decidió con gesto indiferente a salir del interior para descender; salió apretujándose trabajosamente contra la pía que formaban los de la plataforma, que aparentaban abrirle paso, algunos con las manos caídas y ademán hipócrita para tocar sus nalgas y apreciar por el tacto inseguro la disposición de sus formas, mientras que otros se movían para rozarse, buscando el contacto de sus pechos con el de la joven. El asiento que dejó libre la señora pasó a ocuparlo un caballero.

Subió un matrimonio y una mujer que nada tenía que ver con ellos. Esta se quedó en el estribo y un joven le echó mano para que no se cayese; le hicieron sitio y poco a poco fué filtrándose hasta colocarse de pies en el interior del coche. Un señor levantóse, invitando a que se sentara la señora, que vestía con elegancia. Para la mujer que se hallaba de pies en el interior no hubo oferta ni atenciones. ¡Bah! Era una mujer simplemente y su estética no merecía la pena de fijarse en ella para dedicarle una galantería; además, no tenía sentimientos ni podría distinguir, mientras que la otra era una señora y aparentemente estaba más obligada a conocer las fibras de la sensibilidad humana.

Un estudiante, con un libro de Fisiología elemental debajo del brazo, meditaba sobre la lección que al día siguiente expondría al profesor.

Entre el lleno que había en la plataforma anterior se destacaban dos soldados y tres guardias de pensamientos vulgares y trascendencia absurda.

Dos muchachas celebraban con risotadas impertinentes y desabridas las palabras que les de-

dicara cualquier cupido objeto de sus pretensiones o creencias amorosas.

Una señora, como de veintitantos años, tenía sentada a su derecha a una nodriza con un robusto niño en brazos; parecía que respiraba satisfecha de vivir por el contento que le proporcionara la vida. Si el rorro quería llorar viciosamente alguna vez, la nodriza, por contentar a la madre, se esforzaba por acallarle dándole el pecho o meneándolo con *siseos* de un lado para otro; iban de visita a casa de una amiga que esperaba a la señora para cenar y divertirse después tocando el piano. Su marido iría más tarde, cuando saliera del casino, y las acompañaría también. ¡Qué diferencia de aquel niño a éste!

¿Qué delito cometió aquel angelito para que sufriera privaciones y pasara calamidades?... Es el tormento a que la sociedad, por designios de la ley o de la naturaleza, condenó a sus progenitores; y tan grande fué la culpa, que por muchas amarguras que padeciera en aquel ambiente de miseria no eran bastantes para extinguir sus responsabilidades, y la Justicia omnipotente e implacable diría: «Haré a vuestros hijos responsables de tu condición y participarán también de la condena que no tenéis tiempo de pagar.»

A intervalos continuaba prolongado el zumbido molesto del tranvía, que prevenía su paso el soniquete de la campana anunciadora en donde se confundían héroes y náufragos, vencedores y vencidos. Era la característica social dando variedad de colorido a sus diferentes aspectos, sustentando el movimiento complejo e incesante del dinamismo humano.

No obstante, Sancho y Boni reflexionaban sobre las novedades que pudieran encontrar en casa de Mariano.

El tío Tiberio y Chilongo consultaban recíprocamente también el mismo caso, emitiendo juicios sobre los otros.

—¿Habría dado a luz Paulina?—se decía Sancho.

—¿Habría salido del paso la mujer de Mariano, cuando lleguemos, o seguirá todavía con dolores?—manifestaba Chilongo.

Era opinión de charla que no tenía respuesta franca, más que el «sí», el «ya veremos» o el «según», en concepto de duda.

El tranvía se detenía en la glorieta de Quevedo y los cuatro descendieron, encaminándose resueltamente a la *tasca*.

En la *morena* no quedaba ni una gota de vino.

Ya era de noche cuando entraban en la taberna de su amigo. Mariano, al verlos, no pudo por menos de abrazarlos uno por uno, correspondiendo al saludo y felicitación de aquellos buenos amigos, agradecido a sus deseos por el estado y alumbramiento de su mujer. Había tenido un chico y era el primer varón que le ofrecía Paulina. Los dos partos anteriores fueron hembras, de las que vivía una.

El establecimiento hallábase atestado de amigos y buenos parroquianos que, enterados de la nueva, daban la enhorabuena al tabernero. Todos se ofrecían a ser padrinos del neófito. A ninguno se negaba y cada uno indicaba le impusieran su nombre; y aunque Mariano otorgara a todos, reservábase el que a todo trance pensaba ponerle. Ultimamente, poco le importaba que, obedeciendo a cualquier compromiso, en la pila bautismal le dieran otro nombre: en casa se llamaría siempre Marianito.

A pretexto de la enhorabuena, todo el que entraba bebía a la salud del recién nacido. Mariano hacía que las copas se repitiesen gratuitamente también a la salud de los regocijados. Los saludos fueron en aumento y los copeos repitiéronse incesantemente con más efervescencia y calor, mientras que el alcohol empezaba en algunos a surtir sus efectos. Discutían embarulladamen-

te, deteniéndose en los argumentos y razones que todos querían tener.

Un muchacho joven que en compañía de dos pitofleros se hallaba sentado a un velador, junto al rincón derecha, empezó a tararear «asturias-neras».

La señora Isabel lloraba oyendo cantar al joven con entonación flemática, recordando cantares de su pueblo natal, aires y canciones de su tierra. Mariano lo pasaba por alto y para él todo estaba bien: no tenía los miramientos de otros días, que en cuanto cualquiera despegaba los labios le llamaba al orden, y si desobedecía lo ponía de patitas en la calle. Era el dueño y en su casa no mandaba nadie más que él; el que lo quisiera así, que lo tomara, y el que no, que lo dejara.

Sancho, Boni, Chilongo y el tío Tiberio estaban ensimismados viendo el derroche de bebidas que se hacía; y ante la generosidad justamente ponderada de Mariano, no se les había ocurrido referirle ni una palabra siquiera de los toros. Mariano tampoco había intentado preguntarles nada por su fiesta favorita, de que tanto le gustaba hablar y discutir. Correspondiendo al barullo que había en la taberna, se acordó una vez, pero lo dejó para preguntarles después. Ya habría tiempo de todo.

Su mujer lo había llamado para decirle que tenía ganas de comer; pero él se negaba a que le sirvieran nada, recomendándoles especialmente a su cuñada y a la señora Isabel, por orden expresa de la comadrona que había mandado le diesen únicamente caldos, y si pedía agua se la diesen azucarada hasta que volviera por la mañana. En cambio, alorro se le presentaba abundantísima pitanza. Paulina sentía extraordinariamente la cargazón de sus prominencias maternas, hasta el extremo de proporcionarle fiebre que le hacía delirar. Mariano lo vio en seguida, porque

de cuatro a cinco preguntas que le hizo contestó juiciosa o serenamente a dos; las tres restantes tuvieron respuesta incoherente y palabras desmedidas. Sintióse ligeramente turbado hasta que reflexionó regularmente el motivo de la calentura. En ningún parto había desvariado tanto como en éste, y esa sería la causa del cambio experimentado ahora. Doña Cristeta lo había diagnosticado así. Mariano abandonó la alcoba inmediatamente tranquilo. Sancho, al preguntarle, también tuvo palabras de convencimiento; le comprendió el semblante un poco cambiado y se obligó por eso más a la pregunta. También el tío Tiberio abogó por tranquilizarle. El público había ido aumentando de modo tan considerable que se hacía imposible dar un paso en el establecimiento.

Mariano distinguía al tío Tiberio y a los otros amigos con preferencia a otros devotos de su templo en que se reverenciaba y adoraba a Baco. En el ángulo interior izquierda formaron pequeño grupo y el tabernero empezó a referirles casos y circunstancias que se cruzaron en el parto de Paulina.

Chilongo, anteponiéndose al juicio de todos, dijo:

—Chico, compré el periódico para que hubiéramos leído la corrida, pero como se halla esto tan revuelto, veo que no puede ser.

—¡Y tanto que no puede ser!—interrumpió Sancho, cogiendo el periódico que Chilongo había dejado sobre el mostrador—. Ya hablaremos después.

Boni, sustentando el criterio de Sancho, murmuró contra Benito:

—¡Parece mentira que en estas circunstancias pienses nombrar lo más mínimo siquiera de los toros!

Y Sancho prosiguió:

—Eso no se le ocurre a nadie, hombre; y aun-

que Mariano hubiera preguntado, deberíamos disculparnos hasta mañana. ¿Te parece que tiene poco ahora?

—¡Ya, ya!—repuso con relativa calma el tabernero—. Pero no importa. Ahí tengo *La Vos*, que mandé comprar al chico, para leerla. No creas que me había pasado por alto, aunque nada os he preguntado; pero en fin, mañana, si Dios quiere, hablaremos de eso y, si hace falta, discutiremos también lo que sea.

—Bueno; pero eso no importa para que nos cuenten lo que ibas a decirnos—interrogó Boni.

Mariano empezó a relatar los móviles de su ofrecimiento, animándose en el curso de la conversación por las circunstancias que le impulsaron al comentario, mientras los amigos le escuchaban, atentos y regocijados, movidos por la curiosidad, la excitación y la risa.

Paulina sintióse indispuesta la víspera de la corrida.

Los dolores fueron primeramente pequeños y, poco a poco, aumentaron proporcionalmente según transcurrían las horas, hasta el extremo de tener a su marido en vela toda la noche, comprendiendo que eran los síntomas de alumbramiento.

De cuatro a siete hubo de tranquilizarse un poco; y, cuando empezaba el movimiento de coqueo y té, como artículos de mayor consumo por las mañanas en el establecimiento, volvieron los dolores con más intensidad que antes.

Cuando estuvieron el tío Tiberio, Sancho y sus amigos, la mujer de Mariano pasaba la mañana en el incógnito, resistiéndose a manifestar las consecuencias del *Verbo*, el fundamento radical de la Ley humana.

Por fin, a las doce y media, presentóse doña Cristeta, alegando no haber podido ir antes porque tuvo que asistir al parto de la señora de un escribano, que, según decía, había sido muy

reacio también. Soltó el portamonedas, quitóse el sombrero, la piel y los guantes, pidió vaselina para untarse los dedos y, metiendo las manos debajo de las ropas de la cama, procedió a reconocer a la parturiente.

En seguida se avisó a Mariano, que se había echado en la cama de la señora Isabel a descansar un rato. El *tasquero* tiróse de un salto de la cama, púsose las botas, colocóse los pantalones y, sin abrocharlos, púsose a las órdenes de la comadrona, en mangas de camisa; después de preguntarle por el estado de su mujer, la reconvinó, cariñoso, por haber ido tan tarde, y doña Cristeta excusóse necesariamente, advirtiéndole satisfecha por el buen camino que traía su descendencia; mandó, con urgencia, preparasen una jofaina con agua, unas tijeras, unas hebras de seda, aceite, algodón y pañales, como medida preventiva y necesaria. Ayudada por su marido y la señora Isabel, auxiliar importantísimo de la casa, echóse Paulina de la cama, mientras la comadrona disponía una silla para que se sentara Mariano a sostener sobre sus piernas a su mujer, de cuyo modo podría auxiliarle ventajosamente, ayudando a sus fuerzas en el duro y penoso trance de la maternidad. Sentóse el tabernero y, vuelta de espaldas sobre sus piernas, Paulina, que se había mudado de camisa el día anterior al sentirse mal, para demostrar limpieza a doña Cristeta Suárez y a quien la viera.

La comadrona sentóse también en otra silla más pequeña, frente a ellos, y dió comienzo a sus investigaciones manuales. Sea por el frecuentísimo toque con los dedos, que, sin querer, tocaban los pantalones del *tasquero*, ya por el insomnio proporcionado por la falta de descanso durante la noche, bien por los quejidos mimosos de Paulina, que se hallaba en camisa, cuando Mariano le tocaba el pecho que pesadamente descansaba en sus manos para sostenerla, bien por el blancor

y suavidad tentadora de sus rollizos brazos al descubierto, por el espacio anchuroso y conjunto armónico de la región escapular que, al cambiarse Paulina, por cansancio, de posición, rozaban sus labios y saturaba su aliento, o por el atractivo incitante de su nuca, sombreada por las crenchas de negrísimo y sedoso pelo en desorden, entre el cual se destacaba la blancura de su carne nívea y transparente, corrida por sutil y finísimo bello, que desaparecía totalmente en el océano material de sus estribaciones como a la hija de Erebo, estuvo a punto de ocurrir una desgracia.

Sancho y sus amigos miráronse con asombro y excesiva curiosidad por conocer cuanto antes la referencia misteriosa que Mariano les hacía.

Tal vez la comadrona contribuyera también a su desafuero e indignación. Era rubia, con ojos negros, cuya expresión no necesitaba boca para referirse. Sus manos eran pequeñas y delicadas; su porte, señorial; su busto, redondo y bien proporcionado, con cintura pequeña también y sus detalles marcadísimos al pronunciamiento de sus curvas, sobresaliendo extraordinariamente su seno redondo y atrayente, con su canal, por exagerado descote, al descubierto, como visión retadora y principio voluptuoso de las pasiones. Era soltera, de unos treinta años y, más joven, tuvo un novio que, según decían, se descuidó con él un día que ella le hablaba de casamiento. Ahora, resignada con su decepción, pasaba con indiferencia ante los hombres, mirando a los de carácter provocativo e insidioso con simulada repugnancia y desprecio.

Mariano estudiaba detalle por detalle las desnudeces de aquella ninfa, previendo con deleite sus encantos núbiles, en que sucumben la reflexión, dominada ciegamente por el deseo. La sangre que se enciende y la energía que reta o, más que reto, desafiaba en doña Cristeta a la lucha. Por lo visto, conocía el temple de las armas y

sabía hasta qué punto podía combatir; tenía suficiente cinismo para provocar a la pelea y enardecer al adversario y sonreía segura de triunfar por fuerte, vigoroso y aguerrido que el enemigo fuese.

Espíritus más débiles consiguieron salir victoriosos de enemigos tan formidables que aparentemente parecían invencibles, cuanto más ella que adoptaba con satisfacción apostura gallarda y, segura de su triunfo, parecía desafiar despectivamente al mundo.

Nada tenía de particular que «el chico» se incomodara, y como las puertas del «establecimiento» se hallaban abiertas, salió precipitadamente a la calle.

—Lo tropezaron las manos de doña Criseta—expresaba Mariano condolido—, y allí fué Troya... Lo cogió por la cabeza, no sé si con intención de estrangularlo o de que... Luego, tan rabiosa estaba la «criatura», por su incomodidad, en vez de humillarse, excitóse cada vez más, temiendo le diera una congestión o le sobreviniera algún derrame.

Ya hubo de decirlo el *tasquero*, en más de una ocasión, que al «chico» le daban ataques y suplicaba a todo el mundo hicieran el favor de no meterse con él, en cuyo caso la comadrona fué la principal culpable del conflicto al cogerle por la cabeza.

Ella, como si tal cosa, con semblante tranquilo y cara de lástima, sin soltar al «chico», que apasionaba entre sus manos, decía, meneando la cabeza, al tabernero:

—¡Manco, manco!

A Mariano le hizo muy poca gracia la advertencia.

Impetuosa y sin soltarlo, volvió a tirar dos veces más de él, repitiendo en su primer tirón y el ánimo algo decaído la misma palabra de «¡manco!»

Al segundo tirón, Mariano cambió de color;

y como sentía que doña Cristeta continuaba tirando, no pudo por menos que proferir un apóstrofe y exclamar cierta palabrota de desagravio que no puede decirse por no herir la susceptibilidad de dos «muchachos» compañeros inseparables del «dependiente»; y aunque Paulina se extrañara por ello, no llegó a conocer las causas que motivaron el lamento de su esposo.

—¡Co... madrones!—dijo el tabernero, sustraído por el dolor, apretando los dientes, cambiando de color y expuesto a que la comadrona, obsesionada e impertérrita, en equivocado empeño genital, repitiera sus tirones cada vez más bruscos, impetuosos y desagradables.

—¡Eso está muy mal, señora profesora! Así no se asiste a un parto ni se trata a los «chicos», alma y vida de la generación social.

Puede que explorando una condición y el anhelo de satisfacer un deseo le impulsara a decir únicamente que el «neófito» era manco, porque doña Cristeta púsose encarnada como la grana y, sin proferir palabra, soltó rápidamente al «chico», que yacía exánime, agotadas sus fuerzas por el cansancio de la lucha y con languidez cadavérica a las puertas del «establecimiento», no sabemos si por asfixia o por motivos de estrangulación. De no haber impuesto Mariano su autoridad como dueño del «establecimiento», ¡quién sabe lo que hubiera sucedido!...

¡Cuántos crímenes quedan en el misterio por temor al escarnio y a ser expuestos a la vergüenza pública!... ¡En cuántos asesinatos permanecen incógnitos los verdaderos culpables y se les cree a otros responsables!... ¡A cuántos se asesina sin deber y a cuántos se mata porque sí, por instinto sanguinario y afanosos deseos de matar!

¡Cuántos homicidios se cometen con indiferencia para los demás y sin el menor concepto de responsabilidad para los delincuentes! ¡Cuántos individuos hay de quienes se forma concepto in-

fantocida, siendo verdadera culpable la mujer!

Aunque debamos emitir juicios contradictorios, respetando el sexo y la condición de las mujeres, decidme, hijas del delirio, musas de la vida, encantadoras hijas de Eva, ¿a cuántas de vosotras no se hace cargo de ignominiosa e importantísima responsabilidad, siendo culpable el hombre? ¿Y cuántos calificarían sin deber juzgar porque su responsabilidad sería mayor que la del juzgado?

¿Hay algo legislado sobre indemnización al ino-
cente para reparar errores del Poder judicial?

Cuando, por equivocación o calumnia, meten a cualquiera en la cárcel y más tarde prueban su inocencia, ¿por qué no se le indemnizan los perjuicios que le hubieren ocasionado? ¿No han pensado en eso todavía los jurisconsultos y legisladores?

Ferri, Garofa, Roëde, Lombroso y otros, si en sus tratados de Derecho penal hicieron reflexiones sobre el estado morbo del delincuente al delinquir, luchando por la pureza del hombre, salvando su alma y dignificando su condición para excluirles de la responsabilidad, no encarecieron rehabilitación alguna a las injusticias del deshonor y a las ingratitudes de la susceptibilidad. Y si tocaron algún punto, soslayaron únicamente el concepto general, sin limitar las recompensas que merecieran las necesidades materiales del ofendido.

Para juzgar, es necesario que no haya por qué tengan que juzgarle a uno para condenar o sentenciar después.

La psicología humana desempeña funciones secundarias para sentir mejor la magnitud o importancia de un delito. El pensamiento debería correr pareja con las razones del alma para estudiar con más seguridad el funcionamiento orgánico del culpable, cuando el corazón inmaculado pueda dirigirse a emitir, sin filosofías ni prejuicios, su fallo inexorable; pero unos estudian el

concepto para juzgar con el corazón y otros, olvidándose de toda función orgánica, sentencian única y exclusivamente con el pensamiento. Por eso doña Cristeta, lejos de estas razones y sin pasión alguna, hubiera formado parte de los delincentes irresponsables.

Y si Mariano tampoco era responsable, ¿cuál era el culpable? Esta pregunta se la hubieran hecho algunos sin poder apreciar cuál de los dos tenía culpa.

La comadrona, sumida en reflexión, dedujo después que responsable sería el menos puro de alma y de conciencia menos limpia; y de sentenciarle un juez, fácilmente hubiera equivocado su fallo. Hay quien sentencia llevado de la forma, sin prever las circunstancias o móviles del fondo, aunque deduzcamos de su respetable condición el dictado de la infalibilidad; lo primero afecta a la personalidad y lo segundo a la persona para los efectos condenables. ¿Quién sabe si Mariano después retara a doña Cristeta, ofendido en su amor propio por haberle provocado inopinada o casualmente a la contienda?

Los amigos despertaban alegremente reconociendo un conflicto entre Mariano y la comadrona, originado por la intención o el desahogo que, por más que hiciera suposiciones al amigo, ninguno podía estar seguro de lo que pudiera ocurrir entre los dos, porque el tabernero, discreto y cauteloso, reservábase disculpablemente sus pretensiones codiciosas.

Para estos casos, era muy serio y no le gustaba hacer alarde, como otros hombres, que, por una fruslería cualquiera, ponen en evidencia el decoro y la honradez de una mujer.

Por eso, aunque sus más íntimos se esforzaran por conocer sus intenciones preguntándole ingeniosamente, contestaba sagaz y precavido hasta el convencimiento.

—¡Si me hubiera ocurrido a mí!—decía Boni,

meneando la cabeza y queriendo estimular el deseo de la mujer sobre los otros.

—Y más ella, que, conociendo el arma de su adversario, sabía hasta qué punto pudiera habérselas con Mariano—recalcaba, indiferente y al mismo tiempo intencionado, Chilongo.

—Hombre, de cualquier modo que penséis, sería un trance muy duro para una señora de tanto rango como doña Cristeta—interpuso, impasible y frío, el tabernero.

Muchas veces nos parece conocer los pensamientos de cualquiera al reparar detalles figurados en la cara del individuo y es tan equivocada la opinión como deleznable y ruin la decepción que experimentamos después.

Hay muchos que, por leyes de convencionalismos o procedimientos hipnóticos, se figuran profetas y sus creencias son tan mezquinas que consiguen ocupar totalmente el vacío de la ridiculez.

Son gérmenes que ejercen influencia perniciosa cooperando alevosamente al trastorno del discernimiento imparcial y al desconcierto de la buena reflexión; y nadie crea ver lo que mira porque lloraría tal vez desconsolado su equivocación irremediable.

De los males que afligen a la sociedad no hay más responsables que la sociedad misma.

CAPÍTULO VII

Miseria ante la facultad poderosa del dinero Incertidumbre y desengaño

Serían las cuatro, aproximadamente, cuando Sancho llegó a su casa.

La señora María empezaba a preocuparse con impaciencia porque su hijo tardaba, sin haber podido conciliar siquiera cinco minutos el sueño.

Juan no acostumbraba a retirarse tan tarde, a excepción del día que lo sortearon para el servicio militar, que pasó la noche de jarana con los amigos y se presentó en su casa a las seis con tres churros para obsequiar a su madre. Aunque bebiera algo turnando en copeo, no acostumbraba a embriagarse; pero, no obstante, su madre, al sentirlo entrar, le preguntó si era él, atisbando con desconfianza por si se había excedido.

—¡Juan!

—¿Qué quiere usted, madre?—repuso cariñoso, encendiendo una cerilla, con que prendió al quinqué, que estaba sobre el fogón.

—¿Cómo has tardado tanto, hijo?... Esperándote, cené bien tarde, y eran más de las doce cuando, ya cansada de esperar, me acosté, viendo que no venías.

—Pensaba haber venido antes por si quería usted recoser otra vez un poco más los pantalones, que he *notao* se han vuelto a romper, con objeto de que no hubiera tenido que volver a ocuparse

más de ellos y hubieran *quedao* en condiciones *pa* el domingo; pero nos hemos entretenido en casa de Mariano un poco más porque su mujer ha dado a luz.

—Esta noche, aunque hubiera querido hacer algo, no hubiera podido, porque tenía la vista imposible. Me puse a echar un remiendo a la enagua y tuve que dejarlo porque no veía ni gota.

Juan, sin contestarle, meneaba la cabeza con disimulada resignación.

La señora María, tras breve silencio, continuó:

—Luego, cuando me levante, si estoy mejor, los remendaré y verás cómo no vuelven a descomerse... De cualquier modo, no te preocupes, que *pa* el domingo ya los tendrás *arreglaos*.

—Lo decía mayormente porque quedara ya *descuidá* del todo.

—Lo que me preocupa es la hora a que te vas a levantar luego para ir a trabajar.

El ebanista, sin responder a la última y razonable suposición de su madre, preguntó después:

—¿Hay algo *pa* cenar, madre?

—Ahí tienes en el hornillo unas judías, que, además de frías, estarán ya como engrudo. Espera un poco que me levante a calentarlas—dijo la anciana con intención de echarse de la cama.

—¡No, madre, no se levante usted!—apresuró Juan amablemente, haciendo para que su madre desistiera del propósito de levantarse y poniendo el quinqué sobre la mesa—. Ya me arreglaré; están bien así... Teniendo apetito, las comeré igual.

—Es raro que Mariano no os haya *dao* de cenar—supuso la señora María conforme a continuar en la cama, como apasionadamente le suplicó su hijo—. Y ese convite hubiera sido el más práctico que pudo hacer a unos parroquianos y amigos como vosotros; pero la gente no se escurre, no.

Juan no contestó a las suposiciones que su ma-

dre le hizo y, comprendiendo que por fin no se levantaba, sacó los útiles de mesa del cajón, cogió el puchero, lo volcó sobre un plato y púsose a cenar... Advirtió la falta del vino y le desagradó, comprendiendo que su madre lo había dispuesto necesariamente, reservándose cuanto pudiera para acudir a lo más estrictamente indispensable con los pocos fondos que le quedaban en casa; pero, en cambio, ignoraba que, esperándole, se le había pasado la gana de comer, terminando por acostarse sin cenar. No era la primera vez que lo hacía. Como ahora, otras muchas veces también procedió así, y, con abnegado y filial sacrificio, no probó ni bocado para que su hijo comiera.

El sabía que lo quería con el amor nobilísimo y desinteresado que se quiere a un hijo, con esa fe ciega e inquebrantable en donde se cierce majestuosamente el bien, lejos de antagonismos y de miserias; pero sin extremar sus cuidados hasta el punto de hacerse indiferente al vivir quebrantando su vida mártir en que se sienta la anemia como germen precursor de la tuberculosis y de la muerte.

¡Qué primor para los adinerados que de nada carecen!... No pueden apreciar el calibre de esa vida, porque aunque lean y oigan hablar de miserias y de dolores no pueden comprenderlos totalmente porque no los han pasado, y, por más que quieran saber de ellos, no podrán participar de su intimidad con el llanto como los que lo han llorado. Es necesario tener un deseo y padecer el tormento de no poder conseguirlo; el que, estando enfermo, no pueda evitar, por carecer de recursos, el angustioso trance de la muerte; el que un ser querido, sumido en el tormento de una enfermedad, le aconseje la ciencia, segura de redención, y por falta de elementos no halle siquiera un lenitivo que mitigue su pena y remedie su término fatal; el que, en un momento cualquiera de torpeza, puso en evidencia su honra y, advertido

del error, por falta de dinero, no pudo redimirse ni continuar ostentando en la sociedad el lugar que debidamente le correspondiera... Es necesario padecer el momento de desesperación del que, por un puñado de pesetas, se ve relegado por el deshonor y el descrédito a la impotencia; el culpable de una responsabilidad inconsciente, cuya culpa alcanza indebidamente a la pureza, en donde esculpe el sello ignominioso la maldad; el que, obligado por la carencia de recursos, se precipita al fango dispuesto a todo, a arrostrar desesperadamente lo que fuese; el equivocado, al elegir ocupación o cargo, que se ve obligado, con sacrificio personal, a desempeñar involuntariamente su cometido, con hastío y repugnancia a jefes, mercachifles e ineducados, por necesidad imperiosa de la vida y de la familia... Es necesario que el adinerado, en cualquier momento, se viera despojado de sus bienes totalmente para que pudiera apreciar, en todos sus aspectos, la magnitud de los dolores que se experimentan en la vida; el opulento que censura juzgando con severidad a la desgracia porque de sus males no ha padecido, a ver si, en igualdad de condiciones u obligado por la necesidad social, es menos responsable o señala menor grado de responsabilidad que el otro, si el lamento del afligido es ficción o demanda; el que, por necesidad, se ve alejado de sus deudos o recluído en una prisión y le avisan que uno de sus padres o un hijo está agonizando y no puede marchar por falta de recursos o porque las leyes inexorables se lo prohiban, podrá solamente enjugar sus lágrimas al conocer después el momento fatal, tendrá que soportar con desesperación o resignado el dolor terrible y amargo de no haber podido abrazar en su último instante al ser querido, a la vida que se aleja para siempre... Suponía con elementos difíciles e impotentes por la ineficacia de sus pensamientos; y aunque se resignara a creer, no obtendría el reme-

dio, porque las creencias escasamente pueden señalar lo que debemos hacer o el camino que podamos seguir. Las creencias pueden determinar las circunstancias para conseguir el fin que se pretenda como elementos indispensables, si, apartados de la intuición y guiados del parecer, pueden ejecutarse los dictados del pensamiento.

Juan había terminado de cenar y, acodado, con la cabeza entre las manos, no sabía lo que hacer. Por fin sacó del bolsillo de la chaqueta el periódico que compró su amigo Benito en la Puerta del Sol, lo desdobló y púsose a leerlo... Vagaba su mirada por las columnas de *España Libre*, deteniéndose en los epígrafes de sus artículos y noticias, con objeto de leer la revista de la corrida: «Optimismo», en fondo; «Se acabaron los mansos», de un colaborador. Y como noticias: «A tiro limpio», «Nacimiento», «Caída con desgracia», «En plena luna de miel» y otros. Y del Extranjero: «Un súbdito español asesinado»... Juan se detuvo, como azotado, más que por curiosidad, por un presentimiento de incertidumbre cruel, y, afanoso, leyó:

«Según se lee en *El Mercantil de la Habana*, el súbdito español Teodoro Sancho ha sido asesinado en Sagua de Santa Clara. Se supone que los móviles han sido el robo. Conveniencias...»

Sintiéndose impresionado por un fuerte escalofrío y con alguna angustia pasóse la mano por la frente y volvió, más que a leer, a devorar con la vista el instante de martirio que le proporcionaba tan cruel noticia... Quiso reflexionar para serenarse a reanimar sus energías y no pudo. Poseído de un sudor frío y acongojado, perdió sus fuerzas, sintiéndose morir, y con el periódico entre las manos y sin sentido cayó pesadamente sobre la mesa... A los pocos minutos llamábale su madre, extrañada de que tardara en acostarse.

—¡Juan! ¿A qué hora piensas acostarte, hijo?... ¡Oye!... ¿Te has dormido?...

Y, llevado de un síncope, Juan más parecía dormir el sueño de la eternidad que el del espasmo y del sopor.

La señora María, sorprendida por la negativa respuesta de su hijo, echóse de la cama y, tapujándose con el mantón, salió de la alcoba con ánimo de despertarle. Volvió a llamarle y, como continuara echado sin contestarle, ya algo asustada, le movió repetidas veces por un hombro, obteniendo igual respuesta que antes sus llamadas. Atribulada por su situación, las lágrimas asomaron veloces por sus mejillas. Con la esperanza siguió llamándole, y reparando en el aspecto cada-
vérico de su hijo, que yacía desmadejado, con la cara macilenta, los ojos entreabiertos, cerrada la boca, por una de cuyas comisuras se desprendía un hilo de baba que tocaba en su brazo derecho, aumentó con sobresalto su impaciencia dolorosa.

Le tocó en la frente y pensó, inútil, llevarlo a la cama, reconociendo su incapacidad; y velados los ojos por las lágrimas volvió a llamarle... Afligida por el dolor, desconsolada y sollozando, echó su frente sobre el inanimado cuerpo de su hijo...

Sacando fuerzas de flaqueza volvió a su alcoba para vestirse ligeramente y pedir auxilio a Pura, que era la vecina más inmediata y de su más íntima confianza. Llorosa y amargada, vaciló un momento porque su hijo quedaba sólo. A los pocos instantes de llamar a la puerta de su vecina demandando auxilio, se levantó Pura, con solicitud diligente, a favorecerla. Juan continuaba en la misma situación que lo dejó su madre. Tenía vida y el estado de postración se debería a algún disgusto que hubiera tenido o a los efectos de habersele cortado la digestión de la cena. Sumidas en ligeras divagaciones, no acertaban a comprender el motivo de la situación; si empezaban a suponer, sería cada vez mayor su incertidumbre. Lo cogieron como pudieron y casi a ras-
tras lo llevaron a la cama. La pobre anciana

volvió a llamarle en vano, porque su hijo continuaba en el silencio; y, de acuerdo entre las dos, se encaminó ligeramente Pura a avisar al médico de la Casa de Socorro.

En el zaguán del dispensario médico apareció un guardia, cual si estuviera en el cuartel, con un gorro a la cabeza. Hízola pasar a otra habitación contigua, en donde se hallaban dos guardias más y el practicante, como de unos treinta y tantos años, medio dormidos y sentados alrededor de un brasero. Sin levantarse y bostezando, el practicante interrogó a Pura cuanto pudo, con la mayor indiferencia.

—El médico no ha venido todavía.

—Haga usted el favor de decirle que vaya pronto, porque está muy malo—decía Pura con actitud humilde y cara de lástima.

—¿No tienen médico?

—No, señor; yo no lo he visto nunca.

—¿Pues usted no es de la familia?

—No, señor; soy vecina.

—Bueno; pues cuando venga, se le dirá.

—¡Hágalo usted, por favor, que vaya en seguida!—decía la pobre mujer con fatigoso ahinco.

—¿Si quiere usted esperar?...

—Si supiera que no tardaba...—contestó, reflexiva y vacilante, Pura.

—Eso sí que no le puedo decir...

—Bueno, es igual; se lo dirá usted—interponía ella a punto de marcharse.

—En cuanto venga, se le dirá, señora.

—Sí, señor; hágalo usted, por favor, que vaya en seguida.

—Está bien, mujer—contestó con más atención el practicante, mientras se levantaba perezosamente a coger papel y pluma de una mesa próxima para interrogarle nuevamente.

—¡Por caridad, no se le vaya a olvidar a usted, señor, que es muy urgente!

—Está bien—reponía el empleado con disi-

mulada cachaza. Y, cambiando de tono, preguntó:

—Decía usted que se llamaba...

—Pura Manueles, para servirle.

—No, mujer, no es usted; es el enfermo.

—¡Ahl, Juan Sancho.

—Conforme—contestó, respirando con satisfacción, como si acabara de quitarse de encima una pesadilla terminando un trabajo grande e importantísimo—. Puede irse tranquila, que en cuanto venga se le dirá, para que vaya.

—Muy bien, señor. Muchas gracias y ustedes lo pasen bien—dijo Pura, saliendo satisfecha porque el médico iría pronto.

Despatarrados, con el brasero entre las piernas, los guardias medianamente contestaron al saludo.

La vecina en cuestión tendría unos treinta años y llevaría seis de casada con un muchacho de profesión albañil, llamado Justo, de igual edad, próximamente, que ella. No tenían hijos y, sin más capital que los beneficios de la albañilería, eran relativamente felices. Durante los dos primeros años de matrimonio tuvo costumbre de nombrar a su marido por su nombre y ahora, en ausencia, la palabra «marido» era lanzada frecuentemente por ella, como queriendo hacer ostentación orgullosa de su estado, por el contento y felicidad que el cambio de situación le proporcionaba.

La señora María, poco menos que a tuestas, por lo mal que con el llanto se le había puesto la vista, había hecho un cocimiento de flor de malvas para su hijo y, al reaccionar éste un poco, toda sospecha que desesperadamente infundía peligro en el enfermo había desaparecido. Cuando Pura llegó, ya había vuelto en sí, aunque amagado y torpe por las energías gastadas en el mareo.

El *Capitán* se aproximó a lamerle una mano, como agradecido a ella por el bien que hacía a aquella desventurada familia.

La vecina emitía amable y confidencialmente a la señora María sus pareceres de nuevos tratamientos caseros, interesada por que Juan quedara fuera de peligro y ellas libres de preocupaciones y de zozobras. Dos veces repitieron aquellos comimientos, y cuando por la mañana llegó el médico podía decirse que su accidente había perdido la importancia sospechosa que en principio le atribuían. Durante la noche sintieron una impaciencia grande, esperándole como a un Mesías o a un Salvador. Todo ruido que se oía por la calle les parecía fuese él, motivando un siglo las horas que, minuto a minuto, se contaron en el transcurso de la noche.

¡Cuántas veces anhelamos el tiempo para redimirnos y su redención aumenta inesperadamente el tormento de nuestra esperanza!...

El médico era de mediana estatura, moreno y grueso; vestía correctamente traje gris, abrigo, sombrero hongo y bastón. Penetró bruscamente en la casa, sin descubrirse, preguntó por el nombre del paciente, y aunque sus propósitos carecieran de razones sin fundamento, protestó de que le avisaran para una cosa que, lejos de cuidados, no tenía importancia alguna.

—Teniendo ustedes médico de Sociedad, no deberían de molestar para esto—decía imperiosamente a las mujeres, que le oían tímidas y sin saber qué contestarle, mientras que tomaba el pulso a Juan y encendía una cerilla, a la escasa luz de la habitación, para mirarle la lengua—. Para esto no se debe molestar... ¡Claro, ustedes por cualquier cosa, en seguida, al médico de la Casa de Socorro!... Y que tomen ustedes a uno por un maniquí, no puede ser...

Ellas le escucharon con asombrosa sumisión y sin replicar palabra.

El doctor, un poco más tranquilo, continuó:

—Bueno, manden por este purgante que voy a

recetarle, y que no tome nada hasta que venga su médico.

Mientras sacaba del bolsillo un *block* de papel y, tirando de estilográfica, extendió el laxante a que anteriormente aludiera.

Interrumpido el mutismo temeroso a que las llevó el carácter autoritario del galeno y creyendo aplacar la incorrección extraña de éste, con intención de elogio más bien, expuso Pura con temblor:

—Cuando el señor vino ya había tomado algo, pero...

—¡Claro! Así ocurren las cosas... ¿Ve usted?— interrumpió el doctor meneando la cabeza con indignación y sin escucharles—. ¡Y luego dicen que!... ¡No puede ser!

—Ha sido flor de malva nada más, señor—murmuró la anciana, sumisa y apocada.

—¡Les he dicho que no!—profirió el médico indignado y sin dejarle terminar—. La mayor parte de las veces tienen ustedes la culpa de todo...

A cuyas recriminaciones asentían dóciles y temerosas:

—Sí, señor...; es que...

—¡Es que nada, he dicho!...—repetía amenazador.

—Sí, sí, sí, señor—murmuraron con timidez.

—Así es como van ustedes muchas veces sin darse cuenta a la cárcel...

Y alargando el papel a las mujeres repetía últimamente, volviéndole la espalda y marchándose:

—No le den ustedes nada de comer; y con una botella de a cuartillo manden por esto a la botica, y que tome la mitad de que pasen dos horas y la otra mitad mañana por la mañana en ayunas. ¿Estamos?

—Sí, sí, señor, sí—repusieron las mujeres respirando con satisfacción y tranquilidad, no osando

la más leve protesta por la actitud característica y autoritaria del médico.

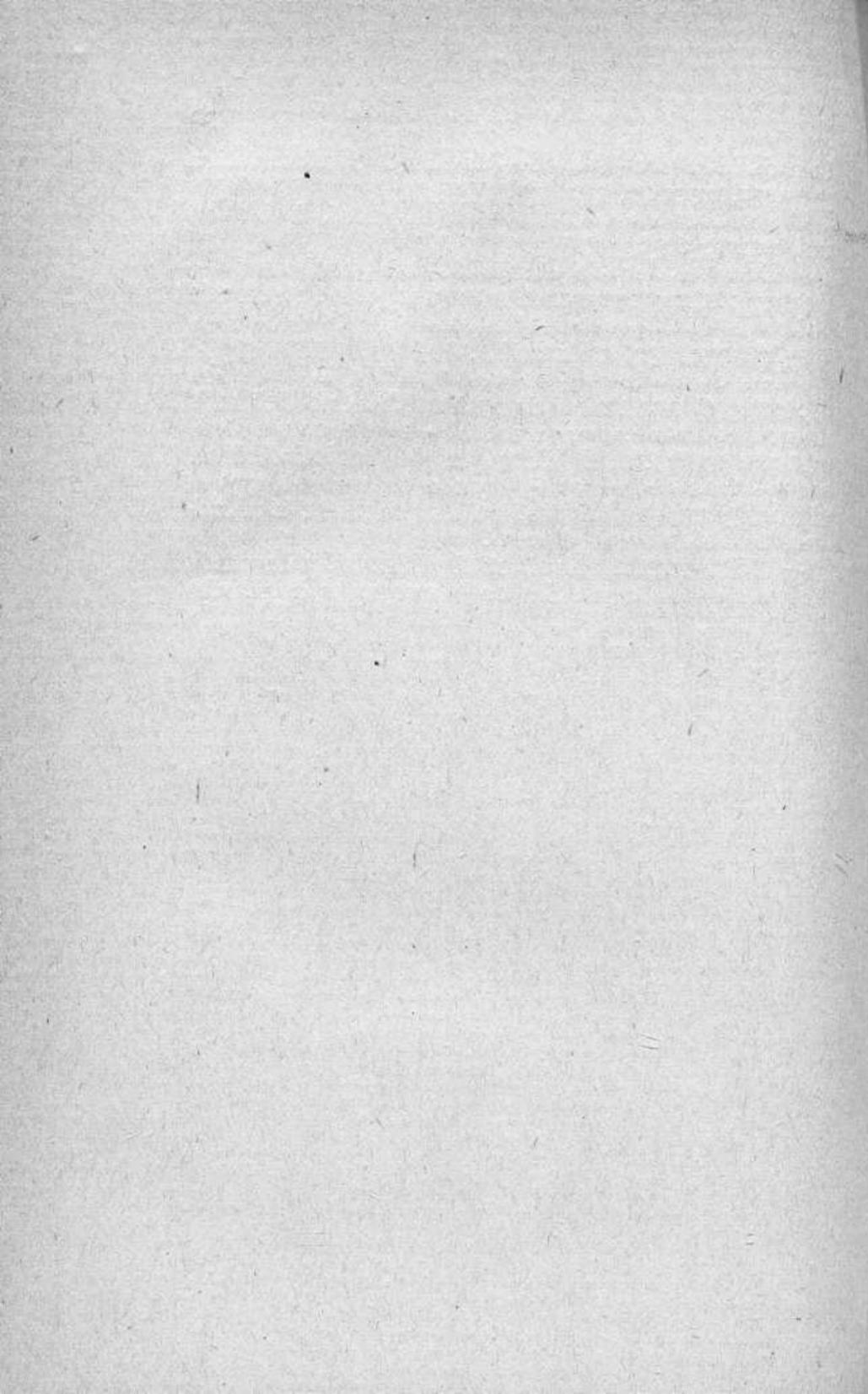
Consecuentes y conformes entre sí, hablaron del estado de Juan.

—Después de todo, el médico no ha hecho nada— decían las mujeres casi a la vez por extremada coincidencia de pensamientos.

—Y luego, ¿no volverá?...

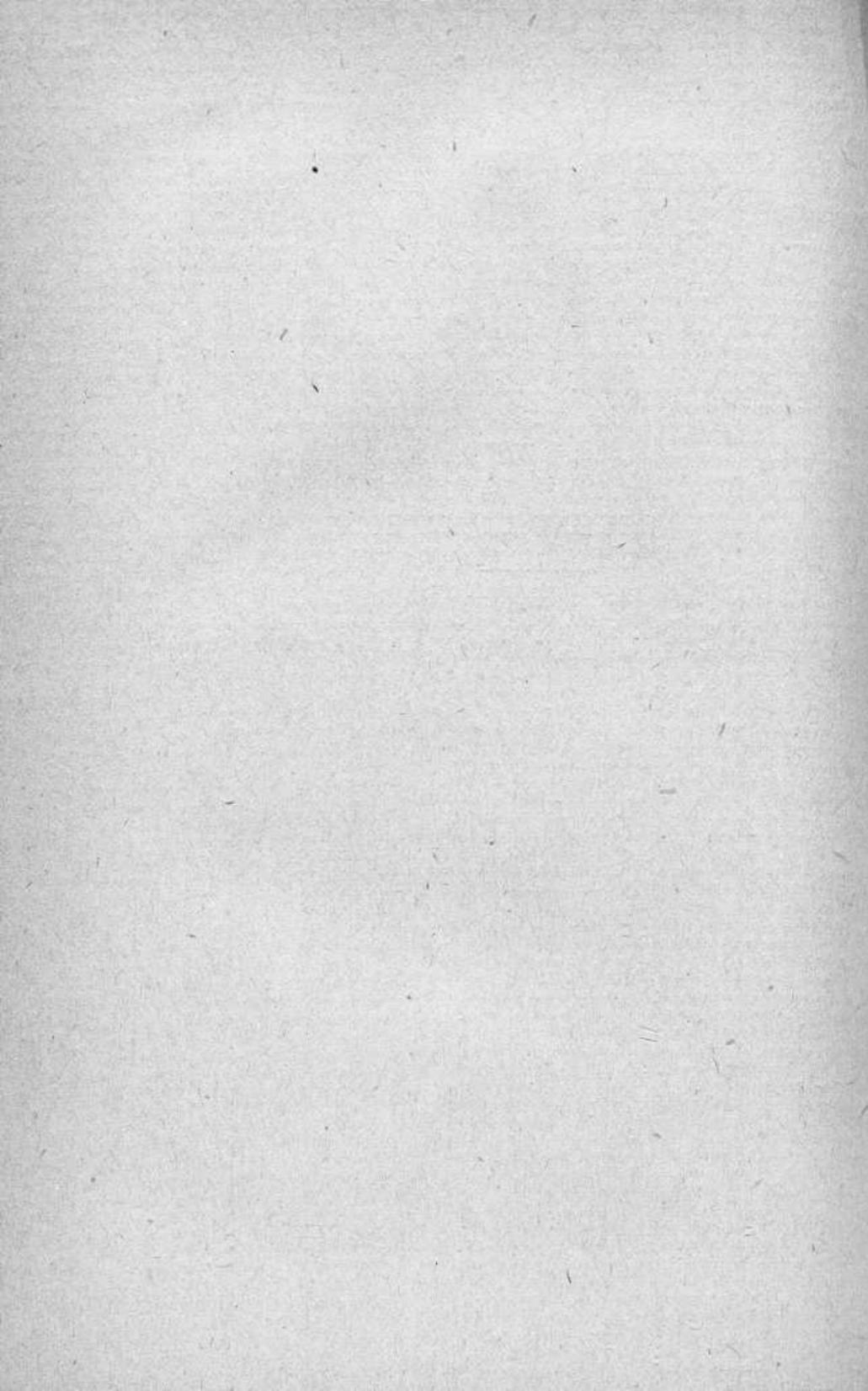
—No; desde luego, no volverá. Ya lo indicaba diciendo él que teniendo a su médico no debimos llamarle; ahora, que su médico tampoco vendrá, aunque se le llame. Como es de Sociedad, dirá, como otras veces, que vaya a la consulta; y si viniera y ve que la cosa no es grave, se incomodará también como el otro.

—Ultimamente se irá por el purgante y veremos después cómo le va. Sus consecuencias decidirán lo que sea.



SEGUNDA PARTE

ENSEÑANZAS SABIDAS



CAPÍTULO PRIMERO

Preocupaciones y pareceres

Dos días después, Juan, algo convaleciente todavía, se levantó pensando en las gestiones que le interesaban hacer para esclarecer satisfactoriamente la noticia dada por el periódico con relación a su tío.

Tristes y preocupados pasaron aquellos días sumidos en dolorosa incertidumbre, haciendo suposiciones, exponiendo sus pareceres madre e hijo, sin otro aliento que la esperanza en el derecho y en la ley manipulados por los hombres.

Cuando Juan salió de la gravedad, en vano refirió a su madre, con el mayor cuidado para evitarle se disgustara poco, el motivo de su accidente, y juntos lloraron desconsolados sus amarguras e infortunios...

Después, la anciana aconsejaba a Juan, como otras veces, la recomendación de la señora Isabel para que le informaran detalladamente del suceso o disposiciones necesarias para esclarecerlo: trámites y requisitorias indispensables para imponer autoritariamente su personalidad hasta conseguir la propiedad de los bienes que por derechos les correspondieran, a cuyas reflexiones adolecía Juan, perezoso de no haberlo hecho antes y hubieran tenido adelantados la mitad de los obstáculos que al objeto tuvieran que vencer ahora, agotados sus recursos y en situación extremadamente miserable. Un duro, por ejemplo,

que para él antes hubiera sido una friolera, suponíale agradecido ahora, siquiera se lo ofrecieran para poder comer.

Su primera visita fué a la taberna, en donde halló a Mariano de conversación con el tío Tiberio. Al preguntarle el primero, por el semblante preocupado y triste, a Juan, refirió éste, sin omitir un detalle, los instantes de amargura que le embargaban y el dolor inmenso y cruel que le había proporcionado la inesperada muerte de su tío.

Poco tiempo permaneció el ebanista en la taberna con el carbonero y Mariano. No había más remedio que arrojarle a todo, a despecho de lo que sucediere, y, con el encargo o recomendación verbal de la señora Isabel, fué a ver a Teófilo, ordenanza del Ministerio de Estado.

Vestido como antes, con el trajecillo marrón, gorra y tapabocas, no llevaba otro distintivo a su indumentaria anterior que un pañuelo negro al cuello, Juan penetró por la puerta que le pareció ser la principal, porque por ella entraban y salían gentes.

Un hombre galoneado, de pelo blanco y mirada grave, apareció junto a la puerta, sentado en una silla.

Era indudablemente el portero, indiferente al paso con empleados en la casa de pequeña categoría; levantábase para los jefes de mediana graduación, y para los altos, descubríase con atención servil y respetable. Curioso e indiferente pasaba su mirada a los transeúntes de porte distinguido, preguntaba enfático a los menesterosos y descaradamente a los de apariencias débiles.

—¿Qué desea?—interrogó al ver a Juan, sin levantarse de la silla, el empleado de rigor con imperiosa gravedad.

—Quería ver a Teófilo, el ordenanza, de parte de una señora, conocida suya, que se llama Isabel, que vive en la calle de Carranza. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme si podría ver-

lo?—repuso Juan, tímido y con la gorra en la mano.

—¿Y quién es esa Isabel—interpuso curiosamente el empleado.

—Es una señora que estuvo de cocinera en casa de los señores marqueses del Guateque, cuando el señor Teófilo estaba de ayuda de cámara en la casa, y venía a pedirle un favor: a preguntarle por un tío mío que han matado en Cuba, que en paz descanse.

—Suba y pregunte en la derecha del primero—contestó gravemente el portero, a que Juan, alejándose humilde y trémulo, daba las gracias, ganando así los peldaños de la escalera.

Ya en el primero, hizo girar la puerta hélice o volante y penetró en el recinto. Era una antecámara de poca luz, con bancos corridos al pie de las paredes; en su lateral derecha, una mesa desprovista de elementos oficinescos, y al pie, una silla. Algunos empleados charlaban uniformados y descubiertos. Al preguntar Juan por el señor Teófilo, el ordenanza, miráronse dos de ellos, cual si desconocieran a la persona por quien se preguntaba. Rápidamente interrogáronse entre sí, mientras que reflexionó uno de ellos y repuso:

—¡Ah..., ya!...

—Debe ser Barríguez—sostuvieron dos, mientras que los otros miraban con significado desinterés. Y, volviéndose al ebanista, continuó el primero:

—Haga el favor de esperar un poco, que en seguida saldrá...

Se hizo un breve silencio y, a poco, apareció un ordenanza como de unos cuarenta y tantos años, afeitado, el pelo canoso, peinado a lo náufigo, pequeño y grueso. A una indicación de sus compañeros, se lo hicieron presente a Juan y, requerido por ello, interrogó a éste.

Juan hizo el relato objeto de su visita, lamen-

tándose intercaladamente por las miserias y necesidades que le aquejaban.

—Oye, Topino—preguntó Barríguez a un compañero—: ¿sabes si ha venido el señor Camueso?

—Sí; pero volvió a marcharse en seguida. Ahora, que no sé si volverá hoy.

—Haga el favor de esperar un momento—suplicó Barríguez a Sancho, tras ligera pausa, desapareciendo por un pasillo largo que hay a la derecha.

Juan esperaba, gorra en mano, mientras que los ordenanzas, de vez en cuando, miraban a la anunciadora del timbre cuando llamaban, desapareciendo al cumplimiento de caprichosa molestia o mandato.

A poco, apareció Barríguez, para decir a Sancho:

—He preguntado a don Eusebio Culeras, que es el Jefe del Negociado tercero, y dijo que le preguntara de su parte al señor Melenas, y este señor tampoco sabe nada; reflexionó, mandándome le preguntara también al señor Escape, que no ha venido; así es que venga usted mañana a ver qué hay.

—Lo que usted me diga.

Los ordenanzas quedaron tan ignorantes como cuando Juan se presentó a ellos. Meditabundo y ya en la calle, éste púsose la gorra, y no teniendo a dónde ir, encaminóse a casa de Mariano.

El tabernero hallábase jugando al mus en la *tasca* con el tío Tiberio y otros dos amigos, que correspondieron al saludo con mirada fría e indiferente.

Mariano temía volviere a pedirle dinero, como otras veces, aunque otro asunto cualquiera de sus relaciones amistosas pudiera tenerle sin cuidado. Verdaderamente, el pensamiento de Juan coincidía con el de su amigo; pero no le asustaba, aunque para convencerse viera el aspecto indiferente y el efecto negativo que pudiera motivarle, obli-

gado por la necesidad, la importancia de su demanda. ¡El, que había gastado en convites y en copeos tantas pesetas allí otras veces, cuya frecuencia generosa despertó atenciones, primero, y más tarde la amistad íntima, desinteresada e inquebrantable que parecía tener y a que le llevara la confianza absoluta en Mariano para todo, ahora aómaba a su conocimiento, entristeciéndole despiadadamente, la neblina del desengaño!

—¡Parece mentira!—se decía el ebanista con resignación lamentable—. En cuanto trabaje le pagaré, y después veremos... ¡No seré el que he sido hasta aquí!

El *tasquero* sacó tabaco para sí, haciéndose el distraído con los que jugaban, seguramente por no darle un cigarro a Sancho, que, apercebido éste, ni se ofendió, ni dió importancia a las intenciones desairosas del tabernero; miró con apariencias simplés lo estimable, porque sus pensamientos le llevaban más atentamente a las exigencias de su casa, sin elementos y sin dinero siquiera para atender medianamente a las primeras necesidades. Mas parecía que la Providencia ejerciera influencia misionera en el desprecio, cuando a poco sacó tabaco también el tío Tiberio y ofreció un cigarrillo, siendo aceptado afanosamente por Juan, que, alargando la mano, daba las gracias para cogerlo; encendióle y fué a la puerta indiferente y triste...

Poco después, los jugadores terminaron la partida y, con propósitos rencorosos de revancha, disculpando la pérdida viciosa con el pretexto fútil del vencido:

«¡Si yo hubiera echado!...» «¡Si tú hubieras querido!...» Y fiados en la creencia del desquite fueron marchándose, hasta quedar solos en la *tasca* Mariano y Sancho.

El tercero en marcharse fué el carbonero, y lo hizo comprendiendo que Juan necesitaba hablarle a Mariano. De no haber sido así, el señor Ti-

berio seguramente hubiese continuado allí, o, cuando menos, a la puerta de la *tasca*, con los brazos cruzados y el cigarro en la boca, como se le veía muchas veces, hasta el extremo que su dependiente, con relativa frecuencia, iba a avisarle cuando se trataba de recado familiar, asunto importante, o cuando tenía y exigía su presencia el cambio de algún billete, por ejemplo, o cosa por el estilo necesaria; era más que asiduo cliente y casi podría decirse justamente mejor que la *tasca* era el domicilio social del carbonero, porque allí sostenía frecuentes y animadas discusiones relacionadas casi siempre con elementos de la más alta significación política. Eran individuos sin acción, charlatanes de conveniencia particular que desempeñaban, con más o menos habilidad que otros, su papel en la eterna comedia. Ninguno servía para nada. Militó siempre en las filas del republicanism, partidario entusiasta y admirador ferviente de Salmerón y de Pi y Margall, porque, según él, fueron los únicos, los verdaderos Temístocles que lucharon con entereza conservando inmaculado el nimbo glorioso de sus ideales hasta la muerte. Daba la circunstancia curiosa de tener un loro enjaulado a la puerta de la carbonería que, cuando veía aproximarse a alguien, repetía altisonante en pro de las ideas tradicionales de su amo: «¡Viva la rrrepública!...»

Por la temporada de toros, comentaba con entusiasmo las faenas de algún torero, admitiendo u omitiendo, según las simpatías que tuviera por el lidiador, o censurando la calidad del ganado, que a su parecer resultaba siempre defectuoso. Le gustaba casi siempre llevar la contraria y su nombre se hallaba bien en armonía con su condición y su carácter.

Cuando caía algún socio, como decía por otros parroquianos, y le desafiaba a echar la partida, el tío Tiberio solía ser ahora benigno y amable y, con cara de bonachón, encogíase de hombros, y,

sin dar importancia al caso, reclamaba de compañero a Mariano, su puntillero, como solía llamarle. ¡Con qué fe y qué seguro estaba de ganar cuando le llevaba de compañero, que solía ocurrir de cincuenta veces, por ejemplo, cuarenta y nueve! Empleaban señas especiales para comprenderse: para la treinta y una, no hacían guiños, únicamente se concretaban a tocarse las narices; y para las medias, nada de morros, meneaban simplemente la cabeza; y para los pares, fuerte meneo de cabeza, también poniendo los ojos en blanco, aunque el carbonero, sin darle importancia alguna y con habilidad de maestro, pasaba siempre a la grande y a la chica; las demás jugadas eran para él trucos secundarios sin importancia alguna. Cuando se cruzaba un envite a pares y el tabernero salía con medias de reyes, regocijábese extraordinariamente, hasta el extremo de celebrar su triunfo obsequiando con un cigarrillo a los demás jugadores y mirones que hubiera, como llamaba a los que se estacionaban a su alrededor viéndoles jugar, a excepción de Sancho, que en más de una ocasión fué contrincante bullanguero de interesantes partidas.

A solas Juan, por más que había dado algunas vueltas a su imaginación, temeroso de pretexto o negativa, se decidió por fin a llevar a la práctica su pensamiento pidiéndole al tabernero dos pesetas.

—Oye, Mariano: has el favor de dejarme otras dos pesetas. A ver si trabajo pronto para pagarte todo.

El *tasquero* no podía disculparse con Sancho. Era mucha la confianza que habían tenido y no cabía pretexto posible para excusarse por aquella cantidad insignificante. Serio y sin proferir palabra, pasó tras del mostrador y alargó al ebanista la cantidad que le pedía.

—Gracias, Mariano—exclamó el obrero, agradecido—. Y son treinta y cuatro.

—¡Anda!, lo que hace falta es que trabajes pronto—repuso el tabernero, con la música por dentro, cuyo rencor reprimía por el efecto desagradable que le proporcionaba la demanda.

—Ya veremos. Ayer mandé aviso con un chico y dijo don Nicolás que, como no había *mandao recao* antes ni sabían de mí, me dieron de baja. Le dijo que fuese yo esta tarde a ver si sabía algo, así es que no sé lo que resultará... En casa de Piera tampoco necesitan gente, porque he oído decir que habían despedido a cuatro, por economías, de la casa. En el ramo de construcción hay una crisis muy grande también ahora. Así es que no sé, no sé—murmuraba Sancho, meneando la cabeza con resignada melancolía.

—Y de eso de tu tío, ¿qué vas a hacer?

—Ahora vengo del Ministerio de Estado de ver al ordenanza que te dije y no he podido hacer nada tampoco. Mañana dijo que volviera; pero, si encuentro trabajo, no sé si podré ir.

—Esa gente tiene mucha influencia porque conocen a muchos peces gordos y, si se toman interés, pueden servirte.

—No sé; pero cuando en un sitio dicen que no, parece que todas las puertas se le cierran a uno.

—Otra cosa: ¿por qué no te buscas a un abogado?

—¿Y a quién voy a buscar, Mariano?, si yo no conozco a ninguno.

—Por eso no te apures. Aquí viene un chico, que se llama Ramírez, que tuvo que ventilar un asunto parecido al tuyo y buscó a un abogado de quien le oí decir que era muy bueno. Si quieres, cuando venga, le hablaré para que te recomiende a él; y si no, le preguntaré que dónde vive para que vayas a verlo y te entendas como te parezca.

—Está bien—contestó Sancho, animándose—. Entérate, que, últimamente, por verlo, nada se pierde.

—En cuanto venga, le preguntaré—repuso Mariano con aprobatoria satisfacción—. Ya verás qué pronto se arregla eso.

Sancho escuchó la respuesta del tabernero como el que oye a un profeta o a un mesías. El concepto que le merecía el abogado, oír solamente su nombre, parecía que le hablaban de la Providencia, cual si en el abogado estuviera la salvación de un espíritu inquieto y la redención de sus indispensables y apremiantes necesidades. Parecía que le hablaba la vida y, sonriente, se desbordara, entrándole a raudales por su ser, confortándole el alma como al niño cuando le cantan para dormirlo y dibuja su semblante la sumisión angelical de sus pensamientos el cantar de un querubín en agradables serenatas celestiales.

Aquel muchacho a quien Mariano pensaba presentarle alentaría a su voluntad diligente, encomendándole a un hombre justo, de conciencia magna y generosa que sin ambages ni preámbulos tejería, como Penépole, la existencia de su madre y la suya, hoy en manos de la desesperación y de la miseria, y satisfaría con exceso, por espontánea complacencia de su carácter, siempre pundonoroso, los compromisos o débitos contraídos hasta aquí y respiraría tranquilo, poseído del bienestar proporcionado a su anciana madre con los bienes que le pertenecieran. Su semblante, poco a poco, parecía cambiar el aspecto taciturno y triste por el de la satisfacción y el contento, rehabilitado su ánimo por el consuelo baladí de la esperanza. Sería indiferente con los tiranos que le desdeñaban, negándole hasta el patrimonio que, por deber ineludible de conciencia, a todo ser humano corresponde, y mostraríase cariñoso socorriendo las necesidades de los que con él padecieron y enjugaría las lágrimas de los infortunados que con él lloraron, y, caracterizado e imperturbable, hallarían con entereza al hombre justo e inflexible que a cada uno daría lo que mereciese.

CAPÍTULO II

Suposiciones exacerbadas de moral apocalíptica

Serían aproximadamente las diez y media de la mañana de un hermoso día de abril, y Juan llevaba más de veinte minutos esperando a Ramírez en la *tasca* de Mariano. Ya tenían confianza, hasta el extremo de tutearse uno y otro. De compañeros habían jugado algunas partidas al mus, en contra del tío Tiberio y del *tasquero*. La taberna era el punto de cita convenido la noche antes para ir a casa del abogado. Las conversaciones animadas del tío Tiberio y del tabernero eran insuficientes para calmar la impaciencia que le producía esperar, lastimando su ánimo decaído al recomendarle despreocupación, pareciéndole cada minuto una hora a cambio de las que perdía la esperanza temeroso de llevarse plantón.

Ramírez era alto y rubio y tendría unos treinta y cinco años; quedó viudo con tres hijos y su estado no contrariaba su carácter franco y jovial. Cuando llegaba a la taberna, saludaba a Mariano casi siempre con un par de chistes o acertijos que de su caletre llevaba preparados. Era *chauffeur* en casa de los duques de Medias Limpias, que, aparte del servicio nocturno de la temporada de teatros y noches del Real, solían pedir el coche la víspera, por la noche, del día que lo necesitaban, bien fuese para los señores o para las señoritas.

Fiado en su cualidad de mecánico, como en ausencia le llamaban algunos, no le importaba nada de cuanto se relacionara con la casa y, a veces, le daba igual despedirse como que lo despidieran, persuadido de encontrar amo a la hora que quisiera y en las condiciones que propusiera como dictado exclusivo de su satisfacción y libre voluntad. Por eso cuando pasaba por la *tasca* preguntábale el tío Tiberio si estaba libre o no para echar la partida, o advertía Ramírez a Mariano para que previniese al carbonero cuando lo deseara.

Juan escuchaba con atención a Mariano la lectura informativa en un diario de los progresos comunistas en la Europa Central cuando apareció Ramírez tarareando un *couplet* de la célebre Salud Ruiz, que interrumpió la lectura al tabernero.

—Aquí tenéis al pollo; tan alegre como siempre —dijo el carbonero—. No lo he conocido un día de mal humor.

—Cantaba, acordándome de usted, por alegrarle, señor Tiberio; ya sabe que se le aprecia—contestó Ramírez, dándole un guantacito en el hombro.

—Tengo ganas de verlo un día formal a este hombre, que siempre está como los chicos—argumentó el carbonero.

—Pero, oiga usted, señor Tiberio: ¿habrá cosa mejor ni más hermosa que sonreír a las calamidades? ¡Por Dios, señor Tiberio! Que lo dijera otro; ¿pero usted, con el mundo que tiene?

—Si te dieran un estacazo, ¿qué cara pondrías? Porque, según tú, tiene uno que estar siempre alegre por obligación.

—¡Ah! No había *reparao* que le estarán a usted zurrando—interpuso el mecánico, mirando el tanteo de los jugadores.

—¡Anda! No creas que me apuro, porque eso no quiere decir nada.

—Chico, vino, aquí.

—Este se siente hoy *flamenco*.

—Por lo visto, quiere echarse *p'alante*.

—¡Señor Tiberio! si por eso lo dice, ya sabe usted que nunca he *rehusao* una copa de convite, y menos tratándose de un amigo como usted.

A poco, el dependiente se acercó con unas cuantas copas sobre una bandeja.

—¿Esto es para mí?—preguntó Ramírez al chico, a medida que se le aproximaba.

—¡Claro, hombre! Lo que has dicho—dijo Mariano, adelantándose a contestar por su dependiente.

—¡No, hombre, no! Habéis entendido mal. He querido decir que he venido y que me acercara una banqueta para sentarme.

—Hubiera sido raro que éste no saliera con una de las suyas—dijo el carbonero mientras sonreían los demás y el tabernero hacía mutis en la conversación.

—Hombre, yo no creo tener culpa de que otro se equivoque.

—Sí; pero cuando viste que disponía las copas, debiste advertírselo para que no las trajera—dijo Sancho con buena intención.

—No le retuve porque no sabía si era una ronda que ustedes habían pedido. Lo que menos podía figurarme, que el chico hubiera entendido mal.

El muchacho hizo intención de volverse con las copas al mostrador y le detuvo el tío Tiberio diciendo, por Ramírez:

—¡Buen pez estás hecho! ¡Trae, trae! Ya no e las lleves. Si éste no convida, convidaré yo.

—Ya sabe usted que el que llega a un sitio no suele convidar; al contrario, debe ser *convidao* por los que estuvieran en él, que son los que están obligados a convidar, por educación. Y si no, pregunte a cualquiera y verá usted lo que le dice.

—Déjate de educación y de historias, que la

primera obligación entenderá cualquiera que será no hacer el primo.

—¡Hombre, señor Tiberio! En el terreno de la confianza y de la amistad no creo que exista nada de eso.

—Después de todo es igual.

—No podía esperarse menos de usted—repuso el mecánico, suspicaz y apurando de un trago la copa que había tomado.

El chico retiró el servicio y seguidamente acercó una banqueta para que se sentara Ramírez.

—¿Vas a sentarte, con la hora que es?—advirtió Sancho al mecánico, con significada extrañeza.

—¡Anda, anda, déjate de prisas! ¡Ya nos iremos!...

—Son las once y veinte, Ramírez; y cuando te parezca podemos irnos—continuó Sancho mirando el reloj de la taberna.

— ¡Hale! Ahora mismo—respondió el mecánico cogiendo por un brazo al ebanista y saliendo a la calle, apoyando el razonable argumento de la hora.

Alejáronse Sancho y Ramírez hasta desaparecer por la calle de Fuencarral, animados por la esperanza.

El carbonero y Mariano comentaban con acostumbrada naturalidad las razones que les asistían para obtener derechos de su pertenencia indiscutible, previstos por las leyes y defendidos por los Tribunales de Justicia. Ramírez pretendía recabar de sus cuñados bienes hereditarios que por la ley y por la conciencia correspondían a sus hijos; y, como sabemos, Sancho reclamaba la herencia que de un tío le correspondiera. No cabía duda que uno y otro reclamaban derechos amparados por la ley.

—¡Yo no sabía que Ramírez había *dejao* al *abogado* que tenía!—murmuró el tío Tiberio con acentuado asombro.

—¡Claro! ¡No ve usted que descubrió un chanchullo que habían tramado sus cuñados y él!

—¡Parece mentira!

—¡Ya vel Un hombre que se las tira de democrata, engañando a un pobre.

—¡Qué barbaridad!

—Crea usted que me dió asco oír referir las cosas que cuenta ese muchacho—comentaba el tabernero con irresistible indignación—. Luego, lo más censurable todavía son los elogios que de él hacen los periódicos, porque, como usted sabrá, también anda metido en política.

—Ya lo sé.

—Así se cazan incautos.

—Es verdad.

—Precisamente, la otra noche le quité de la cabeza fuese a dar un escándalo al teatro de la Comedia, en que se celebraba un *meeting* y hablaba el abogado ese.

Apareció Boni, con intención de tomar una copa, y, apercebido del asunto, tomó parte activa en la conversación:

—¿Por lo visto, se referían ustedes al caso del *chauser*?

—Aquí, el señor Tiberio, no sabía nada, y por eso le contaba el desenlace que tuvo con Malabares.

—Ahí tiene usted un hombre que se vale de su popularidad para ser un canalla, porque no otra cosa merece que le llamen al que hace lo que él ha hecho—profirió con entonación subversiva el carpintero.

—Ya se enterarían ustedes de aquel *meeting* que se celebró en la Comedia para protestar de la epidemia de pulgas—comentó Mariano.

—¡Qué vergüenza!—apoyó el tío Tiberio, meneando la cabeza.—¡Protestar de casos tan ridículos, cuya solución o arreglo está en manos de los ciudadanos! ¡Qué vergüenza!

—Vergüenza, si la hubiera; pero como no se

conoce, no puede haberla—sostenía Boni—. Lo más que se hace es protestar, y con la protesta nos conformamos, como las vejigas llenas de aire cuando se desinflan; y cuando no, contemplarnos con la boca abierta y cayéndonos la baba, como si los cómicos esos fuesen a darnos el maná.

—Cuando el mítin aquel, decían los periódicos, hablando de aquello, que harían uso de la palabra los hombres más radicales y demócratas del país. Y refiriéndose a Malabares, decía el periódico, ensalzando su personalidad y concediendo méritos a su persona: «el consecuente republicano, el ilustre demócrata, el hombre caballeroso, el insigne orador»..., y ¡qué sé yo cuántas cosas más!... ¡Ah!, «el hombre bondadoso y bueno», decía también. En fin, para el que no conozca el percal y lea esas cosas, resultan personas sin desperdicio, como los dioses.

—Pues, según dijeron aquí el otro día, todavía hay pulgas.

—¡Toma!... Y las habrá mientras las consientan y no nos tomemos la molestia de extirparlas. Le advierto a usted, señor Tiberio—proseguía Boni razonablemente—, que, en dos horas de buena voluntad, todo quedaría listo, y a otra cosa.

—Sí; pero..., ¡amigo mío, el miedo al contagio hace mucho! Por algo dicen que los toros se ven muy bien desde la barrera—respondió el carbonero con segunda.

—¡No, señor!—interpuso, reflexivo, Mariano—. Comprendo que el que necesita vivir apele a toda clase de medios, pero al engaño no hay derecho; y cuando se trata de un pobre que lo necesita, estafándole sus medios de vida, sus esperanzas y su tranquilidad, ¡no tiene perdón de Dios! Crea usted que, cuando se refiere a farsantes así, que conocemos, y los periódicos hacen tanto reclamo al celebrar actos públicos de esa naturaleza, me dan ganas de ir algunas veces y decirle, a gran-

des voces y en su cara, para que se enteren los ignorantes que les escuchan regocijados, ¡que es mentira lo que dicen, y mentira doble, porque no dicen lo que sienten!; y en cuanto oyera el menor aplauso, pedir a grandes voces que se los llevaran al corral, como hacen con los toros cuando salen mansos. Eso, acompañado de un garrote que tengo ahí dentro para romperle el bautismo al que se sintiera *flamenco*.

—Tienes razón—interpuso Boni, asintiendo por Mariano y exponiéndole secundariamente al carbonero—: ¿No ve usted que son cosas que le vuelven a uno la sangre?

—Por eso, muchas veces, el mejor remedio que debe aplicarse es lo que vulgarmente se dice la justicia catalana, y salga el sol por donde quiera.

—Ramírez es un infeliz; pero, si da con otro, les prevengo que el *abogao* se acuerda de él.

El tabernero se enardecía, produciéndole las explicaciones de Boni el efecto rencoroso cual si hubiera sido perjudicado por la mentira en el litigio del mecánico y, sin dejarle terminar, exclamó:

—Por mi parte, le aconsejé fuese un día a esperar y no se cansara de darle palos hasta que se pusiera el Sol, para pagarle como merecía su canallada, aunque después hubiera tenido que salir yo fiador del chico.

—¡Hombre! Para una cosa así, yo también lo hubiera sido—propuso el carbonero con mani-fiesta generosidad.

—Lo más triste es que crean se la dan a uno de primo y se rían después en las narices.

—Y el *abogao* que tiene ahora, ¿qué tal es?

—Ramírez dice que es listo y buena persona.

—¡Ya veremos! Porque eso decía también del otro, y ya habéis visto.

—Es un tal don Agapito Chotís de Aguates—prosiguió Mariano—, que vive en Jacometrezo, catorce, y el procurador, don Toribio Ladrado de

la Cuerna, que vive en el cuarenta de la misma calle. Ahora que no sé cómo serán. Ya le he dicho que se ande con ojo, no le vaya a suceder como antes.

—¡Quién sabe si éste se hará el cargo de que es un pobre que lo necesita y será bueno! Porque siempre ha habido malo y bueno, y lo mismo puede suceder ahora.

—Señor Tiberio, ¡tan *desengaño* está uno, que a veces llegamos a desconfiar hasta de sí mismo!

—¡Chico! Te expresas bien; pero pocas veces nos hacemos el cargo cuando pudiéramos hallar remedio. Chillamos cuando los pareceres y conceptos se ven defraudados por la obscuridad del desengaño. Convencido de esa mentira, me aparté de la política desengañado y sin esperanza alguna en mis ilusiones. Sí, Mariano, sí; no otra cosa que ilusiones, nada más que ilusiones para redimirse obtendrán las muchedumbres que se fíen en las predicaciones de esos embusteros. Primero les siguen entusiasmados, con el calor y la seguridad que supone el desconocimiento del terreno que pisan, y después van deshojándose, como las flores cuando se secan, para sucumbir como naufragos a la mentira humana. Como me aparté yo, se alejarán muchos, sin esperanza alguna, agotada la fe y muertos sus ideales, víctimas de las decepciones y del engaño.

—Ya sabemos que piensa usted como don Jesús—interrumpió Mariano.

—No es solamente don Jesús, es la experiencia quien me proporciona el modo de pensar así. Que lo piense o no, lo digo y lo sostengo.

—Está bien—asintió Boni, sin interrumpir la conversación del tabernero, que prosiguió:

—Lo que dice don Jesús y lo que yo pienso, lo sabemos de sobra; no como otros que, conociéndolo, no quieren caer del burro.

—Dice usted bien, señor Tiberio — apoyó Boni.

—¡Hay que oír a don Jesús en cuanto se calienta un poco!— exclamó Mariano.

—Lo que él dice es por boca de cuerdo, no creas que necesita alumbrarse para decir lo que es verdad.

—¡Hombre, qué casualidad! Hablábamos de él y ahí viene.

Don Jesús era maestro de escuela en la barriada de Cuatro Caminos. Tendría unos sesenta años, enjunto de carnes, y vestía miserablemente, cuya apariencia denotaba un vivir de privaciones y de necesidades. Por su carácter espontáneo y enérgico, conquistó respetos perdurables y, en otras ocasiones, justas e indiscutibles simpatías. Desde bien joven se dedicó a la enseñanza y por dondequiera que iba era saludado cariñosamente por discípulos que había tenido, a muchos de los cuales ya no conocía, y hoy cualquiera de ellos disfrutaba seguramente mejor posición económica que él; pero nada envidiaba a nadie, ni nada quería, más que a sus hijos, como en ausencia llamaba a sus escolares. Y tan popular era en el barrio, que cuando se hablaba de don Jesús o del maestro, siempre para elogiarle, todos sabían quién era.

Llegó pidiendo una copa al chico, como tenía costumbre a su paso para la escuela, y tan pronto como lo vieron entrar recurrieron a él, consultando sus opiniones, y a que primeramente, lejos de intervenir, se encogió de hombros, diciendo que tenía prisa, terminando, apremiado, por emitir juicios que animaron la charla y el parecer de sus interlocutores:

—Los partidos políticos no se forman por la idea de republicanos, socialistas, conservadores, liberales o lo que sean, en que se vindiquen espíritus tradicionales, integrando puramente la idea degenerada en fracciones de radicalistas, reformistas, separatistas o independientes y a que sucederán sindicalistas, bolchevikis; y ¡quién sabe

si habrá quien quiera solidarizar con la idea del anarquismo, como derechos propios de una soberanía particular! Hoy suelen manifestarse, la mayor parte de los penitentes, por el nombre de los caudillos que les representan, no porque dieran ejemplo de ello los jacobinos y bonapartistas en Francia, los zaristas en Rusia y los garibaldinos en Italia, en quienes las multitudes encarnaron íntegramente la idea de sus respectivos partidos, si no es porque al amparo de la influencia del jefe satisficieron sus egoísmos, aunque la simpatía o esperanza creyente de un mesías abotargar a sus sentidos cegados por la fe en un Pérez, en un Fernández, en un López o en un Sánchez, haciendo, si cabe, ostentación orgullosa y ridícula de perecistas, fernandistas, lopecistas o sanchistas. ¡Ahí tienen ustedes bien patente los ejemplos que de sus progresos políticos conocemos...! ¡Señálenme una, siquiera, pequeña mejora para todos o un beneficio, ¿para quién?... Como charlatanes, sí, desempeñaron un papel brillantísimo que produjo esta o parecida exclamación en la masa popular: «¡Ha estado colosal!»; y que luego la Prensa les *jaleara* como a cosa providencial y maravillosa, como redentores de un imposible. Antes que aportar beneficio alguno perjudicaron todo, porque sus procedimientos administrativos eran tan funestos para la Humanidad como el queso puesto en el cepo para los ratones. El queso político estaba en la palabra cálida y florida, llena de conceptos retóricos que solían emplear en los actos públicos para conservar el prestigio y alentar la esperanza en las personas de buena fe. Para probar su utilidad o beneficio, ¡ahí tienen ustedes la limosna que concedieron, en diez años de estudio, a la clase proletaria con la ley de Retiro obrero, que a los sesenta años de edad, cuando se supone que uno no sirve para nada, le darán una veinticinco o una cincuenta para que se alimente y atienda a sus necesidades! A su legisla-

ción, no siguió la menor protesta en sus caudillos liberales o demócratas, en jefes que ostentaron la representación de colectividades obreras; antes al contrario, elogiaron el trabajo, calificándole de labor proba y meritoria. No ha faltado quien ha propuesto la erección de una estatua a los legisladores que con tal acierto estudiaron la organización de una ley por la que hoy ningún obrero se morirá de hambre, en vista de lo cual tan buenos estadistas debieron invertir sus bienes en organizar la enseñanza, fundando escuelas en los muchos pueblos que no las hay; construyendo ferrocarriles; haciendo canales con aprovechamiento de las aguas que, en épocas de sequías, siguen indiferentes el curso de los ríos, para regar extensiones inmensas de terrenos sujetos a las inclemencias del tiempo, y digo inclemencias porque nunca llueve a gusto de todos y motiva se pierdan muchas cosechas; quitarles cargas a la propiedad rústica y a la industria, fomentando su producción, facilitando medios a su desenvolvimiento, y suprimir el gasto inútil de millones y millones que se tiran porque sí, y de ello se beneficia a quien no sirve para nada, porque nada produce, más que disgustos, la ruina de los pueblos, restringiendo sus libertades y usurpando derechos de su soberanía.

El tío Tiberio y Boni escucharon aquella peroración con recogimiento y respeto, debido a terminantes y merecidas consideraciones. Mariano, como tenía costumbre de oírle alguna que otra vez, no tomaba en cuenta ni le daba importancia a los deleznable o inmejorable conceptos que de la situación formara el maestro. El tío Tiberio reparaba con entusiasmo en la expresión clara y certera, en el concepto diáfano y persuasivo y en la ciencia natural y precisa, compendio del saber estimado y venerable que alcanzaba aquel hombre, víctima de la ignorancia humana y de la miseria social; e igualmente Boni,

escuchando con decidida afectación y respecto, abrigaba razones tan claras, seguro que de haber sido expuestas públicamente hubiera merecido don Jesús situación más elevada y aureola más respetable de la que a su saber e inteligencia le atribuían. Su concepción moral se hallaba formada en la profesión del maestro, a donde llevó sus simpatías y su popularidad.

—Oiga, don Jesús—exclamó Boni con significativa mansedumbre—: ¿cree usted que si se organizara una manifestación a la estatua de Castelar no arreglarían eso como dicen?

—¡Ese, ése sí hubiera *arreglao* esto, si viviera!—repuso el tío Tiberio con acentuada energía.

—¡Según! Porque de poco serviría que hubiera un hombre de buena fe si los otros no otorgaran su colaboración a los beneficios o ventajas que propusiera otro.

—¡Anda, anda!—dijo Mariano—. Pasaría como siempre: igual que si repicaran las campanas.

—Yo creo que, al tratarse de una petición justa y conveniente, alguna cosa habrían de hacer.

—¡Que no, hombre, que no; que estás muy mal *enterao!*—sostenía Boni—. Sucedería como el cuento del sermón: «Acúsome padre que por un oído me entra y por otro...» ¡Nada, nada!

—Hacemos mal en opinar así, en ser tan pesimistas, porque menos podrá hacerse cuando no tratamos de poner el remedio.

—No basta queramos una cosa que convenga a todos y que ésta se pida o no para que la otorguen. No basta pedir lo que hace falta; lo necesario es que lo concedan. Los que manejaban el *cotarro* hartos sabidos tenían lo que el pueblo necesita y lamenta, para saber lo que tenían que hacer. Así es que, aunque hubiesen ido peticionarios amargados por dificultades y peligros, hubiera sido igual que si les tocaran... las narices; y no se rompan ustedes la cabeza pensando en lo que dije antes, porque nos tendrá la misma cuen-

ta y saldremos lo mismo... Es muy difícil haya alguno que haga algo—prosiguió don Jesús tras ligera pausa—. Y si en alguna ocasión, para caso rarísimo, hubiera algún *gran patriota*, como solían decir sus *pelotilleros*, antepondría su condescendencia por beneficio o ventaja particular, cuyo funcionamiento ocultara el antifaz de su concesión. A esos *prohombres* debió llamárseles patrioterros, porque es el nombre que mejor cuadra a su condición y capacidad.

—Yo creo, don Jesús, y perdone que le interrumpa —indicó el carbonero mientras el maestro otorgaba con insinuaciones de cabeza—, que las personas se rigen, administran y viven por cuenta propia, y que por ley natural defienden el derecho a la vida. Y para vivir no se necesita a ninguno de esos buenos señores, que son como la carcoma. ¿No le parece a usted?

—Sí, hombre, sí.

—Es decir, que lo que yo veo es que se significaron y movieron para no dejarnos en paz, estorbándonos en todo con las consecuencias desagradables de que no podamos vivir. Sin ir más lejos, yo pagaba ochenta pesetas de contribución al trimestre por la carbonería, y ahora pago ciento noventa; ¿usted cree que hay derecho a eso? Como es natural, tengo que aumentar el precio del artículo; la gente chilla y luego dicen que soy un ladrón.

—Somos muchos los que tenemos la fama de lo que son otros—profirió resignado el tabeí nero.

Boni pidió al chico unas copas con objeto de animar la charla.

Ramírez y Sancho consultaban con el abogado, exponiéndole respectivamente los detalles, cuya actuación y representación judicial llevaría a los Tribunales abogando por la defensa de sus derechos. Gracias al abogado, solucionarían su problema económico e iluminaría sus ánimos la luz de la Justicia.

¡Looados sean aquellos preclaros varones que contribuyeron con su inteligencia a exigir indispensablemente la intercesión del abogado en las causas para que la Ley pura e inmaculada pueda emitir su fallo irrevocable sin alterar un átomo el inviolable fiel de su balanza!

CAPÍTULO III

Tras la mampara de un bufete

Una muchacha morena, menuda y vivaracha, con delantal blanco, franqueó la entrada a Ramírez y a Sancho en casa de don Agapito Chotís de Aguates.

Al preguntar Ramírez por el abogado a la sirvienta, advirtióles ésta, mientras desaparecía, hiciesen el favor de esperar un momento, dudando de que «el señorito» estuviera en casa. Descubiertos, a pies firmes y de espaldas a la puerta de entrada, los visitantes, en el recibimiento, esperaron contestación por la muchacha.

La estancia era cuadrada, de grandes dimensiones, con una ventana grande que daba a un patio, sobre la cara de enfrente; en lado izquierdo, una portada cubierta por cortinones; otra en lateral derecha, con puertas de cristales; inmediato a esta puerta, un diván de madera, como de metro y medio de largo; en la parte superior de éste, una pintura al óleo, ostentaba sin duda el respetable abolengo de los Chotís o de los Braguetes. El emblema consistía en la figura de un hombre de pies y en jarras, con las piernas cruzadas, sobre una cabra que servía de pedestal, y dos balanzas sobre los codos, de las cuales pendían dos platillos de cada una, en la forma que pintan a los vendedores de boquerones en Málaga, en fondo de artística alegoría formada por dos garrotes y una lavativa: era el botín cogido

al enemigo por uno de los Braguetes en sus campañas guerreras contra los sarracenos. Sobre los platillos había cuatro figuras, simbolizando a la oratoria, al trabajo, a la sumisión y obediencia, al poder y a la mansedumbre: una cotorra, un burro, un borrego y un buey. Y sobre el ángulo interior derecha, una portada por la que se veía un pasillo irregular, dando acceso indudable a las habitaciones particulares de la casa. Del interior dejábase oír alternativamente el ladrido porfiado del *Baseto*, skyeterriers o lulús, extrañando la visita de seres ajenos, y las reprensiones amenazadoras de los familiares, que con el siseo imponían su silencio.

Al momento volvió la sirviente y, sin respuesta categórica, franqueó la puerta de cristales, suplicándoles entrasen o hicieran el favor de esperar «a su señorito».

Era el despacho del abogado, o, mejor que despacho, seguramente su cuarto de trabajo: a la derecha de la entrada, un armario de caoba con puertas de cristales permitían ver volúmenes en orden, de reconocidos escritores y publicistas nacionales y extranjeros, como la *Historia de España* del Padre Mariana; *Précis d'Histoire de la Littérature Espagnole* de Ernest Merimée; *Derecho Internacional* de Miguel Cruchaga; *Crítica Literaria* de Max Netlan; Códigos de Comercio, Civil y Penal; tratados de Derecho Político, Romano y Mercantil; *Diccionario Enciclopédico* y el *Internacional*, de Kürfchners. Sobre la pared izquierda, una vitrina llena de volúmenes fáciles, de todas clases: poesías, cuentos y novelas de renombradas firmas en su mayoría, y de escritores poco conocidos los menos. Dos cuadros de pintura a los lados de la vitrina, uno de los cuales parecía halagar la personalidad de un Chotís, con el uniforme de gala de diplomático o de ministro, ostentando sobre su pecho las cruces de Tao, de Isabel la Católica y la Encomienda de Carlos III; tres o cua-

tro retratos también, fotografías de padres, tíos o hermanos del abogado; cinco sillas bien distribuidas; un diván aterciopelado en lado izquierdo de la cara de enfrente, y la mesa despacho sirviendo de hipotenusa al triángulo obtuso que formaba con el ángulo de la pared, sobre la que había algunos libros, papeles pisados por un pedazo de mineral de hierro, escribanía, cenicero y un reloj pequeño colgado por la anilla al cuerno de toro; un sillón junto a la mesa, en el centro del triángulo, y a la derecha de ese mueble, una ventana con puertas de cristales y visillos armonizando el decorado de la habitación.

Sancho y Ramírez hacían crítica menuda, mirando con indiscreción y encogimientos de hombros en algunos casos, por los objetos que poco a poco detallaban su curiosidad. A poco de esperar éstos, cedió la puerta y apareció un hombre rubio, en zapatillas, como de treinta años, de estatura regular, envuelto en un pijama claro, pareciendo alardear de su cabellera abundante, echada para atrás, y fumando un egipcio, que, sonriente, alargó su diestra, nombrando a Ramírez, para saludar a sus visitantes. Con palabras sin argumento infundió al *chauffeur* ánimos para luchar y esperanzas hasta conseguir. Tomaron asiento a instancias de Chotís, que, sentado en el sillón, mesábase el pelo y daba las últimas chupadas al cigarrillo. Exploraría la curiosidad hasta llenar el vacío de sus conocimientos con las miras y la seguridad importantísima de satisfacer sus conveniencias. Desempeñó con buen acierto un papel excelente en la comedia del mecánico, quedando a cubierto su cualidad, de modo que su condición no pudiera ser impugnada por el calificativo que motivara oprobio a su dignidad y descrédito a su carrera, aunque su actuación fuese censurada en concepto de duda por el comentario.

—Oiga usted, don Agapito...—decía el *chauffeur*, continuamente interrumpido por el abogado:

—¡Nada, hombre, nada!... Usted no tiene que preocuparse, porque todo está arreglado. Ya he dicho a Ladrado que presente el escrito pidiendo recurso de casación; ¡después veremos quién se adelanta a dar el golpe y quién lo da primero!... No piense en nada, que es cosa de pocos días...

—Este es el amigo de quien hablé a usted el otro día, don Agapito.

—Ya me lo figuro.

Ramírez asentía con movimientos de cabeza, casi convencido, mientras el señor Chotís de Aguates interrogaba al cliente presentado por el mecánico:

—Ante todo, no quiero que se me oculte nada, porque, como usted sabe, al abogado hay que ilustrarle, o mejor dicho, hay que decir la verdad de todo, sin omitir lo más mínimo, para que la luz de la Justicia se haga y resplandezca en todas partes. Yo soy el confesor, a quien ustedes, penitentes, expondrán sus quejas o sus pesares, para absolver las primeras y mitigar los segundos por su contrición, atendiendo siempre a tranquilizar espíritus faltos de defensa y de equidad, como les ocurre a ustedes ahora. Yo no soy como otros abogados, que obran por voluntad propia en asuntos que defienden, no, señor; aunque es misión del procurador, a mí me gusta informar a mis clientes de la marcha de los asuntos para que vean la verdad, puedan consultar después con quien les dé la gana y apreciar la veracidad de los hechos. Así es que usted dirá.

—Yo..., mire usted... — exponía Sancho con aceleramiento y cortedad primeramente, mientras don Agapito escuchaba—. No entiendo nada, más que lo que usted haga... Yo tenía un tío en Cuba y, según decían los periódicos, lo mataron para robarle. Mi tío debía tener una fortuna, por lo que nos decía en sus cartas.

—¿Tiene usted mucha familia?

—No, señor: yo y mi madre, nada más.

—¿Y qué han hecho de eso?

—Pues nada; lo que usted ve.

—¿Ha hablado usted a algún otro abogado también del asunto?

—No, señor.

—Su tío, ¿era casado, viudo..., o cómo era?... ¿No tenía otros herederos que a ustedes?

—Era soltero y su única familia y herederos somos nosotros. Por eso doy estos pasos. ¡Si viera usted qué generoso y bueno era!... Para nosotros era como un padre... El se fué allí desterrado, por motivos de una huelga que tuvieron los del ramo de construcción, siendo..., no sé qué era él de la Casa del Pueblo, hace muchos años. Trabajó con suerte, porque halló gente de conciencia que pagaran lo que trabajaba, y fué como hizo la fortuna que tenía. Por lo que nos decía en sus cartas, debía tener..., ¡eso que ahora no me acuerdo!..., ¿cómo es?..., verá usted..., no sé cómo le dicen..., ¡un ingenio!..., y se dedicaba al negocio de azúcar, que seguramente le daría mucho dinero... ¡Si viera usted cómo se acordaba de España! .. ¡Se acordaba mucho y con dolor; se veía que sufría!... Pero tenía negocios y ya no podía venirse. Una de sus muchas cartas, que conservo, me la sé de memoria. Me acuerdo que decía, siendo yo todavía pequeño: «¡Parece mentira; y, cuando me acuerdo, llevo a dudar que el Extranjero haya sido más hospitalario y generoso para mí que mi adorada patria! ¡Bien puedes creer, sobrino, que, al acordarme de esto, se me saltan las lágrimas y el corazón, transido de dolor, no me cabe en el pecho! ¡Así paga España a los hombres que sufren, se sacrifican y trabajan por su bienestar y prosperidad! ¡Este es el pago que la patria, agradecida, da a sus hijos cuando la hacen grande y dicen la verdad para defenderla!...» Y así, otras por el estilo. Me dijeron que fuese al Ministerio de Estado, que era donde estaban esas cosas; he ido muchas veces a ver a un ordenanza, conocido

de una señora que se llama Isabel, conocida nuestra, para que me recomendara a alguien, a ver si podía hacer algo, y, unas veces por uno y otras por otros, estoy cansado de ir y venir, y el tiempo pasa sin poner nada en claro; mi madre, la pobre, todos los días, llorando, y yo, en ayunas, sin saber lo que debo hacer; le hablé a este amigo, que me ha traído, y aquí estoy a ver lo que usted dispone.

—¿Cuánto tiempo hace que lo supo usted?

—Unos dos meses. En casa tengo *guardao* el periódico donde lo leí. Si usted quiere, se lo traeré, *pa* que lo vea.

—No, no, es igual; no hace falta. ¿Qué grado de parentesco tenía usted con él?

—Era hermano de mi padre, que en paz descanse.

—Pues bien — prosiguió Aguates tras breve pausa —. Luego usted quiere que me haga cargo, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Bueno; aunque usted no es heredero forzoso, será quien herede los bienes que pertenecieran a su tío, si no se presenta alguien alegando algún otro derecho también... ¿Quién le dice a usted que su tío, en tantos años allá, no tuvo un desliz con alguna y apareciera después alguien reclamando sus bienes como heredero universal de ellos?... ¿Quién asegura no haber tenido relaciones con alguna mujer y a cuyo favor hubiera hecho testamento dejándole cuanto tuviera?

—No creo.

—Bien; ya digo que son suposiciones dentro de lo posible. Ustedes no han presenciado la vida que su tío hubiera hecho allá y por eso no podemos decir nada ni adelantar acontecimientos.

—No, porque si hubiera tenido algo nos lo hubiera dicho.

—No ignore usted hay asuntos que no pueden decirse muchas veces, para evitar el disgusto que

su noticia pudiera causar en la familia por el efecto indecoroso que produjeran en la moral sus actos, de los cuales somos únicos responsables. Ya se figurará que esto no quiere decir sea verdad lo que usted dice, ni con ello pretender restarle la menor creencia en su fe, ni mucho menos, como saben ustedes que generalmente a las personas no se miran porque en sí sean más o menos buenas o que tengan mejor o peor fondo, no, señor; suele mirárseles por su aspecto, porque impuesta la moral, con la moral tenemos que vivir. Es lamentable, lo comprendo, pero desgraciadamente así es. Es uno de los errores que por su insensatez ocasiona mayores trastornos en el orden social, a ciencia y paciencia, como suele decirse, o a sabiendas de todos; y que nosotros mismos, en vez de curarnos la enfermedad, rehusamos la eficacia y facilidad del remedio.

—Pues yo, no, señor—murmuró el *chauffeur*—. Hace mal, pero no miro a las personas por su cara; para mí, los que más valen son los que hacen mejores acciones, por feos que sean.

Aguates, con la pluma en la mano, dispúsose a interrogar nuevamente a Sancho:

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Sancho García, para servirle.

—Gracias. Y es usted de Madrid, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y vive?...

—Calle de Hernani, número diecisiete.

—Y su tío ¿cómo se llamaba?

—Teodoro Sancho Castigado.

El abogado, al oír la palabra *castigado*, quedóse mirándole, porque ya había dicho antes que su tío fué castigado a destierro.

Pero Juan, advertido, continuó:

—No, señor, no es la pena; es que mi tío era Castigado de nombre.

Aguates continuó anotando:

—¿Y dice que su tío murió en Cuba?

—Sí, señor.

—¿En la capital, en La Habana?

—No, señor; en Sagua la Grande, de Santa Clara, ingenio de los Listos. Ahora que no sé dónde está tampoco, porque no he *estao* nunca. Si usted quiere, le preguntaré a mi madre que estará mejor enterada que yo, porque mi padre la enteró de todo.

—No hace falta; basta con lo que usted dice—repuso el abogado, extractando los informes que le daba Sancho—. Bueno; ya sabe usted que para este asunto es necesario también un procurador.

—De eso no entiendo nada, don Agapito; así es que usted dirá lo que hace falta, y con lo que haga me conformo. Yo me fío de usted, como hombre honrado y formal, por eso he venido aquí, para que disponga lo que más convenga.

—Está bien, y me honra mucho el que mis clientes piensen así y me tengan en ese concepto. Por eso, paso a paso de cuanto ocurra, me gusta ponerlo en conocimiento de mis representados, para que vean que nada se oculta a ellos y que se juega con las cartas boca arriba, como suele decirse.

Sancho asentía a las explicaciones del letrado, cuyo interrogatorio continuó:

—Los procuradores que me trabajan son inteligentes y de bastante confianza. Puede verlos, si usted quiere; y si no, busque a otro que usted conozca... Ahora, haga usted lo que quiera.

—¡Yo, no; lo que usted me diga! Al que le parezca mejor y quiera que vaya, iré.

—¡Al que quiera!; no tengo interés por uno más que por otro, porque los dos son buenos. Uno se llama don Toribio Ladrado de la Cuerna, que le coge a usted bien cerca de aquí, por cierto, porque vive en el cuarenta de esta misma calle, y el otro, don Sabino Zorro Trágalos, que vive en el paseo de San Vicente, número diez.

Sancho, al escuchar las palabras que se refe-

rían al primero, no le extrañó, sin duda porque no era la primera vez que en sus oídos sonaba aquel nombre, aunque no recordaba cuándo ni dónde había sido.

El abogado soltó la pluma y púsose de pies, como indicando que la visita había terminado.

—Vaya a ver al que quiera, cuanto antes, para quedar en lo que sea, y pasado mañana, a las once, le espero a usted para ver lo que hacemos. Siento no poder estar con usted más tiempo, porque a las doce y media tenía que estar en las Salesas para celebrar una vista. Conque ya sabe usted: pasado mañana, a las once, no deje de venir. Lo de usted está arreglado, Ramírez—dijo a éste, dándole cariñosamente guantacitos en un hombro.

—Algún trabajo ha costado porque el asunto le habían maleado mucho y lo habían puesto bastante difícil; pero, en fin, a vuelta de patadas y de cuidados, hemos podido desentrañarle de todo embrollo y ponerlo en seguridad de ventajosa y progresiva marcha. Ya no hay cuidado y puede irse tranquilo de que sus cuñados mismos han de venir a buscarle a usted para un arreglo, y ¡entonces!... entonces nos entenderemos y veremos quién impone las condiciones de paz. ¡Usted no se apure y déjelos, que ya vendrán!... Claro que si usted, en vez de buscar a otro abogado, hubiera venido desde un principio a mí, a estas horas hubiera tenido el dinero en el bolsillo; pero van siempre a lo peor, en perjuicio de ustedes mismos, porque no solamente no sacan ustedes nada, sino que le malean los asuntos gente que no entienden o que van de mala fe, y luego tienen estas cosas muy mal arreglo, aparte de lo difícil que es encontrar a otro que quiera hacerse cargo en las condiciones que estaba esto. Yo, créame, le digo francamente que si no llega a ser porque venía recomendado del señor Pretesta, que es muy amigo mío, no me hubiera hecho cargo, porque no

pueden ustedes figurarse los quebraderos de cabeza que traen estas cosas que vienen de segunda mano... Ya le dije al señor Pretesta un día que me saludó en la carrera de San Jerónimo: «¡Amigo mío, me ha recomendado usted un asunto con peores intenciones que un toro de Miura!»... ¡No puede usted hacerse idea cómo están los otros!... Como se ven perdidos, ¡claro, están que botan!

—La culpa es de ellos, don Agapito, porque bien claro dice el refrán que «el que todo lo quiere, todo lo pierde»—interpuso Ramírez con inconsciente naturalidad.

—¡Déjelos, que ya vendrán!—murmuraba Aguates, saliendo con sus clientes del despacho.

—¡Si hubieran tenido un poco de conciencia, no hubieran *dao* lugar a esto!

—¡Amigo mío, ellos se lo han querido! Ya no les queda otro recurso que el del pataleo y, peor que eso, aguantar lo que venga...

Ya en el recibimiento, mandó Aguates cubrirse a sus representados, que acto seguido buscaron la salida, franqueada con amabilidad por el letrado, que se situó a la puerta hasta que desaparecieron.

CAPÍTULO IV

Interin

En la calle, repararon escrupulosamente en las observaciones que de la entrevista se dedujeran, haciendo conjeturas y emitiendo pareceres para dejar expedito el camino de su obscura e intrincada carrera. Convenía que el procurador del mecánico fuese también de Sancho.

—Te prevengo que es un tío listísimo. Además es abogado y sabe tanto como el otro—argumentaba Ramírez, elogiando a don Toribio Ladrado de la Cuerna, su procurador—. Y como *honrao*, activo e inteligente, no te digo *na...* Yo, chico, has lo que quieras; pero hasta la portera misma de su casa dice que es un hombre muy listo... Te prevengo que al otro que trabaja con don Agapito no le conozco; pero, por listo que sea, estoy seguro que no llega a éste ni con mucho... ¡Yo estoy muy contento con ellos! ¡Ojalá y los hubiera conocido antes!

—Pero como no sabe uno, hasta que se conocé el percal, vamos casi siempre a ciegas, sin saber si vamos biee o mal.

—Ya lo dicen ellos, y tienen razón, que desde un principio debí ir a verlos y que muchas cosas de las que nos pasan tenemos nosotros mismos la culpa.

Sancho asentía con acatamiento a cuantas razones exponía su amigo. Indudablemente, aquel pro-

curador convenía más que ningún otro, porque además de ser competentísimo y honrado, como decía el mecánico, proporcionaría al abogado, con la cooperación del señor Ladrado, un cincuenta por ciento de ventaja, dándole sus mismas armas de combate para luchar y alcanzar seguramente pronta y codiciada victoria. ¡Oh, si antes hubiera conocido al señor de Aguates!... En balde no hubiera pasado el tiempo tan hermoso que perdió y viniendo inútilmente a la plaza de Santa Cruz, esperando ver a éste o al otro, sumiso y con la gorra en la mano, más que a reclamar un derecho, recabando por la Ley lo que en conciencia era suyo, a pedir por su condición humilde, con abatimiento, un favor. ¡Ya verían después algunos de aquellos mequetrefes, que parecían burlarse de él cuando preguntaba por el señor Teófilo, mirándole con indiferencia cuando le veían llegar! Esos encogimientos de hombros en unos y esas mentiras burlonas en otros serían argumentos para refutarles otro día sus condiciones miserables, cuando pudieran apreciar, al cambiar de situación, que los más humildes también tienen alma y sentimientos: corazón para sentir las verdades y las mentiras, ojos para verlas y concepción o tacto para apreciarlas, ya fortalecido con la estética que aureola a la sociedad en el seno de la hipocresía.

—Oye, Ramírez—interpuso Sancho, tras pequeño silencio de reflexión—: ¿cuándo quieres que vayamos a ver al procurador?

—Cuando tú quieras.

—Entonces, ahora mismo.

—¡Hombre!, ahora es mala hora; no porque no estuviera en casa, sino porque es hora de comer y sería inoportuno que fuésemos ahora teniendo sus horas de despacho señaladas.

—¿Cuáles son?

—De cuatro a seis, como tienen casi todos.

—¿Por la tarde?

—¡Claro! Ya comprenderás que no va a ser de madrugada.

—Entonces, ¿cuándo?

—Hoy mismo, o mañana, si te parece.

—¿Cuándo crees que debemos ir?

—Cuando más te convenga y quieras, porque a mí me da igual.

—Lo digo para que cuando vaya a casa de don Agapito poderle contestar con lo que hayamos *quedao*, si me pregunta, que me preguntará, seguramente.

—Pues mira: mañana iremos.

—¿Dónde quieres que nos veamos primero?

—Donde quieras.

—No; donde tú digas.

—En casa de don Toribio mismo, de cuatro y media a cinco.

—Ni una palabra más

—¡Convenido!

CAPITULO V

El camelo de un procurador

Al día siguiente esperó Sancho a la puerta de la casa del procurador hasta las cinco y media, próximamente, que apareció el mecánico. Subieron al principal y, a una llamada al timbre, franqueó la entrada una muchacha que por su indumentaria parecía ser sirviente de los señores de Ladrado. Por un pasillo corto que había a la derecha del recibimiento, los condujo al despacho de su señor, que los recibió amable y complaciente.

La estancia era pequeña, limpia, con pocos muebles y bien ordenados, todos de madera igual e indudablemente de pino; a la izquierda, un armario con puertas de cristales lleno de volúmenes relativos a su profesión y a su carrera; en fondo, una ventana con visillos, un diván, cuatro sillas bien colocadas, una mesita despacho a la derecha y otra más grande enfrente, ocupada por el procurador señor Ladrado de la Cuerna. Este señor era de estatura regular, de unos cuarenta años, con bigote recortado, delgado, moreno y calvo; vestía pulcramente traje negro y corbata del mismo color, como si estuviera de luto.

Quedábanos por describir el recibimiento o entrada de la casa del procurador: si el despacho le tenía dispuesto con sencillez y limpieza, con aná-

loga discreción tenía también el recibimiento. Era un cuadrado de dimensiones regulares: a su cara derecha había un perchero de caoba guarnecido por dos maceteros a sus lados; dos palmeras enmacetadas sobre los ángulos izquierda y una araña encendida, debido a la escasez de luz en la estancia, y sobre la pared izquierda, un confidente de madera, estilo Luis XV. El ángulo interior derecha daba acceso a un pasillo que por supuesto eran las habitaciones particulares del señor Ladrado.

El mecánico hizo la presentación de su amigo, y el procurador, que sin duda estaba en antecedentes, les recibió con amabilidad y acostumbrada delicadeza, mandándoles que se sentaran. La condición de sus visitantes no precisaba cumplidos, ni mucho menos recurrir a la cortesía para convencer y simpatizar, procurando colocarse siempre en lugar más adecuado para su defensa. Pidió antecedentes sobre el asunto de Sancho y, en términos más o menos inteligibles, fué complacido. Ramírez no debía ocuparse para nada de su pleito, porque era cosa, como suele decirse, de coser y cantar. Un día de aquellos celebrarían la vistilla y él mismo sería testigo de sus resultados, a cuyo efecto le avisarían oportunamente. Según Ladrado, estaban para avisarles de un momento a otro. Sus consecuencias serían indiscutiblemente favorables a ellos, por el derecho poderosísimo que les asistía en la cuestión, en cuyo caso Ramírez estaba de enhorabuena.

—Lo de usted, ya veremos—dijo enfáticamente a Sancho, así que hubo complacido al mecánico—. Ya me ha hablado el señor Aguates y, por hoy, no podemos apresurar nada. A él le parece bien, pero yo no puedo decirle una palabra.

—Don Agapito parece listo y buena persona—murmuró Sancho.

—¡Hombre! Como buen muchacho y listo, sí es; ahora, lo que hace falta es que no se abandone y

quiera trabajar. Desde luego, condiciones tiene de sobra.

Sancho asentía con acentuada credulidad y devoción ante la autoritaria y sugestionadora palabra del señor Ladrado.

El procurador continuó:

—Ahora, lo que necesito es un poder para representar a usted donde haga falta.

—Y eso, ¿cómo es?

—Tiene usted que ir a un notario para que se lo haga y él le dirá cómo es.

—¿Usted podría recomendarme a alguno?, porque yo no conozco a nadie.

—¡Eso va usted a cualquiera y se lo hace en seguida! El mismo que se lo hizo a Ramírez puede hacérselo a usted también.

—¡Eso lo tienes arreglado en dos días! —argumentó el *chauffeur* satisfecho por el convencimiento.

—¡Bueno!; hágalo y me lo trae usted para empezar a trabajar en seguida—continuó el procurador—. Luego va usted a casa de Aguates también, para quedar en lo que sea, porque seguramente querrá saber en lo que hemos quedado, si soy quien va a representar a usted o no, Son requisitos que hacen falta y no hay más remedio que hacerlos.

Dicho esto, el señor Ladrado dejó el asiento. Ramírez y Sancho pusieron de pies también.

—Don Toribio —apresuró Sancho—, lo que quiero es que se arregle cuanto antes lo que sea.

—Eso no consiste en mí. Que Aguates no se duerma, que por mí, sobre ese particular, nada tendrá que decir; por lo demás, pondré de mi parte lo que pueda.

—Sí, señor, don Toribio, y hará usted una obra de caridad muy grande.

—Ya digo que se vaya tranquilo, que se hará lo que se pueda.

—Se lo agradeceré mucho, don Toribio—murmuraba Sancho con refrenado ahinco.

—Oiga, Ramírez: tiene usted que darme sesenta pesetas para pagar en la Escribanía de Embustero los derechos de las últimas diligencias que se han hecho.

—En este momento no puedo dárselas; pero se las pediré a los señores y se las traeré un día de estos, don Toribio.

—Bueno, cuando sea; no corre prisa. La cosa es que lo sepa... Yo las hubiera adelantado, si hubiera podido, como usted sabe; pero si fuese a pagar los gastos que originan los pleitos de todos mis clientes, tendría que tener aquí un saco de dinero siempre dispuesto para pagar minutas y derechos de Escribanía de unos y de otros.

—Sí, señor, tiene usted razón, don Toribio—apoyaron el mecánico y Sancho casi a la vez.

El señor Ladrado continuó:

—Pues todavía pedía cuarenta pesetas más ese oficial grueso que usted habrá visto muchas veces en la Escribanía.

—¡Lo conozco!—afirmó Ramírez.—¿No es Enredador, el oficial primero de la Escribanía donde está el pleito?

—¡Eso es!... Yo, como ustedes comprenderán, nada conseguiría con que mis clientes se sacrificuen. Ahora que, cuando se trata de casos que no hay más remedio, llamo al interesado y le explico el asunto para que vea que sin salvar dificultades de esa índole no podríamos seguir.

—¡Está bien, don Toribio! Cuando no hay más remedio, ¿qué se va a hacer?

—Esto, tratándose de casos que, como usted sabe, no hay más remedio. Ahora, si por cualquier circunstancia pudiéramos excusar un gasto equis, soy el primero en evitarle a mis representados cuanto estuviera de mi parte, sea por intercesión mía o recursos más o menos hábiles que pudiera emplear con objeto de que al que se infiriese resultara lo menos gravoso posible, como a usted ha sucedido en este caso, que en vez de

pagar cien pesetas que exigía la Escribanía solamente pagará sesenta, porque comprendo que en nada me beneficio con que se lesionen intereses que honradamente defiendo.

Satisfecho de su perorata, a la puerta del despacho, el procurador continuó señalando reiteradamente a Sancho:

—Y usted, ya sabe: cuanto más pronto venga, mejor.

—Ya me dijo don Agapito que fuese a verle mañana para saber en lo que hubiera *quedao* con usted.

—Como usted quiera. Vaya mañana mismo y dígaselo.

—Sí, señor; y en seguida veré al notario para que haga el poder... ¿Y qué cree usted de esto, don Toribio?

Sancho volvía a invocar sus lamentaciones y lloros como hizo también al abogado, en estricta relación con el asunto de su tío, y acto continuo interrumpió el señor Ladrado:

—¡Ya lo sé! Me lo contó Aguates. Hoy no puede decirse nada, si estará bien o mal, o si será cosa de coser y cantar, como dice el refrán, porque no sabemos las incógnitas que el asunto pueda tener. Depende de la claridad con que se presenten las cosas.

—Entonces, ¿cree usted que habrá alguna dificultad, don Toribio?

—Hombre, no es eso, ni creo que haya, porque si la hubiera, para eso estamos nosotros. Quiero decir que las dificultades pueden ser fáciles o difíciles, según la luz de los inconvenientes que en todo caso hubo. No se preocupe; ¡quién sabe si la semana que viene podré decirle algo!

Y cambiando de carácter para sonreírse un poco continuó:

—Pero, por lo que se desprende, casi me atrevo a darle buenas noticias por adelantado.

—¡Usted sabe algo, don Toribio!—exclamó San-

cho, mirándole fijamente, como queriendo descubrir noticias que el procurador se reservara.

—¡Nada de eso, no, no! Se lo diría francamente; pero, por lo que deduzco de la situación y del caso, puede irse tranquilo — respondió el señor Ladrado, cambiando de carácter para desvirtuar la inconsciencia creyente del ebanista.

CAPÍTULO VI

El aperitivo de unos pobres

El mecánico despidióse en la calle de su amigo, marchándose resueltamente a casa de sus amos. Sancho fué a su casa, sin pensar siquiera en la taberna de Mariano, deseando referir a su madre, que seguramente esperaba con impaciencia, los resultados de la visita hecha al procurador, como sucedió el día que el *chauffeur* le llevó también a casa del abogado.

Serían próximamente las seis y media de la tarde cuando Juan entraba en su casa, en donde halló a Pura de conversación con su madre.

El *Capitán* adelantóse a recibirlo, festejándole como siempre.

Las mujeres, al verlo entrar, apresuráronse a inquirir noticias relacionadas con el asunto que tan intrigada tenía a la señora María, que interrogó primeramente a su hijo:

—¿Qué tal ese señor?

—Bien.

—¿En qué has *quedao* con él?

—Pues nada; que tengo que ir a casa de un notario a que me haga un poder autorizándole mi representación para empezar a trabajar.

—¿Y qué dice?

—Que todavía no puede decir nada; pero que, según ve, no le parece mal.

—¡Dios quiera que se arregle esto pronto para

salir cuanto antes de apuros, hijo, porque estamos!...

—Lo comprendo, madre.

—Ahí, lo mejor sería que se buscaran ustedes una buena influencia—dijo Pura.

—Ya me ha *recomendao* el mecánico.

—¡Eso no es nada!... Para que lo arreglen pronto haría falta la influencia de un pez gordo, porque cuanto más grande sea, mejor.

—Si, como dices, es pequeña la del mecánico, ¿a quién voy a ir?

—¡A cualquiera otro! Ese mismo amigo tuyo, ¿no podría hablar a sus amos para que te recomendaran?

—¡Sí, sí!... Conque para él ha tenido que buscarse la influencia de otro señor, porque sus amos no le recomendaban, pretextando que no conocían a nadie; ¡ya ves!

—Entonces, ¿quién le recomendó?

—Un señor que se llama Petesta, que le presentó un chico amigo suyo en cierta ocasión.

—¡Ya ves, hijo, qué bien!

—Esa es una influencia muy buena — apoyó la vecina.

—¡Qué suerte!—exclamó la señora María.

—¡Como que ya no tiene que hacer nada porque todo está *arreglao* — repuso afirmativamente Juan.

—¡Qué bien!

—Un día de estos le entregarán el dinero.

—Yo he oído hablar mucho de ese señor, porque una cuñada de una conocida mía tuvo un caso de un hermano suyo que dió una *puñalá* a otro y le sirvió muy bien.

—¡No sé! Pero por lo que dice don Agapito...

—Siempre hay quien pueda hacer algo.

—¡Según!

—Nada de según, Juan; creo que siempre.

—Me parece que Pura, en lo que dice, tiene razón, hijo.

—No quiero decir que conozcas o dejes de conocer, Juan; pero como has *encontrao* quien te presente a un *abogao*, puedes encontrar también quien te recomiende a ese señor para que se tome más interés por el asunto de ustedes que el que tiene hoy.

—Si el mismo que me presentó al *abogao* me ha *presentao* también al procurador, ¿qué reflexiones caben ahí?

—¡Ah! Entendí que Pretesta te había *presentao* también al *abogao* como al *chauffeur*.

—No me ha *presentao*, pero es lo mismo, porque me ha *presentao* Ramírez, y Ramírez es *recomendao* de él.

—¿Y Ramírez es quien te ha *recomendao* también al procurador?, si no lo he entendido mal.

—Sí; pero es lo mismo.

—Ya no es igual.

—Como tú quieras, mujer.

—De sobra sabemos que la mayor parte de las veces ocurre como dice el refrán, que «el que tiene padrinos es el que se bautiza».

—Eso está bien para otros casos, menos para éste.

—Bueno; después de todo, a mí no me importa nada. Lo que hace falta es que sea como dices: que se tomen interés, la cosa vaya bien y no necesites a nadie para nada; pero, en fin, a ver si algún día vas a tener que darme la razón.

—No lo creas, porque a las personas que van de mala fe casi siempre tienen algo que se les conoce.

—A otras personas, sí; pero a éstos... ¡Qué poco conoces el percal!

—Precisamente porque lo conozco hablo así, para que no los pierdas de vista. De lo contrario me callaría.

—Chica, ¡quién sabe! Cuando Juan lo asegura tanto, será verdad—repuso la anciana, que durante algunos minutos permaneció neutral, sin

saber cuál de los dos tenía razón, procurando armonizar los pensamientos de Pura y de su hijo.

—¡No sé!...

Y, tras ligera reflexión, continuó la vecina:

—Bueno, señora María: me voy, que se me pasa el tiempo, va a venir mi marido, no tengo hecha la cena y va a enfadarse.

—¡Anda, anda, que bien feliz vives!—respondió la anciana dándole unos guantacitos en un hombro, en demostración de sincero afecto y acompañándola hasta la puerta.

—Respecto a eso, no tengo queja.

Sancho y su madre quedaron solos... La primera parte de su conversación fué para elogiar las cualidades de sus buenos amigos. Bien estaba cuanto hicieran, bueno o regular, por cuya circunstancia el concepto amistoso era siempre favorable a su moral y a sus costumbres. El abogado, el procurador y los motivos que les llevó a verlos sirvieron de tema preferente a sus reflexiones y consultas. De personas tan honradas y listas no podía dudarse un momento. Sus ensueños quedaban constituidos en el crisol de la seguridad, porque los prejuicios dudosos habían desaparecido totalmente; su problema económico actual era lo que merecía alguna atención, y también le tenían casi resuelto por las garantías previsoras que ofrecía su porvenir. El carnicero, el tendero de ultramarinos, el panadero y cuantos socios manejaban el tango de la manducatoria daban sin condición ni tasa cuanto pidiera a la señora María, llenando así las páginas numéricas de sus libros de apuntaciones inconmensurables para asegurar la tranquilidad del comprador, haciendo potestativa la palabra del comerciante; y si necesitaban algún dinero, también los amigos ofrecían sin condiciones sus recursos. Iban a heredar, y con eso estaba dicho todo...

Juan recordó la cena, y su madre, diligente,

puso la mesa y comieron con apetito un plato de judías, sin acordarse del vino ni de cualquiera otro suplemento que para comer Juan reclamó a su madre en otras ocasiones. Con la satisfacción que disfrutaban hallábanse alimentados incomparablemente.

El ebanista dijo a su madre que iría a la *tasca* a pasar un rato y obtuvo por respuesta la súplica de que volviera pronto para no tenerla con cuidado. El *Capitán*, zalamero, adelantábase a acompañarlo, pero le detuvo la señora María, ayudada de Juan, que le ordenaba también se quedara en casa.

CAPÍTULO VII

En el paraninfo de la taberna

En la taberna agasajaban a Sancho todos sus amigos y conocidos, guardándole consideraciones y ofreciéndose para lo que necesitase. Para echar unas partidas de mus, los jugadores disputábanse ir de compañeros con él...

Boni llegó a la reunión contrariado e incommunicativo a sus costumbres; su carácter bromista y dicharachero había desaparecido repentinamente, sin saber por qué. El tío Tiberio ofrecióle su puesto por si quería jugar la partida que discutían, y, sin vacilación, rehusó la oferta contritado.

Mariano mandó al chico le diera una copa y tampoco quiso aceptarla, negándose con agrado-cimiento.

Durante un rato interesáronse inútilmente unos y otros por conocer el motivo de su contrariedad, y a toda pregunta daba igual contestación, con respuesta negativa.

A poco entró un muchacho que también frecuentaba la *tasca* y bien pronto corrió la noticia de que Boni había sido despedido de la obra. Acentuóse el *runrun*, según dicen, hasta que Mariano se decidió a preguntarle con determinado apremio. En principio, Boni quiso disculparse, para evitar interrogatorios, ya sin remedio, que exacerbaran su amor propio y soliviantaran su tranquilidad, recordando las injusticias que co-

metieron con él; pero tuvo que rendirse a detallar los motivos que originaron su disgusto, llevado por generosa condescendencia a complacer la curiosidad e incertidumbre de conocidos y amigos.

—¿De modo que el encargado se salió con la suya?

—Por lo visto.

—¡Y luego dicen que hay crímenes!—agregó Mariano impulsado por la ira, acompañando al encono interjecciones incalificables. Boni cogió una banqueta que dejó libre un mirón y, sin decir una palabra, sentóse junto a los que jugaban. Apercebidos del caso, surgió entre los jugadores y mirones el clamor de protesta consiguiente: los consejos por lo que hiciera, las recriminaciones por lo que a juicio de algunos debió hacer, interrogativos para emitir pareceres y mandatos, condenando al hecho que, como otros, provocaron arbitrariamente trascendentales conflictos sociales, por la poca conciencia y falta de educación en personas autorizadas indebidamente para regir los destinos del hombre de condición humilde, falto de apoyo, sin más recursos para vivir que el esfuerzo propio y su trabajo, al amparo único de la conciencia de tiranos y de la ley del prójimo.

El tío Tiberio era el único indiferente y, en algunos casos, vióse precisado a llamar al orden a más de uno para que cantasen la jugada.

Apareció don Jesús, dando las buenas noches, atento y siempre complaciente para todos, que le celebraron también con el saludo y las deferencias impuestas a su respetable condición. Ya hubo de preguntarle alguno, extrañándose de la hora que no tenía costumbre verlo por la *tasca*, alegando el maestro haberse entretenido con un amigo que le invitó a tomar una cerveza en el *Bar Chumbica*, reteniéndole en interminable conversación sobre cuestiones pedagógicas hasta las nueve y cuarto, o bien ocho minutos antes de en-

trar en la taberna, agregando con jovialidad indiferente el efecto colérico que su silencio causaría a la patrona por su falta de puntualidad en la hora de la cena. Al darse cuenta del malestar que apreciaba en sus contertulios, cada vez más acentuado en algunos por el caso de Boni, acudió con la claridad de sus explicaciones y consejos persuasivos para los exaltados que querían tomarse la justicia por la fuerza.

—¿Cree usted que está bien lo que han hecho con éste, don Jesús?—dijo Sancho con resignación intencionada.

—¡Ya oigo!

—Mire usted, don Jesús—advirtió el carbonero—: como éstos ven el asunto, está mal; pero para los otros, que lo han hecho, no le quepa duda que está bien.

Rápidamente y negando veracidad a lo expuesto por el tío Tiberio, surgió la protesta unánime y estentórea, como guiados por un mismo pensamiento en una sola voz:

—¡¡No, señor!!

—Dicen muchos que «nadie está conforme con su suerte» y reconozco que la mayor felicidad sería la satisfacción para los que vivan conformes. Dicho de otra forma, que los más felices son los que están conformes con su suerte. ¡Y para eso no hay que ponerse así, señores!

—¿Que no?... Pues ¿qué quiere usted, que le toquemos un paso doble?... ¡Parece mentira que hable usted así, señor Tiberio!—argumentó un mirón.

—Tratándonos todos los días como nos trata y conociéndonos como nos conoce...—apoyó otro.

—Eso no tiene que ver nada con lo que he dicho.

—¡Claro que tiene que ver!

—Digo lo que me parece que es, y vosotros lo interpretáis de otra forma, aunque penséis como os parezca.

—No es por ahí, señor Tiberio—sostuvo con marcada reflexión Mariano—. Lo que dicen éstos es que no ha habido motivos para que le despidan.

—Bueno, señor Tiberio—agregó Sancho—; si este hombre fuese a buscar al encargado que le ha despedido y lo matara, según usted, tendría también razón, ¿no es eso?

—El que dispara un tiro y mata no es tan criminal como el que mata con hambre—apresuróse a exponer don Jesús—; porque, como quiera que fuese, asesino u homicida, mata sin ocultar el hecho a las miras de la sociedad que ha de juzgarle, convencido de que la Ley deberá imponer la pena que merezca su responsabilidad; y el que mata con hambre, lo hace *in continenti*, sin responsabilidad legislativa para la sociedad, aunque sea responsable colectivamente. Mata, o mejor dicho, asesina sin cuidado a sufrir condena alguna, porque la sociedad no ha de exigirle el menor grado de responsabilidad máxima que tiene, porque al hecho afluyen el mayor número de circunstancias que puedan constituir la agravantes de un delito. Por desgracia social, esos asesinos, múltiples, constituyen mayoría en el cuadro de los delincuentes irresponsables.

Casi todos asintieron en la ciega creencia que el maestro les inspiraba. El carbonero, al mismo tiempo que aprobaba también las palabras de don Jesús, dijo para responder a los conceptos de Mariano:

—Yo no me meto en nada, ni he querido decir tanto, ni digo una palabra más.

—¡Yo hablé así por lo que dijo usted—repuso el tabernero.

—¡Buena gana!, ¿a qué quebrarse la cabeza pensando en cosas que ya no tienen remedio?

—murmuró Boni con fingida resignación.

El maestro continuó:

—Entonces, ¿de qué sirve la Casa del Pueblo?

—De nada, porque éstos no pertenecen a ningún Sindicato—contestó Mariano, aludiendo a sus tres amigos.

—Por algo dicen que la unión hace la fuerza.

—Estoy con usted, don Jesús; si hubiera pertenecido a alguna Sociedad, no le hubieran despedido así como así.

—De eso nadie tiene la culpa más que nosotros... Bien empleado está por ser buenos.

—Desengáñate, Sancho, que cuando viene la negra, todo sale mal como quiera que se piense—repuso Boni, ocultando el remordimiento y la indignación—. ¡Ahora que me aquejan más necesidades no tengo trabajo!

—Ya sabe usted que al perro flaco todo se le vuelven pulgas.

—Está bien, pero nadie negará que la falta de previsión algún día fué, sin duda, motivo suficiente para que lloremos hoy nuestras desventuras.

—Por ahí le duele, don Jesús—interrumpió el carbonero.

—Después de todo, estoy hablando por lo que he oído, sin saber por qué le han despedido; así es que ustedes lo sabrán mejor que yo.

—¡No, señor!; muy sencillo—expuso Mariano—: porque estuvo tres días sin ir a la obra.

—¡Ya hubo falta!

—¡Ca!... Ha sido, más que nada, porque le tomó entre ojos el encargado, y hasta que le despidió no paró, porque ¡cuántos hay que han *faltao* y faltan más que éste y no les dicen una palabra!

—En eso se comprende únicamente la intención de despedirle nada más.

—¡Es natural!

—Si hubiera leyes que regularan decorosamente las condiciones de patrono y obrero y se cumplieran, como es debido, no habría tanto abuso... Ahora, señores, que para discutir no hace falta incomodarse tampoco, porque con eso nada

se consigue. Si a éste le han despedido y no cree posible volver a trabajar allí, es innecesario que lo piense y hablen ustedes tanto, porque todo eso está de más. A mi juicio, lo que debe hacer, es no acordarse más del caso y procurarse trabajo donde sea y cuanto antes mejor.

—Respecto a leyes, ya las hay, don Jesús.

—Sí; pero son leyes inconclusas e inexpresivas, cuyo anacronismo deja sin resolver las partes elementales que definieron terminantemente esas cuestiones.

—Luego no es que hablemos ni dejemos de conseguir tampoco, porque a cualquiera que se hiciera cargo del suceso le indignaría lo mismo que a nosotros.

—¿Le parece a usted que porque un hombre falte tres días hay derecho a que le hagan eso?

—¡Conforme! ¿Y porque haya personas sin conciencia creen ustedes que los demás vamos a perder también la vergüenza?

—Y no fué lo peor que faltara tres días; hay que mirar también por qué faltó...—apoyó el ebanista, sosteniendo el espíritu rencoroso del tabernero y de los otros—. Cayeron el padre y la hermana enfermos en la cama, con ese mal que anda por ahí, y, como no tenía quien los asistiera, se quedó en casa cuidándolos. Otra falta no ha tenido más que aquel día que faltamos, hace casi dos meses, para ir a los toros, a ver aquella corrida extraordinaria, y para eso se lo dijimos el día antes al encargado.

—Aquello estuvo bien, porque, por lo menos, ya sabía por qué faltabais—agregó el carbonero con manifiesta reflexión.

—¡Hombre! Si Boni no ha *avisao* ahora, es porque no tuvo con quien mandar *recao*. Y nosotros no dijimos tampoco nada, porque no lo sabíamos—apresuró el muchacho que había llevado la noticia.

—Los obreros de todas clases deberían unirse

y recabar de los Poderes públicos leyes para regirse y defenderse—expuso con intencionada reflexión el maestro—. Con el mismo derecho que tienen leyes absolutas otras instituciones, podrían tenerlas los obreros también; pero no leyes reguladoras, como piensan algunos, en cuya intervención mangoneen elementos extraños, no, señores, sino leyes por las que ellos puedan juzgar y ser juzgados sin susceptibilidad alguna, sentenciando por medio de tribunales constituidos por ellos mismos, prescindiendo totalmente y para no caer en la sima de los tribunales ordinarios.

—Eso que dice usted, don Jesús, es como si pudiéramos peras a un guindo.

—La simpatía es una cualidad que existirá siempre, y el dualismo, una función psíquica que radica en la educación de los individuos. Entiéndase bien, que la educación nada tiene que ver con la cultura. Por eso se observa que personas cultas sean sumamente groseras. La mayor parte de los patronos estiman por que subsista la tiranía y creen les conviene tener de su parte y a su servicio tiranos, en la creencia de que con ineducados y verdugos se defienden mejor sus intereses.

—Sí, señor—repuso Sancho, con los demás, dando la razón al maestro.

—Entiendo que es una equivocación del patrono tolerar despropósitos de esa índole.

—Yo, donde usted me ve, don Jesús, antes de tener la taberna trabajé también de albañil, como saben éstos, y por eso sé lo que pasa; y he conocido a encargados que seguramente tenían corazón de perro, por las desconsideraciones y maltrato que daban a los trabajadores, hasta el extremo de creer que se daban más a respetar negando el saludo a la gente que mandaban, con miradas despectivas e insolentes y como si le perdonaran a uno la vida.

—Es verdad que también ocurre eso, Mariano—admitió don Jesús con definido criterio—. Con eso les satisfará ser, mejor que buenos camaradas, excelentes verdugos.

—Bueno; y con ser así, ¿qué resulta?—continuó el tabernero—. Que están *equivocados* completamente: los obreros, en vez de respetarles, les odian, y si alguno trabaja mal, en vez de enmendarse, lo hace peor.

—Por eso entiendo—interrumpió el maestro—que el patrono que se estime bien y quiera a sus intereses debe evitar a todo trance esas cosas, que más tarde degeneran en conflictos graves, suprimiendo gente de esa calaña... Y Boni, al ser despedido de manera tan inicua, ¿por qué no ha ido a ver al contratista y le ha contado el caso?

—Ya fué y dijo que lo que el encargado había hecho no lo deshacía él, y bien hecho estaba, porque por algo habría sido, y en eso comprendió que el contratista estaba irreconciliable por los cuentos.

— ¡Hombre, eso no es razón ni debe contestarse!

— ¡Eso ya lo sabemos! — dijeron los demás a un mismo tiempo, y don Jesús prosiguió:

— De esa forma hay muchos que se encumbran por el procedimiento de la alcahuetería, desgraciadamente.

— ¡Ahora, que el que cae se revienta! — manifestó Sancho.

— ¡Esos no suelen caer tan fácilmente porque ya saben cómo lo hacen! — exclamó Boni.

— Eso es lo que creo yo que ha *ocasionado* el despido de éste — agregó el noticiero.

— Y, últimamente, ¿qué? — intercaló el maestro—. De mucho puede importar a los demás que un canalla se reviente después de haber ocasionado otras víctimas sin medios de rehabilitación y sin otros recursos que sucumbir.

— Sí, señor; pero algo es algo. Por lo menos en algunos vemos el castigo.

— Ahí tienen ustedes bien claro el ejemplo: ¿qué les sucede a los que van con cuentos y chismes al encargado, ocupándose de la vida de los demás? Nada; que hacen lo que les da la gana.

— Esos deberían ocuparse más de sus casas y averiguar, en vez de alcahuetear, si sus mujeres están bailando el rigodón o comadreando con las vecinas; pero a los cabestros les tiene sin *cuidao* los toros.

— La culpa de todos es de quienes les escucha — dijo el señor Tiberio.

— Eso es lo que debe interesar a los patronos: que sus operarios cumplan o no, trabajen bien y no mal, y mandar a paseo a los encargados que les vayan con cuentos que nada tienen que ver con el trabajo.

— Le prevengo, don Jesús, que ni aun así creo que se acabarían los judas — apoyaba Sancho, cuyas razones desaprobaron al mismo tiempo los demás.

— ¡Poco a poco! Habrá algunos que, desde luego, tengan esa cualidad, pero no todos — repuso Chilongo, rectificando el concepto anterior.

— Esa es la peor semilla que tiene la sociedad, la más peligrosa, la epidemia que más estragos causa en el seno de las familias y por la que seres inocentes se quedan sin pan y casas enteras sucumben en la miseria. A esa canalla hay que mirarla con mucho cuidado, distanciándonos cuanto podamos de su trato, echándoles desde luego a un lado y evitando, en fin, todó contacto o trato que se pueda con ellos. Para las personas que vean algo y se estimen un poco, esos individuos son dignos más bien de lástima que de otra cosa, porque valen para bien poco, aunque merezcan el desprecio de todo el mundo.

— Está muy bien, don Jesús — interrumpió Mariano.

— ¡Claro! Porque lo admirable y estúpido es que haya individuos que alcahueten cosas de sus

compañeros a sus jefes, creyendo granjearse simpatías y consideraciones. Que sirva de consejo lo que voy a decir: con todo el que se oiga hablar mal de un compañero hay que tener mucho ojo y mucho cuidado porque resultará ser mala persona y mal bicho en todo terreno. Ya ven si serán de mala condición y tendrán mala sangre, que les come la envidia, sintiendo que otros vivan bien o que cualquiera obtenga un beneficio equis; y, por el contrario, se alegran cuando cualquiera llora, padeciendo calamidades y sufrimientos porque les hiera el aguijón del mal, hasta el extremo canallesco de contribuir con el mayor esfuerzo al tormento del afligido, procurando satisfacción precisa a sus malas entrañas.

— Sí, señor — contestaron afirmativamente los demás.

El maestro prosiguió:

— Aunque el jefe mismo reconoce e interiormente repudia al individuo que se somete y arrastra para sostener el puesto que ocupa, son inconvenientes que restan energías a la unidad proletaria.

El tío Tiberio admitió, con relativa cortedad, a la consideración de los circunstantes:

— Y lo de éste ya me parece que no tiene remedio.

— ¡Claro! ¿Qué remedio puede tener? ¿A quién va a reclamar?

— Y si fuese al Instituto de Reformas Sociales, ¿le escucharían? — repuso uno.

— Deberían escucharle; y, aunque aparentaran hacerlo, no le atenderían porque en el Instituto de Reformas Sociales los que menos tocan pito son los obreros.

— ¡Nada!; que «después de la liebre ida, palos a la cama».

— Aun cuando intervinieran pidiendo explicaciones sobre el despido, ¿qué?... Dirían que incurrió en faltas y a la sociedad no le convenía sus

servicios. No ven ustedes que, como dice el refrán, «cuando se quiere bailar, con poca música sobra». Y aunque la culpa no fuese para que le despidieran, por ejemplo, no podría disculparse la falta, porque sobre eso no hay nada escrito.

—¡Pues tiene gracia que esas cosas queden así, a capricho de cualquiera, para que un judas o un bandido hagan lo que les dé la gana!

—En último caso, si el Instituto llamara al orden al contratista, le indemnizarían con unos cuantos jornales, que se los comería en cuatro días, y en paz: ¡aquí no ha pasado nada, y a otra cosa!

—Después de todo, peor es nada, porque me figuro que en casa no tendrá ninguna bolsa para dar de comer a la familia mientras encuentra trabajo.

—Precisamente no tengo más que lo que llevo en el bolsillo: el jornal de ayer y el de hoy, martes.

—¡Ya ve usted!—apresuró Sancho a don Jesús, mirando también a los otros—; para roerse los codos de hambre mientras encuentra.

—¡Verdaderamente! Pero si reclamando van a darle cuatro jornales y medio, y para conseguir ese beneficio va a tener que estar sin trabajar unos cuantos días, yendo y viniendo, o perdiendo de trabajar, si trabaja, es decir, que para que le den cuarenta pesetas, por ejemplo, va a tener que gastarse cincuenta, por los días que vaya y venga, unas veces porque le llamen y otras porque vaya él, por el afán de ver si hay algo, más le conviene no hacer nada. Ahora, él verá lo que le tiene más cuenta.

—Hombre, don Jesús: siendo como usted dice, si pronto encuentro trabajo, no me conviene dar un paso; pero y si no lo encuentro, ¿voy a estar yendo y viniendo de la Ceca a la Meca, mientras se rían esos canallas de mí?

—¡Está bien, chico!—aceptó Sancho, animando

a Boni—; pero yo que tú, de cualquier forma, iría solamente por que le molestaran y no se rieran.

—Si los asuntos se tramitaran como debe ser, no tendría necesidad de ir y venir, como dice usted—exclamó Mariano, criticando con indiferencia.

—Hombre, más que a presentar la denuncia, por oír siquiera la sentencia—sostuvo Sancho.

—Ese Centro no tiene otras «reformas» que las que los patronos quieren hacer, porque teniendo de su parte al elemento poderoso del dinero, de impetuosa fuerza arrolladora, sus personas fiscalizadoras son impuestas para su intervención más o menos directa por los Gobiernos de imposición arbitraria y camelo que hasta aquí han venido sucediéndose, debiendo ser personal exclusivamente obrero u obreros nombrados por ellos mismos; pero, desgraciadamente, el obrero ahí es sencillamente un testaferro, aparte de que al patrono le conviene que el obrero continúe en completo letargo de ignorancia, no enseñándole, para que desconozca esas cosas, desentrañe sus tramas y tome parte activa en esas cuestiones exclusivamente suyas, que si no perjudican sus intereses tampoco le benefician en nada.

—Así es, don Jesús—apoyó el carbonero.

—Y es como les conviene a los de arriba que sea—continuó el maestro, cortando la palabra al tío Tiberio—, pero debe enseñárseles para que se den cuenta y sepan cuáles son sus derechos y sus deberes, como dicen muchos sabios callejeros, conociendo hasta dónde debe irse para no incurrir en abusos y no permitir que de él abusen tampoco.

—¡Chico!—dijo el tabernero, advirtiendo a su dependiente—, da una copa a don Jesús; y a estos señores, lo que quieran tomar.

—La copa que voy a tomar, va a ser la puerta, porque esta noche veo que mi patrona me va a pegar.

—¿Y qué le importa a la patrona? Si, por pronto que quiera ir, ya no llega a la hora de cenar.

—Doña Sofi, como le digo, es la mujer más gruñona que he visto. Creo que desde que murió su marido cogió el mal humor y no se le ha ido todavía.

Los jugadores y mirones bebieron cada uno media copa de valdepeñas, cuya colección sirvió en una bandeja el dependiente. La de Mariano consistía en un culito de vino blanco, ya prevenido el chico, indudablemente, por el tabernero. Tres mirones que había bebieron, dando las gracias. El tío Tiberio prorrumpió maliciosamente:

—Oye, Mariano: supongo que estas copas no serán de las que te vamos a ganar.

—Ya sabe usted, señor Tiberio, que cuando yo convido lo hago siempre por mi cuenta. Si lo dijera otro, me callaría; pero en usted, que me conoce, me extraña mucho que diga eso.

—Ya lo sé; pero como no sabía nada, te lo digo por si acaso.

—¡Ande, ande, que buen camándula está usted hecho!

—Señores: no yayan a creer que lo he dicho porque convide éste o deje de convidar; lo digo porque las copas de la partida son otra cosa y tienen que servir las después.

—¡No se haga usted ilusiones, que todavía no ha *ganao!*—dijo Chilongo, que iba de compañero con Mariano, interrumpiendo la conversación del tabernero y del tío Tiberio, mientras que Mariano reparaba en los tanteos que unos y otros llevaban.

—¡A ver cómo andamos de tantos!... Y *pa* que no se ponga tonto, si pierdo esta partida, no juego más al mus.

—¡Que te lo vas a creer!

—¡Vamos! ¡Ya veremos si me lo creo o no!

Don Jesús desapareció y poco a poco marcharon también los mirones. Boni cambióse a la

banqueta que dejó libre otro mirón junto a Sancho, de cuyo despido no se habló una palabra más. Discutiéronse algunas jugadas y terminó la partida favorable al tabernero y a Chilongo. Cuando Mariano miró el tanteo llevaban ocho tantos por siete «amarracos» los contrarios. Como ocurre casi siempre en esta clase de partidas, surgieron a su terminación el consiguiente júbilo en los vencedores, las disculpas en las jugadas y el desafío para el desquite por parte de los que perdieron. De pies, junto al mostrador, repitiéronse los copeos por invitación recíproca, mandando al chico que despachaba. Hablaron del trabajo y de cuestiones que por sectores contendían y encomiaban, según el asunto y el interés análogo de su fondo. Cuantos conoçían a Sancho felicitarónle por el acierto y rápida solución que supo dar al asunto, de triste y llorado recuerdo para él, que tan desesperado e inseguro le tuvo mucho tiempo. A las once ya no quedaba ninguno de aquellos célebres comensales en la taberna. De los primeros en marcharse fué el carbonero, que tenía costumbre de no trasnochar, para levantarse temprano. El ebanista llegó a su casa con el pensamiento en los quehaceres del día siguiente y la reflexión acariciadora en el triunfo de mercedas aspiraciones.

CAPÍTULO VIII

Preliminares individuales y observación particular de un funcionario público

El *Capitán* recibió a su amo alegre y saltarín, resoplando fuerte, como congratulándose de verlo llegar bien y de tenerle a su lado.

Despertó la señora María, nombró a su hijo, preguntándole por la hora, y volvió a quedar en el silencio...

Acostóse Juan con infinidad de proyectos en el pensamiento y la intención de visitar al notario al día siguiente para que le hiciese el poder exigido por el procurador. Después iría también a casa de Aguates, que le esperaría, deseando conocer el resultado de la visita que hizo a Ladrado...

Bastante animado, Juan encaminóse a la *tasca*, en donde quedó citado con Ramírez para ir a la Notaría. Las oficinas de ese centro hallábanse montadas en un principal de la calle de Fuencarral, en cuya portada, sobre una puerta frágil con mirador circular en la parte superior, había una chapa redonda de metal dorado, con un letrero transversal bien grabado que decía: *Notaría*. Mientras la puerta se abría, el timbre no dejaba de tocar, a cuya llamada salió un joven, que con amabilidad diligente los condujo a presencia del notario. El compendio biográfico de este nuevo personaje es reducidísimo, porque con esto se transparentan los principales detalles de su ca-

rácter. Tendría el notario unos sesenta años y en su fisonomía había marcadísimas huellas del hombre que ha trabajado mucho y que todo se lo debe a sí mismo. Hallábase sentado a su mesa con las gafas descansándole sobre la punta de la nariz, y al verlos entrar suspendió la distribución de trabajo o extractos protocolarios a sus escribientes, convenientemente repartidos por diferentes mesas; paralizó las observaciones que le interesaban del tomo que tenía delante, mirando por encima de las gafas a los que llegaban, y, sin cambiar de posición interrogativa, mandó hicieran el favor de sentarse y dijeran el motivo que les llevó a verle.

Con relativa cortedad, los dos amigos ocuparon asiento en dos sillas que al efecto había a la derecha de la mesa ocupada por el funcionario público. Ramírez expuso la necesidad urgente de Sancho y el actuario respondió que iguales requisitos que necesitó para el poder que hizo a él necesitaba para el de su amigo: dos testigos provistos de cédula personal que conocieran a Sancho, para dar fe, y veinticinco pesetas que importaban los derechos arancelarios del documento. Y prosiguió con la mirada por encima de las gafas y el volumen protocolario en las manos:

—¿A qué procurador nombra usted?

—A don Toribio Ladrado de la Cuerna, que vive aquí, en Jacometrezo—contestó Sancho.

—¡Lo conozco!—aceptó el notario con movimientos de cabeza.

Los amigos se miraron silenciosos sin comprender el motivo de la pregunta, que les dejó en significada incertidumbre, tras cuya pausa el funcionario, inteligente, continuó:

—No es por nada; lo digo porque puede nombrar a más de uno, si usted quiere; y..., vamos, creo que siempre es conveniente.

—Sí; pero ya he *quedao* con el señor Ladrado en que será él.

—No; si está bien. No digo que él no sea; es advertirle que le cuesta igual poner a otro también, porque pudiera darse el caso que otro día se disgustara usted por cualquier cosa con el señor Ladrado o porque estuviera enfermo y no pudiera actuar y tuviese necesidad de reemplazarle otro. Eso usted verá... ¿No conoce a nadie?

—Sí, señor; el abogado, que es el señor Chotís de Aguates, me habló de otro también, que le trabaja a él, que se llama don Sabino Zorro Trágalos.

—Pues a ese Zorro Trágalos podemos poner también.

—No; ya es lo mismo. Con el señor Ladrado sobra.

—¡Bueno, buenol...

El notario volvió a sus quehaceres frío e imperturbable, como si tal visita existiera; y Ramírez y Sancho, viéndose aislados, al cabo de unos minutos, decidieron marcharse.

El muchacho que les franqueó la entrada interpuso resueltamente a servir de guía para la salida. Los demás empleados espiábanles a intervalos con miradas indiscretas de curiosidad, hurtadas al trabajo oficinesco, en descontento de su jefe, obligado a repetir por la circunstancia las palabras de su dictado. Ya en la calle, Sancho hizo proposiciones y pidió parecer a Ramírez sobre las veinticinco pesetas que necesitaba para satisfacer la cantidad que importaban los derechos del poder, en vista de lo cual Ramírez llevóse la mano al bolsillo del chaleco para ofrecerle un duro que tenía. Contrariado Juan rehusó, por insuficiente, la oferta hecha generosamente por su amigo, reflexionando sobre los compromisos o débitos que tenía con cuantos compañeros y amigos trataba, que por el afán de cobrarles el favor y sonreír con halagos a su amistad otro día, ya solucionado el asunto de Sancho y en mejor posición que ellos, otorgábanle sin vacilación alguna.

No le cabía otro remedio a Juan que dar otro sablazo a Mariano o al tío Tiberio, que, aunque a *regañadientes*, en muchas ocasiones fueron para él su paño de lágrimas, aliviando sus necesidades en sus grandes crisis de trabajo; ahora, con mayor motivo, que estaba a punto de coger la herencia, no rehusarían el favor de prestarle veinticinco pesetas que necesitaba para pagar al notario. Además, resultaba una friolera para ellos y no les creía tan ingratos que permitieran naufragarse la barquilla de sus esperanzas e ilusiones.

Separáronse afectuosos, yendo cada uno por su lado, sin otra advertencia de que ya se verían en casa de Mariano.

Sancho fué a la *tasca* e hizo saber a los conocidos y curiosos que le preguntaban la marcha de su litigio y el concepto que tenía formado de los actuarios que figurarían en la zambra judicial, si llegaba el caso. Mariano presentía, con razón, verse atacado por algún sablazo, a pesar de lo cual continuó atento a los comentarios y respuestas de su amigo. Viendo Sancho que sus indirectas no hacían eco en el bolsillo de ningún preguntón, vióse precisado a solicitar del tabernero la cantidad que necesitaba. Temiendo el tío Tiberio la sorpresa de su amigo, desapareció con el pretexto de dar una vuelta por la carbonería. En cambio, Mariano correspondió a la demanda de Sancho sin proferir una palabra.

A poco de visitar los dos amigos al procurador, sabía el señor de Aguates en lo que habían quedado Ladrado y Sancho. La señora María esperaba a su hijo para comer, y cuando llegó Juan, reiteró a su madre la confianza que tenía en los acontecimientos que les preocupaban, al preguntarle, como siempre que llegaba a casa.

Encaminóse aquella tarde a casa de don Agapito para decirle que don Toribio había merecido su confianza y sería el procurador que al efecto

nombraba para colaborar con él en el litigio que tenía entre manos y sería elemento de su representación en los Tribunales, si tenía necesidad de recurrir a ellos demandando justicia. Don Agapito dió su enhorabuena por el acierto que había tenido eligiéndole, haciendo como que nada sabía, e interesaba a Sancho sacara del Registro civil su partida de bautismo, las actas de nacimiento y defunción de su padre y de su tío para adjuntarlas al escrito que indispensablemente necesitaba presentar al efecto de la declaración de herederos. Para obtener aquellos documentos, ilustró a su cliente, diciendo lo que tenía que hacer, cuyas instrucciones preocuparon nuevamente a Sancho porque le suponía otros gastos indispensables.

Aquella noche madre e hijo sometieron a consulta la importancia de sus necesidades, deliberando, como otras veces, nuevas peticiones a sus amigos o conocidos. Según consejo de la señora María, Juan evitaría molestar nuevamente a Mariano, aun cuando tuviera que interesar la petición a conocidos de carácter retrógrado, o, conociendo al que tuviera las doce o quince pesetas que supondrían aquellos gastos, solicitar el préstamo de otro conocido que interpusiera su influencia amiga para saldar aquella necesidad. Las reflexiones de Sancho aquietaban sus dudas, persuadido de encontrar, por los medios que fueren precisos, tan reducida cantidad. Al maestro donde trabajaba no podía decirle una palabra porque, además de deberle cuarenta y tantas pesetas que en diferentes ocasiones le había adelantado, hacía más de dos días que no iba por el taller, y aunque era conocedor de la necesidad urgente que le obligaba a ausentarse de la obra, ¡menuda fama le estaría echando a aquellas horas! Seguramente, el tío Tiberio sería quien le redimiera en aquella ocasión, sacándole del apuro. Era buena persona y tenía confianza en él; de modo que, haciéndole su petición a solas, no rehusaría favore-

cerle en aquella ocasión. Juan durmió sin preocupaciones aquella noche, y al día siguiente dió cumplimiento debido a lo que se proponía. El carbonero le prestó tres duros, y con ellos podría sacar y llevarle a Aguates los documentos que necesitaba; y pululaba su pensamiento infinito, fro-tándose las manos de contento, con la idea de ver pronto realizadas sus esperanzas redentoras.

La señora María era quien únicamente, a espaldas de su relativa alegría, abrigaba una pequeña duda, no sabía por qué, o presentimiento que le asaltaba el instinto de la desconfianza cada vez que, reflexiva, detenía sus miras en el asunto, obteniendo, por consecuencias verosímiles, inconvenientes raros y circunstancias poco halagüeñas para obtener prontamente y así como así los beneficios a que se proponían. Eran suposiciones y presentimientos que se reservaba por no contrariar, en cambio, la nobilísima fe de redención que tenía su hijo; y si alguna vez pretendió exteriorizar su sentir, salió Juan al encuentro, atajándole en sus pareceres, y en la creencia de haberla convencido, volvía a hacer proyectos, como los niños cuando sueñan por Pascuas con castillos de papel.

CAPITULO IX

Apuntes biográficos de una familia ilustre

En casa de Aguates sostuvieron don Agapito y don Toribio larga y detenida conferencia sobre los bienes que pertenecieran al asesinado Teodoro Sancho Castigado. De momento no les satisfacía otro instinto de codicia que los bienes deducidos por informes verbales de su representante Juan, hasta que el cónsul residente en Santa Clara contestase a Aguates o pasase informe oficial detallando al Ministerio de Estado los hechos de su muerte para que hiciese un llamamiento a la familia del muerto por la parte que al efecto quisieran tomar e interviniesen tomando posesión de los bienes que se le reconocieran. Tenían que abrir un paréntesis al tiempo para obtener datos concretos y empezar a trabajar; después, ya verían cómo se presentaba la cosa. El pájaro estaba en la jaula; lo que hacía falta era saber si cantaba o no.

La familia de don Agapito se componía de su madre y su hermana, con una sirviente para los quehaceres auxiliares de la casa. Doña Concepción Braguete y López de la Torre Larga, viuda de Chotís de Aguates, tendría unos cincuenta y cuatro años, y hacía catorce que murió su esposo, el excelentísimo e ilustrísimo señor don Marcelino Chotís de Aguates, conocidísimo de la buena sociedad por los altos cargos que desempeñó en el Cuerpo diplomático y en un Consejo de tambo-

res y músicos que se celebró con motivo de unas serenatas que concertaron dar unos exhibicionistas de su tiempo en la Red de San Luis, que tuvieron la desfachatez u osadía de celebrar con arco de triunfo la gracia que el pueblo les otorgara tras de acalorada discusión en el mes de agosto por haber señalado aquel sitio famoso como centro topográfico de la población y domicilio social de los vagos y ociosos. Pero el esclarecido e ilustre Chotís de Aguates, excelente observador y gran estadista, introdujo la reforma, demostrando, con acierto y habilidad insuperables, que el centro de Madrid era la Puerta del Sol, y que los holgazanes podían vagar como les diera la gana, a condición de contestar reglamentariamente, si les preguntaba algún guardia, que hacían cálculos sobre la superficie en milímetros de la esfera que tiene el reloj del Ministerio de la Gobernación. Doña Concepción Braguete y López de la Torre Larga, de Chotís de Aguates, como la llamaban en sociedad en vida de don Marcelino, era de estatura regular, frescachona y de abundante pecho prominente, a cuyo estado de conservación debía la apariencia de suponer veinte años menos de los que tenía; su pelo era rubio y vestía constantemente de negro, escotada, con sus blancos y rollizos brazos al descubierto, luciendo sobre el izquierdo una bonita pulsera de oro con dos brillantes gordos como garbanzos y blancos como gotas de agua y un hermoso zafiro al medio mucho más grande que las otras piedras; su nariz gorda y pequeña y su cutis nacarado y terso acusaban una naturaleza fuerte y sugestiva, a juzgar por la buena pronunciación de sus curvas, sintetizando al conjunto armónico de mujer gruesa y bien constituida; tenía el cuello corto y redondo, adornado por filísimo hilo de platino que sostenía a un hermoso *pendentif*, cuya esmeralda descansaba sobre el hoyo latente de su bonita garganta; sus labios carnosos y su denta-

dura completa dejaban entrever, con las muecas de su sonrisa, dos hileras de dientes diminutos y blancos como el marfil; sus pendientes eran tan pequeños como las dos chispas de brillantes que los guarnecían; dos sortijas en la mano izquierda con un hermoso topacio y una perla orlada de brillantes, y sobre el índice de la derecha una lanzadera de diamantes rosa montados sobre finísimo aro de platino; gastaba las faldas regularmente largas, y sus zapatos, de tacones cortos y escotados, ceñíanse a marcar exageradamente las mallas de su alto empeine coquetón. Era enemiga de que la contradijeran en sus argumentos y en el privilegio de la palabra a que siempre quiso tener derecho preferente sobre los demás por el concepto que tenía formado de sí misma, tan ignorante y estúpido como inconsecuentes las creencias de su imparcialidad.

Ningún buen estadista o excelente político reunía condiciones para formar Gobierno y ser elegido presidente, por cuya razón no había jefe que tuviera talento ni acierto para elegir a sus ministros: los de Estado desconocían absolutamente el Derecho y jamás tuvieron en sus manos siquiera un pequeño tratado en que basarse para solucionar asuntos exteriores y obtener algunas ventajas de las conferencias internacionales, debiendo apartarse de lo que pudiera significar elogio para los representantes extranjeros, sin tener en cuenta el prejuicio moral y los daños materiales que sobrevenían después; ya conoció a varios que asistieron a más de una conferencia sin conocer otro idioma que el suyo, y si, obligados por alguna pregunta, dijeron algo, tuvieron que hacerlo por medio de intérpretes o intermediarios que justificaran los abusos lamentables de su cometido; ¡cuántas veces gracias a la intervención de ella salió airoso Marcelino!... En Gobernación no había rectitud de juicio para sus procedimientos autoritarios, y en todo caso los alcaldes, como los

gobernadores civiles, deberían ser nombrados por Real orden; la libertad individual y los derechos colectivos se hallaban a merced de los agentes de la autoridad gubernativa, con más atribuciones que los representantes del Poder ejecutivo, porque en los principios de autoridad integraban su carácter indiferente el encono de las luchas, justificando su incompetencia. Había que pedir reformas en la Constitución, porque eso de que cada uno pensase como le diera la gana no tenía razón de ser: los ciudadanos deberían ajustar sus pensamientos única y exclusivamente al criterio de las autoridades, ya abolido el Derecho y circunstanciadas las leyes, en cuyo caso la facultad de poder declararse en huelga era necesario prohibirla; nadie tendría derecho a pedir justicia, adaptando las necesidades de su estómago al mandato imperioso de las autoridades competentes, contentándose y viviendo cada uno con lo que quisieran darle; las atribuciones forzosas que se daba a los agentes para extirpar el forúnculo de la avalancha social que contaba únicamente con el esfuerzo personal del Pueblo para solucionar conflictos de carácter económicosocial promovidos por los intransigentes que, exacerbados, gritaran en contra de los mandatos estomacales resultaban de mantequilla, comparado con las disposiciones radicalísimas que ella diera, inspirada sin duda en el refrán de «muerto el perro, se acabó la rabia»; las disposiciones de un Torquemada hubieran sido inferiores a las que ella hubiera dado si hubiera sido hombre. Prohibiría terminantemente pescar con anzuelo en las rías bajas y, sobre todo, en San Sebastián porque no había derecho a que unas cuantas asquerosas niñas desahogadas, entusiasmadas con la caña en la mano, descastaran a los pocos peces que se veían por La Concha en verano, sin que nadie les dijera una palabra y con el mayor descaro del mundo, segura de que, prohibiendo tal desvergüenza, se criarían en poco tiem-

po besugos como atunes; y..., en fin, dar otro fomento y protección a la riqueza pecuaria para que los mercados dieran carnes más frescas, o por lo menos más sanas.

Los de Fomento eran unos desdichados por el abandono en que solían tener las carreteras; se olvidaban también de los ferrocarriles, asesorados por un Cuerpo llamado Técnico con facultades omnímodas, sin otro progreso que permitir a las Empresas hacer lo que les diera la gana, bajo las Direcciones administrativas de las mismas; dejar en proyecto proposiciones cuyo desenvolvimiento serían verdaderas fuentes de riqueza nacional por marcadísima o reconocida táctica conveniente de las grandes Empresas acaparadoras; fomentar la industria fabril y el desarrollo de la agricultura, y proteger la flora para que la leña no escaseara.

Gracia y Justicia e Instrucción pública, hubiera sido vergonzoso y lamentable definir el concepto siempre equivocado de sus ineptitudes y errores. Los de Trabajo no hacían nada, porque sus pocos quehaceres estaban hechos. Los de Hacienda fijaban proyectos insignificantes e irrisorios en los equivocados cálculos de sus presupuestos; y ningún otro ministro pudo desarrollar ventajosamente por falta de dinero los problemas más importantes de sus respectivos Departamentos. Los conocimientos matemáticos de un Descartes, Pitágoras, Euclides, Newton, Cortázar o Kleper eran insuficientes para llenar el concepto científico que hubiera exigido para desempeñar con verdadero acierto las funciones de sus necesidades. Los tipos, las cualidades y las costumbres de los demás padecían también absurdos y defectos de incompetencia social: nada estaba bien porque todos eran altos o bajos, gruesos o delgados, guapos o feos, charlatanes o comunicativos en extremo.

Llevada por las exaltaciones de su espíritu extremadamente megalómano, contaba que sus an-

tepasados fueron de la Corte de Felipe IV en 1631 y, sin disputa alguna, a ella correspondía el ducado de Braguete. Su padre fué aquel ilustre y gran patricio que, formando parte de unas Constituyentes, se proclamó organizador de una institución tan útil y ventajosa a todos, que los españoles podían echarse a dormir a pierna suelta sin necesidad de tener que trabajar para los garbanzos, y fué tan modesto al señalar presupuesto aquel año que no consintió una peseta más de diez mil millones. Entonces sus compañeros de Gabinete le tacharon, por sus exaltaciones democráticas, de antiliberal, dándole el nombre de repúblico, como el pueblo en masa le llamaba. Verdaderamente se quedó muy corto, como dijeron sus amigos y correligionarios. ¡Si siquiera hubiera fijado, en el presupuesto que hizo, veinte mil millones, no hubieran desechado la enmienda!; y, en recompensa a tan grandes beneficios, sus compañeros de minoría seguramente hubieran propuesto la erección de una estatua y a estas horas el Pueblo, agradecido, hubiera podido contemplar respetuoso la figura venerable del gran patricio. También hubiera existido aquella institución tan útil y bien pensada que llevaría su nombre con la arrogante denominación del respetable «Cuerpo de Braguetes». Los demás opinaron que toda vez que los españoles podían echarse a dormir sin prejuicios de ninguna clase, porque hasta las ropas estorbarían, el gran demócrata y consecuente repúblico pensó que a cada uno les quedase, por lo menos, calzoncillos para cubrir sus desnudeces. Escuchábele con asombro la persona a quien explicara su abolengo ilustre, dándole la razón, porque a nadie ocultaba las raras circunstancias de su famoso origen.

Yendo de paseo la esposa de Felipe IV, cayósele una horquilla del peinado, la encontró un chico y corriendo fué a dársela. Viendo el acto de honradez que se desprendía de aquel infante,

harapiento y descalzo, la soberana preguntó cómo se llamaba, lo citó a Palacio, y, como de momento no hallaba ocupación adecuada que darle, la augusta dama le nombró su limpiabotas, llegando a ser, por su comportamiento y fidelidad, persona de confianza de las reales personas.

Según la tradición de estos obreros sin yugo, fué el primer limpiabotas que hubo, la raíz del árbol genealógico de una familia ilustre.

Su primer descendiente, el duque de Braguete, mató a muchos árabes, llegando a ser, por sus gloriosos e innumerables hechos de armas, uno de los caudillos más famosos de su época, y acto continuo eran considerados nobles, como hacían con todo el que sobresalía de los demás por sus actos bélicos y condiciones trágicas. Los caudillos, para significar su gracia ante los soberanos, llevaban ensartadas en su espada las cabezas de herejes que podían, y esos actos heroicos, así considerados por las multitudes de aquellos tiempos como el máspreciado galardón y honroso timbre de gloria, porque en la persona del guerrero encarnaban su tranquilidad aquellos fieles, apaciguadas sus zozobras y libres ya del enemigo malo, el Pueblo en masa, ebrio de entusiasmo, les proclamaba sus salvadores y sus héroes, por cuya gratitud también las augustas personas de los soberanos, acompañadas de toda la Corte y su séquito, pretores y zascandiles, lacayos, cocineras y amas de cría, les concedían el premio debido a sus merecimientos. Según el sexo y condición de las víctimas a que pertenecían las cabezas que presentaban los guerreros, así era la confianza y recompensa que sus reyes les otorgaban de primera, segunda, tercera o cuarta magnitud, como las estrellas, con sus respectivos nombramientos de duques, marqueses, condes, vizcondes o barones.

Después existió un dato curioso, y consistía en que los caudillos no podían ser portadores de más

de cuatro cabezas, en que fácilmente peligraban las del Trono, porque el Pueblo, exaltado y loco de entusiasmo, arrebatara el cetro a sus soberanos y otorgara su confianza y la supremacía de sus derechos al vencedor.

Se ponía doña Concha tan ufana, dando a veces entonación casi magistral al calor de sus palabras, describiendo pasajes biográficos de sus ascendientes, que, viéndose tan inferior quien la escuchara, procuraba bajo pretexto marcharse deslumbrada por el azul celeste de la sangre de los Braguetes. Pocos, bien pocos, había en la alta sociedad que desconociesen la historia de sus antepasados.

Devota ferviente de las ceremonias sagradas y asidua concurrente de la iglesia, la de Aguates jactábase de pertenecer como hermana y protectora de ciertas hermandades y congregaciones religiosas, en donde se le agasajaba y recibía con el rango debido a su alta alcurnia; y tan personificada estaba con las creencias de la encarnación divina, que confesaba y comulgaba todas las semanas y diariamente iba a misa.

Su hija sentía por la Iglesia igual fervor religioso que su madre y tenía el mismo nombre, aunque en su familia y amistades se le conocía por el diminutivo de Conchita: era rubia, de unos veintiséis a veintiocho años, de estatura regular, bastante gruesa también, aunque no tanto como doña Concha. Por mandato superior, no tenía amistad íntima con muchachas que alguna que otra vez en unión de sus familias visitaban su casa, para evitar la crítica de las reuniones y las imposiciones de la última moda, no porque no fuese codiciada y solicitada por su carácter simpático y agradable trato que infinidad de veces fué invitada por las de Barriga y Filete para que asistiera a saraos y reuniones que celebraran en casa de unas u otras. Sentía decidida y entusiasta predilección por la música y pasaba horas

enteras al piano deleitándose con bellísimas producciones de músicos inmortales: *Misa de réquiem* de Mozart, *Do menor* de la quinta sinfonía de Beethoven, *Misa en re* y *La Pastoral* de Wágner, *Criss-cross*, jota de *La Dolores* de nuestro glorioso Bretón, *Redova* o *Fox-trot...*; Strauss, Bizet, Verdi o Massenet encarnaron en el espíritu universal el sentir de los Pueblos, llevando al pentagrama las notas perdurables del grandioso y sublime arte.

Agapito era el orgullo de la casa. Hizo la carrera de abogado con tal aprovechamiento y era tan listo, que en todas sus asignaturas obtuvo notas de sobresaliente. Su familia soñaba con que llegaría a ser una gran figura en Política. ¡Qué listo era!... Pero, desdeñando los pensamientos de sus familiares, dedicaría su influencia y su esfuerzo al Foro para levantar su prestigio, un poco olvidado, y la aureola de su ilustre nombre. Así ganaría dinero y honores; la situación económica de su casa sería más espléndida; tendría automóvil, como lo habían tenido y pedía frecuentemente Conchita, y recabaría de los Poderes públicos el ducado de Braguete para casarse con la joven más guapa, de mejor linaje y de más dinero que hubiera. Los parientes y amigos, que le miraban con recelo, tendrían que doblegarse a él y sucumbir cuando necesitaran abogado, porque, dado los nombres de su ilustre abolengo, no sólo sería popular, sino universalmente conocido. ¡Había que ver a Agapito cuando estudiaba, que se ponía unas faldas de Conchita en forma de toga, como un colegiado, echando discursos a las sillas del gabinete!... Cuando estaba para licenciarse e iba a su casa alguna visita, le requerían los *papás* para preguntarle, proporcionando motivos de ensalzarlo para atribuirle una precocidad.

—A ver, don Agapito—decía, entre otras cosas, con fingida severidad el ilustre don Mar-

celino, que en vez descansa: si este señor coge una butaca y se la lleva, ¿qué delito tiene?

Y, estirando el pescuezo, tragando saliva y con la voz delgada, como la de una grulla, contaba el futuro letrado y defensor de las leyes:

—Tiene..., cometería..., cometería, verá usted, verá usted..., el delito de robo con allanamiento de morada y abuso de confianza.

—¡Ya lo veis!—decían los de Aguates, llenos de júbilo y disputándose al mismo tiempo el elogio.

Doña Concha se tiraba a él para comérselo a besos y a don Marcelino se le caía la baba chocheando por Agapito.

—¡Nada, es un talentazo! Hasta los profesores están que no saben lo que hacerse con él.

Sus amigos se miraban atónitos, aprobando por condescendencia y obligada cortesía. Don Marcelino continuó:

—La otra tarde estuve hablando con Vadillo y me dijo: «¡Tienes un chico que vale muchísimo: es una joya!»—reiteraba ufano a la visita que tuvieron aquella tarde los señores Chotís de Aguates: don Sabas Pérez y Sánchez Tocino; su esposa, doña Micaela, llamada Mica, y sus dos hijas, Rosina y Flora, conocidas entre los de su casa y amigos por Ina y Flo.

Como ocurría en esta familia, hay personas de alta posición que conservan el nombre infantil y casi siempre final de palabra porque suelen pronunciarlos a media lengua de pequeños las mismas personas que los llevan, como en Sebastián Tian y en Nicolás Colás, aparte de los que se dejan incompletos por abreviación en su uso, como en Encarnación Encarna y en María Mari, o porque su pronunciación se adapte mejor al diminutivo, como en los caprichosos e incomprensibles Mimí, Tatá, Bebé y otros, tan familiarizado el tercero que se ha visto llamar Bebés a individuos de más de veinte años.

Los de Sánchez Tocino otorgaban razonable-

mente a las explicaciones y elogios de doña Concha y don Marcelino:

—¡Ya se ve!

—Y luego, ¡si lo vierais hablar!...—decía doña Concha con exagerada afirmación.

—Estoy seguro que en la Universidad no ha entrado otro tan listo como mi Agapito. Es una cosa... ¡brutal!—reiteraba don Marcelino, llenándosele la boca con la última palabra, cerrándola con acento cómico y haciendo más retumbante el eco de su voz, a las ciegas creencias de sus visitantes.

El estudiante, con el pelo corto y abundante, hacía más delgado su cuello, y la cabeza, gorda como una porra, sentado en una butaca alta y derecho como un huso, colgándole los pies, sin levantar la vista, reparaba en las uñas, frotándose las con los dedos; estaba tan indiferente como si nada fuese con él. Los señores de Pérez y Sánchez Tocino apoyaban con halagadora credulidad los elogios que los Chotís de Aguates hacían ensalzando la capacidad intelectual de su hijo.

—Es una carrera que tiene muchas salidas, y además ofrece mucho porvenir—exponía don Sabas razonable.

—Si lo hubierais visto la otra tarde echando un discurso a las sillas... ¡Estaba brutal!—aumentó regocijada doña Concha.

Ina estiraba su cuerpo, que parecía un sable, reparando en su vestido unas veces, y otras en adoptar las formas que suponía de mejor ver para su escote. Flo hacía repulgos con los labios, como pretendiendo reducir las extremadas dimensiones de su boca, ocultando siempre estos movimientos a las miradas de Agapito. Ina se la prometía doña Mica a la de Aguates para el estudiante, cuando terminase la carrera, en sus concilios e irreflexiones. Doña Concha acataba con hipocresía aquellas proposiciones en la creencia oculta de que su Agapito escalaría las mayores

alturas a que sería acreedor por sus codiciables e indiscutibles merecimientos.

—Oye, Concha: ¿pronto tendrá novia Agapito?—preguntó cariñosamente doña Mica.

Ina púsose encarnada, mientras que Flo le miraba atentamente.

—No lo creas; estamos muy tranquilas con él por ese camino—repuso la de Aguates con frialdad.

—Hasta ahora no lo hemos visto con ninguna mujer—apoyó don Marcelino—. Y a su edad es raro, porque se admiran hasta sus compañeros y amigos.

—¡Es claro!—aceptó Ina, tragando saliva.

—Ya os acordaréis que cuando era pequeño quería estudiar la carrera de cura—reparó desdenosa doña Concha.

—¡Huy, Jesús, por Dios!—exclamó escrupulosamente doña Mica, al mismo tiempo que sus hijas hacían también gestos de repugnancia—. Hubiera sido una barbaridad, mujer, teniendo tan buenas disposiciones para ser abogado, que es la mejor de todas las carreras!

—¡Claro, hombre!—apoyaba don Sabas con satisfacción.

Ina y Flo, invitadas por Conchita, pidieron permiso para ausentarse a tocar el piano. Sánchez Tocino continuó:

—Siendo abogado, puede meterse en Política o en el Cuerpo diplomático; hacer oposiciones a la Judicatura para ser magistrado de Audiencia y más tarde del Supremo, o abrir su bufete y, dedicado bien sea a asuntos civiles o criminales, conquistarse la consideración y el respeto de todo el mundo por sus merecimientos y honradez, ganando mucho dinero y siendo lo que le dé la gana.

—¡Todo, todo lo quiera, porque tiene mucho talento y para todo vale!—admitía con acatamiento don Marcelino.

—¡Por Dios, Sabas!—profirió al mismo tiempo que su esposo doña Concha, alarmada por la palabra *honrades* que su amigo, sin intención de ofenderles, admitió en el último párrafo de su perorata.

—¡Parece mentira que te refieras también a la honradez, conociendo nuestra tradición y nuestro abolengo!... Jamás osó nadie hablar de lo que para nosotros y mientras exista un Chotís de Aguates o un Braguete es y será fortaleza inexpugnable.

Del gabinete próximo oíanse los acordes majestuosos de *La Pastoral*. Los de Sánchez Tocino cayeron sobre los de Aguates: reparando en el error que equivocadamente se les atribuíra:

—Pero, mujer, ¿quién dice lo contrario?—repuso con asombro doña Mica.

—¡Hombre!—exclamó don Sabas sobresaltado—. Es un error que no se concibe, por una palabra dicha de buena fe, para que hagáis ese juicio de nosotros.

—¡Calma y no te sulfures, Sabas, que la cosa no es tampoco para que nos tiremos del moño!—intercedió con justa reflexión don Marcelino.

—Sea como quiera, tú mismo lo has dicho.

—Repito que estás equivocada, Concha—afirmó don Sabas.

—Mira, no hagas caso; retira la palabra y se acabó, porque, si no, esto va a ser como cuando le dan cuerda a los relojes, y siempre estaremos lo mismo—intercaló don Marcelino, conciliador.

—Por mi parte queda retirada; pero es mi palabra, y conste que no ha sido con intención de herir vuestra susceptibilidad, ni mucho menos.

—¡Bueno, está bien; se acabó!

Don Marcelino miró a doña Concha, sin comprender el alcance que tenían sus palabras.

Doña Concha continuó amenazadora:

—¡No mires, no mires; ni una palabra más!

—No miro nada, Concha—suplicó don Marcelino con humildad.

—...¿Supongo que me daréis la enhorabuena?—interrogó Sánchez Tocino, tras breve silencio, en el que suponía pasados los efectos de la tormenta.

—Pero ¿no lo sabes, Concha?—preguntó con cariñosa cortedad doña Mica.

—Yo no entiendo, no sé nada—repuso la de Aguates con mal disimulada indiferencia.

—Pues, hija, seréis los únicos, porque no dejan de mandarnos felicitaciones de todas partes.

—Os doy mi palabra de honor, que no sabemos nada.

—No te extrañe, porque, con las jaquecas que has tenido, hace unos días que no salimos de casa.

—Yo no sabía nada tampoco; pero me encontré a Perriches en la calle del Barquillo y me felicitó, diciéndome: «Ya habrás visto que me he acordado de ti.»

—¡Ese no tiene palabra ni vergüenza!—interrumpió súbitamente doña Concha, sofocada.— ¡Mira que hace tiempo nos tiene ofrecida la senaduría vitalicia a nosotros!... Cuando fué Poder la otra vez, tuvo para mí un cúmulo de disculpas, y encima tuvimos que darle las gracias. ¡Ahora veremos por dónde sale!

—¡No sé, chica!

—Más vale que no lo vea, porque no va a querer oírme.

—Bueno; pero eso no importa para que le demos la enhorabuena a Sabas.

—Gracias, Marcelino—repusieron los de Sánchez Tocino a un mismo tiempo.

Doña Concha prosiguió, malhumorada:

—Cuando no se piensa en hacer una cosa, debe tenerse más prudencia y no ser las personas tan habladoras como Perriches. «¡Hola, senadora!», decía el sinvergüenza ese, dándome coba; y vuelta

con senadora por acá y senadora por allá... ¡Déjalo! ¡Te aseguro que en su vida habrá oído lo que oírás de mí cuando lo vea! ¡Va a tener que taparse los oídos!

Cuando volvieron Conchita y sus amigas había amainado el temporal de sus pasiones, viéndose renacer la animación amistosa en los de Aguates y Sánchez Tocino.

—Oye, Conchita—dijo Flo, mimosa—: ¿por qué no vienes con nosotras al té del Palas el sábado?

—No quiere papá, porque dice que luego todo son críticas.

—¡Anda, mujer! ¡Dile a tu mamá que te deje y vendremos a buscarte!—apoyaba Ina con disimulado mimo también.

—¡Sí, sí!; díselo y verás cómo nos divertimos—repetía Flo frotándose las manos con regocijo.

Conchita callaba, dudando de obtener el consentimiento de su mamá.

Ina continuó:

—Pues creo que piensan hacer un Palacio de Hielo enfrente, y verás luego qué bien.

—Te prevengo que ésta patina muy mal—interpuso Flo por su hermana.

—Pues ¡anda, que para patinar como tú no hace falta correr mucho!

—¿Sí? Ya viste lo que dijo el profesor el otro día.

—No tiene que ver te diga lo que quiera para conocer que lo haces peor que ninguna; y si no, a ver cuál es la que da más batacazos.

—¡Jesús, batacazos! ¡Qué palabra más ordinaria!—contestóle Flo, poniéndose encarnada.

—No será tan ordinaria cuando a las de Pelones, que son bien cultas, he oído pronunciarla algunas veces.

—Todo lo que quieras; pero has el favor de no volver a decirla, porque me molesta extraordinariamente.

—Bueno; creo que esto no será para incomodarse—interpuso Conchita tras ligero mutis, gozosa por haber obtenido el consentimiento de su mamá que solicitaban sus amigas—. Ya he dicho a mamá, que en cuanto hagan ese palacio tenemos que ir por las tardes.

—¿Y te ha dicho que sí?—preguntó Flo, por regalar su contento.

Y como asintiera Conchita, apresuró Ina, jubilosa:

—¡Ay qué bien!

—Sí, chica, no seas tonta.

—¡Haces bien!

—Yo creo que será un acontecimiento, porque es una cosa de mucha novedad—argumentó Flo.

—Por lo menos, se habla mucho—apoyó Ina.

—Las de García de la Mota están deseando que lo hagan.

—¿Hace mucho que las has visto?

—El jueves pasamos la tarde con ellas en el Palas.

—Mimitos llevaba una falda que para mi gusto estaba mal. En cambio, ésta decía que estaba bien porque todo el mundo la miraba.

—¿Qué modista tiene ahora?

—Yo creo que debe ser madame Chapirón; pero dice ella que se lo han hecho en París... ¡No sé!

—La falda, verdaderamente, está muy corta; pero, chica, ¡está tan ceñida a las caderas!... Luego tiene una costura cerrada por el medio que la hace muy llamativa.

—Pepe el de Cogote estuvo toda la tarde bailando con ella.

—¡Son tan presumidos esos chicos, que a mí, la verdad, no me gustan!

—Pues yo he dicho a papá que, cuando vayamos este año a San Sebastián, tenemos que ir también a París.

—Nosotras también queremos ir este año.

—¡Oye! Estaría bien que fuésemos juntas.

—¿Cuándo salís vosotras?

—Papá quiere que salgamos el primero de junio; pero mamá dice que hasta el cinco, por lo menos, no saldremos, porque la modista hasta entonces no habrá terminado.

—Sí; creo que tiene muchas prisas.

—¡Hija, están imposibles!

—Si tengo interés por ir a París, es precisamente por eso. En cuanto pueda, la despido, porque está insoportable.

—La nuestra no sé lo que nos hará para la temporada. Dice que quedaremos muy contentas.

—A mí, los figurines que nos enseñó no me gustaron nada; pero dijo mamá que estaba bien y que era de última moda el que eligió.

—Oye, Flo: el domingo estuve en San José y me encontré a la de Romeral.

—¡Si tiene novio!

—¿Sabes quién iba detrás? El de Saliva.

—¡Anda! ¿Pues tú no lo sabías?

—Por eso me sorprendió precisamente.

—¿Y luego decía ella que era tan antipático?

—A mí, es un chico que no me gusta, por lo mucho que presume.

—Ni a mí tampoco.

—Te prevengo que ella ha hablado mucho, riéndose de él y diciendo que no le gustaba porque era muy corto.

—Habrá dicho lo que quiera; pero ya ves.

—¡Jesús!

—El *Mercedes* que tenía debió venderlo, porque le he visto unas cuantas tardes en el paseo con un *Ford*.

—¡Vaya una risión!

—Ahora se ha echado un sombrero de esos anchos, como los intelectuales. Cuando le vi guiando ese cascajo que tiene, parecía que iba a volar.

—Las de la Cuadra le hicieron una fotografía el martes en la Castellana.

—De eso ya me enteré.

—Yo no sabía nada; pero me lo dijo Rasras y, ¡chica, lo que nos pudimos reír!

Los señores Chotís de Aguates y los de Sánchez Tocino, otra vez en amistosa camaradería, reiterábanse a porfía los cumplidos, sosteniendo, como las hijas, conversaciones relacionadas con la crítica y con el veraneo.

Doña Mica, apoyada por su esposo, hizo saber a sus hijas que se les hacía tarde y que había llegado el momento de partir. Protestaron los de Aguates, haciendo votos para que continuaran entre ellos un poco más; pero los de Sánchez Tocino persuadieron a sus amigos de la necesidad que tenían de marcharse y, con los besuqueos entre ellas y los guantacitos y apretones de manos en los demás, recomendaban los de Sánchez el interés amistoso o casi familiar de verlos «en seguida» por su casa. Habían traído de Berlín un piano de cola hermosísimo para Ina y había de gustarles muchísimo...

CAPÍTULO X

En pro de buena amistad

En el seno de los suyos, don Marcelino abogaba por la buena amistad de los Sánchez Tocino.

En cambio, doña Concha inclinaba intencionalmente sus conversaciones, siempre suspicaces, a criticar en los Sánchez Tocino detalles que mayor desconocimiento pudiera tener su esposo, en inteligencia de restarle afectos y superioridad a las condiciones de sus amigos.

—No, Concha, no; nada de eso: sobre todo, las chicas son bastante juiciosas. Ya ves: ¿qué se le puede penir a Ina, si es una muchacha más formal que muchas mujeres de treinta años?

—Ya sé que las de Sánchez Tocino te han caído en gracia y para ti no tienen desperdicio... Te aseguro que si mi hija llevara un vestido tan escandaloso como los que llevan ellas, no sé qué dirían; y de ir, como van, enseñando todo lo que Dios le ha dado, ni es decoro ni es religión.

—Eso no tiene que ver nada con la clase de personas que son.

—Para ti, que eres un papanatas, aunque fuesen de la piel de Barrabás, serían unas santas.

—No, mujer, no; es que tú le tienes antipatía o no sé.

—Yo no le tengo nada, porque son unas envidiosas muy grandes, aunque no quieras; y te aseguro que si yo hubiera tenido otro marido más hombre que el que tengo no me hubieran faltado como

me faltaron ni él lo hubiera consentido tampoco. Que hubiera sido al revés, ya hubieras visto a Sabas, con su capita de santidad, defendiendo a su mujer; pero tú, ¡claro!, el excelentísimo señor don Marcelino Chotís de Aguates, que con su delicadeza y prudencia todo lo arregla... Don Benigno, o cualquier cosa, deberían llamarte... ¡No sé, porque iba a decir un disparate muy grande, Dios padre me perdone!

—¡Calla, calla, por Dios, que no sabes siquiera lo que dices!

—Ya sé tengo que hacerme la cuenta de que soy sola para todo y que no tengo a nadie en el mundo.

—Pero, Concha, ¡por Dios!; tú no sabes lo que estás diciendo.

—Sé lo que digo, mejor que tú; y desde ahora, cruz y raya. ¡Aquí no vuelven más!... ¡En mi casa mando yo, y tú te callas! Ya me entenderé yo....

—¿Con qué?

—No tengo que darte explicaciones. Si esos tienen moños, tengo yo más... ¡Vamos!... Que Perri-ches dió la senaduría, mejor para ellos, con su pan se lo coman... Pero te aseguro que ni uno ni otros se ríen de mí — repetía doña Concha, cada vez más súbita y amenazadora, apretando los dientes y cerrando los puños junto a la cara de su marido.

—¡Jesús, Jesús!

—Tú has el favor de callarte y no te metas en nada, si no quieres que un día dé un espectáculo.

Don Marcelino, con la cabeza baja, levantóse resignado para encerrarse en su despacho hasta que le avisaran para cenar. Del gabinete de Conchita percibíase el sonido armónico del piano que, rimbombante, entonaba una polca o un *fox-trot*.

Agapito halagaba a su mamá, besuqueándola, hasta hacerla prorrumpir:

—¡Tú eres el único que me quieres!

El estudiante recurrió al bolsillo de sus panta-

lones y, misteriosamente, mostró a su madre un objeto del tamaño de un garbanzo. Doña Concha reparó breves instantes en lo que parecía interesar a su hijo, para disuadirle, y queriendo pretextarle que para nada servía, asomóse con indiferencia repentina al balcón, simulando que lo tiraba a la calle. Después hizo sentar junta a ella al estudiante para interrogarle sobre el objeto que le había dado, y Agapito explicó un poco azarado las circunstancias procedentes de su posesión...

Cuando se despedían los de Sánchez Tocino, saltó la piedra del pendiente derecho de doña Mica, dió a Agapito en una mano y de rebote cayó sobre el sofá donde se encontraba éste. El estudiante, obedeciendo a los preceptos morales de la sumisión y del respeto, lo cogió con refinada cautela, guardádoselo hasta que marcharon los amigos, en que, libre de inconvenientes y a solas, puso el caso en manos de su cariñosa mamá, satisfecho de que la noble dama cumpliría con su deber.

CAPÍTULO XI

Consecuencias misteriosas de un clamor

Ya en su casa los Sánchez, cada uno fué a despojarse de ropa a sus respectivas habitaciones.

Doña Mica, que llegó un poco cansada, dejóse caer con decidido abandono sobre el diván de su gabinete. No era cansancio físico lo que su ánimo decaía, sino molestia o abatimiento espiritual por las palabras que sostuvieron con la de Aguates y el juicio mal interpretado de su amiga Concha. Su doncella, diligente, aproximóse a la habitación de la señora, demandando permiso para entrar, con objeto de desnudarla, y doña Mica contestó que esperase un poco hasta que la llamara. También don Sabas, pronunciando y uniendo el hecho a la palabra—¿Se puede?—, y sin esperar respuesta alguna, penetró resuelto y cariñoso en el gabinete de doña Mica. A su mujer faltó tiempo para impugnarle sobre el carácter díscolo e insolente de su amiga Concha.

—¿Y por eso te preocupas?—repuso don Sabas, conciliador.

—Hombre, un bicho tan malo como ese tiene que preocupar a cualquiera.

—Eso no es nada, mujer; no te acuerdes de eso.

—¿Que no me acuerde?

—¡Claro!

—Pues me parece que Micaela tardará un rato en ir por su casa.

—Vamos, no seas así, no te enfades... Ya viste que todo se arregló y quedamos tan amigos como antes.

—No creas que aunque aparentó conformarse quedó tranquila.

—Desde luego, es muy vehemente; pero ya sabes que siempre ha sido así y no hay que hacer caso a lo que diga.

—¡Te digo que es muy mala, muy mala!—profería doña Mica fuertemente, desahogando su mal humor—. Y envidiosa, como no he visto otra.

—¡Bah! ¿Y por qué puede tener envidia?

—¿Que por qué?... ¿No te diste cuenta de la cara que puso cuando le dije que te habían dado la senaduría vitalicia?

—Chica, yo no me fijé en eso.

—Pues le sentó como un tiro, y hasta se puso encarnada como una amapola.

—Vamos, mujer, no hagas caso.

—Bueno; que a ti, por lo visto, te ha caído en gracia esa señora.

—¿También celitos ahora?—decía tiernamente, mientras se aproximaba a hacerle una caricia.

—Quita, quita, que ahora no estoy para bromas... Ya sabes que te conozco hace bastante tiempo, y a mí con ésas, no.

—Bueno, mujer; será como tú quieras.

Acto seguido, a una llamada del timbre, penetró la doncella y cambió de ropa a doña Mica, mientras don Sabas hacía cálculos o proyectos de actualidad política, fumando un cigarro, repantigado sobre una butaca y mesándose los cuatro pelos que tenía en la cabeza.

Ina y Flo, en el dormitorio de ésta, adulaban con su doncella cualidades y costumbres de los de Aguates; el tipo de un «rondón» servía también de mofa y de estímulo para aumentar sus risotadas y frivolidades; la doncella, siempre con cara sonriente, si hacía alguna pregunta era única-

mente por halagar a la señorita que le interrogase, en cuyo caso Ina o Flo acataban con satisfacción las mercedes que su sirvienta les dispensara.

—Oye: ¿reparaste en la antigüedad que tenía Conchita?—dijo Ina con significada sonrisa a su hermana.

—Mujer, es que, por lo visto, no había tenido tiempo de peinarse todavía.

—¡Anda, mira ésta! Si no lo digo por eso; lo digo por la bata tan rara que llevaba.

—¡Ah, sí! ¡Si fuese la primera vez! Ya sabes que a su mamá le gusta aprovechar todo; la prueba es que esa bata se la ponía ella cuando se gastaba *matiné*.

—¡Jesús, qué exageración!

—¡Ni mucho menos!

—¡Cómo!—interrumpió con asombro Ina, sosteniendo el concepto de su primera comparación y mirando a la sirvienta, que se reía cuando lo hacían las señoritas—. Dime si es propio o decoroso en ellas tener una bata que esté tan ceñida a la cintura como está la suya y tenga el corpiño tan ajustado que se le marquen con tanto descaro las formas.

—No sé cómo su mamá, siendo tan moral, consiente eso.

—Pero, mujer, ¡si la bata fué antes de su mamá!

—Ya lo sé; pero se la arreglaría la modista.

—Eso dirá ella por disculparse; pero me parece que la modista no la ha tenido en las manos siquiera.

—Nada fué de extrañar en ella, porque cuando la mirábamos procuraba esconder los pies para que no reparásemos en las medias de algodón que tenía también.

—¡Qué vergüenza!

—¡Qué miserable!, deberías decir.

—Como quiera que sea, me parece que todo le tiene sin cuidado.

—¡Y aún presume todavía!

—¡Es una estúpida! ¿Viste lo orgullosa que se puso cuando le dije que viniera con nosotras al té?

—¿Y a qué le dices nada, mujer? ¡Pareces tonta!

—¡Yo no! Tú fuiste quien se lo dijo primero.

—Pues si espera que vayamos por ella o se le avise, se ha lucido.

—¡Es una gente muy rara! Ahí, el que más vale es Agapito.

—¡Ese sí! Es un chico muy formal y muy listo.

—Te prevengo que algunas veces incurre en inmodestias, y eso le desmerece algo.

—No lo creas.

—Claro que eso no quiere decir nada.

—Tienes razón, a juzgar por lo que se ve por ahí.

—Como quiera que se mire, es lo mismo.

.....
—¿A que no te diste cuenta de la escolta que traíamos?

—¡En buena cosa te fijaste!

—Por eso te lo digo.

—Chica, ¿tú estás loca?

La doncella sonreía con cierta inhibición, procurando armonizar, en determinadas ocasiones, el contento halagador de sus señoritas.

Flo continuó:

—¿Está loco quien dice la verdad?

—¡Vaya una cosa!

—Yo no sé; pero como le mirabas de reojo, pensé en las consecuencias de tener un cuñado con metro y medio de cara.

—¡Pues no eres tú poco amiga de adelantar acontecimientos!

—¡Anda!

—¡Sí, que de aquí a entonces hay un rato todavía!

—No, no; con eso no me convences.

—Y, últimamente, tenga lo que quiera, a mí me tiene todo sin cuidado, ¿sabes?

—Eso, tú allá; pero no comprendo, si tan sin cuidado te tiene, por qué le mirabas tanto.

—¿Es que no voy a poder mirar a nadie tampoco?

—Tú sabrás.

—Por eso mismo.

—¿Tampoco te fijaste en los *quesos* que tenía?— admitió Flo con acentuada ironía.

—Repito que me tiene sin cuidado; y, según veo, te preocupa más que a mí.

—Chica, figúrate, si llegara a ser de la familia, con toda esa cara que tiene...

—No te guasees, porque se lo digo a mamá.

—No me comerá por eso, y menos porque diga lo que es.

—¡Tú sigue, y verás!—reiteró Ina con amenazadora mirada.

Sin hablar una palabra más, terminaron de vestirse, y a poco Flo, en traje de casa, correspondía, besuqueando, con palabras cariñosas, a las zalamerías de *Dog*, su perro favorito. Ina, sobre las teclas del piano, ponía resueltamente en juego sus dedos con un *do, re, mi* y la partitura chillona de un *couplet* popular, dado a conocer en sus dos últimas páginas por el semanario gráfico *Nuevo Mundo*.

Llegó la hora de la cena, y transcurrió ésta sin otra circunstancia que aisladas conversaciones de escaso interés para los Sánchez Tocino. La sobremesa duró poco aquella noche, porque doña Mica se hallaba cansada, y bien pronto se despidió de sus hijas, retirándose por consejo de éstas a sus habitaciones para descansar. No habrían transcurrido cinco minutos cuando de la alcoba de doña Mica percibíase el eco desagradable e irregular que producen palabras motivadas por el descontento o el disgusto. La familia, extrañada, acudió presurosa, interesándose por conocer el

motivo de la queja lamentable. Doña Mica y su doncella buscaban en vano, mirando por el suelo, contando a intervalos el resultado negativo de su ahinco y molestias. Don Sabas, Ina y Flo rodearon a doña Mica, interrogándole, atribulados, en apasionada incertidumbre... Al despojarse doña Mica de sus joyas, reparó, sobresaltada, primero, y desconsolada, después, en la falta del solitario de su pendiente derecho, regalo de su esposo la primera vez que fué elegido diputado a Cortes por el distrito de «Los Engañados». ¡Qué disgusto tan grande para todos! El brillante no parecía por ninguna parte. Doña Mica, ya cansada de buscar, dejóse caer con abatimiento sobre una butaca, reflexionando al mismo tiempo cómo y dónde pudiera habersele caído. Don Sabas y Flo casi aseguraban lo llevaba doña Mica cuando regresaron a casa. En cambio, Ina afirmaba resueltamente no haberse fijado en lo que su papá y su hermana aseguraban, por último, con indudable y convencional verosimilitud. Era tal la fe que don Sabas y Flo ponían en sus palabras, que, ante la duda a que la llevaban, vaciló primero, terminando por someterse Ina también a las aseveraciones indudables de su padre y su hermana. El pensamiento de los Sánchez Tocino parecía estar de acuerdo al proyectar sus radios vectores en las fieles condiciones de la doncella; pero, sin detenerse aún, su instinto acroamático giró rápidamente a enfocar el objetivo de sus dudas y desconfianzas para perderse en el océano misterioso del infinito. La sirvienta llevaba muchos años en la casa y no era capaz, ni mucho menos, de semejante abuso, y el intentarlo siquiera les pondría en ridículo, haciéndoles víctimas de equivocación escandalosa. En el cerebro de la muchacha se libraba una batalla de justicia cruel que respondía al llamamiento angustioso de los nobles impulsos de su corazón. ¡Con qué satisfacción hubiera respirado y cuánto hubiera dado Antonia

por que el brillante hubiera parecido entonces... Con abatimiento y compungida declaróse vencida ante el esfuerzo inútil de su generosa voluntad, quedando víctima frente a la conciencia juzgadora de los señores, que emitirían su fallo arbitrario. Sus pensamientos coincidieron también con el de sus amos, y el sentir de la desconfianza entristecía su semblante, siempre en condiciones agradables, poniendo sus miradas serviles e inocentes en el horizonte de lo desconocido. Los señores se consultaron si habrían mirado mal y doña Mica no lo llevaría cuando entró en casa; entonces, don Sabas propuso resueltamente publicar un anuncio en los periódicos para salir de aquel silencio irreflexivo que ninguna luz aportaba a su descontento. A la familia les pareció bien, porque de habersele caído en casa de los de Aguates, ni que decir tenía que en seguida lo hubieran mandado a su casa. Sería un error lamentabilísimo y casi abominable pensar siquiera advertirle a Concha, que los conocía y apresuraría su entrega inmediata tan pronto como se hubiera dado cuenta de la aparición, se decía doña Mica, no dudando ni un momento en la honradez acrisolada de los de Aguates; y anunciando la pérdida a cambio de una buena gratificación, no cabía duda que quien lo hubiese encontrado iría a entregarlo *ipso facto*, sin rodeos ni titubeos de ninguna clase. Estos pensamientos les alentaban, llenándoles de esperanzas, en la creencia, o, más que creencia, seguridad de que parecería.

Durante cuatro o seis días consecutivos se leyó, en dos o tres diarios de los de mayor circulación en Madrid, el siguiente anuncio:

«Pérdida de un brillante, de Jacometrezo a Argensola. Gratificarán espléndidamente a quien lo presente, por ser recuerdo de familia. Argensola, 18, señores de Sánchez Tocino.»

Al quinto día de publicarse el anuncio, la señora de Aguates se presentó en casa de Sánchez

Tocino. Hallábase Flo asomada a un balcón cuando la vió descender de un simón a la puerta de su casa, y, corriendo, fué a prevenir a su mamá y a su hermana, ocultando su regocijo. Don Sabas había salido a pasar un rato en la tertulia del Nuevo Club. En aquel momento se oía el repiqueteo del timbre llamando a la puerta. Era doña Concha, que entraba haciendo aspavientos a todas las contestaciones de sus preguntas. Las de Sánchez Tocino apresuráronse a recibirla, y juntas pasaron al gabinete. La de Aguates apoltronóse en una butaca, denotando cansancio y el decidido y gran interés que sin pérdida de momento la llevó a verlas. Ina y Flo preguntáronle en seguida por Conchita. Doña Concha disculpó bien a su hija, advirtiéndole a las de Sánchez Tocino lo disgustada que quedó también por no haber podido acompañarla.

—¡Hija mía! — exclamó —. Esta mañana leímos la noticia en el periódico y, la verdad, nos sorprendió a todos extraordinariamente. ¡Ni siquiera hemos comido, del disgusto que tenemos!

—Os lo agradezco mucho, Concha; pero, como se ha perdido, la cosa ya no tiene remedio. Peor sería que nos hubiéramos perdido una de nosotras.

—¡Jesús, Jesús!... ¿Supongo que habréis dado conocimiento a la Policía?

—No; no hemos hecho nada porque Sabas no ha querido que se dé parte.

—¡Mica, por Dios!... ¡A quién se le ocurre, mujer!

—No sé.

—Eso no estaría de más.

—Ya hemos hablado de eso; pero, chica, dispusimos dejarlo hasta ver qué resultaba de esto.

—Pero, tonta, ¿qué creéis resultará?... ¡Nada!

—Esperaremos.

—¡Nada, nada; esto no puede quedar así!

—Ya comprendo, mujer; cuando venga Sabas, se le dice y que disponga.

—¡Claro! La gente ha tenido tiempo de leer el anuncio y enterarse de sobra para entregarlo el que lo hubiere encontrado; así es que, cuando no han venido ya, es mala señal.

—Sí, sí; ya lo dice mamá también—aprobó Ina al mismo tiempo que su madre y su hermana.

—¿No te diste cuenta de haberlo caído?

—Sabas y éstas dicen que cuando vinimos a casa lo tenía; pero, chica, la verdad, yo no lo eché de menos hasta que fui a quitármelos para acostarme.

—¡Ya decía yo!—repuso la de Aguates, respirando con satisfacción—. De casa estoy segurísima que saliste con ellos, porque casualmente me fijé bien; y os vinisteis sin ir a otro sitio para poder decir: pues se me habrá caído en casa de Fulana o de Mengano, que además era igual que si no lo hubieras perdido. Es más: al haber sido en mi casa, por ejemplo, es casi seguro que antes de abrir la boca lo hubieras tenido en tu poder, porque yo hubiera estado intranquila y no hubiese podido parar hasta haberlo mandado con mi doncella.

—¡Mujer, ni que decir tiene! ¡Eso, ni pensarlo siquiera!

—Es que, como he dicho antes, soy muy vehemente para esas cosas, como tú sabes. Por eso os aconsejo, y no está de más, deis parte a la Policía para que tome sus medidas, porque, cuando ocurre una cosa como esa, las equivocaciones que pudiéramos haber sufrido quedan subsanadas con la sola advertencia de poder decir que se avisó a su debido tiempo.

—Eso sí es verdad.

—Ya te acordarás de lo que sucedió a la de Esteban Polainas, cuando le robaron la vajilla del comedor.

—Bueno; pero aquello fué otra cosa.

—Ya viste la confianza que hacía de los criados y lo que resultó.

—Sí, sí; ¡mira que aquello tuvo que ver!—repuso la de Sánchez Tocino, reflexiva y convencida.

—Pues si no acierta a intervenir la Policía, que no sé quién se enteró y dió parte, no se descubre; y luego, ¿qué?... Que la había robado la persona que más confianza le inspiraba.

—Sobre ese particular no creo...

—Ese ejemplo te demuestra lo que digo.

—Nosotras no podemos desconfiar de ningún criado, y menos a quien afecta el compromiso, porque es la doncella de confianza de mamá y la que más años lleva en casa—apresuró Flo en defensa de su servidumbre.

—Catorce años llevaba el criado aquel con la de Esteban Polainas, y ya viste lo que resultó—interrumpió la de Aguates.

—Como si hubiera llevado cuarenta—continuó Flo—. Nosotras tenemos confianza suficiente en nuestros criados y la de Esteban Polainas no la tendría en los suyos.

—Bueno; esto es hablar por hablar, porque habrá que recurrir a todo lo que sea, si hace falta—dijo doña Mica, quitando pasiones al interés de la conversación.

—Después de todo, hacer lo que queráis. A vosotras os conviene más que a mí para convencerlos de lo que os digo.

—Ya veremos. A ver qué dice Sabas cuando venga.

—¿Ha visto usted el piano?—interrogó Ina a doña Concha.

—No; ni quiero entretenerme ahora. Déjame; ya me lo enseñarás otro día que estemos más alegres.

La de Aguates y las de Sánchez Tocino pasaron de la preocupación a la hilaridad, y durante más de media hora sustentaron el jolgorio en sus comentarios relacionados con la mofa y la críti-

ca. Fulana estuvo en casa la otra tarde e iba descompuesta porque a Rufino encontró en el bolsillo una carta de la querida y en la que, entre otras cosas, decía haber recibido recado de la modista diciéndole haría el traje por las quince pesetas menos que le había pedido... Las de Zutano han traído del pueblo de la madre un muchacho para lacayo, medio metro más bajo que el cochero que tienen... Las de Mengano han ofrecido una novena a Jesús, si casan a Ricardito con Margarita la de Patas Gordas... Risotadas van y risotadas vienen... A poco, la de Aguates hizo saber se ausentaba, y las de Sánchez Tocino manifestaron su descontento, recomendándole cumplidamente continuara un rato más con ellas; doña Concha se excusó, y unos diez minutos después oíase el soniquete del cascabel acompasado de las pisadas del caballo sobre el pavimento, que tiraba del coche y desaparecía por la calle de Fernando VI. Ina, en su sala de estudio, daba entonación al paso doble a Gallito...

Aquella noche, en casa de Aguates, se criticó bastante a las de Sánchez Tocino, y en casa de éstas, a las de Aguates.

Don Marcelino vió a Sánchez Tocino, y dos días después, denunciado el caso a la Comisaría del distrito, la Policía, puesta en movimiento, encarcelaba por simples pareceres o dudosas sospechas a la cocinera y a dos doncellas de la servidumbre de los señores de Sánchez Tocino. Hubo los consiguientes careos e involuntarias contradicciones; las mentiras que se traman preguntando y acumulando responsabilidades por esclarecer hechos delictivos y se confiese la verdad, crearon en la doncella de la señora una situación que sin duda alguna la delataba delincuente. Encarcelada y sometida a proceso quedó la persona de confianza y doncella de doña Mica.

Con letras muy grandes en el epígrafe, los diarios produjeron la noticia en su primera página:

«Criadas recomendables», decía uno; «Robo audaz», manifestaba otro; y, entre los demás, había otro que le intitulaba «Robo escandaloso», y casi todos coincidían en su texto diciendo poco más o menos lo siguiente: «En casa del ilustre y conocido senador don Sabas Pérez y Sánchez Tocino se ha perpetrado un importante robo de un magnífico brillante, valorado en quince mil pesetas. Se dice que el autor de la sustracción es una agraciada muchacha que llevaba al servicio de la señora catorce años. Es baja de estatura, gruesa y morena, con el pelo rizado; llámase el caco Antonia Rodríguez López y es natural de Arévalo, provincia de Avila. Su padre, Germán Rodríguez García, está al servicio del ganado de un rico hacendado de aquel pueblo; está casado con Antonia López Fernández, de quien tiene cuatro hijos menores que la individuo cuyo hecho escandaloso llama nuestra atención, interesados como el primero en que se castigue con todo el rigor que marca la ley para que sirva de escarmiento y no vuelvan a reproducirse hechos de esa naturaleza. La Policía, que tanto celo y acierto puso por esclarecerlo, está de enhorabuena y puede enorgullecerse de haber prestado, con la seguridad que sabe hacerlo, servicio tan importante, que merece la felicitación de todos.»

CAPÍTULO XII

Apéndices de la vida vulgar

Germán Rodríguez García, tendría cuarenta y nueve años y había sido relativamente feliz.

En el pueblo de Arévalo y su término municipal todos le conocían y saludaban afables cuando le encontraban, considerándole extraordinariamente por su condición modesta y su carácter bondadoso y humilde con todo el mundo. Además era resignado y humilde ante el infortunio de los impotentes, a quienes guardaba y apacentaba sus ganados cuando llegaba la época de cobrar y le retrasaban el pago. Viendo a su mujer y a sus hijos risueños, lo demás le tenía completamente sin cuidado a Germán; porque si le mataban una oveja o una cabra, con presentar la piel al amo tenía bastante.

Aquel invierno fué penosísimo y duro para él, y el día que los zorros se llevaron el cordero del tío Felipe se disgustó un poco porque, a pesar de lo mucho que anduvo, no pudo encontrarlo por ninguna parte.

La *Generosa* pariría pronto y, aunque su primera descendencia no le pertenecía, cuatro o cinco temporadas después contaría con un pequeño rebaño de su exclusiva propiedad; y mucho más excusaba decir que para cuando su Julián entrara en quintas podría redimirlo ventajosamente del servicio militar. A María y a Ricarda ya se encargaría Antonia de buscarles buena colocación en

Madrid cuando fuesen mayores, aunque todavía no podía pensar en nada de aquello porque eran más bien pequeñas: María contaba doce, años y Ricarda, ocho nada más. Julián tenía poco más de seis años y le servía de zagal o auxiliar de su confianza. El día que faltara él ya tenía quien le sustituyera, o más que eso tal vez, ¡quién sabel, si pudiera ser independiente, figurando entre los medianos ricos del pueblo. Su Antonia le inspiraba una confianza absoluta, porque les escribía todas las semanas y los primeros de cada mes les mandaba treinta pesetas de las cuarenta y cinco que cobraba por su salario. Antonia fué la primera sucesión que tuvieron Germán Rodríguez García y Antonia López Fernández, y aunque existía una diferencia grande de la edad de Antonia a los otros, fué porque los hijos que tuvieron durante aquellos años después se le desgraciaron de pequeños por enfermedades y otros contratiempos que ocurren en la niñez.

La mujer de Germán desempeñaba las obligaciones de su casa con el celo propio de amantísima esposa y madre. Al anochecer, solía esperar diariamente a la puerta de su casita, acompañada de sus hijas, con el entusiasmo y alborozo propio de unos sentimientos nobles como los suyos, la llegada del marido cariñoso y bueno y de su querido Julián, que parecía un hombrecito con su zamarra y su garrote, a quien recibía con los brazos abiertos para saciar su sentir de madre en infinidad de apasionados besos, colmándole de caricias y estrechándolo contra su cuerpo. Esperaba también que Antonia le dijese pronto el aumento de un duro al mes en el salario que, por el cumpleaños del señor, le tenía ofrecido la señora.

Cuando pariera la *Generosa* habían convenido Germán y ella regalar un chivo a la Virgen el día que se celebrara la fiesta del pueblo aquel año, en la creencia satisfactoria de que se admiraría la gente ponderando la generosidad de

ellos. Pero, lejos del clamor de aquellas suposiciones y vanidades, lo hacían por verdadero amor, justa veneración y respeto a la Virgen Santísima, que en momento crítico aquel invierno salvó a su marido y a su hijo de caer bajo la intencionada codicia de dos lobos hambrientos que de la sierra descendieron para acometer furiosos al ganado. ¡Qué momentos de angustia aquellos en que Germán hacía esfuerzos desesperados para ahuyentar a las fieras!... El pobre *Leal*, su fiel camarada, bien podía decirse que murió aquel día fatal como un héroe en el cumplimiento de su deber. Gracias a él, que primero entretuvo con sus ladridos a los lobos, en cuyo cuerpo se ensañaban después, feroces, los hambrientos enemigos, cuando a los silbidos de Germán acertó a llegar Viviano, el cazador, que empezó a tiros con las fieras, no ocurrió una verdadera catástrofe. No cabía duda que, amparado en respetuosas creencias de temor y confianza piadosa en la Virgen, la imagen venerada obró el milagro de no tener que lamentar o llorar otras desgracias materiales aquel día terrible que la muerte de su pobre perro.

Germán Rodríguez no había conocido relaciones sociales de ninguna clase y nunca salió de su pueblo natal más que como rabadán para apacentar los ganados que le encomendaban tres o cuatro pequeños ricos de Arévalo.

En la época de elecciones, algunos iban por él y le agasajaban con asombrosa y extraordinaria amabilidad, convidándole, llevándolo en coche o montado a caballo; y, si se negaba en principio por ineludibles o apremiantes quehaceres, amenazábanle unos con ocasionarle perjuicios y trastornos sin cuento después, mientras que otros ofrecíanle multitud de recompensas y de beneficios, escudando sus egoísmos personales en el tributo obligatorio que todo ciudadano debe rendir a la ley del Sufragio inútilmente, porque Ger-

mán, en aquel caso, ignoraba las ideas de los diferentes sectores políticos y escuchaba con ignorancia natural las predicaciones agoreras de los muchos capitanes que mangoneaban en la grey electoral, imponiendo en sus argumentos orales determinadas condiciones adecuadas a las orientaciones con que solían revestir sus rimbombantes y ridículas catilinarias para el acto final y en que Germán, indiferente al dinero que le ofrecieran algunas veces y desaprensivo a los ofrecimientos de señalado favor y razonables consejos morales en otras, como muchos de los millones de analfabetos que por desgracia existen, terminaba por rendirse inconscientemente a la voluntad de los que ejercieran mayor coacción sobre él.

La muerte de su padre le privó del servicio militar, quedando al cargo del ganado que apacentaba para subvenir a las necesidades de su madre y de dos hermanas menores; y como sucedió a su padre, por el juicio cabal que de él hicieron los amos de aquel rebaño, era el porvenir que ambicionaba para su pequeño Julián que el concepto en que le tenían y la confianza que depositaban en él trascendiera a su hijo de modo que nadie pudiera sustituirle, haciendo de la exclusividad de su cargo una verdadera dinastía.

Cuando cruzaba por los rieles del ferrocarril y oía los silbidos de algún tren, ahuyentaba al ganado para que se distanciara del peligro de aquel monstruo que resoplaba agitándose amenazador y terrible al pasar, mientras él quedaba como alelado, aunque orgulloso y feliz a un tiempo, con el garrote en la mano y la zamarra y las ropas ennegrecidas y empolvadas por el contacto frecuente con la tierra, viendo cómo pasaban personas de vestimentas raras metidas y asomándose con curiosidad o indiferencia por aquellas jaulas irregulares que se arrastraban como reptiles en persecución sucesiva y veloz tras la locomotora. Germán era mucho más feliz que aquellos enjau-

lados que se alejaban sin saber dónde envueltos en un torbellino de polvo o de agua mientras que él volvía tranquilo a su rebaño, dispuesto siempre para prestar auxilio a la res que lo necesitara, sentándose sobre los ribazos de los prados o sobre alguna loba de los terrenos en cultivo, ya nombrando a las reses, para sujetarlas, amenazándolas con el castigo, o entonando canciones rutinarias de ingenuidad infantil. En los inviernos le preocupaba un poco la inclemencia de los temporales, en que el ganado no podía pastar porque los débiles retoños de la hierba junto al pasto que durante cierto tiempo de la estación servía de alimento único a las reses se ocultaban con la nieve, y abatido e impotente Germán, por consecuencias negativas de las observaciones barométricas del aire, volvía con su piara a las tinadas hasta que amainaba el temporal.

Uno de los últimos días de febrero, y a consecuencia de un temporal crudísimo de nieves, amaneció con un fuerte vendaval de hielo que se dejaba sentir, silbando por las rendijas de las puertas hasta el interior de las casas. Inseguras las nubes, se agrupaban en la inmensidad celeste sin determinar los resultados definitivos del temporal. Antonia aconsejó a Germán no saliera aquel día porque la nieve, lejos de ablandarse, había formado sobre la tierra una inmensa capa de hielo endurecida por el aire, y tendría que volverse aburrido con el ganado, que se agruparía por fracciones y balaría hambriento. Además, María llevaba ya tres días en cama, atacada de fuertes dolores de cabeza y grandes retorcijones de vientre, consecuencias indudables de una fiebre altísima que la ahogaba con potencia destructora, aniquilando su naturaleza de niña. Serían aproximadamente las once y Germán se hallaría a una hora del pueblo, preocupado y triste por la situación de su hija y las malas condiciones del campo para que pastara el rebaño, cuando dis-

tinguió a una pareja de la Guardia civil, encajonados, que, con los fusiles al hombro y los barbuquejos caídos, se dirigían hacia él. El pastor no dió importancia a la aparición natural de los agentes gubernativos porque no era la primera vez que se le acercaban civiles para hacerle alguna pregunta sobre el ganado o pedirle con indiferencia un poco de agua. Tan pronto como llegaron, el guardia que parecía mandar en el otro, dijo al rabadán:

—Venimos por ti, pájaro.

Inconsciente, Germán quedó como alorado, mirándole y sin responder una palabra.

El otro agente quedó en posición descanso sobre el arma, mientras el primero colgó el fusil sobre el hombro, sacó unas manillas de hierro eslabonadas, y, cogiendo por los brazos al pastor, lo sujetó, atándole las muñecas por la espalda. El rabadán protestó con humildad de aquello, pidiendo explicaciones inútiles sobre el motivo ignorado, haciendo a la vez algunas exclamaciones de dolor mientras se desprendían dos lágrimas de sus ojos porque el hierro se clavaba inflexible, haciendo presa e hiriendo a su carne inocente.

El pastorcillo, al ver aquel cuadro terrible, se aproximó llorando, y al pretender acercarse a su padre, cual si pidiera, con sus ojos ingenuos empañados de lágrimas y su rostro niño e inocente, piedad por compasión a aquellos hombres, fué separado con amenazadora mirada por el agente que descansaba en funciones de servicio, severo y rígido como la majestad de la ley. Los agentes limitábanse a dar exacto cumplimiento al mandato de la autoridad competente como le imponía su deber y el desempeño de su cometido, aunque la repugnancia al delito en muchos casos engendre determinada influencia decisiva en la antipatía personal de los delincuentes, en vano, porque, lejos de pasiones exacerbadas, únicamente la ley inflexible e inalterable, sin mezquindades ni an-

tagonismos sancionaría la responsabilidad imponiendo justamente el castigo. Ya en ese concepto, Germán, cabizbajo y esposado, púsose en marcha a las órdenes de la pareja, que iba tras él, dándole escolta de conducción, con las armas suspendidas y en dirección al pueblo. Julián, llorando, quiso seguirlos, llamando insistentemente a su padre, que, transido de dolor, volvió la cabeza para recomendarle que no llorara y estuviera con el ganado. El niño obedeció a quedarse ante el temor de los guardias, que con las miradas le amenazaron duramente, mientras que por las mejillas de Germán corrían las lágrimas silentes, a pesar de confortarle el ánimo la justa reflexión de su inocencia.

La mayoría de la gente que lo vió conducido, como el populacho cuando penetraron en la población, hicieron enojosas suposiciones contra él, llenas de maldad, hijas de la calumnia infame que la vileza humana suele tramar en muchos casos contra seres inocentes; y, en tan miserables pareceres y bajas opiniones, se preguntaron algunos, faltos de discernimiento moral y de sentimientos caritativos:

—¡Anda, anda, mira: el pastor también; y eso que parecían buenos!

Muchos de los que se jactaban de ser honrados le miraron con desprecio, retándole casi con arrogante provocación e insolencia. Otros habían leído la noticia en los diarios de Madrid, por cuyos antecedentes le suponían complicado en el robo cometido por su hija Antonia, y se formaron los consiguientes corrillos de las comadres, fulminando contra el infeliz Germán un cúmulo de pensamientos bajos y de miserables suposiciones trascendentales, porque a la hora de haber pasado conducido el pastor no había un alma en Arévalo que desconociese el papel de encubridor o cómplice que había desempeñado.

Una turba de muchachos de los que suelen va-

gugar libremente en las poblaciones quedó a la puerta del Juzgado, esperando la salida de Germán, infundiendo en aquel infeliz detalles rarísimos de transfigurado rostro, con algún sambenito que los demás no hubieren distinguido, o transformaciones extrañas en su cuerpo que nadie hubiera podido apreciar y le hicieran ser diferente a las demás personas. Del Juzgado siguiéronle en tropel para estacionarse a las puertas y alrededores de la cárcel, hasta que fueron desengañándose, porque el tiempo les demostró su imbecilidad, como sucede a las personas que, empujadas por la curiosidad y el ocio, incurren en conceptos viciosos por el espíritu de maldad que poseen la mayor parte de las veces.

De Madrid habían librado exhorto judicial a Arévalo interesando la aparición del brillante sustraído a la señora de don Sabas Pérez y Sánchez Tocino, en la creencia de que la delincuente Antonia Rodríguez lo hubiera mandado a sus padres en la última carta que escribió a ellos; y se procedió a la detención de los padres de la muchacha, encarcelándolos e incomunicándoles, interesada la autoridad por esclarecer la verdad de los hechos, toda vez que el pastor y su mujer negaban la participación en el delito, pugnando por su inocencia.

Cuando detuvieron al pastor, ya habían tomado declaración y encarcelado a su mujer.

Los agentes fueron primero a casa de Germán con objeto de proceder a la detención del matrimonio, y al encontrar a Antonia llorando, por más que mostró a su hija, de gravedad en cama, creyeron que se afligía por temor al castigo de haberse descubierto su complicidad. La pobre mujer prosternóse de rodillas ante los guardias, implorando por compasión, con las manos cruzadas, no la apartaran de allí por el peligro de vida y grave situación de su hija.

Ricarda, agarrada a las faldas de Antonia, llo-

raba también, suplicando, con mirar inocente, a los guardias tuvieran piedad ante su dolor y no se llevaran a su madre. Los agentes, no pudiendo sustraerse ante la aflicción enternecedora de aquel cuadro de miseria, instaron a Antonia por segunda vez a que les acompañase. Eran simplemente agentes que estaban al servicio de mandatos superiores, y el cumplimiento de sus obligaciones les privaba en aquella ocasión de toda clase de sentimiento razonable, por justificada que fuere su necesidad, e invocando el nombre de la Ley, que exigía imprescindiblemente la presencia de Antonia; pero la pobre mujer, desoyendo las reconvenciones de aquellos hombres, aturdida por la pesadilla de tormento cruel que la afligía sin consuelo, llorando junto a Ricarda, y ante el pensamiento terrible de dejar abandonada a su hija María, creyéndola en estado gravísimo por el azote impetuoso de la repentina y monstruosa fiebre que tenía, reiteró a los guardias, mezclando la súplica de su demanda con el llanto en la resolución de sus maternales aflicciones:

—Primero me matan ustedes que dejo a mi hija sola.

Los guardias arreciaron en sus propósitos razonablemente, sin convencerla, como era natural, y uno de ellos repuso:

—¡Vamos, mujer! No sea usted terca, que nosotros no tenemos más remedio que cumplir las órdenes que nos dan.

Antonia, sin escuchar a los agentes, llorando y sumida en la pena más profunda, hizo intenciones de aproximarse junto a la cama donde yacía María en estado de inconsciencia por efecto de la fiebre que la aniquilaba cuando los guardias la cogieron como pudieron y a viva fuerza la sacaron a la calle, llevándola a presencia de la autoridad.

Ricarda, a pesar de sus pocos años, reflexionó como una mujer y llorando quedó en casa por

instinto de necesidad, auxiliando a su hermanita.

Si grande fué el espectáculo que dió el pastor al pasar conducido por las calles del pueblo, no menos importante fué el escándalo que se produjo cuando los guardias llevaron detenida a su mujer: las comadres de la vecindad, con instintos feroces y pensamientos de la más baja condición, echaron la lengua a paseo para calumniar y escarnecer a la desventurada mujer; animando el comentario de la vileza afluyeron las reflexiones apasionadas en que surgen suposiciones o pareceres mezquinos, en cuyas almas miserables anida el concepto de la verosimilitud; y sobresalió de aquel foco de podredumbre las vecindonas que parecieron ser más amigas de ella, que, enfurecidas y sin freno a su vileza, desataron su maldad con ensañamiento feroz hasta la saciedad de haber escarnecido con la calumnia a la infeliz Antonia.

Pero en el cilicio de los mártires hubo siempre un destello de luz bendita que, remontándose por encima de las bajas pasiones y en instante de desfallecimiento doloroso, condenara a las miserias terrenales con la aureola gloriosa de la sublimidad; y así como del pueblo de Israel surgió aquella heroína que, compadecida y trémula de dolor por el martirio que daban a Jesús para matarlo, sobre el clamor de aquella emponzoñada muchedumbre y la satisfacción de sus verdugos, fué a limpiar con su pañuelo las gotas de sudor que se escapaban por la majestuosa frente del profeta, o como el edomita Judit, sobresaliendo de las turbas encanalladas de Idumea que hacían mofa de las muchas calamidades y padecimientos de su patriarca, apareció la figura venerable de la señora Cándida, de condición humilde, que, en el apoteosis de su vida, sin adulación ninguna, menos halagadora que otras compinches y de condición distinta a las demás, pensando en el abandono de aquellas inocentes criaturas, corrió

a casa de la vecina que de manera tan cobarde y cruel se escarnecía con la calumnia y se ultrajaba con la carcoma miserable y ruin de la mentira, y halló a Ricarda echada de bruces sobre una silla, llorando desconsoladamente junto a la cama en que se hallaba enferma su hermanita. María, desarropada e inconsciente en aquel lecho pobre, se revolvía de un lado para otro, moviendo sus manitas escuálidas cual si quisiera quitarse de encima las ropas o algo que dificultara su respiración jadeante, con los labios ennegrecidos por la alta fiebre que la ahogaba. La vecina preguntóle en balde, porque la criaturita, más que nada, parecía un despojo humano con pequeñas vibraciones de vida por la incertidumbre de sus movimientos irregulares. La señora Cándida, un poco azarada por el estado de gravedad que aparentaba la niña, corrió por un vaso para darle un poco de agua, y tras ella Ricarda, como agradecida a los generosos sentimientos de aquella buena mujer que en tan críticas circunstancias asimilaba la prestación de sus cuidados con análoga solicitud y ternura que su madre, mientras María, con los ojos cerrados, pronunciaba palabras incoherentes, entrecortadas por la carcajada y la risa; la caritativa vecina se acercó con el agua y, al efectuar su cuidado, la enfermita hizo una mueca extraña, abrió desmesuradamente los ojos y quedó desmadejada, sin aliento ni respiración, como cuando muere un pajarito. La señora Cándida extremó su atención con cierto sobresalto, moviéndola inútilmente y llamándola repetidas veces porque la enfermita no respondía. El cuerpo inerte se enfriaba cada vez más y sus tiernos músculos se contraían rígidos en esfuerzo supremo y con extraordinaria rapidez. María había dejado de existir y en su semblante inocente se pintaba el desdén de aquellas carcajadas que sirvieron de preludeo a los estertores de su agonía. Era mucho más feliz en la muerte que viviendo

ante el engaño y la mentira cruel de la vida, y sonreía como sintiendo que su alma angelical se remontaba lejos, muy lejos de la ponzoña humana para siempre.

La caritativa vecina procuró dar la desagradable noticia a Germán y a Antonia, pero no pudo porque se hallaban detenidos e incomunicados, en vista de lo cual hizo los preparativos fúnebres y al día siguiente se efectuó el entierro.

Después, dos o tres agentes judiciales hicieron un registro minuciosísimo en la casa, con resultados negativos a los propósitos de la autoridad competente; circunstancias ajenas al pastor y a su mujer, que, satisfechos de su inocencia, abrigaban la esperanza de libertad para prodigar sus cuidados a la enfermita y conocer los nubarrones de infamia tramados contra su hija Antonia, por la seguridad que abrigaban de sus honrados procedimientos e intachable conducta; y la misma pureza de conciencia que tenían en sí extendía las consideraciones de su satisfacción también a la sirviente. Sus presentimientos paternos les dictaban, sin duda, el error de atribuirle un delito que Antonia era incapaz de cometer, seguros de que, como era tan buena hija, no podía ser mala mujer; y como padres apreciaron que la pureza de alma no enjendraba maldades ni se prestaba a engaños como la conciencia cuando se disfrazaba, revistiendo a muchos caracteres con el antifaz de la mentira.

Cuando los detenidos quedaron en libertad, probada su inocencia e ignorando éstos su nueva desgracia, corrieron ávidos por conocer la situación de la enfermita y se encontraron en su casa con la terrible noticia de haber sido enterrada el día anterior; la escena que se produjo entonces no es para describirla; se acumulaba al disgusto ocasionado por el suceso de Antonia este acontecimiento funesto como una maldición fatal, destruyendo por completo la felicidad de aquella po-

bre familia. Junto al dolor profundo que experimentaban sus corazones, transidos de dolor, descargaba la miseria un golpe cruel que le desgarraba las entrañas, sin consuelo ni esperanzas para redimirse; y en aquel hogar humilde que pareció iluminar algún tiempo la antorcha de la felicidad y de la esperanza entraba inclemente ahora el vendaval impetuoso de la miseria y el escalofrío de la muerte.

* * *

Inconsolable, la desventurada madre cayó en cama, y doce días después dejaba de existir, aumentando el desconsuelo y el dolor de los huérfanos y de Germán.

Su hija Antonia Rodríguez López murió cuatro meses después en la prisión celular de Madrid, cuya circunstancia puso término al famoso proceso que se instruyó con motivo del brillante desaparecido...

A los dos años y un mes de haber muerto la sirviente, murió el infeliz pastor de tuberculosis intestinal, sin rehabilitación moral y menospreciado de todos, dejando en la mayor miseria y en completo desamparo a Julián y a Ricarda...

* * *

Seis años más tarde se licenció en Derecho y doctoró en Leyes don Agapito Chotís de Aguates Braguete y López de la Torre Larga, y en octubre de aquel mismo año, a consecuencia de una angina al pecho, rindió su último tributo a la vida el excelentísimo, el ilustrísimo señor don Marcelino Chotís de Aguates. Los periódicos reprodujeron la noticia necrológica y publicaron la fotografía con la descripción biográfica del ilustre muerto, dando el pésame a la familia y asociándose al sentimiento de consternación que tan sensible pérdida produjo en las altas clases de la sociedad.

CAPÍTULO XIII

Reflexiones substantivas

Dos días después de haber visitado al notario, Juan Sancho hizo la declaración de testigos, y, cumplidos los requisitos oficiales expuestos por el actuario, obtenía el poder el ebanista veinticuatro horas más tarde; y, acariciando la buena fe, sin distraer un instante el pensamiento de la obligación, se encaminó a casa del señor Ladrado, respirando satisfecho como un vencedor, entregó el documento que llevaba en la mano al procurador, uniendo la acción al cumplimiento de rúbrica. Don Toribio le recibió según estaba, sin moverse de su asiento ni más afines que mandarle sentarse. Juan demandó y preguntó, la mayor parte de las veces, con respuesta propia o pregunta contestada por la misma reflexión, a cuyas torpezas, hijas de la ignorancia, le llevaba el deseo de soluciones claras y probables que le condenaban incesantemente sumiéndole en relativa incertidumbre.

El abogado, según don Toribio, era muy listo y excelente muchacho. «Ya verá usted lo listo que es y lo mucho que vale», exponía a Sancho, ensalzando las cualidades de Aguates. «Conseguirá usted todo lo que quiera, porque hoy está en primera fila», continuaba Ladrado. Sancho volvía a preguntar sin dialéctica, con las repeticiones de «le parece a usted esto» y «le parece a usted lo otro»..., y «mire usted, don Toribio por aquí» y

«don Toribio por allá»..., con «a mí me parece y me deja de parecer», llenaba siempre sus preguntas de conceptos vagos y de pareceres inútiles para asentir con movimientos de cabeza cada vez que despegaba los labios el procurador; y salió tan ignorante como cuando entró en casa de don Toribio, aunque un tanto satisfecho de haber cumplido la misión encomendada por su representante.

El señor Ladrado de la Cuerna despidió a su cliente con análoga deferencia que le recibió.

Dos días consecutivos, acompañado y auxiliado de amigos, anduvo Juan de unos Registros en otros para proporcionarse después los documentos apuntados por don Agapito: las actas de nacimiento de su tío, de su padre y de él no estarían hasta que pasaran diecisiete o dieciocho días; el certificado de defunción de su padre tardarían en dárselo catorce días, y la fe de muerto de su tío de ningún modo podían darla hasta que informara a Gracia y Justicia el Ministerio de Estado. Se personó a casa del abogado para explicarle el resultado de las gestiones que había hecho sobre los documentos exigidos por él y los conceptos que tenía de la visita que hizo al señor Ladrado. Don Agapito recomendó la paciencia que hace falta para tratar asuntos de esa índole, como cualquiera otro en que actuaran funcionarios de la Administración pública. Si hubiera ofrecido una propina, se lo hubieran arreglado antes.

Juan pensaba que igual observación le hicieron también sus amigos; pero si atravesaba una crisis grande, por la que más de una noche se acostó sin cenar, y la cantidad que importaba aquellos documentos la había recabado a duras penas de sus amigos, aunque hubiera tenido voluntad de dar propina, ¿con qué dinero la daba? Optó por aprudentarse a la indicación de su abogado, porque a ningún fin conducía ponerle en pormenores de sus apremios y necesidades.

Cuando Juan regresó a su casa, aquella noche nada dijo a su madre y tampoco ésta preguntó a su hijo acerca de las gestiones que él hubiera hecho por la tarde. Conocía los días que tardarían en facilitarle los papeles que Aguates le había pedido y el poder que su hijo desde luego entregaría al procurador; faltaban elementos necesarios y ninguna buena nueva podría darle. Quedaba tiempo para conocer las razones que se derivaran del asunto que tanto les interesaba y algunas preocupaciones y quebraderos de cabeza les costaba. Aquellos días anduvo Juan bastante preocupado por los muchos apremios de su angustiada situación. Sus asuntos le habían privado de ir a la obra muchas veces, y de aquellos días cuyas faltas agravaban sus beneficios era raro el que no tenía horas de menos o pesetas que dejaba de percibir el sábado. Además, debía una porción de dinero que, con autorización del contratista, le había sido anticipado para que poco a poco se lo fuesen descontando del importe que sus jornales devengarán durante la semana; no tenía amigo o medianamente conocido a quien no debiera, cuyos compromisos le habían retraído, avergonzado hasta el extremo de tener que dejar de ir a la *tasca* de Mariano, porque cuando iba sufría el bochorno de no encontrarse con uno a quien no hubiera pedido y debiera algo. Era tan apurada su situación y tan impotentes sus elementos reparadores para definirla, que deseaba por momentos llegara el día que pudiera obtener de los Registros las certificaciones exigidas por el abogado para redimirse. Don Agapito y sus amigos habían reconocido que debió *untar* para conseguir cuanto antes lo que se proponía, aunque, desde luego, éstos eran más concededores que el otro de las circunstancias sumamente críticas y falto de recursos que estaba Juan, cuyo pensamiento batallaba incesante, proporcionando energías vivificadoras a sus débiles fuerzas, alentado

siempre por esperanzas de redimir sus necesidades. Aquellos días abrían un paréntesis de quietud a sus andanzas, dando facilidad al trabajo para remediar sus angustias y aquietar la exaltación de sus cavilaciones: las economías de las dos semanas le permitieron ahorrar cuarenta y tres pesetas íntegras, que la señora María entregó, a cuenta de más de ciento que debía, al tendero de comestibles de la glorieta, Augusto Panza Mantecoso, hoy don Augusto, para conservar el poco crédito que les quedaba y la luz del favor que en momentos de agonía no se extinguiera totalmente negando hospitalidad a sus necesidades.

Llegó el día señalado por los empleados del Registro y Juan obtuvo los consabidos certificados, que, sin pérdida de momento, desde la oficina pública, llevó a casa de Aguates. Don Agapito estaba fuera y tuvo necesidad de encomendar su óbolo a una señora gruesa, canosa y frescachona que, requerida por las preguntas de una sirvienta, se hizo cargo, otorgando francamente a la respetuosa demanda de Sancho, que, desde luego, notificaría y entregaría a su hijo lo que con tanto interés le recomendaba el ebanista.

Aquella misma tarde volvió Juan a casa de Aguates para hacerle cargo de los papeles encomendados horas antes a su mamá y recabar, al mismo tiempo, informes que al efecto de sus procedimientos empleara el letrado. Según don Agapito, un amigo suyo de Gracia y Justicia tenía el encargo de enviarle la partida de defunción de su tío, tan pronto como recibieran aviso del Ministerio de Estado; de modo que el papel que como factor correspondía a Sancho en aquella comedia, estaba desempeñado. De momento, el abogado hasta entonces no había podido hacer nada porque de ningún sitio le habían avisado y nada nuevo podía decirle; al mismo tiempo, daba esperanzas y recomendaba paciencia y tranquilidad a Juan,

—¿Entonces, ya me avisará usted cuando haya algo?—demandó con acentuada humildad Sancho.

—¡Sí, sí, desde luego!... Y si usted quiere, dése una vueltecita por aquí de vez en cuando.

Aquella noche, Juan refirió a su madre haber entregado los papeles al abogado, sin otra noticia, porque, como suponía, hasta entonces nada había podido hacer. La señora María, sufrida y reflexiva, como siempre, aceptó las manifestaciones de su hijo, sin otra advertencia que preguntarle por el tiempo que el abogado le hubiera dicho podría tardar, poco más o menos, en resolver el asunto definitivamente.

Con la imaginación irreflexiva y anonadado pasó Sancho la noche para encaminarse por la mañana siguiente a su trabajo. El día anterior no pudo ir a la obra...

Parecía que el encargado estaba de mal humor y Juan expuso la necesidad que tuvo de faltar, a lo que el jefe ni siquiera le contestó. Comprendía Sancho que le retenía a la fuerza, o, mejor dicho, que le toleraba por cobrarle el resto de los anticipos que en mejores ocasiones le habían dado. Si por el encargado hubiera sido, ya haría tiempo que Sancho no hubiera trabajado en la contrata de las obras. Ahora fué constante durante tres semanas consecutivas, en cuyo tiempo redujo a dos terceras partes la deuda que tenía con su patrono la Sociedad. El encargado continuó mirándole con igual indiferencia que antes, objeto de lo cual habló una mañana al contratista, que fué por allí a dar una vuelta, y le contestó que no pasara cuidado alguno. A pesar de ello, el encargado era un canalla y se le había atravesado en el camino amargándole la existencia con ominosos pensamientos y tendencias inicuas, cuya tiranía le preocupaba implacablemente. El reconocía que, obligado por aquellas circunstancias, había faltado; pero quería trabajar ahora con el estímulo y honradez que había procedido

siempre, para ir saldando los incalculables débitos que le soliviantaban y terminar definitivamente con aquella desvergüenza que tan apartado le tenía de amistades y de reuniones, abstraído por la indiferencia y el martirio; acataba en deplorable incertidumbre aquellos pensamientos, llevado siempre de generosos impulsos que engendran la buena voluntad en personas de conciencia noble y de suficiente corazón para sentir y apreciar el calibre de la sensibilidad humana. Preveía una cuestión cualquier día por la que no le quedaría otro recurso que claudicar, y sería en cuanto diera contestación a los sin fundamentos actos canallescios e insolentes apremios del encargado. Si él hubiera pertenecido a la Casa del Pueblo o al otro Sindicato, ¡quién sabe si el mismo gremio de ebanistas le hubiera defendido, como hicieron también los asociados de otras colectividades con sus compañeros! Pero, queriendo ser libre y evitar prejuicios desagradables, parecióle mejor seguir fiel a la voluntad patronal, y el deseo de libertad y condescendencia le perjudicó entonces. ¿A qué obedecía aquel cambio, estando tan recomendado por el señor Julián, que tan amigo fué de su padre y que, al morir, tanto encargó a don Nicolás velara por él, una vez visto que las consideraciones y los miramientos se iban acabando? El encargado era un mal bicho y, por lo visto, emplearía con él iguales procedimientos que empleó con Boni para despedirle, con la intención de atender el compromiso de alguna recomendación para admitir a otro. Seguramente a él no le había tocado todavía porque no había terminado de pagar los anticipos que le hicieron por intervención del contratista; pero ¿qué podía suponer aquello ante la insidiosa tiranía del jefe, que en cuanto veía a don Nicolás, preguntándole y sin preguntarle por él, informaba lo peor que podía, acumulando argumentos de responsabilidad insoportables, que motivaban el desprecio, con

objeto de restarle afectos y desvíos hasta conseguir le autorizase el despido en cuanto le probara cualquier incorrección o inconsciencia? El señor Julián verdaderamente fué un gran amigo del contratista, porque era, como suele decirse, el brazo derecho de las obras; pero, aunque conservara algún tiempo el recuerdo de aquel gran amigo y se esforzara por respetar sus encarecimientos amistosos, «muerto el perro, se acabó la rabia». Nada supone las amistades ni las recomendaciones o compromisos con lo que, salvo excepciones, significa en todo terreno el comportamiento del individuo: el patrono chilla generalmente cuando el obrero contraría su voluntad y sus sentimientos propulsores radican en el campo de la inconsciencia. No tiene otros afines que el dinero: en él y por él gasta sus energías y es vilipendioso en algunos casos, conservando el prurito de la soberbia y de la intransigencia para no sustraerse a sanciones cuyo veredicto emitieran su culpabilidad. Por su concepción jurídica suelen dar la razón a él, cuando no la tiene, sus continuadores y prosélitos; y la falta de veracidad en sus ámbitos engendran conflictos o suscitan verdaderas luchas sociales, a pesar de todas las verdades y las razones que sus componedores quieran atribuirles, él tiene la solución de todas las cuestiones porque en sus manos está el motivo u origen de las luchas.

Un gobernante cualquiera mal podría solucionar esos conflictos si es también patrono; al contrario, en vez de cooperar al arreglo como árbitro a conciencia, con la mano sobre el pecho y en el terreno de la neutralidad, dará mucho mayor encono a las contiendas, excitando su efervescencia.

Fueron muchos los días que su juicio evolucionó dentro de los mismos tópicos sin hallar alguna solución; y, sumido en pareceres o conceptos de vaguedad infinita, asomaban a su pensamiento

ideas que le mortificaban, obsesionado en incesante y estéril lucha de pensamientos recíprocos e imparciales que vagaban por la imaginación de Sancho; reanudó su trabajo, y durante más de dos meses ni un solo día faltó a la obra. Aprovechaba las vacaciones de los domingos para visitar y preguntar por su asunto a su abogado y procurador Chotís de Aguates y Ladrado de la Cuerna, cuando los encontraba en casa.

La señora María pagó lo que adeudaba a don Augusto y Juan liquidó también el resto de los anticipos que adeudaba a la Empresa de las obras, a pesar de lo cual el encargado continuaba mirándole con igual hastío y repugnancia que antes. De vuelta del trabajo, una tarde se encontró en casa, ¡oh, asombro, iba a ver luz, como los aventureros de Colón cuando vieron tierra!, dos letras del abogado citándolo para la tarde del siguiente día.

Por la mañana, cuando fué a la obra, hizo presente al encargado de lo que se trataba, suplicando le diera permiso por necesidad urgente de tener que faltar aquella tarde. El encargado contestó secamente, con insolencia, a no admitir respuesta alguna, que, de empezar otra vez con los permisos y las faltas, se fuese y no volviera más.

Cuando fué a su casa, refirió a su madre lo sucedido; y después de comer, con el pensamiento temeroso de encontrarse de más, aunque contento a la vez como unas castañuelas por iniciativa reflexiva de hallar algo bueno, se encaminó a casa del señor De Aguates. Don Agapito lo avisaba para decirle que, según resultaba de las comprobaciones de los documentos entregados por Sancho, su verdadero nombre era Juan Sancho y Lagorda, y no Sancho Lagorda solamente, como resultaba del acta de nacimiento expedida de él por la oficina del Registro civil a que había correspondido.

El ebanista expuso que las pocas veces que en

su vida tuvo necesidad de firmar lo hizo solamente con los apellidos de su padre y de su madre, sin conjunción intermedia, como decía su abogado, y que, fuese con y o sin ella, de cualquier modo resultaba identificada su personalidad. Don Agapito demostró con algunos ejemplos que la confusión de una letra en los nombres figurados en autos motivaba muchas veces la promoción de un expediente para los fines que perseguían. En aquel caso debió ser como decía Sancho, sin prejuicios o derivados, siempre que fuese él, porque de cualquier modo resultaba él mismo; pero había que rectificarlo porque la pureza de las leyes no admitían mezcla alguna o adulteraciones en sus escritos.

—De otra forma variaría el contenido de los conceptos sociales que se someten y tuvieran que sancionar los Tribunales de Justicia—exponía razonablemente el letrado—, y usted, por su situación económica, me figuro que no podría interponer un recurso que, según la ley, hiciera falta pedir, caso que nuestra acción la paralizaran por una cosa como esa. Ahora que puede haber consistido también en el escribiente que haya extendido el acta; pero de cualquier modo ya veré en qué ha consistido y se arreglará como sea. Lo llamé únicamente para darle a conocer ese error y esté en antecedentes de todo.

Sancho preguntó después, por complacer a su madre en algo, sobre el tiempo que poco más o menos tardarían en ventilar el asunto. Chotís de Aguates no pudo dar contestación concreta a la pregunta porque, como dijo otra vez, dependía de las circunstancias que se presentaran en el curso de los acontecimientos y de las dificultades que tuvieran que vencer para resolver sus inconvenientes. Juan, desanimado por la poca claridad en sus esperanzas, cuando preguntó su madre explicó el objeto de la cita.

Por la mañana siguiente se encaminó el ebanis-

ta a las oficinas de la contrata, aunque antes había resuelto no ir a la obra hasta que hablara primero con el contratista.

Don Nicolás estaba sentado en un sillón, con un cigarro en la mano izquierda y embelesado en la lectura de un diario de la mañana. Indudablemente era conocedor de la resolución llevada a cabo contra Sancho por el encargado. Con amabilidad relativa lo hizo sentarse en una silla, dispuesto a escuchar cuanto el ebanista deseara decirle.

Juan expuso con toda clase de detalles el permiso pedido al encargado la tarde anterior, como igualmente la necesidad que tuvo de faltar al trabajo en otras muchas ocasiones.

Con la amabilidad que caracterizaba al contratista respondió a Sancho que, razonando lo expuesto por él, el encargado había mandado su baja y no hallaba remedio o solución para el caso más que volver a admitirle cuando se produjera una vacante; la suya estaba ya cubierta por uno de los muchos aspirantes que había. Si accedió a la resolución del encargado fué por no restarle autoridad y sostuviera su carácter también en otros casos. Comprendió que aquel paliativo tenía igual importancia que cuando lloran los chicos y para que se callen se les dice: no llores, rico, que te voy a dar un caramelo. Seguramente el encargado dormiría tranquilo y sin remordimiento alguno de conciencia.

Esta clase de gente o jefecillos que, por muy jefes que se crean, sus miserables condiciones no les dejan salir del diminutivo, en cuyas manos se halla la guillotina social, porque en sus tendencias detractoras contra la clase proletaria perjudican lastimosamente también los intereses del patrono, carecen de sentimientos humanos y de amor al prójimo, su proceder es tan ruin, que si hace falta utilizan el baldón del escarnio para que sucumban sus víctimas, aunque sea con perjuicio

de un tercero, cuyos actos carecen de importancia porque, como para ellos es cosa de coser y cantar, están a la orden del día.

Cabizbajo y con el pensamiento en la lucha por la existencia, marchó el ebanista, temeroso de llegar a casa y tronchar, con la noticia de su despido, las nobilísimas esperanzas de consuelo que en don Nicolás tenía su madre. Indudablemente era ignominioso el proceder empleado con él. Su madre daría el calificativo de infiel y de traidor al contratista, porque verdaderamente tenía razón, fundándose en que si desde un principio se hubiera opuesto a las pretensiones innobles del encargado la cosa no hubiera llegado al extremo de despedirle de forma tan inicua, sin razón ni motivo justificable. Cuando llegó a su casa y refirió a su madre lo sucedido, resultó como suponía: el disgusto que la noticia le produjo la retuvo dos días en cama, sin poder levantarse; gracias a Pura, que, sirviendo de elemento auxiliar, no quedaba sola y sin asistencia en ausencia de Juan. No obstante, la anciana lloró su decepción, enjugando sus lágrimas en el silencio del desconsuelo, aunque la vecina y su hijo procuraron animarla diciéndole que podrían apurarse cuando les faltara totalmente la salud; pero hasta entonces y mientras Juan pudiera trabajar no se quedarían sin comer. Sancho fué a cobrar el sábado y entregó a su madre cuarenta y nueve pesetas, importe de los tres días y medio que últimamente había trabajado. Los compañeros de obra que estaban en antecedentes del caso no pudieron reprimir su indignación, reprobando hasta con duros y malos adjetivos la conducta censurable del encargado, aconsejándole a Sancho se asociara para pararle los pies o atarle corto, como decían otros.

Más de tres semanas anduvo el ebanista de la Ceca a la Meca, buscando trabajo, sin encontrarlo: en ninguna obra ni taller le querían porque no

estaba asociado; para trabajar era necesario sindicarse, sin cuyo requisito serían inútiles cuantos pasos diera para conseguirlo. Estuvo en la calle de Velázquez, en la de Castelló, en el paseo de La Habana, en la calle de Tamayo, y a cuantas obras iba se le negaban por no estar sindicado; y se preguntaba, con igual respuesta, que para trabajar tenía que someterse forzosamente a las condiciones del Sindicato, aunque ignoraba lo que tenía que hacer y la cuota que era necesario pagar.

Ocho o nueve días después, la señora María se encontró una mañana con Boni en la glorieta, y al referirle cuanto sucedía, encareció por favor fuese Juan aquella noche por la *tasca* de Mariano o al día siguiente por la mañana, sobre las once, a la obra que tenía de una casa que estaban haciendo en la calle de Guzmán el Bueno. Juan, en principio, no quería ir; pero, obediente a lo que su madre le aconsejaba, dos días después fué a ver a Boni. Serían las once y media cuando Sancho encontró la obra en donde trabajaba su amigo. Al verlo, Boni le llamó *perdido*, amenazándole amistosamente con un cepillo que tenía en las manos; después le echó un cigarrillo, diciéndole al mismo tiempo que lo esperara fuera, porque pronto dejarían el trabajo para comer. Sancho salió a la calle, y, fumando el pitillo, estuvo unos minutos paseando por la acera; y como al que espera los minutos le parecen horas, aunque el tiempo es un sueño cuando se tiene paciencia de esperar, poco después fué a sentarse sobre unas piedras que picaban, moldeándolas, unos jornaleros para una obra contigua.

A las doce salió Boni e instó a que le acompañase a la taberna de Lobo, en la calle de Alberto Aguilera y cerca de la Princesa, donde solía comer. Censuró duramente a Sancho por haberse ausentado de la reunión que tenían en la taberna y de su silencio llevado a cabo durante más de tres meses, sin motivo que lo justificase. El eba-

nista se limitó primero a guardar silencio, sin atreverse a contestarle. Cogieron unas banquetas y tomaron asiento junto a un velador.

Pronta y diligente, una muchacha apareció con el modesto servicio de un puchero pequeño, y dentro de un plato de porcelana, un panecillo y una cuchara; dejó el servicio sobre el velador para coger del mostrador y servirle también un vaso y media botella de valdepeñas. Era la comida de Boni, y consistía en el cocido azafranado de garbanzos, carne y tocino. El carpintero despedazó primeramente en sopas más de medio panecillo en el plato y sobre él vació el caldo que tenía el puchero.

La parroquia que había a aquellas horas en el establecimiento se componía, la mayor parte, de obreros que, unos solos, algunos con sus mujeres e hijos y otros con sus mujeres solamente, iban a comer y a disfrutar, en compañía del que ganaba el sustento, dos horas de libertad concedidas por las condiciones del trabajo.

Boni ofreció a su amigo eligiera bebida para pedir lo que quisiera tomar, a cuyo ruego el chico que despachaba en el mostrador sirvió un vaso de vino con agua de Seltz. Al coger los vasos de la bandeja, interpuso Sancho:

—Ahora deberíamos brindar nosotros también, como los grandes.

—¿Y por qué no? Si no brindamos, será porque no queremos.

—Yo creí que los brindis eran otra cosa; pero he visto brindar, en un merendero, el otro día, y vi que todo era coba, nada más.

—¡Brindo por nosotros!

—¡Bravo! —respondió alegremente el ebanista.

—¡Vaya por nuestra salud y nuestro progreso!

—No creo que lo dirás como decían la mayor parte de los que había en aquel banquete, que brindaban y apoyaban los brindis por halagar al

festejado; y otros, *pa* que los demás vieran que eran buenas personas.

Quedaron en silencio los repetidos golpes de una cayada para salvar obstáculos y asegurarse las pisadas de un hombre de treinta y tantos años, ciego y harapiento, que se estacionó a la puerta de la taberna, colgando la cayada de su brazo izquierdo, para echar mano a una guitarra que llevaba colgada del cuello y, al rasgueo de sus cuerdas, entonar algunas canciones incoloras, cual si quisiera sobreponer forzada alegría al sentimiento de la palabra demandando una limosna.

Repuesto de su embelesamiento, el ebanista continuó:

—Ahora vas a comer con música también, como los peces gordos.

—¡Hombre, todo no lo va a tener el que tiene dinero! Dios nos reservará algo bueno también, aunque no sea más que *pa* alegrarnos un poco el corazón.

—Tienes razón, porque Dios aprieta, pero no ahoga, y siempre que llueve escampa.

Ya conocía Boni la apurada situación de Sancho. La señora María le había puesto en antecedentes de todo lo sucedido, a pesar del tiempo que habían estado sin verse; pero, sin demostrar a su amigo un conocimiento cabal de sus preocupaciones y azares, exteriorizaba su concepto, preguntándole y haciéndose de nuevas, como si nada supiera.

—Bueno—repuso Sancho—; he *dejao* de ir a casa de Mariano... No sé.

—Eso de no sé, no quiere decir nada, Sancho; porque si ha sido por causa de alguna mala faena debes ser franco y decirlo. Comprenderás que el desprecio ha sido a todos y por uno no yamos a pagar los demás.

—Por eso no tengáis *cuidao*, que de ninguno tengo queja y con ninguno he tenido *na*.

—Entonces, tú sabrás.

—¡Hombre!, desde luego, por algo ha sido... Pero no es por ese camino.

—Creo que soy amigo tuyo y nos conocemos un rato *pa* que conmigo andes con tapujos.

—No son tapujos, Boni; es que hay cosas en la vida que, por *mu* amigo que sea uno de otro, da vergüenza decirlas.

—Entonces no hay amistad; y no habrá quien me diga lo contrario.

—Está bien; dejemos eso y te lo diré.

—Por ahí debiste empezar.

—Pues muy sencillo: porque me daba vergüenza ir.

—¡Vergüenza! ¿Por qué?

—Porque a todos les debía dinero; y como después trabajaba todos los días, me dije: ya no voy a casa de Mariano hasta que empiece a pagar las deudas que tengo por ahí.

—Pero no debe ser motivo ni tú tan vergonzoso *pa* eso.

—*¡Pa* mí, sí! Me parece que al único que no debo dinero es a ti; y eso porque te *vía* mal.

—Pues yo, por eso, no: debía yo cerca de ocho duros a Mariano y, ya ves, se los pagué después de estar trabajando mes y medio, lo menos; y por eso no dejé de ir a su casa... Se los hubiera *pagao* antes, como le dije; pero, chico, me cogió muy *atrasao*, como tú sabes, y, la verdad, no pude dárselos hasta después.

—Cincuenta y ocho pesetas le debo yo; pero no es a él solamente: al tío Tiberio le debo seis duros; a Chilongo le debo dieciséis pesetas; al mecánico, cuatro duros; a los dos chicos aquellos que trabajaban con Coces les debo también trece pesetas... Ahora, dime tú cómo quieres que fuera, si *me se* caía la cara de vergüenza cuando *vía* a cualquiera de ellos.

—Precisamente cabe pensar mal cuando has *dejao* de ir.

—Como tú quieras; pero yo tengo la conciencia tranquila de la buena intención que tengo con todos.

—No es que yo quiera, es que debe ser; además, ellos no conocen tus intenciones. Lo dices tú y nada más.

—Sí; pero, como comprenderás, ya no puedo ir hasta que le pague.

—En eso ya no me meto. Pero hiciste mal.

—Chico, lo comprendo; pero ya no tiene remedio. Después hablaremos lo que sea.

Hubo un pequeño silencio entre los dos, y cambiando Boni de conversación, preguntó a su amigo por la herencia. Sancho no pudo contestar nada en concreto, deduciendo, por la inseguridad de sus palabras, que el asunto aquel continuaba igual que cuatro meses antes... Hablaron también del pleito del mecánico, cuyos antecedentes conocían, comprendiendo que el dinero que decían iba a coger cuatro meses antes todavía lo estaba esperando. A Sancho sus andanzas le habían ocasionado también grandes trastornos y disgustos, hasta el extremo de que, a pesar de estar tan bien recomendado, como se creía, al contratista por el difunto señor Julián, el encargado le pusiera la proa e influyera con don Nicolás para que le despidieran de la obra.

—No creas que me pasaba por alto *qu'a* ti también te olía la cabeza a pólvora — interpuso Boni, por el mal proceder del encargado que tenían cuando trabajaban juntos.

—Yo no esperaba nunca esa determinación en el contratista, aunque él pensara lo que le diera la gana.

—No lo esperarías, pero ya has visto.

—Todo eso nos está bien empleado por ser buenos.

—Tan buenos que nosotros, más que ellos, hemos tenido la culpa.

—Muchas veces no sabe uno cómo acertar.

Si lo haces, mal, y si no lo haces, mal también.

—A mí, después de todo, me hicieron un favor. El maestro que tengo me ha puesto tres reales más que ganaba allí y ya tengo para tabaquillo y gastos. Luego, cuando terminemos aquí, Dios dirá.

—Te prevengo que en esa obra terminarán por tener que asociarse todos.

—No solamente en ésa, en todas; porque sin estar asociado no se va a poder trabajar en ninguna parte.

—Y hasta cierto punto es mejor, porque así se mirarán más, y *pa* cualquier caso, la Sociedad es la que resuelve.

—*Pa* ellos es mejor tener obreros que no estén asociados, porque *d'ese* modo pueden emplear la tiranía que quieran y ponerle a uno el pie en el cuello cuando les dé la gana. De otra forma, ya no es uno solo, es una Sociedad la que se les pone enfrente a juzgar sus actos.

—Tú me dirás lo que tengo que hacer para ser socio.

—Esta noche iré yo por la Casa del Pueblo y hablaré *pa* que te hagan; y si puedo sacar el carnet, mañana mismo pasaré por tu casa, y, estés, como si no estás, tẽ lo dejaré.

—Como tú digas.

—Tú no te apures. Si antes no nos vemos, *pasao* mañana te pasas por la obra y yo hablaré al maestro, que es buen hombre, a ver si sabe de algo; y si no, ya veremos lo que se hace.

—Chico, ¿estarás *encantao* de la vida ganando tres reales más que antes?

—¡Tú verás! De esa forma he podido ir des-
empeñándome de los atrasos que tuve por la enfermedad de mi padre.

—¿Quedó bien?

—Regular; pero ya no tengo los gastos que antes, y a ver si puedo ahorrar alguna cosilla también.

—Si puedes y no lo haces, serás un tonto.

—Ahora hace falta pensar en alguna cosa más que en divertirse, porque ya no está uno para andarse con bromas como hasta aquí. A nuestra edad debe uno saber ya lo que se hace.

—Sí; pero ¡es que la edad!...

—¡Hombre!, desde luego; cuando se tiene edad es cuando debemos saborearla y apreciar lo que la vida da de sí.

—¡Cuántas vidas se gastan en tonterías, y ese descuido muchas veces sirve *pa* que lloremos después el tiempo que tontamente se pierde!

—Chico, te pareces, hablando, a don Jesús.

—¡Qué don Jesús ni qué *na!* ¡Lo que pasa!

—Ya lo sabemos.

—¡Qué buena persona es!

—Es un buen hombre.

—Lo *qu'es*, un tío *d'una* vez.

—¡Ya lo creo!

—La otra tarde iba yo *pa* casa y me lo encontré en la glorieta; y, que quise que no, a la fuerza, me llevó a La Playa a tomar una copa con él.

—Yo, hace más de dos meses que no lo veo.

—Y yo también hacía la mar de tiempo que no lo había visto. Lo que es, en casa de Mariano hace que no coincidimos..., pues mira, desde que tú estuviste.

—Sí—repuso Sancho, dando verosimilitud a la propuesta de su amigo.

—Cuando lo vi, le pregunté que por qué no iba por allí, y me dijo que iba como antes.

—No sé.

—Sí iría. Lo que pasa es que no *vos* encontráis porque irás más tarde o más temprano.

—No lo creas; voy como antes.

—Entonces será don Jesús el que se entretenga.

—Ya sabes lo que es, que con el primero que se encuentra se pasa el tiempo como un chico; y luego, si no va solo..., *¡pa qué!*: hay que dejarlo.

—A mí me da gusto el *d'oírle* hablar.

—¡Si le hubieras oído aquel día!...

—¿Qué decía?

—Nos sentamos en una mesa y empezamos a hablar de lo que pasa. Decía que la mayor parte de las cosas que nos suceden tenemos nosotros la culpa.

—Eso es verdad.

—Bueno; había uno *sentao* al *lao* y decía que no, que los obreros hacían lo que podían y muchas veces más de lo que se puede.

—¡Hombre!... Eso, según.

—¡Qué según ni qué nada!, como decía don Jesús. ¿Crees tú que si necesitas algo te lo va a dar alguien?... Si nosotros necesitamos mejorar nuestra situación, ¿crees que el patrono va a interesarse por mejorarla, así, porque sí, por su propia voluntad?

—A pesar *d'eso*, algunos, según dicen, se han *tomao* interés por los suyos, mejorándoles cuanto han podido.

—No lo creas, como decía don Jesús; el que hace algo por su gente, no lo hace por los obreros, que no les importa y les tiene sin *cuidao*, lo hace por él mismo, *pa* defender lo suyo.

—¡Cuesta tanto trabajo cualquier cosa que se hace!...

—Cueste lo que sea: por eso debemos unirnos, *pa* conseguir lo *qu'haga* falta y defendernos mejor. Nadie puede interesarse más por nosotros que nosotros mismos, que *semos* los verdaderos *interesaos*.

—Está bien.

—El otro día decía un chico muy listo, que viene aquí también algunos días, que cuando se pretende algo y no se consigue es porque a nosotros mismos debemos el fracaso de nuestras mejoras y progresos.

—Tendrá razón.

—La tiene, porque casi todas las huelgas que se pierden es por la falta de resistencia pasiva

en el obrero por vencer la voluntad del patrono.

—Eso consiste también en los apremios de las necesidades que se tengan.

—Por grande que sea la necesidad, está el deber del que lucha a preferir primero la muerte, si fuera preciso, antes que someterse al yugo del patrono, arrastrando a la tiranía y a la explotación las esperanzas y el derecho de los demás.

—Eso, cuando se impongan necesidades de familia, no hay disculpa posible; pero cuando el obrero hace traición a sus compañeros por el interés o el lucro de la recompensa material, merece la condenación de todos.

—¡Son tantos los que por desgracia, si hacen algo, es por el interés!...

—Es verdad... Los arregladores o los..., no sé, no me acuerdo cómo decía don Jesús a los que chupan, porque desde luego hay chupones. Ahora que de nosotros poco pueden chupar.

—Por eso mismo tirarán siempre más por los patronos que por nosotros.

—¡Claro! Por eso, la defensa que esos *gachós* puedan hacer de los que necesitamos, casi siempre será por el medio de no disgustar al fuerte, salga pez o salga rana, conformándonos y sin conformarnos, porque de cualquier modo más no nos iban a dar.

—Lo que no ven muchos es que nosotros cuando peleamos lo hacemos por necesidad, mientras que los otros lo hacen por egoísmo.

—Por poco conocimiento que se tenga, muy pocos dejarán de conocer que cuando sean dos necesidades las que luchen todo lo que se pretenda está de más.

—Luego son bien pocos los que cuando se encuentran en lo alto se acuerdan de remediar las necesidades ni de oír las exclamaciones de los que quedan abajo.

—Siempre se ha visto, por desgracia, que el que tiene la barriga llena no se acuerda del que

la tiene vacía, porque el que come no siente los dolores de estómago que pueda tener el que padece hambre.

—Después de todo, no creo que seremos nosotros los que vayamos a arreglar estas cosas. Además, estoy viendo cómo llenas la andorga, mientras que yo no he comido todavía.

—Ahora, cuando pase un poco, te irás.

—No quiero estar más tiempo porque es más de la una y mi madre me estará esperando *pa* comer.

Boni había terminado con el cocido y llamó al dependiente para que les diera de beber. En una bandeja les sirvió el muchacho un vaso de vino y otro de vermut. Sancho llevóse la mano al bolsillo, con ademán de sacar tabaco, y comprendiendo el carpintero la intención, se adelantó, dando un cigarrillo a su amigo.

Dos albañiles de los que trabajaban en la misma obra que Boni, habiendo terminado de comer, se levantaron, instando al carpintero a echarse un rato en el suelo, junto a la obra, antes de empezar a trabajar. Los amigos, sin contestar a sus camaradas, continuaron hablando de cuestiones que afectaban o no al decidido interés que les llevó a reunirse.

—¿Te cobran mucho por ponerte el cocido?— preguntó el ebanista a su amigo.

—Seis reales, con vino y todo.

—Es barato; porque ya te acordarás que a mí, cuando comía en aquella *tasca*, junto a la plaza del Carmen, me cobraban cinco reales por el *coci pelao*, y por el pan y el vino aparte me cobraban sesenta o setenta céntimos más.

—Llevo comiendo aquí más de dos semanas porque he visto que me conviene. Aquí cobran también cinco reales por el cocido solo y seis con *to* lo demás; así es que, como comprenderás, por cosa de un real más, no merece la pena.

—Está bien.

—La Angeles quería haberme traído la comida,

pero yo no quise porque tenía que dejar solo al abuelo y luego, andar también con la cesta de allá *p'acá*, tampoco resulta.

—Bueno, chico, si seguimos así, se alargará esto demasiado, y yo me marcho.

—Entonces no quiero entretenerte más. Conque ya sabes...

CAPÍTULO XIV

Ante el aniversario de una dama

Un hermoso día de septiembre celebraban en casa de don Agapito el cumpleaños de su mamá. Excusamos decir que entre las personalidades que fueron a felicitar a la ilustre dama encontrábase también el señor Ladrado de la Cuerna. La viuda, dueña y directora de la fiesta, hacía la presentación de unos a otros, en que los caballeros, haciendo corte, inclinábanse respetuosos y besaban las manos a las damas.

Doña Concha vestía elegante traje tul negro, de cola larga, ajustadísimo al cuerpo, sin mangas, con exagerado escote y, por el calado de la camisa, trasparente, el pecho ebúrneo de prominencias turgentes. En los años que llevaba viuda había engordado con alguna exageración, a pesar de lo cual su peinado sencillo, con el moño en lo alto y encanecido en poco tiempo, daba realce distinguido y porte señoril a su arrogante figura de matrona. Su aderezo lo componía un collar de perlas falsas, unos pendientes también de perlas y una pulsera de oro liso casi en medio de su rollizo y blanquísimo antebrazo izquierdo. Daba el parabién a todo el que llegaba, con extremada amabilidad y refinada hipocresía, obstinada por llevar en toda conversación la voz cantante, como dueña de la casa, apoyada en las razones indiscutibles que, según costumbre, siempre quiso tener.

Conchita parecía hecha por el mismo cincel que esculpó a doña Concha, aunque más alta, con menos cintura y más prominente y protuberante el pecho que el de su madre; sus atraentes ojos negros resaltaban con mayor significación a la blancura de sus carnes sonrosadas y al dorado, abundantísimo y sedoso pelo en melenas, y ocultas sus extremidades faciales por el ampuloso rizado de las patillas; vestía con elegancia *charmeuse* de finísima seda azul marino claro, en ajustadísimo corpiño tentador, que excitaba al deseo, turbando la serenidad del juicio y obscureciendo a la virtud; en la muñeca izquierda ostentaba una hermosa pulsera de oro en cadeneta, de eslabones grandes, de la que pendía una moneda, también de oro, con inscripciones en árabe. Tan elegante y apetitosa estaba Conchita que no hubo persona que entrara en su casa dejara de felicitarle, fuese por envidia o deseo halagador de curiosidad; y ostensible en sus conversaciones con sus amigas, como doña Concha, quería saberlo todo y primero que ninguna, en continuo afán de vehemente significación.

Como más íntimos y dispensándoles decidida y especial atención de confianza mutua y verdadera amistad, fueron invitados y quedáronse a almorzar el excelentísimo señor don Bartolomé Gómez Babosa, ministro electo en diferentes etapas de concentración monárquica; su bella y distinguida consorte, la excelentísima señora doña Dolores Ruiz de la Cerda, personalmente Lola y conocida en sociedad por la de Gómez Babosa; los señores de Pérez y Sánchez Tocino; el distinguido procurador de los Tribunales de Justicia don Toribio Ladrado de la Cuerna; las bellas señoritas Olimpia y Anunciación Rodríguez de la Castaña y Juanito Mascuerzo de la Pera, amigo de la infancia y, aunque sin ejercicio, abogado también, como don Agapito. Aquel día estuvo Rita de sirviente auxiliar, como sucedía cada vez que había

algún extraordinario en casa. Los Chotís, queriendo dar brillo a su relumbrón, la llamaban delante de sus amigos la cocinera, e íntimamente, en casa de Aguates, se la conocía por el *ama* porque fué la nodriza que tuvieron para criar a Conchita. Era viuda de un guardia civil y, aunque no nos importa, tendría próximamente la misma edad que doña Concha.

La de Aguates sentía verdadero afecto por Juanito, conocido unas veces por Juanito Mascuezo y otras por Mascuerzo de la Pera. Lo que más admiraba a doña Concha en el joven Telémaco eran sus modales correctísimos y distinguidos, su condición morigerada y el respeto que siempre tuvo a los demás. Educado en los Escolapios de Chamartín de la Rosa, bien pronto los buenos Padres inculcaron en la inteligencia de Juanito los buenos preceptos de Religión y Moral que para todo educando sirvieron dar ejemplo. Era alto, delgado, de nariz gruesa y curva, con el pelo largo y peinado a lo náufrago; tenía la voz tan delgada y chillona que, cuando hablaba, sobresalía extraordinariamente de los demás, queriendo engrosarla con el adjetivo de *brutal*, porque para él todas las cosas eran brutales por instintiva y acostumbrada necesidad. Sentábase, cuando le mandaban, y siempre elegía el lugar más inferior que hubiera, juntas las piernas, hundido el pecho y con las manos cruzadas sobre los muslos, poniendo en incesante movimiento sus pulgares. No sabemos si eran defectos nerviosos inadvertidos a sus maestros o costumbre viciosa tomada posteriormente a su educación. Tampoco la de Aguates reparaba en la falta; corroborada y admirada por las buenas cualidades de extrema prudencia y excelentes costumbres de Juanito, porque siempre sentábase a su lado o procuraba situarse junto a él; y en presencia o ausente, cuando advertía alguna incorrección o falta en su Agapito, adoptaba, para avergonzarle, el

envidiable ejemplo de su amigo Mascuerzo, como modelo, por los de Aguates.

El almuerzo, perfectamente servido por Simona, transcurrió animadísimo por el interés caprichoso y halagador en el ánimo de los comensales, aparte de las observaciones y preguntas desmedidas que despertaran la substancia habladora de los convidados, movidos frecuentemente por el surtidor de la crítica, como venero inagotable y fecundo, hasta confundir la prudencia ignorante de Juanito Mascuerzo con la sabiduría. Esa cualidad, mal interpretada por los más, les redujo a silencio relativo, hasta el extremo de consultarle ellas, demandando cooperación al concepto irrazonable y fundamento huero de sus habladurías.

—Yo siempre le estoy diciendo a éste que no se meta en nada; no quiere hacerme caso, y algún día va a tener un disgusto—decía La Cerda, por Gómez Babosa que, satisfecho, contestó a su esposa:

—¡Mujer!, a la altura que estábamos, los presupuestos no podían quedar sin aprobación.

—¿Oye, Bartolo?—interrumpió Sánchez Tocino—, sabrás que te di mi voto.

—Quedaran como quisieran, tu deber es hacerme caso de mí, primero que de nadie. Se aprobaron, ¿y qué? Ya viste luego lo que pasó.

—Mira, Lola: tenía el compromiso del jefe y no tuve más remedio. Con eso te digo bastante.

Ladrado de la Cuerna y Sánchez Tocino asentían, dando justificación a las palabras de don Bartolo.

—Chica, esto es un desbarajuste, porque no sirven para nada—apresuró, despreciativa, la de Aguates a Lola.

—Yo, bien lo sabe Dios que cada vez que sale de casa, hija, me impacienta de una manera extraordinaria; y cuando se sienten rumores de crisis me pongo en un estado de excitación tan nerviosa que no me llega la camisa al cuerpo.

—Yo, a Marcelino, que en paz descansa, le decía muchas veces lo mismo. Por la tranquilidad, prefiero que no se acuerden de ti para nada.

—El otro día, creo que detuvo la Policía dos anarquistas rusos que desembarcaron en Barcelona—agregó don Toribio.

—¿Es verdad eso, Bartolo?—apresuró Sánchez Tocino, con mal disimulada impaciencia.

La señora de La Cerda y las señoritas Rodríguez de la Castaña, casi a la vez y coincidiendo en el mismo pensamiento e igual gesto espeluznante, exclamaron llenas de terror:

—¡Ay qué miedo! Lo que es a mí, cuando oigo esas cosas, se me ponen los pelos de punta.

—¡Y a mí también!

—Chica, yo, la verdad, no comprendo cómo puede ser eso—expuso últimamente la de Gómez Babosa, mirando a Juanito Mascuerzo, que asentía moviendo la cabeza y sosteniendo en sus afirmaciones las palabras pronunciadas después por doña Concha.

—No ves que hacen lo que les da la gana; y así no puede ser.

—En eso tiene razón doña Concha—interrumpió Ladrado de la Cuerna.

—Cuando la necesidad apremia, yo sería partidario de hacer las cosas cuanto antes mejor.

—Eso, para dicho, está bien; pero ¿de qué sirve la voluntad de uno si se oponen los demás?

—Desde luego, don Bartolo—apoyó con gravedad don Agapito.

—¡No, señor! ¡No puede ser!—argumentó Lola, airada—. Entonces, ¿para qué os sirven los pantalones?

—¡Claro!—dijo Ladrado, por sostener, con halagadora inclinación de cabeza, las últimas palabras de la señora de La Cerda.

Don Bartolomé, sonriente, con intencionada corrección y advertida serenidad de juicio, profirió,

adelantándose y desconcertando el pensamiento que don Toribio hubiera podido emitir:

—Amigo Ladrado, perdone le diga que de pleitos entenderá usted mucho, pero de esto no sabe una palabra.

—Yo creo que para comprender de la parte que esté la razón, cuando se habla, no hará falta ser ningún Séneca—admitió doña Concha.

—Contigo no hace falta discutir, porque ya sabemos que siempre fuiste amiga de la oposición—continuó Babosa.

—Y el parecer que propones no tiene relación alguna con lo que se habla tampoco.

—Veo que eres una chica, Concha; una chica en grande, nada más—interpuso con amabilidad Sánchez Tocino—. Te dejas llevar noblemente de los impulsos generosos de tu corazón y eso no basta, porque con el corazón no se piensa. Podrá sentirse después en mayor o menor grado el concepto racional de lo que nuestro juicio forme primero.

Alentado por la defensa que de él hizo la de Aguates, el señor Ladrado de la Cuerna admitió con inferioridad:

—No me negará don Bartolo que los caballeros solemos prescindir de nuestros derechos y deberes cuando se trata de hacer honor a una señora. Sin que por esto se ofenda ni mucho menos procure molestarle. Ahora bien, en la situación que usted me pone, ante el hombre docto y maestro sapientísimo quedo, y, desde luego, este modestísimo procurador de los Tribunales se honraría muchísimo que el ilustre y reconocido señor Gómez Babosa le mandara para obedecer prontamente sus indicaciones con satisfacción y orgullo.

Las señoritas de la Castaña y Conchita miráronse vagamente y doña Dolores respiró fuerte y un poco sonrojada por la galantería de la Cuerna.

Al mismo tiempo, la de Aguates intercaló:

—Desde luego que para vosotros, nosotras, por la condición de mujeres, no podemos tener cabeza ni la imparcialidad en los actos que los hombres creéis tener. Pero, con todo eso, puede que las cosas marcharan mejor si, con todos nuestros defectos, las mujeres tuviéramos los pantalones.

Las últimas palabras produjeron durante unos minutos la hilaridad entre los concurrentes, a excepción de Juanito Mascuerzo, que continuaba tan seco como antes.

Doña Concha prosiguió:

—Sí, sí, reiros; pero la opinión pública os juzga bien mal, porque, según creencia general, lo hacéis peor que nadie.

—Hasta cuando te pones de mal humor tienes buena sombra — agregó don Bartolo, dándole un guantacito en el hombro.

Lola interrumpió:

—¡Es que tienes unas cosas, mujer!...

—¡Esta Concha es el demonio! — admitió Sánchez Tocino.

—Está bien, Concha, está bien; veo no se puede discutir contigo, porque, a última hora, siempre hay que darte la razón — repuso Gómez Babosa.

—Lo único que me satisface es que si no la tuviera no me la daríais.

—Es condición de los españoles, Concha, que, por lo visto, para ti cualquiera lo hace mejor que nosotros.

—Ahora has dicho alguna verdad, pero sin la condición que supones en mí.

—¡Jesús! Poco se conoce que estáis al tanto de las cuestiones internacionales — expuso Lola con reflexión trascendental.

—¡Mujer, será porque te parezca a ti! — manifestó la de Aguates con maliciosa intención.

—¡Lástima no hubieras sido hombre!

—¡Oh! Si se pudiera cambiar el sexo como otra

cosa, créeme que daría todo lo que tengo por serlo desde ahora mismo.

—Y yo daría con mucho gusto aunque fuese un dedo de la mano por complacerte para seguir la pauta de tus infundados progresos extraordinarios.

—Nada, que a última hora va a resultar todo lo contrario, porque, según tú, sois los *non plus*.

—No, mujer; porque eso sería atribuirme inmodestias que no tengo.

—Poco a poco, Bartolo; no confundas mis pensamientos y te vayas por otro camino.

—Aunque penséis como quieras, ya sabes que mi condición será siempre la misma.

Sánchez Tocino, utilizando la confianza que los otros le dispensaran, exclamó:

—¡Hombre! ¡Eso ni que decir tiene!

Doña Mica, que hasta entonces había permanecido unas veces conversando con las señoritas de la Castaña y otras indiferente, replicó:

—El merito que avalore a las personas debe ser el de la condición y por eso deberíamos mirarnos.

—Oiga, Mica: no lo dirá por las dudas que generalmente pueda suponer, porque a nadie oculto mis cualidades y condiciones que todo el mundo conoce. La hipocresía es una cosa que, por mucha necesidad que tuviera de ella en todo momento, sabría mi conciencia con altanería y orgullo rechazarla, y si por casualidad hubiera visto anidada en el espíritu oportunista y conveniente de algún amigo, tengo la seguridad que me repugnaría, despreciándole por su condición ruin y execrable.

—Eso está bien, Bartolo—interpuso don Sabas, convencido.

Doña Dolores apresuró:

—No creo tenga que ver nada eso con lo que hablamos.

—Sí, mujer; los hombres tienen siempre justificación. Como éste — arreciaba caracterizándose

con Sánchez Tocino — que arregla las cosas diciendo a todo que está justificado y reconocido.

—¿Qué sabes tú?—adelantó don Sabas.

—Yo creo que no hace falta ser miope para verlo desquiciado que está todo—admitió la de Aguates y replicó la señora de la Cerda.

—Ahí le duele, Concha; y por eso no creo que las mujeres tengamos la culpa.

Gómez Babosa sobrepuso con indiferencia:

—Desde luego, no discuto vuestra sabiduría canonesa, porque indudablemente sabéis rezar el rosario y los días que se come de vigilia.

—Oye, Lola — dijo con exaltación y energía doña Concha—: es una desvergüenza que consientas hablar a tu marido de esa forma, porque eso no lo dicen más que los apóstatas y los herejes.

—¡Por Dios, Bartolo! ¡No cabe duda que estás en pecado mortal, y mañana, sin falta, mañana mismo, necesitas confesarte!—repuso Lola con energía ostensible, reconciliando el ánimo de su amiga.

Al mismo tiempo, la de Aguates continuó:

—¡Jesús, Bartolo! ¡Ave María Purísima! No creo que necesites pronunciar ningún discurso de moral ni que se mezcle a la religión con lo que estamos hablando.

—No es eso, Concha, ¡por Dios!—apresuró Gómez Babosa—. Ahora me convenzo más de que ninguna de las dos sabéis lo que digo.

—Ninguno de los que estamos aquí estimará cuerdamente razones tan descabelladas como ésas—sobrepuso la de Aguates, mirando a Juanito Mascuerzo, que hacía pausadamente signos afirmativos de cabeza.

—Bueno; optaré por callarme, diciendo que tenéis razón.

—No, hombre; porque, de los que hablamos, no hay quien diga más verdad que tú—aportó doña Mica.

—Has estado bien—contestó doña Concha, y Sánchez Tocino apresuró:

—No, mujer; no es que diga o deje de decir verdad. ¿Quién no se equivoca? Puede ocurrir que, suponiendo equivocado a cualquiera, los primeros equivocados seamos nosotros, aunque no creo haya persona nacida que sea infalible, porque todos estamos expuestos a equivocaciones o errores.

—No lo dudo ni apartaría mi palabra de cuanto suponga una discusión moderada y razonable.

—Las cosas no tienen otra importancia que las que se las quiera dar, porque se les distingue bajo la influencia de miras que se vean.

—Bien; pero, según la creencia de vosotros, sois infalibles, o, por lo menos, queréis hacer creer a la gente que lo sois, con creencias tontas, porque todo el mundo os conoce de sobra.

—¡Eso hacía falta, que nos conocieran!—interpuso Gómez Babosa, moviendo lentamente la cabeza.

Doña Concha prosiguió:

—No me negarás que la mayor parte de los hombres públicos se atribúan las disposiciones que les daba la gana, así, porque sí y a espaldas de la opinión general. No digo que seáis vosotros precisamente, el de más allá o quienquiera; pero, en fin..., ¡sálvese el que pueda!

Sin esperar contestación al permiso pedido por ella, penetró la doncella, mostrando a doña Concha una bandeja con una tarjeta y una carta; pasó la vista por la tarjeta, rasgó el sobre y, leyendo rápidamente para sí el contenido de la carta, dijo a los demás:

—Nada; Rosina y la de Pichana excusándose de no poder venir.

La doncella desapareció con el encargo de dejar aquellos apuntes de correspondencia familiar en el tarjetero del dormitorio de su señora.

Conchita y las señoritas de la Castaña pregun-

taban al procurador por su señora y por la sucesión que pudieran tener.

—Llevamos más de tres años de casados y se encuentra lo mismo que el primer día—repuso éste, a cuya pausada y reflexiva contestación interrogó Conchita:

—Hasta que tenga familia, que es cuando las mujeres nos desfiguramos.

—¡Me parece que Luisa se quedará con las ganas de tenerla!

—Hija, yo creo debe ser muy triste el pasar de los matrimonios que no tienen hijos.

—No, porque es a lo que uno se acostumbra; nosotros, como no los hemos tenido, no los echamos de menos.

—¡Ya los tendrán!—dijo Conchita con fingida candidez.

—No creo, porque Luisa no quiere someterse a una operación—admitió el procurador ante la observación de Conchita.

—¡Chica! No comprendo—exclamó la señorita Olimpia, deteniéndose y mirando a las otras, por la incertidumbre que le produjeron las palabras del señor Ladrado, que respondió para tranquilizar la curiosidad de las señoritas.

—Con el afán de tener Luisa una niña, que sería el pronóstico de sus ideales y el complemento de nuestra felicidad, la reconocieron para ver en qué consistía, porque llevábamos siete meses de casados y no había tenido novedad, y dijo el médico que, si quería tener hijos, tenía que operarle, y ella no quiso.

—¿Y por qué no quiere operarse?

—Porque dice que le da mucho miedo de las operaciones.

—¡Qué tonta!—exclamó Olimpia, inconsciente.

—Verdaderamente es una tontería—argumentó Conchita, sosteniendo el concepto frívolo de su amiga.

Doña Concha, cautelosa en el tacto de sus pro-

cedimientos y suspicaz en la observación del espíritu ajeno, salió casi inapercibida de la reunión y a poco llamó a Juanito desde una habitación próxima. Mascuerzo le obedeció sumiso y sin el menor aprecio para los que charlaban y discutían en el terreno de la reflexión y de la hilaridad.

La dama echó al joven un brazo por la cintura y, apretándolo contra su cuerpo, estampó, efusiva y quedamente, unos besos de pasión y de fiebre sobre sus labios y sus mejillas.

Asido fuertemente de un brazo Juanito, cabizbajo y obediente como el borrico de un arriero y sin corresponder al histerismo de la de Aguates, siguió a ésta por un corto y recto pasillo hasta penetrar en un gabinete, desde el que se veían abiertas de par en par las puertas vidrieras del dormitorio y, adosado, en fondo, el lecho, guardado de encajes, de doña Concha. La dama, previsora, echó los cierres de la puerta del gabinete para asegurar su impunidad y en hiperestesia aguda volvió sobre Mascuerzo como una loba a la res y, besándole con inusitada fascinación en los labios, cayeron sobre la cama.

Doña Concha permaneció más de quince minutos, aferrada y varonil, en voluptuosas y desenfrenadas convulsiones sobre su presa, que correspondía deleitosa a la lujuria con satisfacción y acendrada potencia vigorosa de juventud.

Cupido y Juno, entonaron danzas lúbricas y recitaron canciones para sonreír a Melusina y a Morgana.

.....
.....

La dama y Juanito volvieron a la sobremesa como si nada hubiera sucedido entre los dos: ella llevaba dos botones del corpiño sin abrochar, que se le olvidarían involuntariamente, hasta que se fijó Conchita y le indicó se los abrochase; y encarnado como una amapola él, ojeroso al mismo

tiempo como indicio en las personas que se sacrifican por el trabajo o el vicio.

Obsesionados en el tema de las conversaciones, ninguno de los otros reparó en la ausencia de ellos.

Ladrado de la Cuerna, queriendo llevar por otros derroteros la puerilidad de la conversación sostenida con las señoritas, preguntó, solicitando la merced de Gómez Babosa y mirando a los demás:

—Oiga, don Bartolo: ¿ya sabrán ustedes las reformas políticas introducidas por el Gobierno en Momio?

—Está muy bien—repuso Sánchez Tocino con frialdad.

—Sí—contestó Gómez Babosa—, pero ya sabéis que todos los países no son lo mismo.

—Yo creo que para una cosa así los países deberían ser todos iguales—interrumpió doña Mica.

—En los gobernantes es donde creo yo que está la diferencia nada más—exclamó don Agapito, convencido.

—Sea como quiera, no discuto el mérito ni los merecimientos que cada cual pueda tener; pero, indudablemente, Momio tenía un Juan Paranós que valía mucho—aportó Ladrado de la Cuerna.

—Y los demás lo mismo—aumentó Sánchez Tocino, apercebido.

—Pero, indudablemente, Paranós es el que más valía de todos como hombre de peso y de carácter. Miraba lo que convenía, se hacía, y nada más—expuso doña Concha, consultando últimamente con Juanito Mascuerzo, que apresuró:

—Está justificada la capacidad poderosa de aquel señor como un verdadero Temístocles, porque estuvo brutal... ¡Hay que ver con qué tacto y seguridad hizo todo y lo bien que supo organizarlo en beneficio de todo el mundo!

—¡Como que valía una barbaridad!

—¡Ya lo creo!—continuó la dama con asentimiento.

Gómez Babosa prorrumpió con indiferencia manifiesta por el grado de inferioridad a que le llevaban con el elogio:

—El conocimiento del vulgo no está en relación con los verdaderos acontecimientos, porque unas veces se exagera, y cuando no, se percibe escasísima idea de lo sucedido. Respecto a Momio, estudio, oigo y callo, porque nuestra misión se reduce a la prudencia nada más; así es que ustedes saben lo que leen y se dice por ahí, mientras que yo no sé más que lo que oficialmente comunica nuestro representante diplomático, que es a quien debo oír; y en mi puesto supongo que harían ustedes lo mismo.

Todos asintieron, a excepción de doña Concha, Mascuerzo y don Agapito, que, sin duda, quedaron en expectación de lo que don Bartolomé pudiera decir después.

—Debido al desbarajuste que se armó en Momio con los Mamarrachos, intervino Juan Paranós, imponiendo condiciones en sus movimientos y modestia para mirar al público en la ejecución de su suerte, porque el público es el que paga.

—Si se hubiera ocupado de la suerte de varas, hubiese adelantado más—dijo Sánchez Tocino, reflexivo.

Gómez Babosa continuó:

Desde luego, comprendo que la suerte de varas es el elemento principal de las corridas y por la que la mayor parte de las veces se rige la gente; por eso debió prestar su atención primero en ese movimiento que en los demás.

—Perdone usted, don Bartolo—interrumpió Ladrado de la Cuerna—. Juan Paranós pensó en todo, como nadie, pero no le dejaron.

—¡Pchs! Para esas cosas hacía falta afinar muchísimo; y como quiera que lo pensara, no les

quepa duda que lo que nos consta a todos fué que no lo hizo.

—¡Conforme! Pero, aun así, no estuvo bien que por beneficio de unos cuantos *Macarrones* se perjudicara de modo tan escandaloso a todo el mundo.

—¡Es claro!—exclamó la de Aguates, aprobando los conceptos razonables de don Toribio.

El procurador continuó:

—Advierto que, con todo eso, muchos están que bufan.

—¡Eso sí!—apoyó Lola—. Está muy mal que unos lleven cascabel y otros no.

—Yo, chica, de eso no sé nada—dijo con fingida inocencia doña Mica—, porque, a pesar de lo que en casa habló Sabas, bien sabe Dios que no puse cuidado alguno.

—¡Pues sí que estás enterada de noticias!

—¿Y qué falta hace a las mujeres saber nada de eso?—argumentó don Toribio.

—¡Hombre!—dijo con asombro doña Concha.

—Eso consiste en la curiosidad que queramos tener... No hará falta que sepamos nada; pero, si nosotras interviniésemos en esas cuestiones, puede que lo hiciéramos mejor que vosotros, porque para eso me parece que no tendríamos necesidad de correr mucho.

—Los Mamarrachos tienen una fuerza indiscutiblemente poderosa, debido a su buena organización social, con privilegios y consideraciones por exclusiva defensa recíproca de su clase—detallaba nuevamente Gómez Babosa a doña Mica—. Por tan estrafalarias consideraciones, una tarde se armó aquel formidable escándalo en las Arenas de Barcelona que gracias a la intervención de las autoridades no degeneró en otra cosa; pero no cabe duda que las consecuencias de esa enfermedad repercutirá en perjuicio desastroso de ellos mismos.

—De cualquier modo, apagaron el foco de lo

levantiscos que se opusieron a torear los miuras aquella tarde, que fué bastante.

Todos miraban silenciosos, esperando la respuesta de don Bartolo, que, como el maestro que explica una lección a sus discípulos, continuó enfático:

—A fuerza de leña ahogaron ideas nuevas que posiblemente fructificarán algún día con mayores bríos que nacieron; en una palabra, mataron a los apasionados y centuplicaron las pasiones... A mi juicio, esos procedimientos significaron siempre un marcadísimo retroceso lamentable en la vida de los pueblos, no conforme con las nuevas teorías que señalaron hombres de indiscutible valer y de reconocida ciencia universal. Lo que sucede hoy no guarda relación alguna con las leyes del progreso humano, en relación inversa con el análisis que hicieron eminentes tratadistas de Psicología experimental para extinguir el delito y salvar al delincuente... Esa profesión data de tiempo inmemorial, porque el deseo de matar y el afán de destruir son tan corrientes y populares, a mi entender, como se conoce el egoísmo desde que Dios hizo al mundo.

—No les quepa duda que cuanto más brutos son y más matan, más se les admira y más en estima se les tiene, porque a lo que más miedo tenemos todos es a la muerte.

Gómez Babosa prosiguió:

—Uno de sus primeros organizadores fué Francisco Antonio Mamarrachar, de donde toman el nombre, para diversión y carácter de los ciudadanos de Momio. No estoy bien enterado cómo visten ahora, porque han introducido importantísimas reformas en sus costumbres. Pero me parece que, en vez de lentejuelas, llevan blusa de harpillera con guarniciones de seda y las bocamangas y el cuello ribeteados de puntilla encarnada; pantalones blancos hasta la cintura y una pera colgada de la espalda; zapatillas verdes y un lacito

del mismo color colgando del lado derecho de la montera los mamporreros, y los sandunguistas se diferencian de los otros porque llevan pantalones de muselina largos y fruncidos en sus bajos como en la cintura, atados a las tibias por una cinta azul; simulando el estoque un chuzo; y en vez de zapatillas, botas con dos cascabeles en la punta.

—Con los pantalones tan ligeros, ¿estarán muy bien?—interrumpió con indiscreción la señorita Olimpia.

—Están frescos—respondió con impasibilidad Juanito Mascuerzo.

—¿Y no existen categorías?—demandó con ingenuidad aquélla.

—¡Sí, mujer!—otorgó Gómez Babosa, cariñoso.

—Empiezan de microbios; luego son polillas; después zánganos, y últimamente, peruétanos, que es el cargo de más relumbrón para ellos.

—Esas son ingeniosidades de don Bartolo, chica—dijo suspicaz y risueña Anunciación a su hermana.

—No, hija, no; son nombres que asignaron por naturaleza ellos mismos para diferenciarse entre sí. Y si no, que respondan los demás.

Doña Concha, Sánchez Tocino y Juanito aprobaron con inalterable credulidad.

El procurador admitió:

—Pues con el chuzo no estarán mal tampoco.

—¡Claro que están bien!—exclamó Sánchez Tocino— Ya sabrán ustedes que en eso precisamente fué en lo que consistió la reforma, y en la porra, los mamporreros.

Gómez Babosa prorrumpió:

—Hombre, la reforma consistió en otras cosas también, porque los sandunguistas llevaban antes zapatillas, como los mamporreros, y ahora gastan botas. Esto que yo digo es a título de comentario, porque no les he visto y lo refería la

otra tarde en el Nuevo Club Bonifacio Pérez al conde del Organillo.

—¿Y cree usted que eso está mal?—preguntó con interés Lola.

—No está bien, porque del mal que ocasionen a los demás participarán ellos lo mismo.

—Eso, desde luego.

—También les han dado atribuciones para descararse con el público e insultar al que sea, las veces que les dé la gana; además tocarán un pito o una zambomba para mofarse más a satisfacción de la gente.

—¡Ay qué bien, qué gracioso!—interrumpió Anunciación, que escuchaba con especial interés y contenido regocijo el relato de don Bartolo.

—Y quién toca el pito, ¿don Sabas?—preguntó Olimpia misteriosamente a éste.

—¡Toma! ¿Quién lo va a tocar?, las señoras—apresuró la de Gómez, apercebida.

Sánchez Tocino hizo signos afirmativos de caza y dijo:

—La zambomba suelen tocarla los jefes de familia para las visitas nada más.

—¡Vamos!... ¡Tendría gracial!—indicó en señal de acatamiento y enérgica doña Concha, dando veracidad a la contestación de la señora de la Cerda.

—Eso está mal—manifestó Lola, protestando del uso que daban a la zambomba.

—Muy justo que las señoras toquen todo, porque en la casa quien manda es la mujer.

—Hija, después de todo, ya pueden estar orgullosas las mujeres allí; ¡estarán la mar de anchas!—repuso la de Aguates con observación y envidia.

—¡Claro!—exclamaron las demás con acatamiento natural.

—Vosotras, con tal de mandar, tenéis bastante. Lleváis el prurito del mando metido en la sesera y no sé qué ilusiones os forjáis con eso, que vues-

tro mayor deleite sería mandar en todo para estar a vuestras anchas—intercaló Gómez Babosa.

—¡Es natural!—contestaron ellas.

Tras ligera pausa, don Sabas prosiguió:

—Respecto a otras costumbres, continúan igual que antes.

—Las atenciones que se obliga a los demás con ellos tienen mucha gracia—aportó Ladrado de la Cuerna, complaciente.

Don Bartolomé continuó:

—Esa gracia será para usted, porque a los de Momio maldita les hará.

—Según—repuso el procurador.

—Yo no comprendo—susurró Anunciación a Lola.

—Pues está bien claro—intercaló Gómez Babosa, satisfecho—. Ellos saludan señalando un recorte, marcando media verónica o señalando con los dedos un buen par en las mismas agujas, mientras que a ellos hay que saludarles cruzando los brazos, volviéndoles la espalda e inclinándose cuanto se pueda hasta dar con la cabeza casi en el suelo y desaparezca el que sea o que el saludado quede satisfecho con la merced y mande al que sea se ponga en posición natural.

—No creo que eso tenga nada de particular—dijo con relativa indiscreción la señorita Olimpia.

—Eso es todo hijo del aplauso que se conquistó un espada llamado Cascarilla porque una tarde mató a dos marrajos recibiendo—contestó Gómez Babosa.

—Precisamente estaba yo en Villaberzotas el día de aquel *fregao*—agregó don Sabas.

—Para proceder con rectitud tendrían que hacerlo así—prorrumpió Anunciación, inconstante.

—¡Jesús!—exclamó con desagrado Lola.

—¡Claro! Las cosas, como deben ser—intercaló seriamente doña Concha.

Don Toribio agregó:

—Según tengo entendido, modificaron un poco esa costumbre.

—Pero de cualquier modo son imposiciones que afectan exclusivamente a la afición—interrumpió la señora de la Cerda.

—Perdone, doña Lola, le diga que no—continuó con suavidad el procurador—: afecta a todo el mundo, aunque nos parezca lo contrario.

Gómez Babosa asintió moviendo con lentitud la cabeza.

Conchita paladeó reflexiva:

—Yo, es una gente que nunca hice aprecio de ellos hasta que una tarde en el té me presentó mamá a un sobrino del conde de Mangaancha. Por cierto que era un muchacho muy correcto y un verdadero tipazo, dicho sea sin pasión de ninguna clase.

—Para las mujeres son siempre excelentes tipazos esos individuos—agregó Ladrado de la Cuerna, haciendo pequeña inclinación de cabeza, como otorgando consideración y respeto a las circunstancias—, dicho sea sin ofender a ustedes.

—Verdaderamente es el concepto que se tiene formado de nosotras—interrumpió Conchita con indiferencia y desprecio—. Pero me parece que los hombres se equivocan, yendo por ese camino, de creencias tan equivocadas como lo que usted da a entender, señor Ladrado... Desde luego, reconozco que hay muchos pingos por ahí, pero no por eso reflexionará usted que vamos a ser todas iguales.

—No es eso, señorita—repuso el procurador con acentuada sorpresa—. Ya saben ustedes el atractivo y la emoción que los toreros producen a las mujeres en la Plaza, que fijándose en las faenas y en el garbo de los lidiadores crece su interés de tal manera que durante varios días les recuerdan muchas, deslumbradas con los ringorringos y los colorines de la ropa, con verdadera idolatría.

—Respondí al concepto general que formaba sin razón y, por consecuencias, usted misma deduce que muchas no son todas.

Doña Mica, la señora de la Cerda, Gómez Babosa y Sánchez Tocino asintieron casi al mismo tiempo, razonando, como la mayor parte de las veces suele hacerse, por halagar a los que hablan:

—¡Claro!

Tras breve silencio agregó la de Aguates:

—La condición de las personas no está en relación con lo que están ustedes hablando.

Doña Lola contestó:

—Según Concha, el que quiera una cosa, que la pague, como el que tiene un jardín debe cuidarlo, y si no, que no lo tenga.

Gómez Babosa interrumpió:

—Desde ese punto de vista está bien.

—No está mal—apresuró Sánchez Tocino.

—Donde hay energías, quieran o no los demás, se hace lo que más conviene desde luego, aunque por defender los sagrados intereses del derecho fuera preciso el sacrificio, se entiende—interrumpió la de Aguates.

—Pero en un país como el nuestro, donde se padece la indolencia, porque somos extremadamente indolentes, huelgan las aspiraciones y toda mira de progreso.

—Está bien, Concha—dijo Gómez Babosa—. Extremándolo todo, como dices, no cabe discusión alguna; pero, sin referirme particularmente a ti, es condición humana hacerlo todo a mil maravillas y perfectamente bien de pico.

—¡Ah! No te quepa duda que, como lo ves, no podremos discutir una palabra, porque ninguno reconoce sus faltas, unas veces porque no quiere y las más porque no puede, cuyas circunstancias revelan claramente nuestra impotencia lamentable.

Llevaban unos minutos de sobremesa y expusieron la necesidad de marcharse los de Gómez

Babosa, las señoritas Rodríguez de la Castaña y Sánchez Tocino, cuyas razones poderosas no pudieron eludir, aunque intentaron retenerles los de Aguates.

Doña Mica y Juanito Mascuerzo quedáronse, a reiteradas instancias de doña Concha y de sus hijos.

Ladrado de la Cuerna quedó también, porque tenía necesidad de hablar reservadamente con don Agapito.

Media hora después, en una salita amueblada estilo mixto imperio-japonés, en donde se hallaba instalado el piano, estimando sin duda el contento amistoso y agradable, entre risotadas y el regocijo de las bromas, tomaban pastas y licores, servidos por Simona.

Ina y Flo, aconsejadas por don Sabas, tan pronto como éste fué a su casa, llegaron tan a tiempo que participaron también de aquella merecida distinción. Su papá cumplió perfectamente el encargo de Conchita, y las de Sánchez Tocino, prevenidas, en expectación de salir, agradecidas y rebosando contento natural, encamináronse en busca de jolgorio, sin pérdida de tiempo, con pretexto de felicitar a la madre de su amiga Concha.

Abogado y procurador pasaron al despacho.

Chotís de Aguates ocupó un sillón y Ladrado de la Cuerna cogió una silla, que situó frente al ángulo izquierdo de la mesa, sentándose transversalmente con las piernas cruzadas, acodado el brazo izquierdo en la mesa y apoyada la mandíbula de ese lado sobre la mano; reparó, poniéndose derecho instintivamente el nudo, un poco torcido, de la corbata, lamentándose de que no tirase bien y se apagara el partagás con que su amigo acababa de obsequiarle.

—¿Dónde has comprado... estos cigarros... tan malos?—apresuró don Toribio, chupando a intervalos para que el partagás no se apagase.

—Si son buenos—contestó don Agapito,

—No los he comprado; son de una caja que me mandó el otro día el marqués de Choperas, agradecido al pleito que le defiende.

—Entonces no hay derecho a decir una palabra.

—Hombre, como comprenderás, son incidentes en que huelga la apelación; y, por consiguiente, no admitiría interposición de recurso. Tíralo, porque se pone negro, y enciende este otro—aumentó el abogado mientras abría el cajón de la mesa y daba al procurador otro cigarro de la misma caja.

Según le encendía don Toribio, continuó Aguates:

—Chupa todo lo que puedas; y aunque veas que se resiste un poco, como ocurre con todos al principio, verás qué bien marcha después.

El procurador, sin replicar, continuó chupando afanosamente... Tres minutos después el partagás ardía que era un primor; y como recreándose en las espirales de humo y en la ceniza que formaba su cigarro, interpuso con marcada reflexión Ladrado de la Cuerna:

—Bueno; ¿qué hacemos con lo de ese muchacho?

—Ya te dije ayer que me ha contestado Trompetilla, diciéndome que está todo en condiciones, esperando que vayan los herederos, o quien sea, con poderes que les representen. Aquí tengo la carta. ¡Mírala!—dijo el abogado mostrándole un pliego que tomó de un cajón.

El procurador fijó su atención ligeramente en el contenido del escrito y, convencido de cuanto expusiera Aguates, devolvió el pliego a su amigo, dejándole sobre la mesa.

—Eso es servir bien y ser buen amigo—sostuvo firmemente don Agapito—. Ya ves lo que dice.

—Sí, sí; está bien.

—De modo que ya sabes: no hace nada hasta que nosotros dispongamos.

—Bueno; pero ¿no habrán informado al Ministerio de Estado, para que los herederos promuevan oportunamente el expediente de testamentaria?

—¡Ca, hombre! Trompetilla influyó en nuestro Consulado, yendo a Cienfuegos tan pronto como recibió mi carta, para que contuvieran esos extremos, aparte de que los bienes que se le reconocan propiedad del asesinado es misión particularísima de los herederos.

—Al que le piden un favor y se comprometa a servirle, debe hacerlo bien, porque, de lo contrario, sería preferible dijera que no lo hacía; y, por lo que se deduce, el Consulado ha hecho el favor a Trompetilla, sin incurrir en negligencia, limitando a reducido informe el cumplimiento de su deber.

—Está bien, porque las circunstancias pueden omitirse, notificando escuetamente el hecho.

—Bueno; vamos a quedar en lo que sea, porque así no adelantaremos nada.

—Por más vueltas que doy a la imaginación, el único medio por el que hallo salida y podamos obtener éxito seguro será yendo uno de los dos allá; tocaremos el asunto de cerca y se arreglará como más convenga a nuestros intereses, que son los que primeramente defendemos.

—Eso mismo pensé también al principio; pero me abstuve a hablarte porque no veía nada claro.

—¿Qué te parece la idea?

—Que está bien.

—También he pensado seas tú el que vaya.

—Con ese pensamiento, amigo mío, no estoy conforme, porque reconozco que no serán muchos los apremios de trabajo que tengas; pero, con todo eso, tengo que hacer bastante más que tú.

—Para ahorrar conversación, ¿te parece que sorteemos a ver a cuál de los dos le toca ir?

—Mira, Agapito: yo quisiera reconciliarte para

que te convencieras de la pérdida tan grande que supondría para mí tener que ausentarme de Madrid, por lo menos dos meses que aproximadamente supondrá ese arreglo.

—Nada, nada, a mí me es imposible porque también lesionaría grandemente mis intereses.

—Por eso no te apures, que también cobrarías bien.

—¡Bonita gracia que después tuviéramos que poner dinero encima!

--Te aseguro que por muchos millones que hubiera no iban a ser bastantes para satisfacer la minuta y las cuentas que presentemos por gastos de viaje.

La hipocresía corría pareja con el espíritu egoísta y el pensamiento codicioso de uno y otro. Abogado y procurador deseaban efectuar el viaje, rehusándole con delicadeza aparente y escrupulosa codicia, porque los beneficios imaginarios de la herencia serían intervenidos libremente con la ventaja incalculable que se atribuyera a la acción arbitraria y fiscalizadora del que fuese. Uno y otro creían ganada la partida, cuyo triunfo indiscutible sería del que se adelantase, a juzgar por el interés que delicada y cautelosamente ponían en la coronación del éxito...

Tras breve pausa y ante reprimido y consiguiente asombro de Aguates, Ladrado de la Cuerna advirtió:

—Bueno; para que veas que soy buen amigo, te daré gusto en lo que pretendes, yendo yo; y a ver cómo y cuándo convenimos el viaje, porque una vez puesto en el terreno de hacerlo, cuanto antes vaya, mejor.

Don Agapito quedó sorprendido por el cambio operado repentinamente en el ánimo del procurador y, tragando saliva, respondió:

—Mandaré llamar al muchacho ese, y bajo el pretexto de cualquier cosa, ante los apremios y consecuencias de una conversación, le haré fir-

mar un pliego en blanco, y después nos despacharemos a nuestro gusto. ¿Comprendes?

—Sí; pero al examinar después la pobreza de sus ventajas puede llamarse a engaño.

—No lo creas, porque al hablarle de la necesidad de ir a Cuba procuraremos convencerle de que sea uno de nosotros el que vaya; y para eso, como es natural, tendrá que autorizarnos abiertamente y en toda regla un poder.

—¡Ah!... Ya comprendo.

—¡Claro, hombre! Ese poder representa a sus miras la lealtad que debemos tenerle y, en cambio, para nosotros será el queso que le demos.

—Sí, sí.

—Es el cebo que se le pone para que no desconfíe.

—Ya comprendo.

—El escrito que se haga de su firma en blanco equivaldrá a otro poder legal, cuyo contenido detallará claramente estar facultados por él para intervenir sin impedimento alguno en sus bienes y hacer de ellos lo que nos dé la gana.

—Entendido.

—Cuando venga, le diré que él, como primer interesado, es el que tiene que ir; se detendrá por la falta de recursos para hacer un viaje como ese, y entonces será cuando le proponga su conveniencia de que vayamos uno de nosotros.

Ladrado de la Cuerna asentía, convencido del acierto que ponía el abogado al discurrir de aquella forma.

Chotís de Aguates continuó:

—Además, comprenderás que sin tener quien le guíe tampoco podría hacer nada; esto, suponiendo tuviera alguna persona que generosamente le ofreciese dinero para el viaje. Además, le mandaré por si quiere verte y consultar contigo lo que quiera, en cuyo caso dejaría a tu criterio lo que procede.

—No creo haya quien le sobre el dinero para eso.

—Bien; esto es suponiendo que lo hubiera y abarcando uno de tantos casos que pudieran darse, quizá el más importante y difícil de todos.

—¿Cuándo piensas avisarle?

—Esta misma tarde. Verás: ¡a qué pasar tiempo! Ahora mismo le voy a poner dos letras.

Don Agapito dispuso una hoja, como una cuartilla rectangular, en cuya parte superior tenía el membrete de su nombre, profesión, domicilio y número de teléfono; cogió una pluma de la perdigonera y escribió.

A poco dió al procurador la cuartilla que acababa de rubricar, y don Toribio leyó:

«Señor don Juan Sancho.

»Mi distinguido amigo: Sírvase pasar lo antes que pueda por aquí, para hablarle de cuestiones que afectan extraordinariamente a la testamentaría.

»De usted afectísimo buen amigo, Agapito Chotís de Aguates (rubricado).»

Terminada la lectura, el procurador, respirando tranquilamente, devolvió al abogado lo que acababa de leer.

Chotís de Aguates dobló la misiva, que metió en un sobre; puso en éste el nombre y dirección del destinatario y pinchó la pluma en la perdigonera, abandonándose con tranquilidad a las circunstancias.

—¿Para cuándo la dejas que la echen al correo?—interrogó con alguna impaciencia don Toribio.

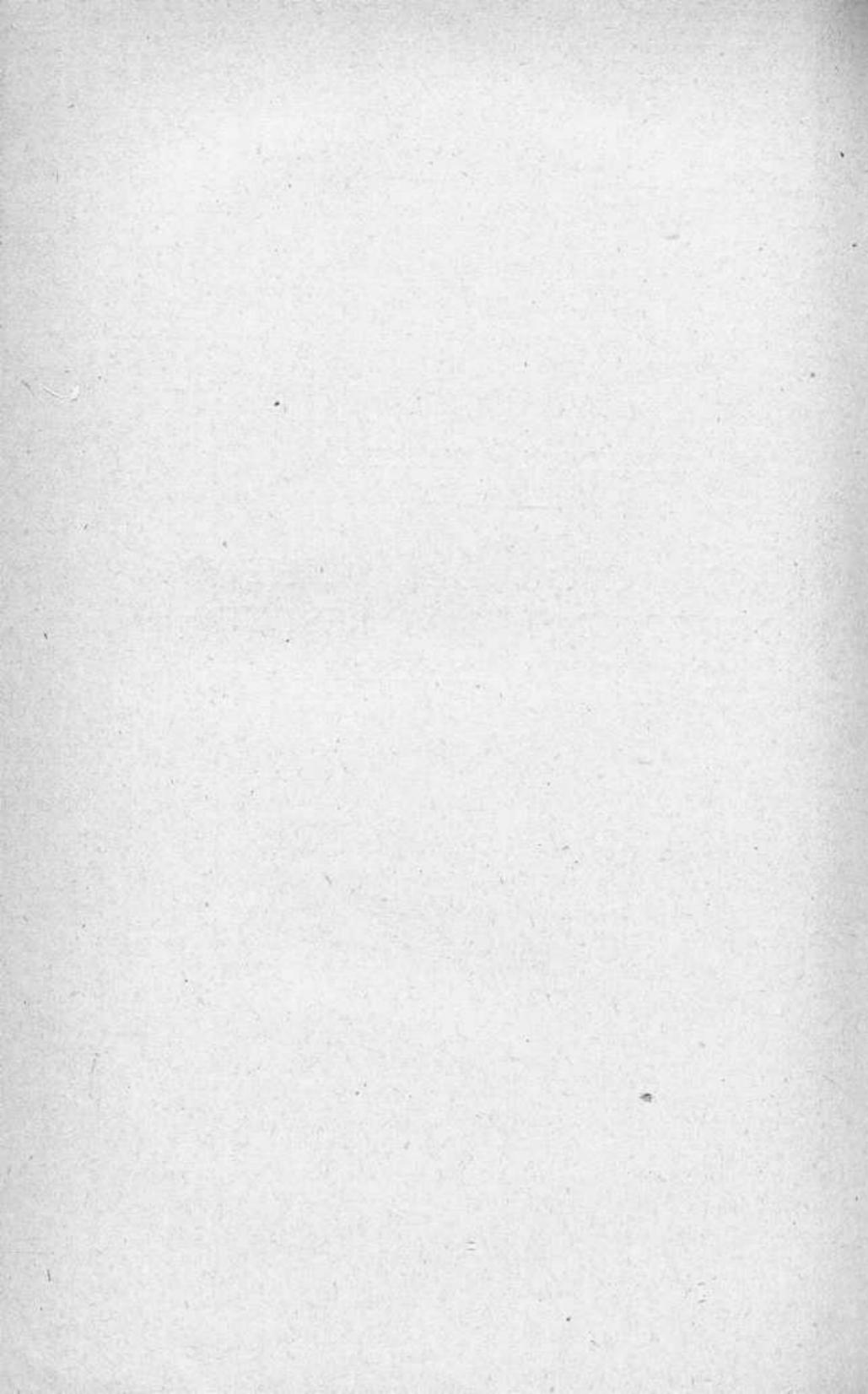
—Luego, cuando se desocupe la muchacha, la mandaré al estanco.

—¡Ca, hombre! Para eso, me la llevaré y la echaré cuando vaya de paso para casa—advertía el procurador, exigente, al mismo tiempo que cogía la carta y se la guardaba en un bolsillo de la americana.

Tranquilamente silbó un «garrotín», repique-teándole sobre la mesa con la punta de los dedos, para entregar la aberración de su pensamiento a ligeras e intencionadas divagaciones; sacó tabaco y dió un cigarrillo a Chotís, que tarareaba el mismo «garrotín» silbado por él, mientras se percibían las notas campanudas y estridentes del piano entonando una «matchicha», y cuando no, un «cake-walk», bailados a porfía por las señoras y caballeros de la reunión.

TERCERA PARTE

FRUSTRACIÓN DEL ANHELO
REDIVIVO CON LOS RESULTA-
DOS DE LA ESPERANZA



CAPÍTULO PRIMERO

Aves de paso

Don Toribio Ladrado de la Cuerna, acompañado de su esposa y de Evarista, la doncella, en un coche, encaminábase a la Estación del Norte un ventoso día de noviembre.

Tan pronto como el simón se detuvo a las puertas del edificio ferroviario, acudieron solícitos dos mozos del exterior para hacerse cargo del equipaje y disponerse al mandato de los que acababan de llegar.

Descendieron del vehículo y el procurador echó mano a la cartera y dió, a instancias de un mozo, un billete de cien pesetas y otro de cincuenta para que sacaran un billete de primera clase para La Coruña, facturasen el baúl y le acomodaran en buen sitio la maleta, la manta y unos cuantos paquetes, sin duda con la cena para el expedicionario. Don Toribio pagó el servicio de transporte y dió cincuenta céntimos de propina al auriga, que ni siquiera dió las gracias, reparando indudablemente en la cantidad porque le pareciese poco y a que Ladrado dió media vuelta para unirse con la señora y la muchacha, que esperaban en el vestíbulo de la Estación.

La antesala estaba dividida por una verja de escasa altura, en otro departamento destinado a la facturación de equipajes, en el que manipulaban mozos y empleados de categorías diferentes, dedicados a la constante faena de preparación y

envío, en donde pudieron advertir a un mozo que tiraba de su baúl, arrastrándole despiadadamente, para colocarlo cerca de la báscula.

La señora hubiera gritado al ver el trato tan desconsiderado que daban a su mueble, pero se abstuvo por temor al ridículo en vista de que con otros hacían también lo mismo.

Siguieron hasta unirse al grupo de los que había buscando la entrada al andén, a cuya puerta un empleado con gorra de plato y capote galoneados taladraba el billete que a cada uno obligábalo a ser portador. Algunos que pasaban sin impedimento eran saludados por el empleado de rigor, que, empuñando el taladro y extendiendo el índice, levantaba la mano hasta la altura de la cabeza, ya fuese para empleados de alguna categoría o bien para agentes de la Policía de servicio en la Estación. Otros, empleados también, de menor graduación, escurriánse por entre el público y al llegar a la puerta bajaban la cabeza con sumisión y pasaban al andén con la indiferencia fiscalizadora del celoso e intransigente funcionario que con las tenazas daba el visto bueno al pase de los particulares. Un caballero detenía los minutos de espera reparando en la biblioteca los títulos de las obras que se exhibían, no sabemos si para matar el tiempo o para comprar algún ejemplar y distraer en el tren la nostalgia más o menos transitoria del viaje; otro soltaba veinte céntimos sobre una remesa de periódicos para que el bibliotecario, que se movía dificultosamente dentro de su casa de papel como el hortelano dentro del chozo, le diese una caja de cerillas y un diario de la tarde, mientras se percibía el frecuente guirigay de los que se hallaban estacionados en la sala haciendo tiempo hasta la hora de trenes o esperando la llegada afectuosa de personas que le acompañasen o despidieran, arrellanados en un banco circular al pie de una columna central unos y a los laterales extremos otros,

hablando ente sí o con relativa independencia a los que estaban de pies, dos mujeres, sentadas sobre un saco, charlaban con escasas reflexiones indiferencias ordinarias, una con un rorro en brazos, y a su alrededor, con los mocos fuera, tirándose en el suelo y jugueteando junto a la madre, como de dos años, otro; y otra, junto a una cesta con dos gallinas cogidas por las patas; dos mantenedores del orden, graves y con los barbuquejos caídos, y algunos soldados, sucios unos y malolientes otros, daban expresión bulliciosa y colorido al recinto... Había quien miraba a un reloj de pared situado en la cara de enfrente, por temor a que pasase la hora o por impaciencia relativa en el tiempo de esperar.

Aunque no llevaban billetes, sería consecuente con ellos y los dejaría pasar, fiado en la corrección y apariencias que como caballero justificaría después; pero, desgraciadamente para ellos, no fué así, porque, desatento el empleado a la concepción estética y sin escuchar la cantinela a que estaba acostumbrado y con frecuencia sonaba en sus oídos, prohibiéndoles terminantemente pasasen, y el señor Ladrado, acompañado de su reducido séquito familiar, apartóse a un lado, esperando a que el mozo fuese con el billete para poder entrar.

Entre los hombres y mujeres que formando compacta fila iban aproximándose paulatinamente a la taquilla para obtener billete encontrábase también el empleado a quien don Toribio dió el dinero para sacar el suyo. Ya estaba el mozo apercebido de que a sus clientes no los dejaban pasar al andén por causa del billete, y tan pronto como lo obtuvo fué a ellos; y como el empleado de la puerta, intransigente e inflexible, no otorgaba el acceso más que al procurador, tuvo que volver el mozo por dos billetes de andén para que pasasen también la señora y su doncella, mientras se percibía de la calle la bocina de algún au-

tomóvil y el ruido cada vez más cercano y estrepitoso de los coches y ómnibus.

Serían las cuatro y cuarto cuando don Toribio y su familia pasaron al segundo andén, en que estaba formado el tren correo de Galicia.

Vefanse de un lado para otro empleados de la impieza y reparadores del material, llamados por la técnica ferroviaria *del recorrido*, a medida que el público iba afluyendo también a la Estación, buscando los trenes de la tarde en donde tenían que partir.

Inmediato a un primera doble A esperaba el mozo para enseñar al señor Ladrado el sitio en donde más cómodamente había colocado su equipaje.

Era un departamento grande, y hasta entonces no había en él otro viajero que don Toribio. Recorrieron el vagón y hallaron dos departamentos más pequeños, que intentaron abrir inútilmente, porque estaban cerrados a llave.

Intervino un empleado con gorra japonesa echada para atrás y exageradamente levantada del semicírculo anterior para hacer más significativa la palma dorada del frontal, y sacando de un bolsillo un hierro anguloso, hurgó en la cerradura, franqueando la entrada en el pequeño departamento al señor Ladrado de la Cuerna. Como el departamento que tenía el equipaje era grande, podían afluir viajeros que le molestaran y no hacer el recorrido tan cómodo como en aquél, en donde podría ir solo y sin que nadie le molestase. Don Toribio preguntó al vigilante por el *sleeping* con dudoso interés de ir a él, pero el agente le retrajo informándole desfavorablemente por la falta de comodidades que reunía el coche para el desembolso que suponía nuevamente satisfaciendo el importe de la cama, mientras que allí podría efectuar el viaje solo y dormir, si lo deseaba, debido al escaso número de viajeros que seguramente irían en el tren.

El mozo trasladó el equipaje al departamento elegido últimamente por el viajero, y, en espera de cobrar el servicio, recibió una moneda de dos pesetas de manos del señor Ladrado; saludó respetuosamente quitándose la gorra, y alejóse.

El empleado de la gorra japonesa continuaba por allí, mirando de vez en cuando a la familia de don Toribio, como haciéndose el rondón, hasta que la señora advirtió a su esposo, interesando la recompensa que por atención al favor de haberle abierto el departamento tuviera voluntad de hacerle.

—¡Ah, sí!; no me acordaba—respondió Ladrado de la Cuerna, al mismo tiempo que sacaba del bolsillo tres pesetas y se las daba al empleado, que las cogió indiferente, dió media vuelta y desapareció, sin dar las gracias ni saludar siquiera. Don Toribio, sin dar importancia a la desatención del vigilante, entró en el compartimento con la familia, sentándose al lado de su señora.

El público afluía poco a poco, y ya se veía a algunos transitar de un lado para otro, y a que Luisa, no por andar, por curiosear y exhibir el *echarpe* de raso ribeteado de piel, caído sobre los hombros, su traje de seda color salmón y el sombrero de castor estrenado para ver una *reprise* en Apolo el último domingo, propuso a su esposo dar un paseo por el andén para estirar las piernas.

Evarista quedó en el departamento al cuidado del equipaje de su señorito.

De Luisa podía decirse que era una jamona joven, y, más que guapa, estaba excesivamente apetitosa; al andar trepitaban sus carnes ebúrneas como las de una diosa de fascinadoras manifestaciones, y los curiosos mirábanla de reojo con la codicia que suscita en el hombre la mujer deseada, que infunde locuras, perturbando la serenidad del juicio, soliviantando a la virtud. Era alta, de ojos grandes y negros como su pelo de ónice, y su

nariz larga y curva estaba en armonía con su rostro pálido y su semblante grave y majestuoso. Si su mirada se encontraba con la de algún curioso, por muy de su agrado que fuese, sabía caracterizarse extraordinariamente, y a las mujeres correspondía siempre con la mueca de la indiferencia.

Llevaban paseando unos minutos, de un extremo al otro del andén, ella siempre a la derecha de él, apoyándose a intervalos en el bien manejado bastón de su marido, y el portamonedas colgado del brazo izquierdo, por entre paseantes y mirones, cuando los detuvo sonriente un joven rubio, cuadrado y descubierto ante ellos, vestido de negro, con gabardina clara, sombrero hongo y bastón. Era el señor Chotís de Aguates, que iba a despedir a su amigo y colaborador don Toribio Ladrado de la Cuerna. Púsose al lado extremo de la señora, y los tres continuaron el paseo dos veces más por el andén, hasta que, reparando en la hora, detuviéronse junto al vagón que serviría de morada al procurador durante veinticuatro horas.

Don Agapito respiraba satisfecho y vanidoso, mirándose de vez en cuando las polainas de gamuza estrenadas aquella tarde.

Evarista estaba asomada a la ventanilla mientras don Toribio indicaba al abogado el departamento elegido para ocuparle en su viaje a la riqueza capital gallega.

Faltarían como cinco minutos para salir el tren y Evarista descendió del vagón por mandato de sus señores; Luisa y Toribio abrazáronse, algo enternecidos, con repetidos besos, mezcla de amor y de cariño, para despedirse. El le aconsejó tranquilidad y ella le pedía telegrafíara para saber de él, cuando fuese de noche, y que tuviera mucho cuidado para que no le sucediese nada en su accidentada y especuladora excursión.

Chotís de Aguates, con la sonrisa que le carac-

terizaba, hizo reflexiones a su amigo que el procurador estaba cansado de oír. Tan pronto como desembarcara en La Habana marcharía a Sagua, se personaría a Trompetilla para que le informara verbalmente de los bienes que hubiera y acto continuo pondría un radio o telegrama a Luisa y a él dándoles cuenta de su llegada y la cantidad aproximada en efectivo, liquidado el capital cuya representación y defensa tenían.

Al toque de un silbato pitó con estridencia la máquina, crujieron un poco las maderas de los vagones, chillaron suaves algunos goznes poniendo en tensión los enganches de los coches y púsose el tren en marcha. Estiróse un poco Chotís de Aguates para volver a estrechar con efusión la mano de Ladrado, asomado a la ventanilla, mientras Luisa sacaba del portamonedas un pañuelo y se limpiaba los ojos, humedecidos por las lágrimas.

La muchacha sacó de la bocamanga izquierda de su blusa el pañuelo, también para imitar a su señorita.

Avanzaban con lentitud las primeras unidades del convoy y relativamente cada vez más, según iban sucediéndose, con la característica que ofrecen siempre los viajeros asomados a las ventanillas, entre los que se distinguía al conocido procurador de los Tribunales de Justicia decir adiós con el pañuelo a su familia y a su amigo. Puede que llorara también; pero la codicia, sobrepuesta a la separación, obligábale necesariamente a ausentarse.

Previamente al paso a nivel volvió a silbar la locomotora, presentando su costado derecho en el pronunciamiento de una curva, mientras desaparecía, majestuosa, dando al viento espirales de humo, siguiéndole el resto de la composición, hasta que desapareció el antiguo mensajero de los continentes.

Don Agapito salió de la estación acompañado

de Luisa y de Evarista, y por indicación de él subieron los tres a un coche, proponiendo Chotís a la señora dar un paseo por la Casa de Campo, excusándose ella porque le dolía la cabeza y quería marchar a casa para descansar.

Don Toribio fumaba un egipcio mientras sustentaba en su cerebro caricias de inconcebibles e imaginarios proyectos. Su vista vagaba con indiferencia irreflexiva por el paisaje de la campiña.

Llegó el revisor, curioseando con indiferencia codiciosa el departamento, abrió la puerta y tadeladró el billete, que, sin dar tiempo a que se le pidiera, entregó el procurador. El empleado devolvió el trozo de cartón, hizo una pequeña manifestación de saludo y desapareció, seguro, a continuar la misión fiscalizadora que le llevaba al tren.

El Sol ocultaba su incandescente luminaria actínica tras imponente estela de nubarrones negros, al mismo tiempo que las nubes, más o menos grises y compactas, giraban de un lado para otro, impulsadas por el huracán y el viento.

Tras el pito de la máquina, que sacó del ensismamiento al señor Ladrado, notábase la disminución de la marcha y, por último, la parada en la estación de Torrelodones.

Un empleado, con banderín encarnado enrollado a una tabla debajo del brazo, subido el cuello de la pelliza y con las manos en los bolsillos, aproximóse al furgón de cabeza para consultar con el jefe del convoy el minuto que el tren hizo de parada. Volvió a su despacho para pedir por telégrafo la salida con la estación de Villalba, y otro empleado de menor categoría, reteniendo en sus manos mordaces un esquilón en forma vertical, queriendo reprimir defectuosamente su sonido al andar, como el que con el propósito de ahogar a otro tapa la boca amordazándole, sin poder evitar los ronquidos y convulsiones de su víctima, aproximábase a la máquina para advertir

con dos toques, junto a los oídos del maquinista, la salida del convoy; obedeció el mecánico, y arrancó el primer correo de la tarde.

Con iguales precauciones y requisitos que en la parada anterior, llegó el tren a la estación de Villalba.

Dos niñas como de nueve años, con unas cajas rectangulares de madera, forradas de papel, pendientes de una correa al cuello, paseábanse risueñas, ofreciendo a los viajeros y voceando a intervalos: «Bombones y caramelos de la Casa de Matías López».

Por el primer andén, algún curioso sin idea fija, de pensamientos frívolos y estériles, miraba con la intención de hallar algo que sobresaliese de la organización ordinaria de los trenes o alguna novedad para detener breves instantes sus torpes y abyectos comentarios en la caprichosa o acostumbrada estética más o menos corriente de los viajeros; junto a la biblioteca, una mujer relativamente joven ocultábase bajo una toquilla las manos, amoratadas de frío, esperando en vano, bajo los azotes del aire, a que descendiese algún viajero y comprara novelas o algún ilustrado para distraer intemperancias o debilidades del ocio, e inmediato al puesto de libros, un hombre de cierta edad acodado en el interior de la ventanilla de un quiosco, paciente y resignado, por si se acercaba alguien a comprar tabacos o alguna caja de cerillas, exponía satisfecho el cuentagotas de los miserables ingresos de su negocio.

El aspecto que ofrecía la estación de El Escorial era, poco más o menos, el mismo que presentaba la de Villalba. Don Toribio compró a una chica vendedora, por una cincuenta, un paquete de pastillas de café con leche para distraer el paladar durante la noche. Inútilmente miró por si veía, recordando, el grandioso y maravilloso monumento de Juan Bautista y de Herrera, ocultado por la hondonada de la estación y el ramaje de

los árboles, hasta que, por fin, y a poco de partir el tren, pudo advertir sobre la meseta de una colina y al pie de escarpada y pedregosa montaña, entre el reverbero de luces, cómo se erguían majestuosas como sombras las fortalecidas torres del histórico Monasterio de Felipe II.

A medida que avanzaba el convoy desaparecía el crepúsculo y extendía su manto de luciérnagas la soledad misteriosa de la noche.

Las estaciones de Zarzalejo, Robledo, Santa María, Las Navas, Navalperal, La Cañada, Navalgrande y Guimorcondo fueron paradas que se sucedieron con relativa intermitencia.

Pitó la máquina repetidas veces, detuvo el correo su marcha junto a un disco breves segundos y apareció el andén, un poco más alumbrado que las estaciones anteriores, para detenerse en la estación de Avila.

Un empleado dió la voz anunciando la estación, el tiempo que permanecería parado el tren y la fonda para cenar; llegaba retrasado porque eran las veinte y treinta y cinco cuando el correo entró en la estación.

El señor Ladrado hubiera ido a la fonda, en donde se vió penetraron unos doce viajeros; pero tenía unos paquetes con las provisiones que Luisa mandó preparar a Sebastiana y de momento estaba desganado.

En la cantina viéronse entrar también a dos guardias civiles, a unos cuantos viajeros y a unos soldados gritando y apiñándose sobre el mostrador para conseguir trabajosamente algo de las pocas viandas que un joven sucio, rascándose perezosamente la cabeza, bostezando y con el pelo en desorden, recomendaba calma a los impacientes mientras les despachaba con inusitada torpeza. Arrancó el tren y salían en tropel, corriendo, algunos con botellas vacías en las manos, sin haber podido conseguir ningún bebestible de los que se expendían en aquel establecimiento.

Volvió el convoy a entonar el trepidar consecutivo de su marcha simultánea, capaz de rendir por cansancio de su monotonía al espíritu más despierto e intrépido en las diez paradas que hizo para ochenta y seis kilómetros de recorrido que hay entre las estaciones de Avila a Medina del Campo.

El procurador había quedado un poco dormido cuando le sorprendió la voz clara y sonora de un empleado que cantaba con virilidad a los viajeros la estación de Medina, los minutos de parada y el cambio de tren para sus combinadas de Zamora, Salamanca y Portugal.

Tuvo ganas de tomar algo, pero sobrevino con repugnancia el recuerdo de cierto amigo, una tarde en *Lyon d'Or*, haciéndole historia de un viaje por Castilla:

No recordaba bien si fué en la estación de Medina donde suplicó a un mozo le llevara café que, interesado en los beneficios que pudiera obtener al tratarse de un viajero de primera clase, el empleado, sumiso y sin asegurar servirle, por lo poco que paraba el tren, desapareció corriendo y a los tres minutos volvió complaciente con el servicio en una bandeja, aproximándola cuanto pudo a la ventanilla para que el viajero pudiera servirse lo más cómodamente posible; puso primero una parte proporcional de café, y al echar la aguada leche, pareció distinguir, según caía, por el transparente engañoso de su color, unas motas negras que en principio no dió importancia y bien pronto manifestáronse flotando a las burbujas del líquido y desapareciendo sucesivamente a la pesadez láctea del chorro. No bien soltado el tarro para coger la cucharilla y mover el azúcar, surgieron a la superficie, unos tras otros, los cadáveres de tres moscas que sucumbieron, como muchos, víctimas de su glotonería e insaciable egoísmo. Hizo una exclamación indiferente de protesta, manifestando su repugnancia y rehusándole al

mismo tiempo que devolvía el servicio, exigiendo satisfacer su importe; y queriendo disuadirle, procurando reconciliar su descontento, el empleado contestó en vano que no era nada, que era una pequeñez sin importancia en la que ningún viajero había reparado jamás. Y su amigo, sin escuchar otros convencionalismos, satisfizo una peseta veinticinco céntimos, y cuarenta céntimos más en inteligencia de corresponder a la molestia que el mozo se había tomado de servirle.

Adquirió dos almohadas a una muchacha que voceaba su alquiler, despojóse de la americana y de las botas y, envuelto en la manta, acostóse con igual descuido y libertad que si estuviera en su casa; a los quince minutos de haber salido el correo de Medina dormía como un santo y sin remordimiento alguno de conciencia el honorable y bien reputado procurador de los Tribunales de Justicia señor Ladrado de la Cuerna... Una algabía desenfrenada y un escándalo formidable de silbidos, voces, gritos y chillidos a tren parado le sacó sobresaltado de su sueño; incorporóse casi asustado, deseando conocer el motivo de aquella extraña baraúnda y, procurando inquirir noticias de lo que ocurría, abrió la ventanilla y preguntó a un empleado que oportunamente pasaba por el andén:

—Oiga...: ¿quiere hacer el favor de decirme qué sucede?

—Nada, señor; es la estación de Valladolid.

—Pues ¿y esos grupos que gritan dando esas voces?

—La mayoría son estudiantes que habrán venido a despedir a alguien; y como éstos no tienen penas ni preocupaciones... ¡Velos usted ahí!...

Aproximábase un grupo de revoltosos, entre ellos un cadete arrastrando el sable, queriendo tomar el pelo a don Toribio, que en mangas de camisa y sin sombrero, asomado a la ventanilla, parecía una momia, y no pudieron conseguirlo

porque, como sabemos, el procurador estaba completamente calvo. A distancia le creyeron una vieja los escandalosos criticones, y cuando se dieron cuenta de su chistosa y burlona equivocación, fué para taparse los oídos por no reventar de risa o pedir auxilio a grandes voces para que los detuvieran y se los llevaran a la cárcel. Don Toribio, lleno de ira e impotente con aquellos frescos, cerró la ventanilla, abandonándolo todo para entregarse otra vez a las delicias de Morfeo.

El correo paró en Dueñas, y cuando llegó a la estación de Venta de Baños, el señor Ladrado no había podido conciliar el sueño.

Algunos viajeros esperaban impacientes la llegada del convoy para montar en él, a que sucede generalmente el figoneo en los departamentos y abrir y cerrar puertas por los que, buscando sitio, procuraban ir lo más cómodamente posible.

El procurador no pensaba remotamente fuesen a molestarle; pero le sorprendió el correr brusco de la portezuela y la presencia de un matrimonio, ya maduros, que mandaban al mozo colocase el equipaje en un departamento. Eran de estatura regular, gruesos, y él bastante más viejo que ella.

—¡Mira, Servando!—indicaba con exclamación chillona la señora a su esposo, con un cabás en una mano y una jaula con un loro en la otra—: ¡en éste, en éste!... ¡No hay más que un señor solo!

Penetró el mozo de equipajes, dió a la llave para la luz y colocó, además de las *menudencias* que los señores llevaban a mano, tres maletas, un lío grande de mantas y una cesta; el señor, como decía el mozo, entró con un maletín pequeño y un perro cogido por la cadena.

Ante aquellos despropósitos, incorporóse don Toribio, recogió la manta, púsose la americana y las botas y sentóse con indiferencia, recluyéndose en el ángulo extremo, junto a la ventanilla,

mirando a los que de un lado para otro transitaban por el andén.

La señora dejó en el suelo la jaula, *mandando*, gruñona, a su marido colocara el saco que llevaba él, sobre la rejilla.

Servando, prudente, soltó la cadena y colocó el maletín entre el lío de mantas y una maleta que el mozo acababa de colocar en la rejilla, mientras el blanco luló olfateaba con extrañeza los pantalones al señor Ladrado.

Edesia, que así se llamaba la señora, llamó a *Musolini*, reprendiéndole por su indiscreción y curiosidad.

—¡*Musolini!*... ¡Venga usted aquí, desahogado! ¿Qué es eso?—Y advertía por el perro a don Toribio, que miró indiscretamente a la señora:

—¡Caballero!, no tenga usted cuidado, que es muy bueno y no hace nada.

El procurador, sin inmutarse, tuvo por toda respuesta una sonrisa de complacencia para ella, que no supo agradecerle siquiera.

Servando se despojó del abrigo e instó a Edesia que se quitara también el suyo y dió a elegir donde ella quisiera sentarse. La señora no contestó, mientras su esposo le ayudaba a aligerarse de ropa para adoptar comodidad, situando y apretujando el abrigo en la rejilla baja, al lado del sombrero; dejaron en el suelo dos maletas, una a continuación de otra, sobre la cara anterior del departamento, porque no cupieron en la rejilla. Servando se colocó en el extremo exterior y Edesia, acariciando al perro, que se situó bajo sus piernas, en el centro del compartimiento, mientras pitaba la máquina repetidas veces, entrando en la estación de Palencia.

El aspecto de la estación era poco más o menos el mismo que el de las anteriores: pasajeros esperando el tren que se disponían a recoger sus ajuares, encaminábanse a los vagones para acomodarse, apretujándose en los de tercera y buscando lu-

gares cómodos en los de segunda y primera clase.

Con el pensamiento en Luisa salió don Toribio a la plataforma y preguntó a un mozo por la oficina de Telégrafos. El empleado contestó negativamente y el señor Ladrado, no pudiendo reprimir una interjección de cólera, volvióse, disgustado; y don Servando, que le había oído, apresuróse con intención manifiesta de calmarle:

—Caballero, permítame le diga que de eso estamos muy mal.

—Pero, ¡hombre!...—reponía con indignación el procurador.

—¡Un viajero cualquiera que tenga necesidad de poner un telegrama no tiene dónde, porque en la mayor parte de las estaciones no hay telégrafo público: ¡es el colmo!

—Tiene usted razón.

Y, sin permitirle continuar, interrumpió don Toribio:

—Porque todavía en las estaciones pequeñas se comprende; pero en las estaciones de importancia, y sobre todo en las de las capitales, no hay derecho.

—La cosa es que en las estaciones de primera lo hay; pero como si no lo hubiera, porque cierran a las siete, y si quiere usted poner un telegrama tiene que encomendarlo a alguien para que lo cursen cuando estén los telegrafistas, o darlo a cualquiera para que lo pongan en la población.

—Para eso, como si no lo hubiera.

—Tiene usted razón—repitió con seguridad aplastante y continuidad reflexiva don Servando—. Por eso se ha dado el caso algunas veces de llegar los trenes antes que los telegramas.

El señor Ladrado, aparentando olvidar su descontento, convino con sus huéspedes en apagar la luz.

A poco de salir el correo, un matrimonio con un niño de unos cinco años miraba por los de-

partamentos, abriendo y cerrando puertas y encendiendo cerillas, para colocarse. Corrieronse al coche inmediato, y en él quedarían, porque no volvieron por allí.

No habían transcurrido cinco minutos cuando apareció junto a la puerta la sombra de otra persona: un hombre fuerte y con distintivos plateados en la gorra pedía los billetes para revisarlos y dar el visto bueno con la justificación de su taladro. Don Toribio alargó el suyo y la señora indicó a su esposo mostrara el kilométrico que tenía guardado en el maletín.

El interventor, algo reflexivo y escudriñando cuanto podía con la mirada, preguntó a los señores si llevaban un perro.

—¡Sí, señor!, pero ahora está durmiendo—contestó Edesia con intencionada y burlona pausa—. Dale el billete, que estará ahí mismo, para que lo vea—dijo por último, reconviniendo a su esposo.

—¿Y ese loro?—interrogó el empleado, creyendo cobrar algo.

—Pero ¿no se lo has dado también?—advirtió autoritariamente la señora a su esposo.

—Aquí no está.

—¡Cómo no va a estar! ¡Jesús, que ñoño eres!

—¡Que no, mujer, que no está!

—¡Ah, sí!—replicó Edesia, desvaneciendo su primera intención y señalando para la rejilla—. Ahora recuerdo que lo guardé en el portamonedas. Cógelo y dáselo. Obediente su marido, estiróse para coger el bolsillo y dar cumplimiento a las órdenes de su esposa.

El empleado reconoció el recibo, extendido por otro compañero suyo, con arreglo a la tarifa de encargos; hízole dos dobleces para picarle y cortésmente lo devolvió a don Servando, diciendo, según cerraba la puerta para marcharse.—¡Vaya, que descanse!

—¿Podremos estar ya tranquilos? ¡Jesús que demonio! ¡Estoy ya de trenes hasta la corona!—

suspiraba Edesia, poseída de absoluta tranquilidad.

Sobrevenían las paradas a pequeños intervalos, con la frecuencia que sucedían las estaciones del recorrido; y cuando más entonada tenía el correo su marcha, refrenaba con más o menos ímpetu su velocidad, pitando para entrar en la estación que fuese. Las luces de los farolillos del mozo o de los factores autorizados movíanse como incensarios por la rapidez y estímulo que el empleado pusiera en el cumplimiento de sus obligaciones.

Llevarían unos cuarenta y cinco minutos de marcha, incluyendo las paradas que a pequeños intervalos correspondieron, cuando le pareció oír algunas pisadas cautelosas al mismo tiempo que una sombra, cada vez más significativa, aproximábase con cierto sigilo, escudriñando a la puerta del departamento; un hombre alto, sucio, de mirada intranquila, con bigote descuidado y gorra metida hasta las orejas, cogió el mango del pestillo, forzó un poco y abrió. El señor Ladrado miró al sujeto con indiferencia y el ánimo envalentonado por la compañía de los otros; Edesia le miraba también, sin atreverse a respirar, mientras Servando, recostado sobre el brazo medio del asiento, roncaba que era un primor. Bajo el cambio repentino de la luz a la oscuridad, el hombre esforzábese por distinguir lo que hubiera en el departamento, dado el aspecto de su mirar inseguro, aunque primero supuso fuese una sola persona por los resoplidos y libertades del sueño; pero al distinguir que otros ojos le miraban y que el dormido no estaba solo, retrocedió cautelosamente, cerrando la puerta y desapareciendo... ¿Quién sería y pretendería aquel sujeto de mal aspecto que transitaba a aquellas horas como huído y sin equipaje? ¿Sería algún atracador o carterista, o que montara sin billete y, por temor al pago, procurara ocultarse para burlar la vigilancia del interventor?

Con la pesadilla de la duda, don Toribio y Edesia, resueltos a desechar ciertos temores y con intenciones de dormir, aunque hacían que dormían, no pudieron conciliar el sueño; en cambio, Servando, a quien, por lo visto, ciertos temores tuvieronle sin cuidado, continuaba con la sonatina de la respiración como un bendito. Su mujer no se preocupaba porque ya estaba acostumbrada a oírle; pero al procurador le fatigaba, poniéndole algunas veces los nervios en tensión y a punto de decir Edesia que se ahogaba, por la respiración entrecortada y angustiosa, su marido; cerró los ojos, aparentando dormir. La viajera fué resbalándose poco a poco del respaldo hasta quedar recostada sobre don Toribio; él puso distraídamente una mano sobre los muslos de ella, en actitud de sujetarla, ante el temor de que cayera totalmente encima; Edesia, previsora y ante igual peligro también, puso en juego su mano izquierda para convencerse de la condición indiferente del señor Ladrado.

Llegaron a León y cesaron las jugadas indiscretas para fijar la atención en los viajeros que esperando el correo estaban en la estación; hubo dos o tres que abrían y cerraban las portezuelas, procurando sitios para colocarse.

En la de Astorga volvió a oírse el murmullo de la gente, también en espera del tren; unas muchachas voceaban mantecadas, con unos promontorios de cajas sobre sus antebrazos, recorriendo incesantemente la paralela del convoy de cabeza a cola hasta que el jefe de estación dió la salida.

Sumergíase el tren en las entrañas de la tierra y salía a la superficie, flotando como un naufrago, en la bajada del puerto de Brañuelas, acelerando su marcha por el descenso y acentuando el ruido simultáneo de la trepidación cuando entraba en la bóveda de los túneles.

Ya era de día cuando en Ponferrada detúvose

el correo unos minutos más que en las estaciones comprendidas en el puerto.

El extenso y fertilísimo valle de Valdeorras, bañado por las aguas del Sil, anunciación pura y ejemplarísima de la región galaica, desde el que se contemplaban las majestuosas y escarpadas montañas de León y, velada por la neblina en sus cumbres, veíase sobre una ladera desmembrada el corte de tradicionales excavaciones mineras en la época de los romanos, de donde se supone procedía considerable cantidad de oro arrastrado por las aguas y diseminado entre las arenas del río, cuyas márgenes, derecha primero, luego izquierda y últimamente derecha otra vez, describen su camino férreo por donde impetuoso deslízase el tren y divide en dos sectores sus estribaciones occidentales la famosa cordillera carpeto-vetónica, corriéndose a Galicia e internándose en Portugal... Las bellezas nunca bien cantadas e insuperablemente naturales y prodigiosas de la región gallega, donde la voluntad misteriosa de la Providencia puso la savia de su inspiración divina, dándole majestad y expresión de colorido a sus campos, valles y surtidores, contrastando la variedad de sus montañas diáfanas con el verdor amaranto y voluptuoso de sus prados, les tenía completamente sin cuidado al procurador y al matrimonio; y únicamente el compendio excesivamente policromo de algún paisaje despertaba pasajeramente el aturdimiento de su imaginación abotargada por el insomnio de la noche, como al pájaro durmiente cuando le hacen una pequeña caricia en la jaula.

Un mozo cantó la estación de Monforte y su cambio de tren para la línea de Orense, Pontevedra y Vigo. En la parada, de veinticinco minutos, comprendía el tiempo que los viajeros tenían para almorzar.

Entre el gentío que había en el andén y lo que éste aumentaba con los viajeros que descendían

del tren mezcláronse don Toribio y el matrimonio.

Musolini, tan pronto como descendió del vagón, hizo sus necesidades y, algo respingón, llevado por Edesia, fué a incorporarse a su amo, que los esperaba en la fonda, acompañado del señor Ladrado, que, con la nariz medio tiznada y complaciente, permanecía de pie, hasta que llegara la señora, para saber la decisión que deberían tomar. El procurador estaba decidido a almorzar por apremiante necesidad del estómago y no toleraría otro paliativo o nada, como hasta entonces, por definido cumplimiento de cortesía hacia el matrimonio. Tenía provisiones y pudo utilizarlas; pero resultaba más vistoso comer en la fonda, como hacían también la mayor parte de los viajeros. Era más airoso y estaba mejor visto para los demás que lo otro, e indudablemente tenía que hacerlo así.

Invitados por don Toribio, Edesia, algo despeinada, con el moño torcido, y su marido, alegando desgano, tomaron café. A *Musolini* sirvieron un chocolate con dos panecillos, dispuesto por la señora, porque, según ella, era el desayuno que mejor le apetecía y solía tomar. Al toque preventivo de la campana anunciando cinco minutos para salir el correo y con porfiado cumplimiento de pagar unos y otros, satisfizo generoso la cuenta el señor Ladrado de la Cuerna para marchar al tren.

En Lugo, en Betanzos y en algunas otras estaciones paseaba la gente y estacionábanse por necesidad unos y por curiosidad otros en los andenes, esperando el paso del convoy.

Unos cuantos de los que viajaban descendieron en la última estación para cambiar, sin duda, por la línea de Ferrol.

La estación de Betanzos está situada en la cumbre de una montaña y, poco antes de llegar, se contempla sobre un hermoso valle el panorama

de la población y el zigzag irregular que en sus inmediaciones forman las aguas de la ría; y allá, en el horizonte, el dédalo monticuloso de las últimas estribaciones de los Pirineos galaicos velados por las brumas del Cantábrico.

En inteligencia de que les quedaba poco tiempo para llegar a La Coruña, aprestáronse individualmente al aseo personal: Edesia fué primero y volvió en seguida, alegando con indignación que no había agua y el suelo del gabinete estaba inaguantable, lleno de papeles y de basura; mandó a Servando sacara un frasco de colonia que tenía en su maletín, limpiáronse los tiznones y acicaláronse cuanto pudieron, reparando sus principales detalles en un pequeño espejo que había incrustado sobre una pared del departamento.

Pasado Cambre, veíase el curso lento de las cristalinas aguas del río Tambre, buscando su término, como la vida a la muerte, según el inmortal Jorge Manrique; y a poco, deslizándose por entre la fertilísima campiña, surge, placentera y diáfana, la bahía, cuyo centro divide triunfador el moderno puente de Pasajes; y en último término yérguese, coquetona y simpática, la risueña capital gallega.

El correo hallábase próximo a dar su nota final cuando Servando, con un apretón de manos, ofreció al procurador su casa en la calle de San Andrés y Edesia reiteraba la oferta, suplicándole no dejara de hacerles una visita, mientras pitaba desafortadamente la locomotora indicando la entrada en un túnel y la parada final de su recorrido con cuarenta minutos de retraso.

Cuando paró el tren, el pasillo del vagón hallábase invadido por equipajes y viajeros que pasaban la vista por entre los que esperaban la llegada, ávidos por encontrar a sus familiares o amigos. Los mozos del exterior ufanábanse por servir, corriendo de unos a otros, cuando equivocaba-

ban sus ofertas, por las miradas e insinuaciones del que los necesitase. Posteriormente veíanse al jefe de estación, a los agentes de la Policía gubernativa allí de servicio y a algunos intérpretes o mozos de hoteles, prestos siempre a recomendar cada cual su hospedería como mejor para el trato y en inmejorables condiciones de *confort*.

Don Toribio reclamó el coche del *Atlantic*, y un mozo, cargado con la maleta y su indumentaria, le condujo hasta la puerta en donde esperaba pasaje el automóvil del hotel. Dado el aspecto del señor Ladrado, el intérprete le tomó por un inglés y recibióle expresándose, aunque ordinariamente, en la lengua de Spencer; pero don Toribio comprendió la equivocación y, deshecho discretamente el error, pagó al mozo, que esperaba el servicio de haberle llevado la maleta, dió al intérprete el talón para que sacara el baúl y acomodóse en el interior del coche, que lo llevó al hotel.

El automóvil pasó a mediana velocidad por las calles que en figura de ese forman el camino de la estación a la plaza de Orense para entrar en la explanada de los Cantones, adornados por la florida vegetación de un hermoso parque abierto al público por variados e innumerables paseos, ornamentados caprichosamente por los edificios de «La Terraza» y «El Alfonso», cervecerías y cafés contiguos, próximos a la margen del puerto, y a poco trecho el moderno y bien confortado *Atlantic*, a cuya puerta detúvose el vehículo; descendió, abriéndose paso por entre mozos y otras dependencias de la casa, para dirigirse a Conserjería, cuyo agente señaló número y mandó a un «botones» que le acompañase.

Ya era de noche cuando el procurador, arreglado, perfumado y cambiado de ropa, salió de su habitación para dirigirse a la biblioteca, en uno de cuyos extremos hallábase el escritorio; cogió una pluma y sobre medio pliego de papel,

con el membrete del hotel, del que había varias resmas, sin duda a disposición gratuita de los pupilos, redactó transversalmente para Luisa el telegrama siguiente:

«He llegado a Coruña sin novedad. Falta elementos no pude telegrafarte. Hoy te escribe, Toribio.»

Y sobre un pliego de papel extendió después lo siguiente:

«Mi adorada Luisa: Impulsado por la intranquilidad que tendrías al no saber de mí, telegrafíe con esta misma fecha. Reniego no haber podido complacerte, como ofrecí a tus ruegos para consolar tus cuidados, por los sobresaltos e incertidumbres del servicio telegráfico en el caminc.

«Me hospedo en el hotel *Atlantic*, y me tratan perfectamente bien. Creo embarcaré mañana por la tarde o pasado mañana. De cualquier modo, ya te escribiré oportunamente cuando sea, cariño mío.

»Di a Aguates que ya le escribiré también, y a Sebastiana y a Evarista que te cuiden y hagan por distraerte mucho, que ya obtendrán su recompensa. Está tranquila; recibe un fuerte abrazo y muchas cosas... (!), ¿me entiendes?, de tu esposo, Toribio.»

Repasó el escrito y reflexionó breves instantes por si le quedaba algo que decir. Metió el pliego en un sobre, puso en éste su dirección y encaminóse a Conserjería para recomendar llevaran la carta al correo y pusieran el telegrama. Volvióse a la biblioteca y, libre ya de preocupaciones de momento, pasó el tiempo leyendo periódicos y curioseando revistas hasta la hora de cenar.

Serían próximamente las ocho y media cuando parecióle oír el rasgueo siempre voluptuoso de violines y violón, preludiando un intermedio. El señor Ladrado dió las últimas chupadas a un egipcio y salió para el comedor, en donde el *maître*, tras reverente honor de cortesía, indicó una

mesa pequeña en inteligencia de la libertad que preferentemente quisiera tener.

Poco a poco los clientes iban afluyendo al salón a medida que avanzaba la hora, y a las nueve estaban las mesas ocupadas totalmente.

En la que estaba el procurador ocupó también sitio un caballero que por sus modales democráticos parecía, más que hacendado o capitalista, hombre de negocios y de mundo; para sentarse hizo una pequeña reverencia a don Toribio, y tras él un camarero puso la carta sobre la mesa, pronto a servir lo que quisiera tomar...

Terminaba de comer el segundo plato cuando el señor Ladrado preguntó indiscretamente, como cuando se pregunta por preguntar, sin otro fin que tramar conversación con cualquiera persona que, aunque no queramos, se mira porque la tenemos delante. Efectivamente, era un futuro pasajero, como él, que embarcaría en el *España* para América Central, en donde permanecería algún tiempo retenido por sus negocios, para dirigirse después a otros puntos de América del Sur. Aunque argentino, era de origen español y siempre sintió verdadero amor y decidida predilección por España, cuna de sus antepasados. Representaba en Europa algunas casas productoras de diferentes regiones americanas que obligábanle a vivir necesariamente en París porque en Francia era donde mejor aceptación tenían sus artículos. ¡Oh París! El pueblo por excelencia de la moda y de los placeres, *la Ciudad Luz* europea...

Deleitábase don Toribio ante las descripciones que le hacía de los muchos países visitados en sus diferentes misiones representativas por aquel hombre admirable. ¿Qué podían suponer la variedad de conocimientos teóricos proporcionados en las aulas, donde se estudian volúmenes y volúmenes llenos de fárragos inútiles y de conceptos lítotes, con la ciencia del saber práctico de aquel

hombre, adquirido por la experiencia del mundo y de la vida? Conocía los países centrales, Rusia, Asia y las regiones de Oriente; acompañando a algunas misiones turistas, visitó en algunos casos las primeras poblaciones de Italia: Roma, Milán, Génova, Florencia, Venecia, Nápoles y Tarento, estudiando la riqueza artística de sus lugares y monumentos tradicionales; en distintas excursiones cinegéticas conoció los Alpes italianos y escandinavos, el Cáucaso, las montañas Urales y las comprendidas e importantes de Albania a Siberia; formando parte de ciertas congregaciones, estuvo de peregrinación en Alepo, Damasco, Jerusalén, Palestina y Tierra Santa; fué en determinada excursión también a las regiones polares de Islandia y a las islas de Lofodén, y registró en caravana el gran desierto de Sahara, las regiones del Sudán y algunos puntos del Estado del Congo; hacía frecuentes viajes a Los Vosgos y a determinadas poblaciones de la región meridional de Francia; y últimamente estuvo también en ciertas poblaciones del Norte, Centro y Sureste de España, principalmente en Bilbao, Madrid y Barcelona.

Conocía las cuestiones internacionales y había hecho su estudio particular de los egoísmos políticos y de las comedias engañosas de la vida.

Estaba al tanto de los tratados de comercio y de las relaciones más o menos amistosas que sostenían unos países con otros, ya fuesen americanos o europeos.

La mayor parte de las Américas latinas sentían viva simpatía y verdadero amor hacia España, porque hispana era su tradición, su sangre, su idioma y la consagración etimológica de sus pueblos.

No por amor a ella dejaron de pertenecer a la metrópoli para constituirse en Estados libres e independientes, como lo fueron también últimamente las islas de Cuba, Puerto Rico y el archi-

piélago filipino: fué por censurables y manifiestos egoísmos de los gobernantes españoles de aquellos tiempos; a unos Gobiernos que administraban mal sucedían otros que lo hacían muchísimo peor; y así, cansados de recibir promesas acroáticas de cleptómanos digeridos por el nepotismo central, rehuyeron el contacto vicioso y mal entendido de sus representantes, queriendo ser libres, y lo fueron, luchando por separarse hasta conseguir la soberanía de su independencia.

Acordaron tomar café después y, fumando un cigarrillo, pasaron al salón de visitas, donde el improvisado y futuro camarada de viaje continuó refiriendo al procurador pasajes de su vida y de sus relaciones mundanas.

Don Toribio, creyéndose inferior a su comentarista, limitábase a preguntar solamente y a escuchar con atención de colegial, asintiendo si acaso a las observaciones en que demandaba creencia su excelente interlocutor. Pidió informes de la isla de Cuba y se los dió con mayores detalles que antes, ensalzando la riqueza excesivamente incomparable y fecunda de su suelo prodigioso. Cualquier indiano que pudiera proporcionarse un pedazo de propiedad rústica sería rico forzosamente. Pudo ser dueño de un «ingenio» y una circunstancia imprevista le dejó sin él; en mil novecientos diez liquidábanse los bienes de un portorriqueño que murió en Santa Clara, y estaba en trato para quedarse con uno que mediría más de cien hectáreas cuando, por sus negocios, tuvo necesidad urgente de marchar a los Estados Unidos, y cuando volvió ya lo había comprado un español por la mitad de lo que valía. «¡Qué ocasión más bonita se me fué! entonces!», evocaba con cierta melancolía, por el recuerdo de la decepción, el representante.

Aquellas palabras despertaron en el ánimo del procurador cierto hábito de impaciencia y de curiosidad indescriptibles, y no pudiendo contener

el deseo, interrumpió con algunas preguntas el sentimiento apocalíptico del americano:

—¿Y no conoció, por casualidad, al español aquel?

—¡Claro que le conocía! Más de dos veces viajamos juntos hasta Veracruz. Iba con bastante frecuencia a los Estados mexicanos y a América del Norte, llevado de las grandes comisiones que tenía con la exportación de azúcar y de café... Era hombre laborioso e inteligente, por cuyas cualidades llegó a merecer bien pronto la confianza de las casas que representaba en Cienfuegos, hasta el extremo de llegar a tener en Cuba el crédito que le daba la gana. Presentóse aquella ganga y las casas productoras diéronle cuanto quiso. Después quedóse también con otro, que por cierto retuvo poco tiempo, porque, al mes y medio de haberlo adquirido, lo vendió a un americano por lo que pidió. Oí decir que en aquella operación de compra y venta ganó lo que le dió la gana... El ya vivía relativamente bien; pero con eso hizo en pocos años una riqueza importante; y luego, para nada: para que lo disfrute el que menos se piense, porque era soltero y lo han asesinado malamente.

—¡Qué barbaridad!

—Pues no ha podido saberse quién lo mató; pero yo tengo la creencia de que fueron sus mismos colonos.

Ya en este punto hizose necesario el deseo irresistible que le intrigaba al señor Ladrado y volvió a interrogarle indirectamente para conocer lo que quería.

—Pero, si antes no pudo, ¿ha tenido ocasión después para quedarse con él?

—No, porque eso lleva cerca de un año paralizado, hasta que vayan a hacerse cargo unos sobrinos que, según dicen, tenía aquí, en España. Ahora, que para cuando vayan, sí es verdad, el administrador que tenía estará rico, porque como

nadie le pide cuentas de nada, ni tiene a quien dárselas tampoco, se despachará a su gusto y todas son ganancias para él.

—¿Aquello de Cienfuegos es todo muy rico?

—¡Es mucho más rico donde yo digo! Es en la jurisdicción de Sagua la Grande; llaman a esa finca «Ingenio de los Listos». De Cienfuegos eran las casas que le adelantaron el dinero para quedarse con él, porque allí vivía el difunto Teodoro Sancho, que así se llamaba el muerto.

Don Toribio experimentó como una ligera y conveniente sacudida; y, libre de preámbulos, disponíase a interrogarle con acentuada perseverancia cuando les sorprendió inesperadamente la presencia de dos señores, correctos y afables, que estaban citados para entrevistarse con el representante.

Rehusaron con delicadeza la oferta de sentarse, alegando que tenían prisa, y como ya habían terminado de tomar café, tras ligero saludo, el americano cruzó el *hall* y desapareció en compañía de los recién llegados.

El procurador quedó relegado algunos minutos a la incertidumbre de sus preocupaciones, y, fuera del ensimismamiento, avisó a Conserjería para que le informaran sobre la hora de zarpar el trasatlántico. Cuando llegó al hotel, hizo la pregunta y concretamente no supieron contestarle. Quedaron en mandar a un «botones» a Riego de Aguas para conocer la hora exacta de salida del *España*, y todavía estaba esperándole. Con la amabilidad que caracteriza casi siempre a esa clase de empleados, apareció el conserje e hizo saber a don Toribio que el vapor zarparía a las cinco y media de la tarde del día siguiente.

Apoltronado en una butaca y con las piernas una sobre otra, encendió un cigarrillo y, pensando en los manejos de su excursión, resolvió pasar a la biblioteca para distraerse con alguna lectura de pasatiempo fuera de su interés y, lejos de su